

**Estudio Expositivo del
Evangelio según Mateo**

Leales en Cristo

Warren W. Wiersbe

Leales en Cristo

**Estudio expositivo del
Evangelio Según Mateo**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Leales en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Loyal**.

© 1980
SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea por mimeógrafo o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

©2003

EBI-WW-500
ISBN 1-932607-00-5

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

INDICE

Prefacio vi

Capítulo	Página
1 ¡Buenas Nuevas!	1
2 Nacimiento del Rey (Mateo 1—2)	11
3 Credenciales del Rey (Mateo 3—4)	21
4 Principios: Justicia Verdadera (Mateo 5)	33
5 Principios: Adoración Verdadera (Mateo 6)	45
6 Principios: Juicio Verdadero (Mateo 7)	57
7 Poder del Rey (Mateo 8—9)	67
8 Embajadores del Rey (Mateo 10)	79
9 Conflictos del Rey (Mateo 11—12)	90
10 Secretos del Rey (Mateo 13)	103
11 Retiro del Rey (Mateo 14)	115
12 Preocupación del Rey (Mateo 15)	128
13 Sorpresa del Rey (Mateo 16)	138
14 Gloria del Rey (Mateo 17)	150
15 Reprensión del Rey (Mateo 18)	161
16 Instrucciones del Rey (Mateo 19:1—15)	173
17 Demandas del Rey (Mateo 19:16—20:34)	184
18 Juicios del Rey (Mateo 21:1—22:14)	195
19 Defensa del Rey (Mateo 22:15—46)	206
20 Denuncia del Rey (Mateo 23)	216

21	Retorno del Rey—1 (Mateo 24:1–44)	227
22	Retorno del Rey—2 (Mateo 24:45—25:46)	238
23	Preparación del Rey (Mateo 26:1–56))	249
24	Juicio del Rey (Mateo 26:57—27:26)	260
25	Sufrimiento y Muerte (Mateo 27:27–66)	270
26	Victoria del Rey (Mateo 28)	279

Dedicado a algunos amigos talentosos
cuyo ministerio en el teclado
ha enriquecido grandemente mi vida:

David Brackley

Merrill Dunlop

Bill Fasig

John Innes

Prefacio

Muchos eruditos han llamado al Evangelio según Mateo el documento singular más importante de la fe cristiana. Los historiadores nos dice que este libro fue el más ampliamente leído y el más citado en la iglesia primitiva. Aun cuando todos los cuatro Evangelios son importantes para nosotros, no es sin razón que Mateo consta primero.

Este libro es un estudio expositivo de Mateo, presentando a Jesucristo como el Rey. No es un comentario detallado, aun cuando he tratado de cubrir todos los pasajes importantes y las secciones problemáticas. Las limitaciones de espacio me han impedido presentar las razones en pro y en contra de las varias perspectivas. He tratado de presentar lo que a mi manera de pensar Mateo quiso decirnos respecto a Jesucristo y su ministerio. Si mi posición difiere de la tuya, ¡por lo menos confío en no haberla presentado de manera desagradable!

Que nuestro estudio de este importante libro nos lleve a un amor y lealtad más profundos a Jesucristo, el Rey de reyes.

Warren W. Wiersbe

¡Buenas Nuevas!

Introducción

Veinte o treinta años después de que Jesús regresó al cielo, el Espíritu de Dios inspiró a un discípulo judío llamado Mateo a escribir un libro. El producto terminado es lo que conocemos como *El Evangelio Según San Mateo*.

En ninguno de los cuatro evangelios se registra alguna palabra que Mateo haya pronunciado. Sin embargo, en su Evangelio nos da las palabras y obras de Jesucristo, “hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo. 1:1). Mateo no escribió para hablarnos de sí mismo. Así que familiaricémonos con él y el libro que escribió. Entonces podremos saber lo que quería que supiéramos acerca de Jesucristo.

El Espíritu Santo usó a Mateo para lograr tres importantes tareas al escribir su Evangelio.

El Constructor de Puentes: Presenta un nuevo libro

Ese libro fue el Nuevo Testamento. Si el que lee la Biblia pasa de Malaquías a Marcos, o Hechos, o Romanos, se quedará perplejo. El Evangelio según Mateo es el puente que nos lleva del Antiguo al Nuevo Testamento.

2 Leales en Cristo

El tema del Antiguo Testamento se nos da en Génesis 5:1: “Este es el libro de las generaciones de Adán”. El Antiguo Testamento nos relata la historia de la familia de Adán; y en verdad es una historia triste. Dios creó al hombre a su imagen, pero el hombre pecó, arruinando y deformando esa imagen. Luego el hombre procreó hijos “a su semejanza, conforme a su imagen” (Génesis 5:3). Estos hijos demostraron ser pecadores como sus padres. En cualquier pasaje del Antiguo Testamento encontrarás pecado y pecadores.

Pero el Nuevo Testamento es el “Libro de la genealogía de Jesucristo” (Mateo 1:1). Jesús es el postrer Adán (1 Corintios 15:45) y vino a la tierra para salvar a las generaciones de Adán. (Esto nos incluye a ti y a mí, dicho sea de paso.) Entonces no por decisión nuestra, nacimos en la generación de Adán y esto nos hizo pecadores. Pero por decisión de fe podemos nacer en la generación de Jesucristo y ser hechos hijos de Dios.

Cuando lees la genealogía que consta en Génesis 5, la frase repetida “y murió” suena como el repique fúnebre de una campana. El Antiguo Testamento ilustra la verdad de que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Pero cuando pasas al Nuevo Testamento, esa primera genealogía enfatiza *nacimiento* en lugar de muerte. El mensaje del Nuevo Testamento es que “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

El Antiguo Testamento es un libro de promesa, mientras que el Nuevo Testamento es un libro de cumplimiento. (Por supuesto que en el Nuevo Testamento hay muchas preciosas promesas, pero me refiero al énfasis de cada testamento de la Biblia.) En ése sentido, empezando en Génesis 3:15, Dios prometió un Redentor y Jesucristo cumplió esa promesa. *Se cumplió* es una de las frases clave

en el Evangelio de Mateo y Mateo la usa [o una forma del verbo] alrededor de 15 veces.

Uno de los propósitos de su Evangelio es mostrar que Jesucristo cumplió las promesas del Antiguo Testamento referentes al Mesías. Su nacimiento en Belén dio cumplimiento a Isaías 7:14 (Mateo 1:22,23). Jesús fue llevado a Egipto por razones de seguridad y esto cumplió Oseas 11:1 (Mateo 2:14,15). Cuando José y su familia regresaron y decidieron establecerse en Nazaret, se cumplieron varias profecías del Antiguo Testamento (Mateo 2:22,23). Mateo usó por lo menos 129 citas o alusiones al Antiguo Testamento. Escribió primordialmente para lectores judíos, para mostrarles que Jesucristo era en verdad el Mesías prometido.

El Biógrafo: Presenta a un nuevo Rey

Ninguno de los cuatro Evangelios es una biografía en el sentido moderno del término. Es más, el apóstol Juan dudaba de que se pudiera escribir alguna vez una biografía completa de Jesús (Juan 21:25). Hay muchos detalles de la vida terrenal de Jesús que no se nos dan en ninguno de los Evangelios.

Cada uno de los cuatro Evangelios tiene su propio énfasis. Al libro de Mateo se le llama el Evangelio del Rey. Fue escrito primordialmente para lectores judíos. El libro de Marcos, el Evangelio del Siervo, fue escrito para instruir a lectores romanos. Lucas escribió principalmente para los griegos y presentó a Cristo como el perfecto “Hijo del Hombre”. Juan tiene un enfoque universal y su mensaje fue “Este es el Hijo de Dios”. Ninguno de los Evangelios por sí solo puede relatar toda la historia como Dios quería que la viéramos. Pero cuando ponemos estos cuatro relatos juntos, tenemos un cuadro compuesto de la persona y obra de nuestro Señor.

4 Leales en Cristo

Acostumbrado a llevar anotaciones sistemáticas, Mateo nos da un relato hermosamente organizado de la vida y ministerio de nuestro Señor. El libro se puede dividir en diez secciones, en las cuales se alternan el *hacer* y el *enseñar*. Cada sección de enseñanza concluye con la expresión “Cuando terminó Jesús estas palabras” o alguna frase similar de transición. Los capítulos se pueden dividir de la siguiente manera:

<i>Narración</i>	<i>Enseñanza</i>	<i>Transición</i>
1—4	5—7	7:28
8:1—9:34	9:35—10:42	11:1
11:2—12:50	13:1—52	13:53
13:53—17:27	18:1—35	19:1
19:1—23:39	24:1—25:46	26:1
26:1—28:20 (Relato de la pasión)		

Mateo describió a Jesús como el *Hacedor* y el *Maestro*. Registró por lo menos 20 milagros específicos y seis mensajes importantes: el Sermón del Monte (capítulos 5—7), la comisión de los apóstoles (capítulo 10), las parábolas del reino (capítulo 13), la lección sobre el perdón (capítulo 18), la denuncia de los fariseos (capítulo 23) y el discurso profético en el Monte de los Olivos (capítulos 24,25). Por lo menos el 60 por ciento de este libro enfoca las enseñanzas de Jesús.

Recuerda, Mateo enfoca el *reino*. En el Antiguo Testamento la nación judía era el reino de Dios sobre la tierra: “Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Exodo 19:6). Muchas personas en los días de Jesús esperaban el Libertador enviado por Dios que los liberaría del yugo romano y establecería de nuevo el glorioso reino de Israel.

El mensaje del reino de los cielos fue predicado primero por Juan el Bautista (Mateo 3:1,2). El Señor Jesús también predicó este mensaje desde el mismo comienzo de su ministerio (Mateo 4:23). Envío a los doce apóstoles a proclamar lo mismo (Mateo 10:1-7).

No obstante, las buenas nuevas del reino requerían de la gente una respuesta moral y espiritual, y no simplemente la aceptación de un gobernante. Juan el Bautista llamó al arrepentimiento. De la misma manera, Jesús dijo claramente que no había venido para derrocar a Roma, sino a transformar los corazones y vidas de los que confiaban en él. Antes de poder entrar en la gloria del reino, Jesús sufrió la cruz.

En este punto miremos un bosquejo sugerido del Evangelio según Mateo. Este bosquejo nos ayudará a ver la biografía de Jesucristo, el Rey, según se presenta en este Evangelio.

I. La Revelación del Rey; Capítulos 1—10

- A. Su persona: 1—4
- B. Sus principios: 5—7
- C. Su poder: 8—10

(Nota: El mensaje durante este período de su ministerio fue: “El reino de los cielos se ha acercado” [3:2; 4:17; 10:7].)

II. La Rebelión Contra el Rey: Capítulos 11—13

- A. Se rechaza a su mensajero: 11:1-19
- B. Se niega sus obras: 11:20-30
- C. Se rechaza sus principios: 12:1-21
- D. Se ataca a su persona: 12:22-50
- E. Resultado: los “misterios del reino”: 13

III. El Retiro del Rey: Capítulos 14—20

(El Señor procura dejar las multitudes para estar a solas con sus discípulos.)

6 Leales en Cristo

- A. Antes de la confesión de Pedro: 14:1—16:12
 - B. La confesión de Pedro: 16:13—28
(Primera mención de la cruz: 16:21)
 - C. Después de la confesión de Pedro: 17:1—20:34
(Segunda mención de la cruz: 17:22)
(Tercera mención de la cruz: 20:17—19)
- IV. El Rechazo del Rey: Capítulos 21—27
 (“...El reino de Dios será quitado de vosotros...”:
21:43)
- A. Su presentación pública como Rey: 21:1—16
 - B. Su conflicto con los gobernantes: 21:17—23:39
 - C. Su mensaje profético: 24—25
 - D. Su sufrimiento y muerte: 26—27
- V. La Resurrección del Rey: Capítulo 28

Una palabra más respecto a este Evangelio. Mateo organizó su material según el orden de sus temas, en lugar de hacerlo en orden cronológico. En los capítulos 8—9 agrupó diez milagros en lugar de ponerlos en secuencia histórica dentro de la narración del Evangelio. Hay otros eventos que él omite totalmente. Mateo no contradice de ninguna manera los otros tres Evangelios, sino que sencillamente *sigue* su propio modelo.

Mateo no sólo fue un constructor de puentes que presentó un nuevo libro, el Nuevo Testamento, y un biógrafo que presentó a un nuevo Rey, Jesucristo; sino que al escribir su libro también logró una tercera tarea.

El Creyente: Presenta a un nuevo pueblo

Este nuevo pueblo, por supuesto, era la iglesia. Mateo es el único escritor de los Evangelios que usa la palabra iglesia (16:18; 18:17). La palabra griega que se traduce “iglesia” significa *asamblea llamada*. En el Nuevo

Testamento, en su mayor parte, esta palabra se refiere a una asamblea local de creyentes. En el Antiguo Testamento Israel era el pueblo escogido de Dios, empezando con el llamamiento de Abraham (Génesis 12:1ss; Deuteronomio 7:6–8). Es más, Esteban llamó a la nación de Israel “la congregación (asamblea) en el desierto” (Hechos 7:38), porque eran el pueblo llamado por Dios.

Pero la iglesia del Nuevo Testamento es un pueblo diferente, porque se compone tanto de judíos como de gentiles. En esta iglesia no habría distinciones raciales (Gálatas 3:28). Aun cuando Mateo escribió principalmente para los judíos, tiene en su libro un elemento universal que incluye a los gentiles. Por ejemplo, líderes gentiles vinieron a adorar al niño Jesús (Mateo 2:1–12). Jesús realizó milagros para personas gentiles, e incluso las elogió por su fe (8:5–13; 15:21–28). Hay una alabanza a la reina de Seba por su disposición a hacer un largo viaje para oír la sabiduría divina (12:42). En una hora de crisis en su ministerio, Jesús acudió a una profecía respecto a los gentiles (12:14–21). Incluso en las parábolas Jesús indicó que las bendiciones que Israel rehusó serían dadas a los gentiles (22:8–10; 21:40–46). En el discurso en el Monte de los Olivos dijo que el mensaje sería “testimonio a todas las naciones” (24:14); y la comisión del Señor incluye a todas las naciones (28:19,20).

En la iglesia al principio, sólo había creyentes judíos y prosélitos (Hechos 2—7). Cuando el evangelio fue llevado a Samaria (Hechos 8) vinieron a la iglesia personas que eran en parte judías y en parte gentiles. Cuando Pedro fue a la casa de Cornelio (Hechos 10), los gentiles fueron aceptados plenamente en la iglesia. La conferencia en Jerusalén (Hechos 15) llegó a la determinación de que el gentil no tenía que convertirse en judío antes de poder convertirse en creyente.

8 Leales en Cristo

Pero Mateo vio todo esto con antelación. Cuando los miembros de la iglesia primitiva, tanto judíos como gentiles, leían su libro, recibían ayuda para resolver sus diferencias y crear unidad. Mateo dijo claramente que este nuevo pueblo, la iglesia, no debería mantener exclusividad racial o social. La fe en Jesucristo *une* a los creyentes en el cuerpo de Cristo: la Iglesia.

La experiencia del mismo Mateo con el Señor se registra en Mateo 9:9–17; y es un bello ejemplo de la gracia de Dios. Su nombre anterior era Leví, hijo de Alfeo (Marcos 2:14). “Mateo” significa *don de Dios*. Al parecer, el nombre le fue puesto para conmemorar su conversión y llamamiento a ser discípulo.

Recuerda que los cobradores de impuestos eran las personas más detestadas en la sociedad judía. Para empezar, se les consideraba traidores a su propia nación porque se vendían a los romanos para trabajar para el gobierno. Cada cobrador de impuestos le compraba a Roma el derecho de cobrar impuestos, y mientras más cobraban, más podían guardarse. Se les consideraba ladrones tanto como traidores y su constante contacto con gentiles les dejaba en situación dudosa respecto a su pureza ceremonial. Jesús reflejó la noción popular respecto a los publicanos al colocarlos en la misma categoría que las prostitutas y otros pecadores (Mateo 5:46,47; 18:17), pero fue obvio que era “amigo de publicanos y de pecadores” (11:19; 21:31,32).

Mateo abrió su corazón a Jesucristo y llegó a ser una nueva persona. Esta decisión no fue fácil para él. Era nativo de Capernaum y esta población había rechazado al Señor (11:23). Era probablemente un hombre de negocios muy conocido en su ciudad y sus antiguos amigos con toda probabilidad se volvieron en contra suya. Ciertamente perdió muchos ingresos cuando lo dejó todo para seguir a Cristo.

Mateo no sólo le abrió su corazón a Cristo, sino también su casa. Sabía que la mayoría de sus antiguos amigos, si no todos, vendrían a verlo después de que empezó a seguir a Jesucristo; así que aprovechó la situación y los invitó para que conocieran a Jesús. Hizo un gran banquete e invitó a todos los otros cobradores de impuestos (algunos de los cuales tal vez eran gentiles) y a los judíos que no estaban guardando la Ley (pecadores).

Por supuesto, los fariseos criticaron a Jesús por atreverse a comer con un grupo de personas tan contaminado. Incluso, trataron de usar a los discípulos de Juan para atizar el desacuerdo (Lucas 5:33). El Señor explicó por qué estaba en compañía de los *publicanos* y *pecadores*: ellos estaban enfermos espiritualmente y necesitaban un médico. No había venido a llamar a justos, *porque no había justos*. Vino a llamar a pecadores y eso incluía a los fariseos. Por supuesto, los que lo criticaban no se consideraban espiritualmente enfermos, pero lo *eran*.

Mateo no solo le abrió su corazón y su casa a Jesús, sino también sus manos y trabajó por Cristo. Alexander Whyte de Edimburgo dijo una vez que cuando Mateo dejó su trabajo para seguir a Cristo, ¡trajo consigo su pluma! Es difícil pensar que este ex-publicano se diera cuenta de que el Espíritu Santo un día lo usaría para escribir el primero de los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento.

Según la tradición, Mateo ministró en Palestina por varios años después de la ascensión del Señor y luego hizo viajes misioneros a los judíos que se hallaban dispersos entre los gentiles. Se dice que hizo obra en Persia, Etiopía y Siria y algunas tradiciones incluyen Grecia. El Nuevo Testamento guarda silencio en cuanto

10 Leales en Cristo

a su vida, pero sí, sabemos esto: dondequiera que las Escrituras han ido en este mundo, el Evangelio escrito por Mateo continúa ministrando a los corazones.

El Nacimiento del Rey

Mateo 1—2

Si un hombre de repente se presenta como rey, el pueblo de inmediato pide pruebas: ¿Cuál es su origen? ¿Quién le rinde homenaje? ¿Qué credenciales puede presentar? Considerando de antemano estas preguntas importantes, Mateo empieza su libro con un relato cuidadoso del nacimiento de Jesucristo y los eventos con relación al mismo. Presenta cuatro hechos respecto al Rey.

El Linaje del Rey (Mateo 1:1–25)

Puesto que la realeza depende del linaje, era importante que Jesús estableciera sus derechos al trono de David. Mateo indica el linaje humano de Jesucristo (vv. 1–17), así como su linaje divino (vv. 18–25).

Su linaje humano (1:1–17). Las genealogías eran muy importantes para los judíos, porque sin ellas no podían demostrar que pertenecían a alguna tribu y sus derechos a la herencia. Cualquiera que decía ser *hijo de David*, tenía que ser capaz de probarlo. Generalmente se concluye que Mateo nos dio el árbol genealógico del Señor a través de

12 Leales en Cristo

su padrastro, José, mientras que Lucas nos da el linaje de María (Lucas 3:23ss).

Muchos lectores de la Biblia pasan por alto esta lista de nombres antiguos (y, en algunos casos, difíciles de pronunciar). Pero esta lista es una parte vital del registro del evangelio. Muestra que Jesús es parte de la historia; que toda la historia judía preparaba el camino para su nacimiento. Dios, en su providencia, tenía control de todo a fin de lograr su gran propósito de traer a su Hijo al mundo.

Esta genealogía también ilustra la maravillosa gracia de Dios. Es muy raro hallar el nombre de alguna mujer en las genealogías judías, puesto que los nombres y la herencia venían por medio del padre. Pero en esta lista hallamos referencias a cuatro mujeres de la historia en el Antiguo Testamento: Tamar (1:3), Rahab, Rut (1:5) y Betsabé “la que fue mujer de Urías” (1:6).

Es claro que Mateo omitió algunos nombres en esta genealogía. Probablemente lo hizo para dar un resumen sistemático de tres períodos de la historia de Israel, cada uno consistía en 14 generaciones. El valor numérico de las letras hebreas en el nombre *David* suma 14. Mateo probablemente usó este método para ayudar a sus lectores a recordar esta difícil lista.

Pero había muchos judíos que podían trazar su linaje familiar hasta el rey David. Se requería más que ascendencia humana para que Jesucristo fuera el “Hijo de David” y heredero de su trono. Por eso su linaje divino es tan importante.

Su linaje divino (1:18–25). Mateo 1:16 y 18 indican claramente que el nacimiento de Jesucristo fue diferente de cualquier otro muchacho judío mencionado en la genealogía. Mateo indicó que José no engendró a Jesucristo. Es decir, José era “José, marido de María, de

la cual nació Jesús, llamado el Cristo”. Jesús nació de una madre terrenal sin necesidad de un padre terrenal. Esto se conoce como la doctrina del nacimiento virginal.

Todo niño que nace en este mundo es una criatura totalmente nueva. Pero Jesucristo, siendo Dios eterno (Juan 1:1,14), existía antes de María y José, y de todos sus antepasados terrenales. Si Jesucristo hubiera sido concebido y hubiera nacido como cualquier otro bebé, no podría ser Dios. Fue necesario que entrara en este mundo mediante una madre terrenal, pero no engendrado por un padre terrenal. Por un milagro del Espíritu Santo, Jesús fue concebido en el vientre de la virgen María (Lucas 1:26–38).

Algunos han cuestionado la virginidad de María. Dicen que la palabra que en Mateo 1:23 se traduce como “virgen” debería traducirse como *mujer joven*. Pero la palabra siempre significa *virgen* y no se la debe traducir de otra manera.

Tanto María como José pertenecían a la casa de David. Las profecías del Antiguo Testamento indicaban que el Mesías nacería de mujer (Génesis 3:15), de la simiente de Abraham (Génesis 22:18), de la tribu de Judá (Génesis 49:10) y de la familia de David (2 Samuel 7:12,13). La genealogía que presenta Mateo trazó la descendencia por medio de Salomón, mientras que Lucas la trazó por medio de Natán, otro de los hijos de David. Vale la pena notar que Jesucristo es el único judío vivo que puede en realidad probar su derecho al trono de David. Todos los demás registros fueron destruidos cuando los romanos conquistaron Jerusalén en el año 70 d.de C.

Para los judíos de esos días, el desposorio (compromiso) equivalía al matrimonio; excepto que los desposados no vivían juntos. Se les llamaba esposo y esposa, y al final del período de desposorio, se consumaba

14 Leales en Cristo

el matrimonio. Si una mujer desposada quedaba encinta, se consideraba adulterio (ve Deuteronomio 22:13–21). Pero José no castigó ni se divorció de María cuando descubrió que ella estaba encinta, porque el Señor le había revelado la verdad. Todo esto era cumplimiento de Isaías 7:14.

Antes de dejar esta importante sección, debemos considerar tres nombres dados al Hijo de Dios. El nombre “Jesús” significa *Salvador* y proviene del nombre hebreo Josué (Jehová es mi salvación). Había muchos judíos que tenían por nombre Josué (o, en griego, Jesús); pero el hijo de María se llamó Jesús el Cristo. La palabra “Cristo” significa *ungido*; es el equivalente griego de *Mesías*. El es Jesús el Mesías. Jesús es su nombre humano, Cristo es su título oficial y Emanuel describe quién es: “Dios con nosotros”. Jesucristo es Dios. Hallamos este nombre “Emanuel” en Isaías 7:14 y 8:8.

El Rey, entonces, era un hombre judío que también era el Hijo divino de Dios. Pero, ¿alguien reconoció su realeza? Sí; los sabios del Oriente vinieron a adorarlo.

El Homenaje al Rey (2:1–12)

Debemos confesar que sabemos muy poco acerca de estos magos. La palabra griega que se traduce “magos” se refiere a un grupo de eruditos que estudiaban las estrellas. El título los relaciona con la magia, pero probablemente eran más como astrólogos. Sin embargo, su presencia en el registro bíblico no es un respaldo divino a la astrología.

Dios les dio una señal especial, una estrella milagrosa que anunció el nacimiento del Rey. La estrella los guió a Jerusalén, en donde les fue dicho que la Palabra de Dios decía que el Rey nacería en Belén. Fueron a Belén y adoraron al niño Jesús.

No sabemos cuántos eran. Debido a que en Mateo 2:11 se mencionan tres regalos, algunos han dado por sentado que eran tres reyes del Oriente, aun cuando esto no es seguro. En todo caso, cuando llegaron con la caravana a Jerusalén, la ciudad entera se agitó.

Debemos tener presente que estos hombres eran *gentiles*. Desde el comienzo Jesús vino para ser “el Salvador del mundo” (Juan 4:42). Eran también ricos y eruditos; científicos por derecho propio. Ningún erudito que sigue la luz que Dios le da, puede evitar postrarse a los pies de Jesús para adorarlo. En Jesucristo “...están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3), “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).

Los reyes magos buscaban al Rey, pero Herodes temió a ese Rey y quiso destruirlo. Era Herodes el Grande, llamado rey por el senado romano debido a la influencia de Marco Antonio. Herodes era un hombre cruel y astuto que no permitía que nadie, ni siquiera su propia familia, interfiriera con su gobierno y se interpusiera en la satisfacción de sus perversos deseos. Asesino implacable, hizo asesinar incluso a su esposa y a los dos hermanos de ella porque sospechaba que lo traicionaban. Se casó por lo menos nueve veces para satisfacer su lujuria y fortificar sus lazos políticos.

No es sorpresa que Herodes tratara de matar a Jesús, porque quería ser el único rey de los judíos. Pero había otra razón. Herodes no era judío de pura sangre; era en realidad idumeo, descendiente de Esaú. Este es un cuadro del antiguo conflicto entre Esaú y Jacob, que empezó incluso antes de que estos nacieran (Génesis 25:19–34). Es lo espiritual contra lo carnal, lo divino contra lo mundano.

16 Leales en Cristo

Los reyes magos buscaban al Rey; Herodes se opuso al Rey; y los sacerdotes judíos ignoraron al Rey. Estos sacerdotes conocían las Escrituras y hablaban del Salvador ante otros, *pero no irían ellos mismos a adorarlo*. Citaron Miqueas 5:2 pero no lo obedecieron. Se hallaban apenas a diez kilómetros del Hijo de Dios y sin embargo no fueron a verlo. Los gentiles lo buscaron y lo hallaron, pero los judíos no.

El versículo 9 del capítulo 2 indica que la estrella milagrosa no siempre fue visible para los magos. Cuando empezaron su camino a Belén vieron de nuevo la estrella; y ella los guió a la casa donde estaba Jesús. Para entonces José, María y el Niño habían salido del refugio temporal donde nació el Señor Jesús (Lucas 2:7). Las escenas tradicionales del pesebre que presentan a los pastores junto con los magos no son fieles a la Biblia, puesto que los magos llegaron mucho más tarde.

Mateo cita una segunda profecía cumplida para demostrar que Jesucristo es el Rey (Mateo 2:5). *Cómo* nació era un cumplimiento de la profecía; *en dónde* nació era igualmente cumplimiento de la profecía. Belén significa *casa de pan* y allí fue donde el Pan de Vida vino al mundo (Juan 6:48ss). En el Antiguo Testamento Belén se asocia con David, quien era una prefiguración de Jesucristo en su sufrimiento y en su gloria.

Hostilidad Contra el Rey (2:13–18)

A una persona se la conoce no sólo por sus amigos, sino también por sus enemigos. Herodes pretendió querer adorar al recién nacido Rey (Mateo 2:8), cuando en realidad quería destruirlo. Dios le dijo a José que tomara al Niño y a María y huyera a Egipto. Egipto se hallaba cerca y allí había muchos judíos. Los tesoros recibidos de

los magos servirían para pagar con holgura los gastos del viaje y la estadía de José y María en Egipto. Pero también había otra profecía que debía cumplirse: Oseas 11:1, “De Egipto llamé a mi Hijo”.

La ira de Herodes fue evidencia de su arrogancia; no podía permitir que nadie se aprovechara de él, particularmente algunos eruditos gentiles. Esto le hizo matar a todos los niños menores de dos años que todavía estaban en Belén. No debemos pensar que se mataron cientos de niños, porque no había tantos niños de esa edad en una población tan pequeña como Belén. Aun hoy solamente viven alrededor de 20.000 personas allí. Es probable que murieron unos 20 niños. Pero, por supuesto, aunque fuera *uno* solo, es demasiado.

Mateo presenta aquí el tema de la hostilidad y lo enfoca en todo su libro. Satanás es mentiroso y homicida (Juan 8:44), así como lo fue el rey Herodes. Mintió a los magos y mató a los niños. Pero incluso este horrendo crimen era el cumplimiento de una profecía que se halla en Jeremías 31:15. Para poder comprender este cumplimiento, debemos repasar la historia judía.

La primera mención de Belén en las Escrituras es en relación a la muerte de Raquel, la esposa favorita de Jacob (Génesis 35:16–20). Raquel murió dando a luz a un hijo al que le puso por nombre Benoni, o sea, *hijo de mi tristeza*. Jacob le puso por nombre Benjamín, que quiere decir *hijo de mi diestra*. Ambos nombres hacen referencia a Jesucristo, porque fue “...varón de dolores, experimentado en quebranto...” (Isaías 53:3) y es ahora el Hijo de la diestra de Dios (Hebreos 1:3; Hechos 5:31). Jacob levantó un monumento para señalar la tumba de Raquel cerca de Belén.

La profecía de Jeremías fue pronunciada alrededor de 600 años antes de que Cristo naciera. Brotó del cautiverio

18 Leales en Cristo

de Jerusalén. Algunos de los cautivos fueron llevados a Ramá, en Benjamín, cerca de Jerusalén y esto le recordó a Jeremías la aflicción de Jacob cuando murió Raquel. Sin embargo, ahora es *Raquel* la que llora. Ella representaba a todas las madres de Israel que vieron a sus hijos ir al cautiverio. Es como si Raquel hubiera dicho: "Di mi vida para dar a luz a un hijo y ahora no hay más descendientes suyos".

Jacob vio a Belén como un lugar de muerte, pero el nacimiento de Jesús lo hizo un lugar de vida. Debido a la venida de Cristo, habría libertad espiritual para Israel y, en el futuro, el establecimiento del trono y reino de David. Israel, *el hijo de mi tristeza*, un día sería *el hijo de mi diestra*. Jeremías prometió a la nación que volverían a su tierra (Jeremías 31:16,17) y la promesa se cumplió. Pero le hizo una promesa mayor, que la nación volvería a ser reunida y que el reino se establecería (Jeremías 31:27ss). Esta promesa también se cumplirá.

Pocas personas hoy piensan en Belén como lugar de entierro; la ven como el lugar donde nació Cristo. Debido a que él murió por nosotros y resucitó, tenemos un futuro brillante. Viviremos por siempre con él en esa gloriosa ciudad en donde no hay muerte ni lágrimas.

La Humildad del Rey (2:19-23)

Herodes murió en el año 4 a. de C.; esto quiere decir que Jesús nació en algún momento entre los años 6 y 5 a. de C. Es imposible dejar de observar el paralelo entre Mateo 2:20 y Exodo 4:19, el llamamiento de Moisés. Como Hijo de Dios, Jesús estaba en Egipto y fue llamado para ir a Israel. Moisés estaba fuera de Egipto, escondiéndose para salvar su vida y fue llamado a regresar a Egipto. Pero en ambos casos estaba realizándose el

programa divino de redención. José y su familia tuvieron que armarse de valor para dejar Egipto y Moisés, para regresar a Egipto.

Arquelao era uno de los hijos de Herodes y había heredado el título de rey. Sin embargo, los judíos descubrieron que a pesar de sus promesas de bondad, Arquelao era más perverso que su padre. Así que enviaron a Roma una delegación para protestar contra su coronación. Augusto César estuvo de acuerdo con los judíos y estableció a Arquelao como etnarca [Jefe de una provincia Romana] de la mitad del reino de su padre. (Tal vez Jesús tenía en mente este fragmento de la historia cuando relató la parábola de las minas, en Lucas 19:11–27.)

El episodio entero es un buen ejemplo de cómo Dios dirige a sus hijos. José sabía que él y su familia no estarían más seguros bajo el gobierno de Arquelao de lo que habían estado bajo el gobierno de Herodes el Grande. Es probable que estuvieran ya de regreso a Belén cuando descubrieron que Arquelao ocupaba el trono. Es seguro que José y María oraron, esperaron y buscaron la voluntad de Dios. El sentido común les decía que debían tener cuidado; la fe les decía que esperaran. A su debido tiempo Dios le habló a José en un sueño y así llevó a su esposa y a su Hijo a Nazaret, donde habían vivido antes (Mateo 2:19,20).

Pero incluso esto cumplía la profecía. De nuevo, Mateo recalca que las Escrituras predecían todo detalle de la vida de Jesús. Es importante observar que Mateo no se refería en 2:23 tan solo a un profeta, sino que más bien dijo: “...para que se cumpliese lo que fue dicho por los *profetas...*” (plural).

No hay ninguna profecía específica que llame a Jesús *Nazareno*. Este era un término despectivo: “¿De Nazaret

20 Leales en Cristo

puede salir algo de bueno?” (Juan 1:46). En muchas profecías del Antiguo Testamento se menciona la vida humilde de rechazo que viviría el Mesías; y tal vez esto es lo que Mateo tenía en mente. (Ve Salmo 22; Isaías 53:2,3,8.) El término *nazareno* se le aplicó tanto a Jesús como a sus seguidores (Hechos 24:5); y con frecuencia se le llamó Jesús el Nazareno (Marcos 14:67; Juan 18:5,7). Pero tal vez Mateo, guiado por el Espíritu, vio una conexión espiritual entre el nombre Nazareno y la palabra hebrea *netzer*, que significa *renuevo* o *retoño*. Varios profetas le dieron este título a Jesús. (Ve Isaías 4:2; 11:1; Jeremías 23:5; 33:15; Zacarías 3:8; 6:12,13.)

Nuestro Señor creció en Nazaret y se identificó con esa población. Es más, sus enemigos pensaban que había nacido allí, porque dijeron que era galileo (Juan 7:50–52). Si hubieran investigado en los registros del templo, hubieran descubierto que había nacido en Belén.

¿Quién oyó jamás que un rey naciera en una aldea humilde y creciera en una población despreciada? La humildad del Rey es ciertamente algo que admirar e imitar (Filipenses 2:1–13).

Las Credenciales del Rey

Mateo 3—4

Pasaron unos 30 años entre el capítulo 2 y el capítulo 3 de Mateo, durante los cuales Jesús vivió en Nazaret y trabajó como carpintero (Mateo 13:55; Marcos 6:3). Pero llegó el tiempo para que empezara su ministerio público, que culminaría en la cruz. ¿Estaba todavía calificado para ser Rey? ¿Había ocurrido algo que lo descalificaría? En los capítulos 3 y 4, Mateo presentó los testimonios de cinco testigos, que atestiguaron que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Rey.

Juan el Bautista (3:1–15)

Por más de 400 años la nación no había oído la voz de un profeta. Entonces apareció Juan y ocurrió un gran avivamiento. Considera cuatro hechos respecto a Juan.

Su mensaje (3:1,2,7–10). La predicación de Juan se centraba en el arrepentimiento y en el reino de los cielos. La palabra arrepentirse quiere decir *cambiar de parecer y actuar en consonancia con ese cambio*. Juan no quedó satisfecho con el remordimiento. Quería “frutos dignos

22 Leales en Cristo

de arrepentimiento” (Mateo 3:8). Debía haber una evidencia de un cambio de opinión y de un cambio de vida.

Toda clase de personas acudían a oír a Juan predicar y a observar los grandes servicios bautismales que realizaba. Muchos publicanos y pecadores venían con sincera humildad (Mateo 21:31,32) pero los líderes religiosos rehusaban someterse. Pensaban que ya eran lo suficientemente buenos como para agradar a Dios; sin embargo Juan les llamó “generación de víboras”. Jesús usó el mismo lenguaje cuando trató con este grupo que se creían justos (Mateo 12:34; 23:33; Juan 8:44).

Los fariseos eran los tradicionalistas de esos días, mientras que los saduceos eran más liberales (ve Hechos 23:6–9). Los ricos saduceos controlaban los negocios del templo, al cual Jesús purificó. Estos dos grupos generalmente peleaban entre sí por el control de la nación, pero cuando se trató de oponerse a Jesucristo, fariseos y saduceos unieron sus fuerzas.

El mensaje de Juan era de juicio. Israel había pecado y necesitaba arrepentirse, y los líderes religiosos debían dar el ejemplo. El hacha se hallaba a la raíz del árbol; y si el árbol (Israel) no daba buen fruto, habría que cortarlo. (Ve Lucas 13:6–10). Si la nación se arrepentía, el camino quedaría preparado para la venida del Mesías.

Su autoridad (3:3,4). Juan cumplió la profecía dada en Isaías 40:3. En cierto sentido, él era el Elías que había de venir (Malaquías 4:5), porque vino “con el espíritu y poder de Elías” (Lucas 1:16,17.) Incluso se vestía como Elías y predicaba el mismo mensaje de juicio (2 Reyes 1:8). Juan fue el último de los profetas del Antiguo Testamento (Lucas 16:16) y el más grande de ellos (Mateo 11:7–15; ve 17:9–13).

Su bautismo (3:5,6,11,12). Los judíos bautizaban a los gentiles que se convertían, ¡pero Juan bautizaba judíos! Su bautismo fue autorizado por el cielo (Mateo 21:23–27); no fue algo que Juan inventó o tomó de otro. Era un bautismo de arrepentimiento, *mirando hacia* la venida del Mesías (Hechos 19:1–7). Ese bautismo cumplía dos propósitos: preparaba a la nación para Cristo y presentaba a Cristo ante la nación (Juan 1:31).

Pero Juan mencionó otros dos bautismos: un bautismo del Espíritu y un bautismo de fuego (Mateo 3:11). El bautismo del Espíritu vino en Pentecostés (Hechos 1:5, pero debemos tener en cuenta que Jesús no dijo *nada* en cuanto al fuego). Hoy, cada vez que un pecador confía en Cristo, nace de nuevo e inmediatamente es bautizado por el Espíritu en el cuerpo de Cristo, la Iglesia (1 Corintios 12:12,13). En contraste, el bautismo de fuego se refiere al juicio futuro, tal como Mateo lo explica (3:12).

Su obediencia (3:13–15). Jesús no se bautizó porque fuera un pecador arrepentido. Incluso el mismo Juan trató de impedirlo, pero el Señor sabía que era la voluntad de su Padre. ¿Por qué se bautizó Jesús? Porque, su bautismo fue una aprobación del ministerio de Juan y fue una identificación con los publicanos y pecadores; es decir, aquellos a quienes vino a salvar. Pero principalmente su bautismo ilustraba su futuro bautismo en la cruz (Mateo 20:22; Lucas 12:50) cuando todas las “ondas y olas” del juicio de Dios caerían sobre él (Salmos 42:7; Jonás 2:3).

De este modo Juan el Bautista dio testimonio de Jesucristo como el Hijo de Dios y también como el Cordero de Dios (Juan 1:29). Debido al testimonio de Juan, muchos pecadores confiaron en Jesucristo (Juan 10:39–42).

24 Leales en Cristo

El Espíritu Santo (3:16)

La venida del Espíritu Santo como una paloma identificó a Jesús ante Juan (Juan 1:31–34) y también le aseguró a Jesús al empezar su ministerio que el Espíritu Santo siempre estaría con él (Juan 3:34). La paloma es un símbolo hermoso del Espíritu de Dios en su pureza y en su ministerio de paz. La primera vez que vemos a una paloma en las Escrituras es en Génesis 8:6–11. Noé envió dos aves, un cuervo y una paloma; pero solo la paloma regresó. El cuervo representaba a la carne; había abundante comida fuera del arca para el cuervo. Pero la paloma no se contamina con carroña, así que regresó al arca. La segunda vez que Noé envió a la paloma, ésta volvió con una rama de olivo, símbolo de paz. La tercera vez, la paloma no volvió.

Hay tal vez otro cuadro aquí. El nombre Jonás quiere decir *paloma* y él también experimentó un bautismo. Jesús usó a Jonás como un ejemplo de sí mismo en lo referente a su muerte, sepultura y resurrección (Mateo 12:38–40). Jonás fue enviado a los gentiles y Jesús ministraría a los gentiles.

El Padre (3:17)

En tres ocasiones el Padre habló desde el cielo: en el bautismo de Cristo, en la transfiguración (Mateo 17:3) y cuando Cristo se acercaba a la cruz (Juan 12:27–30). En el pasado Dios le habló *a* su Hijo; hoy nos habla *por medio* de su Hijo (Hebreos 1:1,2).

La declaración del Padre dada desde el cielo parece ser un eco del Salmo 2:7: “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy”. Hechos 13:33 nos dice que este *engendrar* se refiere a su resurrección de los muertos y no a su nacimiento en Belén. Esta declaración encaja

perfectamente con la experiencia bautismal del Señor en su muerte, sepultura y resurrección.

Pero la declaración del Padre también relaciona a Jesucristo con el *siervo sufriente* profetizado en Isaías 40—53. En Mateo 12:18, el escritor cita a Isaías 42:1—3, en donde al Mesías siervo se le llama “mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”. El siervo descrito en Isaías es humilde, es rechazado, sufre y muere, pero también sale victorioso. Mientras que en estos *cantos del siervo* se puede ver en forma tenue a la nación de Israel, es al Mesías, Jesucristo, a quien revelan más claramente. De nuevo vemos la conexión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Finalmente, la declaración del Padre aprobó todo lo que Jesús había hecho hasta ese entonces. Los años ocultos en Nazaret fueron años que agradaron al Padre. Ciertamente el elogio del Padre fue un gran estímulo para el Hijo al empezar su ministerio.

Satanás (4:1—11)

De su elevada y santa experiencia de bendición en el Jordán, Jesús fue llevado al desierto para ser probado. Jesús no fue tentado para que el Padre pudiera descubrir algo respecto al Hijo, porque ya había expresado su aprobación divina. Jesús fue tentado para que toda criatura en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra supiera que Jesucristo es el Conquistador. Jesús desenmascaró a Satanás y sus tácticas, y lo derrotó. Debido a su victoria, nosotros podemos vencer al tentador.

Así como el primer Adán se enfrentó con Satanás, el postrer Adán también le hizo frente al enemigo (1 Corintios 15:45). Adán encontró a Satanás en un hermoso huerto, pero Jesús le hizo frente en un terrible desierto. Adán tenía

26 Leales en Cristo

todo lo que necesitaba, pero Jesús tenía hambre después de haber ayunado por 40 días. Adán perdió la batalla y hundió a la humanidad en el pecado y la muerte. Jesús ganó la batalla y derrotó a Satanás en otras batallas, culminando con su victoria final en la cruz (Juan 12:31; Colosenses 2:15).

La experiencia de tentación de nuestro Señor le preparó para ser nuestro sumo sacerdote, lleno de compasión (Hebreos 2:16–18; 4:15,16). Es importante observar que Jesús enfrentó al enemigo *como hombre*, no como el Hijo de Dios. Sus primeras palabras fueron: “No sólo de pan vivirá el hombre”. No debemos pensar que Jesús usó sus poderes divinos para vencer al enemigo, porque eso fue precisamente lo que el enemigo quería que él hiciera. Jesús usó los recursos espirituales que nosotros tenemos disponibles hoy: el poder del Espíritu Santo de Dios (Mateo 4:1) y el poder de la Palabra de Dios (“Escrito está”). Jesús no tenía en su naturaleza nada que le pudiera haber dado cabida a Satanás (Juan 14:30), sin embargo sus tentaciones fueron genuinas. La tentación incluye *la voluntad* y Jesús vino para hacer la voluntad del Padre (Hebreos 10:1–9).

La primera tentación (4:1–4) tenía que ver con el amor y la voluntad de Dios. “Ya que eres el amado Hijo de Dios, ¿por qué tu Padre no te alimenta? ¿Por qué te puso en este terrible desierto?” Esta tentación suena como las palabras de Satanás a Eva en Génesis 3. Es una sugerencia artera de que el Padre no nos ama.

Pero había otra sugerencia: “Usa tu poder divino para suplir tus propias necesidades”. Cuando ponemos nuestras necesidades físicas por encima de nuestras necesidades espirituales, pecamos. Cuando permitimos que las circunstancias dicten nuestras acciones, en lugar de seguir la voluntad de Dios, pecamos. Jesús pudo haber convertido

las piedras en pan, pero al hacerlo, hubiera estado ejerciendo sus poderes *independientemente del Padre*; y había venido para obedecer al Padre (Juan 5:30; 6:38).

Para derrotar a Satanás el Señor citó Deuteronomio 8:3. Alimentarse con la Palabra de Dios y obedecerla es más importante que consumir alimento físico. De hecho, *es nuestra comida* (Juan 4:32–34).

La segunda tentación (4:5–7) fue incluso más sutil. Esta vez Satanás también usó la Palabra de Dios. “Así que tratas de vivir según las Escrituras”, implicó, “entonces déjame mencionarte un versículo bíblico y veamos si lo obedeces”. Satanás llevó al Señor Jesús al pináculo del templo, probablemente como a unos 150 metros de altura sobre el valle del Cedrón. Satanás entonces citó parte del Salmo 91:11,12, en donde Dios promete cuidar a los suyos. “Si realmente crees en las Escrituras, entonces, ¡salta! ¡Veamos si el Padre te cuida!”

Ahora, observa con cuidado la respuesta de nuestro Señor: “Escrito está TAMBIEN...” (Mateo 4:7, énfasis mío). Nunca debemos divorciar una porción de la Escritura del resto, sino que siempre debemos comparar lo espiritual con lo espiritual (1 Corintios 2:13). Por medio de la Biblia podemos probar casi cualquier cosa *si* aislamos textos del contexto y los convertimos en pretextos. Al citar el Salmo 91 Satanás había omitido astutamente la frase “en todos tus caminos”. Cuando el hijo de Dios está siguiendo la voluntad de Dios, el Padre le protegerá. Dios cuida a los que andan en sus caminos.

Jesús replicó usando Deuteronomio 6:16: “No tentarás al Señor tu Dios”. Tentamos a Dios cuando nos colocamos en circunstancias que le obligan a efectuar milagros a nuestro favor. El diabético que rehusa tomar insulina y aduce “Jesús me cuidará” puede estar tentando al Señor.

28 Leales en Cristo

Tentamos al Señor cuando tratamos de obligarle a contradecir su propia Palabra. Es importante que nosotros, los creyentes, leamos *toda* la Biblia y estudiemos *todo* lo que Dios tiene que decir, porque *toda* ella es útil para la vida diaria (2 Timoteo 3:16,17).

La tercera tentación (4:8–11) le ofreció a Jesús un atajo a su reino. Jesús sabía que sufriría y moriría antes de entrar a su gloria (Lucas 24:26; 1 Pedro 1:11; 5:1). Si se postrara y adorara a Satanás *sólo una vez* (ésta es la fuerza del verbo en griego), podría disfrutar de toda la gloria sin tener que atravesar los sufrimientos. Satanás siempre ha querido adoración, porque siempre ha querido ser Dios (Isaías 14:12–14). Adorar a la criatura antes que al Creador es la mentira que rige hoy en nuestro mundo (Romanos 1:24,25).

No hay atajos a la voluntad de Dios. Si queremos participar de su gloria, debemos compartir también de su sufrimiento (1 Pedro 5:10). Como príncipe de este mundo, Satanás podría ofrecerle a Cristo estos reinos (Juan 12:31; 14:30), pero Jesús no necesitaba lo que Satanás le ofrecía. El Padre ya le había prometido el reino. “Pídeme, y te daré por herencia las naciones” (Salmo 2:8). Hallarás la misma promesa en el Salmo 22:22–31 y ése es el salmo de la cruz.

Nuestro Señor replicó citando Deuteronomio 6:13: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás”. Satanás no había dicho nada acerca de servicio, pero Jesús sabía que serviríamos el objeto de nuestra adoración, cualquiera que fuera. La adoración y el servicio van juntos.

Satanás se alejó, como enemigo derrotado; pero no cesó de tentar a Jesús. Podríamos traducir Lucas 4:13: “Y cuando el diablo hubo acabado toda posible clase de tentación, se alejó de él hasta un momento más propicio”. Por medio de Pedro, Satanás tentaría de nuevo a Jesús a que abandonara

la cruz (Mateo 16:21–23); y por medio de la multitud a la que había alimentado, le tentaría a un reino fácil (Juan 6:15). Una victoria jamás garantiza libertad de otras tentaciones. Más bien, toda victoria que experimentamos sólo hace que Satanás lo intente con más fuerza.

Observa que el relato de Lucas invierte el orden de la segunda y tercera tentación, en comparación con el relato de Mateo. La palabra “entonces” en Mateo 4:5 parece indicar secuencia. Lucas usa solamente la conjunción sencilla “y”, y no implica secuencia alguna. El mandamiento de nuestro Señor al final de la tercera tentación (“Vete, Satanás”) es prueba de que Mateo siguió el orden cronológico. No hay contradicción alguna, puesto que Lucas no aduce seguir la secuencia.

Después de que Jesucristo hubo derrotado a Satanás, estaba listo para empezar su ministerio. Ningún hombre tiene derecho de exigir obediencia a otro si él mismo no ha sido obediente. Nuestro Señor demostró ser el Rey perfecto cuya soberanía merece nuestro respeto y obediencia. Pero, fiel a su propósito, Mateo tenía aún otro testigo al cual llamar para probar la realeza de Jesucristo.

El Ministerio Poderoso de Cristo (4:12–15)

Mateo ya nos ha mostrado que todo detalle de la vida de nuestro Señor estaba controlado por la Palabra de Dios. Recuerda que entre el final de la tentación y la declaración de Mateo 4:12, tiene lugar el ministerio descrito en Juan 1:19—3:36. No debemos pensar que Juan el Bautista fue encarcelado inmediatamente después de la tentación de nuestro Señor. Mateo escribió el libro *por temas*, no según la cronología.

En el versículo 16, Mateo citó a Isaías (ve Isaías 9:1,2). El profeta escribió acerca de un pueblo que andaba en

30 Leales en Cristo

tinieblas, pero cuando Mateo citó el pasaje, la situación era tan desalentadora que el pueblo estaba *asentado* en tinieblas. Jesucristo les trajo la luz. Estableció el centro de su ministerio en Capernaum, en Galilea de los gentiles; lo cual es otra referencia al alcance universal del mensaje del evangelio. En Galilea había una población mixta que los ciudadanos judíos de Judea despreciaban.

¿Cómo trajo Jesús esta luz a Galilea? En Mateo 4:23 se nos dice que lo hizo mediante su enseñanza, predicación y sanidades. Este énfasis se halla a menudo en el Evangelio de Mateo; ve 9:35; 11:4,5; 12:15; 14:34–36; 15:30; 19:2. Mateo indica claramente que Jesús sanó “toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4:23). ¡Para él no había ningún caso demasiado difícil!

Como resultado de estos grandes milagros Jesús se hizo famoso y atrajo a muchos seguidores de muchas regiones. Siria se refiere a la región al norte de Galilea. Decápolis quiere decir diez ciudades; era un distrito que abarcaba diez poblaciones construidas originalmente por los seguidores de Alejandro Magno. Esta región se hallaba al noroeste de Galilea. Más allá del Jordán quiere decir Perea, al oriente del Jordán. Las noticias se esparcieron rápidamente y los que tenían amigos y parientes enfermos los trajeron a Jesús para que los sanara.

Mateo menciona algunos casos en el versículo 24. “Enfermedades y tormentos” puede indicar casi cualquier enfermedad. Por supuesto, nuestro Señor con frecuencia libró de los demonios a diferentes personas. El término “lunático” no se refiere a personas desquiciadas mentales. Más bien, se la usaba para describir a los enfermos de epilepsia (ve Mateo 17:15).

Los milagros de sanidad fueron solamente una parte del ministerio de Cristo en Galilea; también enseñó y

predicó la Palabra. La luz que Isafías había prometido era la luz de la Palabra de Dios, así como la luz de su vida perfecta y ministerio compasivo. La palabra “predicar” en los versículos 17 y 23 quiere decir *anunciar como heraldo*. Jesús proclamó con autoridad las buenas nuevas de que el reino de los cielos se había acercado.

La frase “el reino de los cielos” se halla 32 veces en el Evangelio de Mateo. La frase “el reino de Dios” se halla sólo 5 veces (Mateo 6:33; 12:28; 19:24; 21:31,43). Por reverencia al santo nombre del Señor, los judíos nunca pronunciaban al nombre de Dios, sino que lo sustituían por la palabra cielo. El hijo pródigo confesó que había pecado contra el cielo, queriendo decir, por supuesto, contra Dios. En muchos lugares en donde Mateo usa *el reino de los cielos*, los pasajes paralelos en Marcos y Lucas usan *el reino de Dios*.

En el Nuevo Testamento la palabra “reino” quiere decir *gobierno, reinado, autoridad*, más que un lugar o región específicos. La frase “el reino de los cielos” se refiere al gobierno de Dios. Los líderes judíos querían un líder político que los librara de Roma, pero Jesús vino para traer un gobierno *espiritual* a los corazones de la gente. Pero, como ya hemos visto, esto no niega la realidad de un futuro reino.

Jesús no sólo proclamó las buenas nuevas y enseñó a la gente la verdad de Dios, también llamó a unos discípulos para prepararlos para la obra del reino. En Mateo 4:17–22 leemos del llamamiento de Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, hombres que ya habían conocido a Jesús y habían confiado en él (Juan 1:29–42). Habían regresado a su negocio de la pesca, pero él vino y los llamó para que dejaran su negocio y le siguieran. Los detalles de este llamamiento se pueden ver en Marcos 1:16–20 y Lucas 5:1–11.

32 Leales en Cristo

El término “pescadores de hombres” no era nuevo. Por siglos los filósofos griegos y romanos lo habían usado para describir el trabajo del hombre que trata de *pescar* a otros mediante la enseñanza y la persuasión. Pescar hombres era apenas uno de los muchos cuadros bíblicos de la evangelización y no debemos limitarnos sólo a este. Jesús también habló del pastor buscando la oveja perdida (Lucas 15:1–7) y de los obreros en la mies (Juan 4:34–38). Puesto que estos cuatro hombres estaban dedicados al oficio de la pesca, era lógico que Jesús usara estas expresiones.

Jesús tenía cuatro o posiblemente siete hombres en el grupo de discípulos que eran pescadores profesionales (ve Juan 21:1–3). ¿Por qué llamaría Jesús a tantos pescadores? Por un lado, los pescadores eran gente activa. Por lo general los pescadores profesionales no se quedaban sentados sin hacer nada. Tenían que seleccionar la pesca, prepararse para pescar, o remendar el equipo. El Señor necesitaba personas ocupadas que no le tuvieran miedo al trabajo.

Los pescadores deben ser personas pacientes y valientes. Así también se requiere de paciencia y valor para ganar a otros para Cristo. Los pescadores deben tener destreza. Deben aprender de otros en dónde hallar a los peces y cómo pescarlos. El ganar almas también exige destreza. Estos hombres deben trabajar juntos y la obra del Señor exige cooperación. Pero, sobre todo, la pesca exige fe; los pescadores no pueden ver a los peces y no están seguros de si sus redes los atraparán. Así que, ganar almas requiere fe y una mente alerta, porque si no, se fracasará en el empeño.

Mateo nos ha presentado a la persona del Rey. Todo testigo afirma: “¡Este es el Hijo de Dios, éste es el Rey!”

Los Principios del Rey: Justicia Verdadera

Mateo 5

De los mensajes que Jesús predicó, el Sermón del Monte es uno de los que ha sido malentendido por muchas personas hasta hoy. Hay quienes dicen que es el plan divino de salvación y si esperamos algún día llegar al cielo debemos obedecer estas reglas. Otros lo llaman la carta magna para la paz mundial y suplican a las naciones que la acepten. Todavía otros dicen que el Sermón del Monte ya no se aplica a los tiempos actuales, pero que tendrá aplicación en algún tiempo en el futuro, tal vez durante la tribulación o en el milenio.

Siempre he pensado que Mateo 5:20 es la clave para este importante sermón: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. El principal tema es la verdadera justicia. Los líderes religiosos tenían una justicia artificial, externa, basada en la ley. Pero la justicia que Jesús describe es genuina y vital, empieza desde adentro, en el corazón. Los fariseos se preocupaban por los detalles minuciosos de la conducta, pero descuidaban

34 Leales en Cristo

las principales cuestiones del *carácter*. La conducta brota del carácter.

Cualquiera que pudiera ser la aplicación del Sermón del Monte a los problemas del mundo, o a eventos futuros, es cierto que se aplica a nosotros hoy. Jesús dio este mensaje a los creyentes, no en forma global al mundo inconverso. Lo que se enseña en el Sermón del Monte se repite en las epístolas del Nuevo Testamento para la Iglesia de hoy. Jesús dio estas palabras originalmente a sus discípulos (v.1) y ellos las comparten con nosotros.

En este capítulo Jesús dio tres explicaciones de lo que es la justicia espiritual verdadera.

¿Qué es la verdadera justicia? (5:1–16)

Siendo él, Maestro por excelencia, nuestro Señor no empezó este importante sermón con una crítica negativa a los escribas y fariseos. Empezó con un énfasis positivo sobre el carácter justo y las bendiciones que eso produce en la vida del creyente. Los fariseos enseñaban que la justicia era algo externo, como es obedecer las leyes y los reglamentos. La justicia se podía medir en oraciones, ofrendas, ayunos, etc. En las bienaventuranzas, Jesús describe el carácter cristiano que fluye desde el interior.

Imagínate cómo se concentró la atención de la multitud en Jesús cuando él pronunció la primera palabra “bienaventurados”. Esta era una palabra poderosa para los que oían a Jesús ese día. Para ellos quería decir *gozo divino y perfecta felicidad*. La palabra no se usaba para los seres humanos; describía la clase de alegría que experimentaban sólo los dioses o los muertos. “Bienaventurados” implicaba una satisfacción y suficiencia internas que no dependían de las circunstancias externas. Eso es lo que el Señor les ofrece a los que confían en él.

Las bienaventuranzas describen las actitudes que deben verse en nuestra vida hoy. Aquí se describen cuatro actitudes.

Nuestra actitud hacia nosotros mismos (5:3). Ser pobre en espíritu quiere decir ser humilde, tener una opinión correcta de uno mismo (Romanos 12:3). Pobre en espíritu es lo opuesto de las actitudes de autoalabanza y autoafirmación que el mundo promueve. No es una falsa humildad que dice: “¡No valgo para nada! ¡No puedo hacer nada!” Es franqueza con uno mismo: nos conocemos, nos aceptamos y tratamos de ser nosotros mismos para la gloria de Dios.

Nuestra actitud hacia nuestros pecados (5:4–6). Lamentamos el pecado y lo detestamos. Vemos el pecado de la manera que Dios lo ve y tratamos el pecado de la manera que Dios lo trata. Los que cubren su pecado o lo defienden, tienen la actitud equivocada. No sólo debemos lamentar nuestros pecados, sino que con toda humildad debemos someternos a Dios (ve Lucas 18:9–14; Filipenses 3:1–14).

Mansedumbre no es debilidad, porque tanto Moisés como Jesús fueron mansos (Números 12:3; Mateo 11:29). La palabra que se traduce “manso” la usaban los griegos para describir a un caballo que ya había sido domado. Se refiere a poder bajo control.

Nuestra actitud hacia el Señor (5:7–9). Cuando confiamos en Cristo experimentamos la misericordia de Dios (Efesios 2:4–7), él nos da un corazón limpio (Hechos 15:9) y paz interior (Romanos 5:1). Al recibir su misericordia, la ofrecemos a otros. Tratamos de mantener nuestros corazones puros para poder ver a Dios en nuestra vida hoy; y nos convertimos en pacificadores en un mundo atormentado y en canales de la misericordia, pureza y paz de Dios.

Nuestra actitud hacia el mundo (5:10–16). No es fácil ser un creyente consagrado. Nuestra sociedad no es amiga de Dios ni del pueblo de Dios. Nos guste o no, existen

36 Leales en Cristo

conflictos entre nosotros y el mundo. ¿Por qué?, porque somos diferentes del mundo y tenemos actitudes diferentes.

Al leer las bienaventuranzas hallamos que representan una perspectiva radicalmente diferente de la del mundo. El mundo elogia el orgullo, no la humildad. El mundo respalda el pecado, especialmente si logras salirte con la tuya. El mundo está en guerra contra Dios, mientras que Dios está procurando reconciliar a sus enemigos y convertirlos en sus hijos. Debemos esperar ser perseguidos *si* estamos viviendo como Dios quiere que vivamos. Pero debemos asegurarnos de que nuestro sufrimiento no se debe a nuestra propia necesidad o desobediencia.

¿Cómo se produce la verdadera justicia? (5:17–20)

Es muy posible que la multitud después de haber oído la descripción que dio Jesús de la clase de persona que Dios bendice, haya pensado: “Pero nunca podremos alcanzar esa clase de carácter. ¿Cómo podemos alcanzar esa justicia?, ¿de dónde viene?” Se preguntaban cómo se relacionaban esas enseñanzas con lo que se les había enseñado a través de toda la vida. ¿Qué hay de Moisés y la Ley?

En la Ley mosaica Dios reveló las normas que conducen a la vida santa. Los fariseos defendían la Ley y trataban de obedecerla. Pero Jesús dijo que la verdadera justicia que agrada a Dios debe *exceder* la de los escribas y fariseos. Para la gente común los escribas y fariseos eran los más santos de la comunidad. Si ellos no la habían alcanzado, ¿qué esperanza había para los demás?

Jesús explicó su propia actitud hacia la Ley al describir tres posibles relaciones.

Podemos tratar de destruir la Ley (5:17a). Los fariseos pensaban que Jesús estaba haciendo esto. Para empezar,

su autoridad no procedía de ninguno de los líderes o escuelas reconocidas. En lugar de enseñar *valiéndose de* las autoridades, como lo hacían los escribas y fariseos, Jesús enseñaba *con autoridad*.

No sólo en su autoridad, sino también en su *actividad*, Jesús parecía desafiar a la Ley. Deliberadamente sanaba a las personas en el día de reposo y no observaba las tradiciones de los fariseos. Las *asociaciones* de nuestro Señor parecían contrarias a la Ley, porque era amigo de publicanos y pecadores.

Sin embargo, eran los fariseos los que estaban destruyendo la Ley. Con sus tradiciones le privaban al pueblo de la Palabra de Dios; con sus vidas hipócritas desobedecían la misma Ley que aducían proteger. Los fariseos pensaban que estaban *guardando* la Palabra de Dios, cuando en realidad estaban *preservándola*, es decir, embalsamándola para que ya no tuviera vida. Su rechazo de Cristo cuando vino a la tierra demostró que la verdad interna de la Ley no había penetrado en sus corazones.

Jesús dijo claramente que él había venido para respetar la Ley y ayudar al pueblo de Dios a amarla, aprenderla y ponerla en práctica. No aceptaría la justicia artificial de los líderes religiosos, puesto que no era sino una simulación externa. Su religión era un ritual muerto, no una relación viva; era artificial, no se reproducía en otros de una manera viva y práctica. Los hacía arrogantes, no humildes; llevaba a la esclavitud, no a la libertad.

Podemos tratar de cumplir la Ley (5:17b). Jesucristo cumplió la Ley de Dios en todos los aspectos de su vida. La cumplió en su nacimiento porque nació “bajo la ley” (Gálatas 4:4). Sus padres cumplieron con él todos los ritos prescritos para los niños judíos. En su vida como adulto es cierto que cumplió la Ley, porque nadie jamás pudo

38 Leales en Cristo

acusarle de pecado. Aunque no se sometió a las tradiciones de los fariseos y escribas, siempre hizo lo que la Ley ordenaba. El Padre tenía contentamiento en su Hijo (Mateo 3:17; 17:5).

Jesús también cumplió la Ley en su enseñanza. Fue esto lo que le puso en conflicto con los líderes religiosos. Cuando empezó su ministerio Jesús halló que la Palabra viva de Dios estaba recubierta con la costra de las tradiciones e interpretaciones hechas por el hombre. Jesús destrozó esta gruesa costra de religión y llevó a la gente de regreso a la Palabra de Dios. Entonces abrió para ellos la Palabra de una manera nueva y viva. Ellos estaban acostumbrados a la *letra* de la Ley, no a la *médula* interna de vida.

Pero fue en su muerte y resurrección que Jesús cumplió la ley de manera especial. Llevó sobre sí la maldición de la Ley (Gálatas 3:13). Cumplió con los tipos y ceremonias del Antiguo Testamento de modo que el pueblo de Dios no estuviese obligado a cumplirlos (ve Hebreos 9,10). Puso a un lado el antiguo pacto y trajo uno nuevo.

Jesús no destruyó la Ley luchando contra ella; la destruyó *al cumplirla*. Tal vez esta ilustración lo aclare: Si tengo una semilla, puedo destruirla de dos maneras. Puedo ponerla sobre una piedra y triturarla con un martillo; o puedo sembrarla y dejar que *cumpla su propósito por sí misma* y se convierta en un roble.

Cuando Jesús murió rompió el velo del templo y abrió el camino al Lugar Santísimo (Hebreos 10:19). Rompió la pared que separaba judíos y gentiles (Efesios 2:11–13). Debido a que Cristo cumplió la Ley, ya no necesitamos templos hechos de manos (Hechos 7:48ss), ni ritos religiosos (Colosenses 2:10–13).

¿Cómo podemos cumplir la Ley? Lo hacemos al rendirnos al Espíritu Santo y permitirle que obre en nuestra

vida (Romanos 8:1–3). El Espíritu Santo nos capacita para que experimentemos la justicia de la ley en la vida diaria. Esto no quiere decir que viviremos una vida perfecta y sin pecado, sino, que Cristo vive su vida en nosotros por el poder de su Espíritu (Gálatas 2:20).

Cuando leemos las bienaventuranzas vemos el carácter perfecto de Jesucristo. Aunque Jesús nunca tuvo que lamentar pecados, puesto que nunca pecó, sin embargo fue “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Nunca tuvo hambre y sed de justicia, puesto que era el santo Hijo de Dios, pero sí se deleitaba en la voluntad de su Padre y encontraba satisfacción al obedecerla (Juan 4:34). La única manera en que podemos experimentar la justicia de las bienaventuranzas es mediante el poder de Cristo.

Podemos tratar de poner en práctica la Ley y enseñarla (5:19). Esto no quiere decir que nos especializamos en el Antiguo Testamento y hacemos caso omiso del Nuevo. Segunda de Corintios 3 dice claramente que nuestro ministerio es del *Nuevo* pacto. Pero sí, hay un ministerio apropiado para la Ley (1 Timoteo 1:9ss) que no contradice al glorioso mensaje de la gracia de Dios. Jesús quiere que sepamos más de la justicia de Dios, que la obedezcamos y que la demos a conocer a otros. La ley moral de Dios no ha cambiado. De los Diez Mandamientos, nueve se repiten en las epístolas del Nuevo Testamento y son mandatos para los creyentes. (La excepción es el mandamiento del día de reposo, que fue dado como señal a Israel; ve Nehemías 9:14).

No obedecemos una ley externa por temor. No, los creyentes de hoy obedecen una ley interna y *viven* por amor. El Espíritu Santo nos enseña la Palabra y nos capacita para obedecerla. El pecado sigue siendo pecado

40 Leales en Cristo

y Dios todavía lo castiga. Es más, en esta edad presente somos *más* responsables debido a que se nos ha enseñado y se nos ha dado más.

Cómo funciona la justicia en la vida diaria (5:21–48)

Jesús tomó seis leyes importantes del Antiguo Testamento y las interpretó para su pueblo a la luz de la nueva vida que les vino a dar. Hizo un cambio fundamental sin alterar las normas de Dios: Trató con las actitudes e intenciones del corazón y no solamente con la acción externa. Los fariseos decían que la justicia consistía en hacer ciertas acciones, pero Jesús dijo que se centraba en las actitudes del corazón.

En cuanto al pecado, los fariseos tenían una lista de acciones externas que eran pecado, pero Jesús explicó que el pecado brota de las actitudes del corazón. La ira es homicidio en el corazón; la lujuria es adulterio en el corazón. La persona que dice que vive según el Sermón del Monte, tal vez no se percata que el Sermón del Monte es *más difícil* de guardar que los Diez Mandamientos originales.

Homicidio (5:21–26; Exodo 20:13). He leído que uno de cada 35 muertes en la ciudad de Chicago es un homicidio y que la mayoría de los homicidios son *crímenes pasionales*, motivados por ira entre amigos o parientes. Jesús no dijo que la ira conduce al homicidio, sino que la ira *es* homicidio.

Hay una ira santa contra el pecado (Efesios 4:26), pero Jesús hablaba de una ira no santa contra las personas. La palabra que usó en Mateo 5:22 quiere decir una ira persistente, malicia que se alimenta desde adentro. Jesús describió una experiencia de pecado que tiene lugar en varias etapas. Primero hay una *ira sin causa*. Esta ira explota en *palabras*: “¡Necio; cabeza hueca!” Estas palabras añaden leña al fuego y así la persona exclama: “¡Fatuo!”

La ira es una necesidad. Nos convierte en personas de destrucción en lugar de edificación, nos roba la libertad y nos hace prisioneros. Odiar a alguien es cometer homicidio en el corazón (1 Juan 3:15).

Esto no quiere decir que debemos ir de todas maneras y asesinar a la persona a quien aborrecemos, puesto que de todas maneras ya hemos pecado en el corazón. Obviamente, los sentimientos de pecado no son excusa para obras de pecado. La ira nos priva de la comunión tanto con Dios como con nuestros hermanos, pero no nos conduce a la cárcel por haber cometido homicidio. Sin embargo, más de una persona se ha convertido en homicida por no haber podido controlar su cólera.

Debemos encarar sinceramente nuestra ira y confesarla a Dios como pecado. Debemos ir a nuestro hermano y solucionar el problema y debemos hacerlo rápidamente. La situación empeora mientras más esperemos para reconciliarnos y nos ponemos a nosotros mismos en terrible esclavitud. (Ve consejo adicional en Mateo 18:15–20). Bien se ha dicho que el que rehúsa perdonar a su hermano destruye el mismo puente por el cual tendrá que cruzar.

Adulterio (5:27–30; Exodo 20:14). Jesús confirmó la ley divina de la pureza y explicó que la intención de esta ley era revelar la santidad de la relación sexual y la pecaminosidad del corazón humano. Dios creó el sexo y lo protege. Tiene la autoridad para regularlo y para castigar al que se rebela contra sus leyes. No regula las relaciones sexuales porque quiere privarnos de algo, sino más bien porque quiere bendecirnos. Cuando Dios dice que no, es para poder decir que sí.

La impureza sexual empieza en el corazón. De nuevo, Jesús no está diciendo que los deseos lujuriosos son

42 Leales en Cristo

idénticos a las obras de inmoralidad sexual y que por consiguiente una persona bien puede ir y cometer adulterio. El deseo y la acción no son idénticos, pero, hablando espiritualmente, son equivalentes. El *mirar* que Jesús mencionó no es el vistazo casual, sino fijar la mirada *con el propósito de desear lujuriosamente*. Es posible que un hombre pueda ver a una mujer y advertir que es hermosa, pero sin desearla sexualmente. El hombre que Jesús describió se queda mirando a una mujer *con el propósito de alimentar sus apetitos sensuales*. No era algo accidental, sino planeado.

¿Cómo obtenemos la victoria?, purificando los deseos del corazón (el apetito lleva a la acción) y disciplinando las acciones del cuerpo. Obviamente, nuestro Señor no está hablando de cirugía literal. Esto no resolvería el problema del corazón. El ojo y la mano son usualmente los culpables cuando se trata de pecados sexuales, así que, debemos disciplinarlos. Jesús dijo: “¡Trata de inmediato y decisivamente con el pecado!, no lo encubras; ¡córtalo!” La cirugía espiritual es más importante que la cirugía física, porque el pecado del cuerpo puede conducir al juicio eterno. (Ve pasajes como Colosenses 3:5 y Romanos 6:13; 12:1,2; 13:14.)

Divorcio (5:31,32). Nuestro Señor trató con esto en gran detalle en 19:1–12 y lo consideraremos cuando estudiemos ese pasaje.

Juramentos (5:33–37; Levítico 19:12; Deuteronomio 23:23). Este es el pecado de usar juramentos para afirmar que lo que se dice es cierto. Los fariseos usaban toda clase de trucos para soslayar la verdad y los juramentos se hallaban entre esas tretas. Evitaban usar el santo nombre de Dios; pero juraban por la ciudad de Jerusalén, el cielo, la tierra o alguna parte del cuerpo.

Jesús enseñó que nuestra conversación debe ser sincera y nuestro carácter veraz, así que no necesitaremos utilizar juramentos para que la gente nos crea. La veracidad de nuestras palabras dependen de nuestro carácter y jurar no compensa la falta de carácter. “En las muchas palabras no falta pecado; Mas el que refrena sus labios es prudente” (Proverbios 10:19). Mientras más palabras usan para convencernos, más sospechas debería levantar.

Venganza (5:38–42; Levítico 24:19–22). La ley original era justa. Evitaba que las personas obligaran al ofensor a pagar más de lo que la ofensa merecía. También evitaba que la gente se vengara personalmente. Jesús reemplazó una ley con una actitud: estar dispuesto a sufrir daño antes que causar sufrimiento a otro. Por supuesto, aplicó esto a los *insultos personales*, no a los grupos o naciones. La persona que toma venganza por sí mismo, sólo consigue empeorar las cosas para sí y para el ofensor. El resultado es guerra y no paz.

Para poder poner la otra mejilla debemos quedarnos donde estamos, sin huir. Esto exige tanto fe como amor. También significa que nos dolerá; pero es mejor que nos duela por fuera antes que sufrir daño por dentro. También significa que *debemos tratar de ayudar al pecador*. Somos vulnerables, porque puede atacarnos de nuevo; pero también somos victoriosos, porque Jesús está a nuestro lado, ayudándonos y edificando nuestro carácter. Los psicólogos nos dicen que la violencia brota de la debilidad, no de la fuerza. Es el fuerte el que puede amar y sufrir el daño. Es el débil el que piensa solo en sí mismo y hace daño a otros para protegerse.

Amar a los enemigos (5:43–48; Levítico 19:17,18). La ley no enseñaba en ninguna parte que se odie a los enemigos. Pasajes como Exodo 23:4,5 indican precisamente lo opuesto. Jesús definió a nuestros enemigos como aquellos

44 Leales en Cristo

que nos maldicen, nos aborrecen y nos explotan egoístamente. Puesto que el amor cristiano es un acto de la voluntad y no simplemente una emoción, Jesús tiene el derecho de pedirnos que amemos a nuestros enemigos. Después de todo, él nos amó siendo nosotros aun sus enemigos (Romanos 5:10). Podemos mostrar este amor al bendecir a los que nos maldicen, haciéndoles bien y orando por ellos. Cuando oramos por nuestros enemigos, nos resulta más fácil amarlos. Esto elimina el veneno de nuestras actitudes.

Jesús dio varias razones para esta admonición. (1) Este amor es un rasgo de madurez, demostrando que somos *hijos* del Padre y no simplemente infantes. (2) Es parecerse a Dios. El Padre da buenas cosas incluso a los que se le oponen. El versículo 45 sugiere que nuestro amor crea un ambiente de bendición, que hace más fácil ganar a nuestros enemigos y convertirlos en amigos. El amor es como la luz del sol y la lluvia que el Padre envía por su gracia. (3) Es un testimonio ante otros. “¿Qué hacéis de más?” es una buena pregunta. Dios espera que vivamos en un nivel mucho más elevado que los perdidos del mundo, quienes devuelven bien por bien y mal por mal. Como creyentes, debemos devolver bien por mal como inversión de amor.

La palabra “perfectos” en el versículo 48 no implica *sin pecado*, porque eso es imposible en esta vida (aun cuando es una buena meta hacia la cual apuntar). Sugiere cabalidad y madurez como hijos de Dios. El Padre ama a sus enemigos y procura hacerlos sus hijos y nosotros debemos ayudarle.

Los Principios del Rey: Adoración Verdadera

Mateo 6

La verdadera justicia del reino debe aplicarse en las actividades de la vida diaria. Este es el énfasis del resto del Sermón del Monte. Jesús aplicó este principio a nuestra adoración a Dios (6:1–18), a nuestra relación a las cosas materiales (6:19–34) y a nuestras relaciones interpersonales (7:1–20).

Jesús también advirtió sobre el peligro de la hipocresía (6:2,5,16), el pecado de usar la religión para tapar el pecado. Un hipócrita no es la persona que no vive de sus elevados ideales, o que peca ocasionalmente; todos experimentamos estos fracasos. El hipócrita *deliberadamente* usa la religión para tapar sus pecados y buscar ganancia personal. La palabra griega que se traduce hipócrita originalmente significaba *un actor que usa una máscara*.

La justicia de los fariseos no era sincera. Practicaban su religión buscando el aplauso de los hombres, no buscando la recompensa divina. Pero la verdadera justicia brota desde adentro. Debemos ponernos a prueba para ver si somos sinceros en nuestra consagración cristiana.

En este capítulo Cristo aplicó esta prueba a cuatro aspectos diferentes de la vida.

Nuestras ofrendas (6:1-4)

Dar limosnas a los pobres, orar y ayunar eran disciplinas importantes en la religión de los fariseos. Jesús no condenó estas prácticas, sino que nos advirtió para que nos aseguremos de que brotan de un motivo correcto del corazón. Los fariseos usaban el dar limosnas para ganarse el favor ante Dios y la atención de los hombres, pero estos eran motivos equivocados. Ninguna cantidad de limosna u ofrenda puede comprar la salvación; porque la salvación es don de Dios (Efesios 2:8,9). Vivir buscando la alabanza de los hombres es una necedad porque la gloria humana no dura (1 Pedro 1:24). Es la gloria y alabanza de Dios las que realmente cuentan.

Nuestra naturaleza pecaminosa es tan sutil que puede contaminar incluso algo bueno como es el ayudar a los pobres. Si nuestro motivo es ganarnos la alabanza de los hombres, entonces, como los fariseos, llamaremos la atención a lo que estamos haciendo. Pero si nuestro motivo es servir a Dios en amor y agradecerle, entonces daremos nuestras ofrendas sin llamar la atención a ellos. Como resultado, creceremos espiritualmente, Dios será glorificado y otros recibirán ayuda. Pero si damos por motivos equivocados, nos privamos nosotros mismos de la bendición y recompensa y le robamos a Dios la gloria, aun cuando el dinero que damos pueda ayudar a algún necesitado.

¿Quiere decir entonces que está mal dar abiertamente? ¿Debemos siempre dar anónimamente? No necesariamente, porque todos en la iglesia primitiva supieron que Bernabé había dado el producto de la venta de su terreno (Hechos 4:34-37). Cuando los miembros de la iglesia ponían su

dinero a los pies de los apóstoles, no lo hacían en secreto. La diferencia, por supuesto, estaba en *el motivo* y la *manera* en que se lo hacía. Vemos un contraste en Ananías y Safira (Hechos 5:1–11), quienes trataron de usar su ofrenda para que la gente pensara que eran más espirituales de lo que realmente eran.

Nuestra oración (6:5–15)

Jesús dio cuatro instrucciones para guiarnos en nuestra oración.

Debemos orar en secreto antes de orar en público (6:6). No tiene nada de malo orar en público en la congregación (1 Timoteo 2:1ss), o pedir la bendición sobre los alimentos (Juan 6:11) o pedir ayuda de Dios (Juan 11:41,42; Hechos 27:35). Pero está mal orar en público si no tenemos el hábito de orar en privado. Los que observan pueden pensar que oramos de costumbre cuando en realidad no es así y esto es hipocresía. La palabra que se traduce “apósito” significa *un lugar en privado*. Pudiera referirse a cualquier habitación privada de una casa. Nuestro Señor oraba en privado (Marcos 1:35), también Eliseo (2 Reyes 4:32ss) y Daniel (Daniel 6:10ss).

Debemos orar sinceramente (6:7,8). El hecho de que se repita una petición no la hace vana, porque tanto Jesús como Pablo repitieron sus peticiones (Mateo 26:36–46; 2 Corintios 12:7,8). Una petición se convierte en vana repetición si consiste únicamente en palabras vacías sin un sincero deseo del corazón de buscar y hacer la voluntad de Dios. La mera recitación de oraciones memorizadas puede ser vana repetición. Los gentiles hacían tales oraciones en sus ceremonias paganas (ve 1 Reyes 18:26).

Mi amigo el Dr. Robert A. Cook solía decir: “Todos nosotros tenemos una oración de rutina en nuestra mente;

cuando nos hayamos librado de ella, entonces realmente podremos empezar a orar”. He notado esto, no sólo en mis propias oraciones, sino a menudo en los cultos de oración. Para algunas personas orar es como poner la aguja sobre el disco del fonógrafo y luego olvidarse del aparato. Pero Dios no contesta las oraciones poco sinceras.

Debemos orar según la voluntad de Dios (6:9–13). Esta oración se conoce familiarmente como el Padre Nuestro, o la Oración del Señor; aun cuando sería más apropiado llamarla la Oración del Discípulo. Jesús no nos dio esta oración para que la memoricemos y la recitemos cierto número de veces. Es más, nos dio la oración para evitar que usemos vanas repeticiones. Jesús no dijo: “Ora con estas palabras”. Lo que dijo fue “oraréis así”; es decir, “usa esta oración como modelo, no como sustituto”.

El propósito de la oración es glorificar el nombre de Dios y pedir su ayuda para cumplir su voluntad aquí en la tierra. Esta oración empieza con la contemplación *de Dios* y no nuestras necesidades: el nombre de Dios, el reino de Dios y la voluntad de Dios. Robert Law dijo, “La oración es un poderoso instrumento, no para lograr que la voluntad del hombre se haga en el cielo, sino para que la voluntad de Dios se haga en la tierra”. No tenemos derecho de pedir a Dios nada que deshonre su nombre, ni estorbe su reino, o perturbe su voluntad en la tierra.

Vale la pena observar que *no hay pronombres singulares* en esta oración; todos están en plural. Empieza con “Padre nuestro”. Al orar debemos recordar que somos parte de la familia de Dios, formada por creyentes de todo el mundo. No tenemos derecho de pedir para nosotros algo que hará daño a otro miembro de la familia. Si oramos según la voluntad de Dios, la respuesta será una bendición para todo el pueblo de Dios.

Si ponemos los intereses de Dios primero, entonces podemos traer nuestras propias necesidades a él. Dios se preocupa por nuestras necesidades y las sabe antes de que las mencionemos (v.8). Si éste es el caso, entonces ¿por qué orar? Porque la oración es la manera designada por Dios para suplir esas necesidades (ve Santiago 4:1-3). *La oración nos prepara para usar apropiadamente la respuesta.* Si sabemos nuestra necesidad y se la expresamos a Dios, confiando en su provisión, entonces haremos mejor uso de la respuesta. Pero si Dios nos la enviara sin nuestra petición, entonces no haremos buen uso de la respuesta.

Está bien pedir por las necesidades físicas diarias, por perdón, dirección y protección contra el mal. “No nos metas en tentación” no quiere decir que Dios tienta a sus hijos (ve Santiago 1:13-17). En esta petición le estamos pidiendo a Dios que nos guíe de tal manera que no nos alejemos de su voluntad y nos metamos en alguna situación de tentación (1 Juan 5:18), o incluso en alguna situación de tentar a Dios como para que nos rescate milagrosamente (Mateo 4:5-7).

Debemos orar con un espíritu perdonador (6:14,15). En este apéndice a la oración, Jesús amplía la última frase del versículo 12: “como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Más adelante les repitió esta lección a sus discípulos (Marcos 11:19-26). No enseñaba que los creyentes se ganaban el perdón de Dios al perdonar a otros; porque esto sería contrario a la gracia gratuita de Dios y su misericordia. Sin embargo, si verdaderamente hemos *experimentado* el perdón de Dios, entonces estaremos dispuestos a perdonar a otros (Efesios 4:32; Colosenses 3:13). Nuestro Señor ilustró este principio en la parábola del siervo no misericordioso (Mateo 18:21-35).

Hemos visto que la verdadera oración es un asunto familiar (“Padre nuestro”). Si los miembros de la familia

50 Leales en Cristo

no se llevan bien unos con otros, ¿cómo pueden decir que tienen una buena relación con el Padre? El énfasis de 1 Juan 4 es el de mostrar nuestro amor a Dios al amar a nuestros hermanos. Cuando nos perdonamos unos a otros, no significa que estamos *ganándonos* el derecho de orar, por cuanto el privilegio de orar es parte de nuestra condición de *hijos* (Romanos 8:5–16). El perdón es asunto de *comunión*: Si no estoy en comunión con Dios, no puedo orar eficazmente. Pero la comunión con mi hermano determina mi comunión con Dios; por lo tanto, el perdón es importante para la oración.

Puesto que la oración tiene que ver con glorificar el nombre de Dios, apresurar la venida del reino de Dios (2 Pedro 3:12) y ayudar a realizar la voluntad de Dios en la tierra, entonces el que ora no debe tener pecado en el corazón. Si Dios contestara las oraciones del creyente que tiene un espíritu no perdonador, deshonraría su propio nombre. ¿Cómo podría Dios obrar por medio de tal persona para hacer su voluntad en la tierra? Si Dios le concede sus peticiones, estaría animándola a pecar. Lo importante en cuanto a la oración no es sencillamente recibir una respuesta, *sino ser la clase de persona a quien Dios pueda confiarle una respuesta.*

Nuestro ayuno (6:16–18)

El único ayuno que Dios en realidad requería de los judíos era en el Día de la Expiación (Levítico 23:27). Los fariseos ayunaban cada lunes y jueves (Lucas 18:12) y lo hacían de tal manera que la gente supiera que estaban ayunando. Su propósito, por supuesto, era ganarse la alabanza de los hombres. Como resultado, perdían la bendición de Dios.

No tiene nada de malo ayunar, si se hace de la manera correcta y con el motivo correcto. Jesús ayunó (Mateo 4:3),

e igualmente los miembros de la iglesia primitiva (Hechos 13:2). Ayunar ayuda a disciplinar los apetitos del cuerpo (Lucas 21:34) y a mantener en su lugar las prioridades espirituales. Pero el ayuno nunca debe convertirse en una oportunidad para la tentación (1 Corintios 7:7). Sencillamente privarnos de un beneficio natural (tal como el alimento o el sueño) no es *en sí mismo* ayunar. Debemos dedicarnos a Dios y adorarle. A menos que haya devoción de corazón (ve Zacarías 7) no habrá beneficio espiritual duradero.

Al igual que las ofrendas y la oración, el verdadero ayuno debe hacerse en secreto; es algo entre el creyente y Dios. Demudar el rostro (poniendo una apariencia lóbrega y como pidiendo lástima y alabanza) sería destruir el mismo propósito del ayuno. Nuestro Señor sentó aquí un principio básico de la vida espiritual: Nada verdaderamente espiritual violará lo que Dios nos ha dado en la naturaleza. Dios generalmente no destruye algo bueno para edificar otra cosa. Si tenemos que aparentar miseria para que nos consideren espirituales, entonces algo anda mal con nuestro concepto de espiritualidad.

Recuerda que la hipocresía nos priva de la realidad en la vida cristiana. Sustituimos el carácter por la reputación, la verdadera oración por las meras palabras, la devoción del corazón por el dinero. No nos sorprende que Jesús haya comparado a los fariseos con sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de podredumbre por dentro (Mateo 23:27,28).

Pero la hipocresía no sólo nos priva de carácter, sino también *de la recompensa espiritual*. En lugar de ganar la aprobación eterna de Dios, recibimos la alabanza superficial humana. Oramos, pero no obtenemos respuestas. Ayunamos, pero el hombre interior no muestra ninguna

mejora. La vida espiritual se vuelve hueca y sin vida. Nos perdemos las bendiciones de Dios aquí y ahora, también perdemos la recompensa divina cuando Cristo regrese.

La hipocresía también *nos priva de la influencia espiritual*. Los fariseos eran una influencia negativa; cualquier cosa que tocaban quedaba contaminada y arruinada. El pueblo, que admiraba y obedecía las tradiciones de los fariseos, pensaba que estaba recibiendo ayuda, cuando en realidad estaba sufriendo daño.

El primer paso para vencer la hipocresía es ser sinceros con Dios, y esto, en lo secreto. Nunca debemos orar por algo que no sea de corazón; de otra manera, nuestras oraciones son palabras vacías. Nuestro motivo debe ser agradar sólo a Dios, sin importar lo que los hombres digan o hagan. Debemos cultivar el corazón en secreto. Bien se ha dicho: “La parte más importante de la vida cristiana es la que Dios ve”. Cuando la reputación llega a ser más importante que el carácter, nos hemos convertido en hipócritas.

El Uso de la Riqueza (6:19–34)

Estamos acostumbrados a dividir la vida entre lo espiritual y lo material, pero Jesús no hizo tal distinción. En muchas de sus parábolas dijo claramente que una actitud correcta hacia la riqueza es una característica de verdadera espiritualidad (ve Lucas 12:13ss; 16:1–31). Los fariseos eran codiciosos (v.14) y usaban la religión para ganar dinero. Si tenemos la verdadera justicia de Cristo en nuestra vida, tendremos la actitud apropiada hacia la riqueza.

Jesús no alababa la pobreza ni criticaba la riqueza legítima. Dios creó todas las cosas, incluyendo los alimentos, la ropa y los metales preciosos y ha declarado

que todas las cosas que hizo son buenas (Génesis 1:31). Dios sabe que necesitamos ciertas cosas para vivir (Mateo 6:32). De hecho, nos ha dado "...todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos" (1 Timoteo 6:17). No tiene nada de malo poseer cosas, *pero está mal que las cosas nos posean*. El pecado de idolatría es tan peligroso como el pecado de hipocresía. En la Biblia hay muchas advertencias contra la codicia (Exodo 20:17; Salmo 119:36; Marcos 7:22; Lucas 12:15ss; Colosenses 3:5; Efesios 5:5).

Jesús advirtió en contra del pecado de vivir por las cosas de esta vida. Recalcó las tristes consecuencias de la codicia y la idolatría.

Esclavitud (6:19–24). El materialismo esclavizará el corazón (vv.19–21), la mente (vv.22,23) y la voluntad (v.24). Podemos encadenarnos a las cosas materiales de la vida, pero debemos ser libertados y controlados por el Espíritu de Dios.

Si el corazón ama las cosas materiales y pone la ganancia material por sobre la inversión espiritual, entonces el resultado puede ser una pérdida trágica. Los tesoros de la tierra se pueden usar para Dios. Pero si acumulamos cosas materiales, las perderemos; y perderemos nuestro corazón con ellas. En lugar de enriquecernos espiritualmente, nos empobreceremos.

¿Qué significa hacer tesoros en el cielo? Quiere decir usar para la gloria de Dios *todo lo que tenemos*. Quiere decir no aferrarse a las cosas materiales de esta vida. También quiere decir medir la vida por las verdaderas riquezas del cielo y no por las falsas riquezas de este mundo.

La riqueza no sólo esclaviza el corazón, sino también la mente (vv.22,23). La Palabra de Dios con frecuencia

54 Leales en Cristo

usa el ojo para representar las actitudes de la mente. Si el ojo enfoca adecuadamente la luz, el cuerpo puede funcionar apropiadamente en sus movimientos. Pero si el ojo está fuera de foco y ve doble, el resultado es movimiento inestable. Es difícil progresar al tratar de ver en dos direcciones a la vez.

Si nuestro objetivo en la vida es la ganancia material, eso significará tinieblas internas. Pero si nuestra perspectiva es servir y glorificar a Dios, entonces habrá luz interior. Si lo que debía ser luz en realidad es tinieblas, entonces nos controlan las tinieblas; y la perspectiva determina el resultado.

Finalmente, el materialismo puede esclavizar la voluntad (v.24). No podemos servir simultáneamente a dos amos. O bien Jesús es nuestro Señor, o lo es el dinero. Es asunto de la voluntad. “Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo...” (1 Timoteo 6:9). Si Dios nos concede riquezas y las usamos para su gloria, esas riquezas son una bendición. Pero si *queremos* enriquecernos y vivir con ese propósito, pagaremos gran precio por esas riquezas.

Devaluación (6:25–30). La codicia no sólo abarata nuestras riquezas, sino que también nos abarata a nosotros. Empezaremos a afanarnos y a dejarnos ganar por la ansiedad y esto no es natural ni espiritual. La persona que busca el dinero piensa que las riquezas resolverán sus problemas cuando en realidad las riquezas sólo crean más problemas. La riqueza material da un sentido falso y peligroso de seguridad y eso conduce a la tragedia. Las aves y los lirios no se afanan, sin embargo, tienen la riqueza de Dios de una manera que el hombre no puede lograr. Toda la naturaleza depende de Dios y Dios nunca falla. Sólo el hombre depende del dinero y el dinero siempre falla.

Jesús dijo que la ansiedad es pecado. Podemos intentar dignificar a la ansiedad y llamarla con algún otro nombre: preocupación, interés, cruz para cargar; pero el resultado sigue siendo el mismo. En lugar de ayudarnos a vivir más y mejor, la ansiedad sólo acorta la vida (v.27). La palabra griega que se traduce “no os afanéis” literalmente significa ser *tirado en diferentes direcciones*. La ansiedad y el afán nos destrazan. Cuando el hombre no interfiere, todo en la naturaleza funciona en conjunto, porque toda la naturaleza confía en Dios. El hombre, sin embargo, se destroza porque trata de vivir su propia vida dependiendo de la riqueza material.

Dios alimenta las aves y viste los lirios, también lo hará por nosotros. Es nuestra “poca fe” lo que le impide a Dios obrar como quisiera. El tiene grandes bendiciones para nosotros si tan sólo nos rendimos a él y vivimos por las riquezas que duran para siempre.

Pérdida de testimonio (6:31–33). Afanarse por las cosas materiales es vivir como los paganos. Si ponemos la voluntad de Dios y su justicia primero en nuestra vida, él se encargará de lo demás. ¡Qué testimonio es ante el mundo cuando un creyente se atreve a practicar Mateo 6:33! Qué tragedia es cuando tantos de nosotros no lo practicamos.

Pérdida de gozo hoy (6:34). Afanarse por el mañana tampoco ayuda al mañana ni al presente. Lo que logra, si acaso, es privarnos de nuestra eficacia hoy; lo que quiere decir que seremos incluso menos eficaces mañana. Alguien dijo que la persona promedio se crucifica entre dos ladrones: el lamento del ayer y las preocupaciones del mañana. Está bien planear para el futuro, incluso ahorrar para el futuro (2 Corintios 12:14; 1 Timoteo 5:8); pero es un pecado preocuparse por el futuro y permitir que el mañana le robe al presente sus bendiciones.

56 Leales en Cristo

Tres palabras en esta sección señalan el camino a la victoria sobre las preocupaciones: (1) *fe* (v.30), confiar en que Dios suple nuestras necesidades; (2) *Padre* (v.32), saber que él se interesa por sus hijos; y (3) *primeramente* (v.33), poner la voluntad de Dios primero en nuestras vidas para que él sea glorificado. Si tenemos fe en nuestro Padre y le damos el primer lugar, él suplirá nuestras necesidades.

La hipocresía y la ansiedad son pecados. Si practicamos la justicia verdadera del reino, evitaremos estos pecados y viviremos para la gloria de Dios.

Los Principios del Rey: Juicio Verdadero

Mateo 7

Los escribas y fariseos eran culpables porque ejercían un juicio falso acerca de sí mismos, de otros e incluso acerca del Señor. Su falsa justicia servía para estimular este falso juicio. Esto explica por qué nuestro Señor concluyó este importante sermón hablando acerca del juicio. Jesús habla de tres juicios diferentes.

Juzgarnos a Nosotros Mismos (7:1–5)

El primer principio para juzgar es empezar con nosotros mismos. Jesús no nos prohibió juzgar a otros, por cuanto una discriminación cuidadosa es esencial en la vida cristiana. El amor cristiano no es ciego (Filipenses 1:9,10). La persona que cree todo lo que oye y acepta a todos los que aducen ser espirituales, experimentará confusión y gran pérdida espiritual. Pero antes de juzgar a otros debemos juzgarnos a nosotros mismos. Hay varias razones por las cuales debemos obrar así.

Seremos juzgados (7:1). El tiempo del verbo juzgar significa un juicio final y definitivo. Si nosotros nos

58 Leales en Cristo

juzgamos a nosotros mismos, entonces estamos preparándonos para ese juicio final cuando estemos frente a Dios. Como si fueran Dios los fariseos condenaron a otros, pero nunca consideraron que Dios un día los juzgaría a ellos.

Estamos siendo juzgados (7:2). El pasaje paralelo en Lucas 6:37,38 nos ayuda aquí. No sólo que Dios nos juzgará un día, sino que la gente nos está juzgando ahora mismo y recibiremos de ellos exactamente lo que damos. Se nos devuelve esa clase de juicio y la medida del mismo. Segamos lo que sembramos.

Debemos pensar claramente para ayudar a otros (7:3-5). El propósito del juicio propio es prepararnos para servir a otros. Los creyentes estamos obligados a ayudarnos mutuamente a crecer en la gracia. Cuando no nos juzgamos a nosotros mismos, no sólo nos hacemos daño a nosotros mismos, sino que también lastimamos a los que podríamos ayudar. Para dar la apariencia de ser buenos, los fariseos juzgaban y criticaban *a otros*, (Lucas 18:9-14). Pero los creyentes deben juzgarse *a sí mismos* para poder ayudar a otros a lucirse mejor. ¡Esa es la diferencia!

Veamos cómo nuestro Señor ilustra este punto. Jesús escogió el símbolo del ojo porque es una de las áreas más sensibles del cuerpo humano. El cuadro de una persona con una viga en su ojo, tratando de sacar la paja del ojo de otra, ¡en verdad es ridículo! Si no encaramos sinceramente nuestros propios pecados y los confesamos, nos cegamos; entonces no podemos ver claramente cómo ayudar a otros. Los fariseos veían los pecados de otros, pero no los suyos propios.

En Mateo 6:22,23 Jesús usó la ilustración del ojo para enseñarnos a tener una perspectiva espiritual de la vida. *No debemos juzgar los motivos de otros.* Debemos

examinar sus acciones y actitudes, pero no podemos juzgar sus motivos; sólo Dios puede ver el corazón. Es posible que una persona haga el bien por un motivo erróneo. Es también posible fracasar en alguna tarea y sin embargo tener motivos muy sinceros. Cuando estemos ante Cristo para el juicio final, él examinará los secretos del corazón y nos recompensará apropiadamente (Colosenses 3:22–25; Romanos 2:16).

La imagen del ojo nos ilustra otra verdad: Debemos obrar con amor y ternura al tratar de ayudar a otros (Efesios 4:15). Me han hecho exámenes cuidadosos de los ojos y una vez tuvieron que operarme para extraerme una partícula de acero incrustado en un ojo; así que aprecié la ternura de los médicos. Al igual que los médicos, debemos ministrar con tierno amor a las personas a quienes queremos ayudar. Si lo hacemos con impaciencia e insensibilidad, podemos hacer más daño que una simple paja en el ojo.

En esta cuestión de la introspección espiritual debe evitarse dos extremos. El primero es el engaño de un examen superficial. Algunas veces estamos tan seguros de nosotros mismos que no examinamos nuestros corazones cabal y sinceramente. Un rápido vistazo al espejo de la Palabra de Dios revelará la verdadera situación (Santiago 1:22–25).

El segundo extremo es lo que llamo “autopsia perpetua”. Algunas veces nos enzarzamos tanto en la introspección que perdemos el equilibrio. No debemos mirarnos sólo nosotros mismos, porque nos podemos desanimar y salir derrotados. Debemos mirar por fe a Jesucristo y dejarle que nos perdone y nos restaure. Satanás es el acusador (Apocalipsis 12:10) y disfruta cuando nos acusamos y condenamos a nosotros mismos.

60 Leales en Cristo

Después de habernos juzgado a nosotros mismos sinceramente ante Dios y haber eliminado todas las cosas que nos cegaban, entonces podemos ayudar a otros y juzgar apropiadamente sus obras. Pero si sabemos que hay pecado en nuestra vida y así tratamos de ayudar a otros, entonces somos hipócritas. Es más, es posible que el ministerio sea un artificio para tapar el pecado. Los fariseos lo hacían así y Jesús los denunció por eso.

Juzgar a Otros (7:6–20)

Los creyentes deben tener discernimiento, por cuanto no todo el mundo es una oveja. Algunos son perros y cerdos y algunos son lobos en pieles de oveja. Nosotros somos el rebaño del Señor, pero eso no quiere decir que debemos permitir que la gente nos engañe como a un niño.

La razón por la que debemos juzgar (7:6). Como pueblo de Dios tenemos el privilegio de manejar cosas santas. Dios nos ha confiado las preciosas verdades de su Palabra (2 Corintios 4:7) y debemos considerarlas con todo cuidado. Ningún sacerdote consagrado echaría carne del altar a un perro sarnoso y sólo un necio echaría perlas a los cerdos. Aun cuando es cierto que debemos llevar el evangelio “a toda criatura” (Marcos 16:15), también es cierto que no debemos rebajar el evangelio mediante un ministerio que carece de discernimiento. Incluso Jesús rehusó hablar con Herodes (Lucas 23:9) y Pablo rehusó discutir con los que resistían a la Palabra del Señor (Hechos 13:44–49).

La razón por la que se juzga, entonces, no es para poder condenar a otros, sino poder ministrar a ellos. Observa que Jesús siempre trató a los individuos de acuerdo a sus necesidades y condición espiritual. No había memorizado un discurso para usarlo con toda persona. Con Nicodemo habló del nuevo nacimiento, pero a la samaritana le habló

de agua viva. Cuando los líderes religiosos trataron de ponerle trampas, rehusó responderles (Mateo 21:23–27). Es sabio el creyente que primero evalúa la condición del corazón de una persona antes de darle perlas preciosas.

Los recursos que Dios nos da (7:7–11). ¿Por qué habla de la oración en este punto de su mensaje nuestro Señor? Estos versículos parecen ser una interrupción, pero no lo son. Tú y yo somos humanos y falibles; cometemos errores. Sólo Dios puede juzgar perfectamente. Por consiguiente, debemos orar y buscar sabiduría y dirección: “si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios” (Santiago 1:5).

El joven rey Salomón sabía que carecía de la sabiduría necesaria para juzgar a Israel, así que oró a Dios y el Señor con toda gracia le contestó (1 Reyes 3:3ss). Para tener discernimiento espiritual, debemos persistir en pedirselo a Dios, persistir en hacer su voluntad y seguir llamando a la puerta que lleva a un ministerio mayor. Dios suple las necesidades de sus hijos.

El principio guía (7:12). Se le llama “la regla de oro” y es una de las declaraciones bíblicas peor entendidas. Esta declaración no es el resumen total de la verdad cristiana, ni tampoco es el plan divino de redención. No debemos edificar nuestra teología sobre la regla de oro, así como no desarrollaríamos nuestra astronomía basándonos en la canción infantil “Estrellita, ¿dónde estás?”

Esta gran verdad es un principio que debe gobernar nuestra actitud hacia los demás. Se aplica sólo a los creyentes y se la debe practicar en todo aspecto de la vida. *La persona que practica la regla de oro rehusa decir o hacer algo que pudiera hacer daño, a sí mismo o a otros.* Si juzgamos a otros sin usar este principio, seremos arrogantes y criticones y nuestro propio carácter espiritual se degenerará.

62 Leales en Cristo

La práctica de la regla de oro pone en libertad el amor de Dios en nuestra vida y nos permite ayudar a otros, incluso a aquellos que quieren hacernos daño.

Pero recuerden que practicar la regla de oro significa pagar un precio. Si queremos lo mejor de Dios para nosotros mismos y para otros, pero los otros resisten la voluntad de Dios, entonces se opondrán a nosotros. Somos sal, y la sal hacer arder las heridas abiertas. Somos luz, y la luz deja ver la suciedad.

La base para juzgar (7:13–20). Puesto que hay falsos profetas en el mundo, debemos cuidarnos del engaño. Pero el mayor peligro es *engañarse a sí mismo*. Los escribas y fariseos se engañaban pensando que eran justos y que los demás eran pecadores. Es posible que una persona sepa el vocabulario correcto, que crea intelectualmente las doctrinas correctas, que obedezca las reglas correctas, sin embargo, no sea salvo. Jesús utiliza dos cuadros para ayudarnos a juzgar, tanto a nosotros mismos, como a otros.

Las dos sendas (7:13,14) son, por supuesto, la senda al cielo y la senda al infierno. La senda ancha es la vía fácil, popular. Pero no debemos juzgar la profesión espiritual por las estadísticas; la mayoría no siempre tiene la razón. El hecho de que todo el mundo lo haga, no es prueba de que tengan razón.

Es exactamente lo contrario: El pueblo de Dios siempre ha sido un residuo, una pequeña minoría en el mundo. La razón no es difícil descubrir: La senda de la vida es estrecha, solitaria y costosa. Podemos andar por la senda ancha y conservar nuestra carga de pecado y mundanidad. Pero si seguimos la senda estrecha, debemos abandonar esas cosas.

Esta es, entonces, la primera prueba: *¿Te costó algo tu profesión de fe en Cristo?* Si la respuesta es no, entonces

no fue una verdadera profesión de fe. Muchas personas dicen confiar en Jesucristo pero nunca dejan la senda ancha con sus apetitos y asociaciones. Quieren tener un cristianismo fácil que no les exija nada. Sin embargo, Jesús dijo que la senda estrecha es ardua. No podemos andar en las dos sendas, o en dos direcciones diferentes a la vez.

Los dos árboles (vv.15–20) muestran que la verdadera fe en Cristo cambia la vida y produce fruto para la gloria de Dios. Todo en la naturaleza se reproduce según su especie y lo mismo es cierto en el ámbito espiritual. El buen fruto procede de un buen árbol, pero el mal fruto procede de un mal árbol. Al árbol que produce fruto podrido se lo corta y se lo echa en el fuego. “Así que, por sus frutos los conoceréis” (v.20).

La segunda prueba es esta: *Mi decisión por Cristo ¿cambió mi vida?* Los falsos profetas que enseñan doctrina falsa pueden producir sólo justicia falsa (ve Hechos 20:29). Su fruto (el resultado de su ministerio) es falso y no puede durar. Los profetas mismos son falsos. Mientras más de cerca se les ve, más vemos la falsedad de sus vidas y doctrinas. Se engrandecen a sí mismos, no a Jesucristo y su propósito es aprovecharse de las personas, en lugar de edificarlas. La persona que cree en una doctrina falsa o que sigue a un falso profeta, nunca experimentará una vida cambiada. Desafortunadamente, algunas personas no se percatan de esto sino cuando es demasiado tarde.

Dios Nos Juzga (7:21–29)

Después de dar la ilustración de las dos sendas y los dos árboles, nuestro Señor concluye su mensaje con la ilustración de dos constructores y sus casas. Los dos caminos ilustran *el comienzo* de la vida de fe; los dos árboles ilustran *el crecimiento* y resultado de la vida de

64 Leales en Cristo

fe; las dos casas ilustran *el final* de la vida de fe, cuando Dios juzgará todas las cosas. Hay falsos profetas en la puerta que lleva a la senda ancha, facilitando la entrada de la gente. Pero al final de ese camino hay destrucción. La prueba final no es lo que pensamos de nosotros mismos, ni lo que otros pudieran pensar. La prueba final es: *¿Qué dirá Dios?*

¿Cómo nos preparamos para el juicio? *Haciendo la voluntad de Dios*. La obediencia a su voluntad es la prueba de la verdadera fe en Cristo. La prueba no consiste en palabras, ni en decir “Señor, Señor” sin obedecer sus mandamientos. Qué fácil es aprender vocabulario religioso, e incluso aprender de memoria versículos bíblicos y cantos religiosos, sin embargo no obedecer la voluntad de Dios. Cuando alguien nace de nuevo, tiene el Espíritu de Dios viviendo en su interior (Romanos 8:9) y el Espíritu le capacita para saber y hacer la voluntad del Padre. El amor de Dios en su corazón (Romanos 5:5) le motiva a obedecer a Dios y a servir a los demás.

Las palabras no pueden sustituir a la obediencia, ni tampoco las obras religiosas. Predicar, echar fuera demonios y hacer milagros pueden ser cosas inspiradas divinamente, pero no aseguran la salvación. Es muy probable que incluso Judas haya participado en algunas o todas estas actividades, sin embargo no fue un verdadero creyente. En los últimos días Satanás usará prodigios mentirosos para engañar a la gente (2 Tesalonicenses 2:7–12).

Debemos *oír* las palabras de Dios y hacerlas (ve Santiago 1:22–25). No debemos detenernos sólo con oír (o estudiar) sus palabras. Nuestro oír debe resultar en hacer. Esto es lo que quiere decir construir sobre una roca. No debemos confundir este símbolo con el “fundamento” mencionada en 1 Corintios 3:9ss. Pablo fundó la iglesia

local en Corinto sobre Jesucristo, al predicar el evangelio y ganar a la gente para Cristo. Cristo es el único fundamento o cimiento de la iglesia local.

El cimiento en esta parábola es *la obediencia a la Palabra de Dios*; obediencia que es evidencia de verdadera fe (Santiago 2:14ss). Los dos hombres de este relato tenían mucho en común. Ambos deseaban construir una casa. Ambos construyeron casas buenas y resistentes. Pero cuando vino el juicio (la tormenta) una de las casas se cayó. ¿Cuál fue la diferencia? No era la apariencia externa. La diferencia estaba en el cimiento. El constructor que tuvo éxito cavó hondo (Lucas 6:48) y puso su casa sobre un cimiento sólido.

Una falsa profesión de fe durará sólo hasta que llegue el juicio. Algunas veces este juicio se presenta en forma de adversidad en la vida. Así como la persona que recibe la semilla de la Palabra de Dios en un corazón sin profundidad (Mateo 13:4-9), el compromiso fracasa cuando viene la prueba. Muchas personas han profesado fe en Cristo solo para negar esa fe cuando la vida se vuelve espiritualmente costosa y difícil.

Pero el juicio ilustrado aquí probablemente se refiere al juicio final ante Dios. No debemos leer en esta parábola toda la doctrina que se nos enseña en las epístolas del Nuevo Testamento. El Señor estaba ilustrando sólo un punto principal: *la profesión de fe será probada finalmente ante Dios*. Los que han confiado en Cristo y han demostrado su fe mediante la obediencia, no tendrán nada que temer. Su casa está fundada sobre la Roca y resistirá. Pero los que solamente profesan creer en Cristo y no han obedecido la voluntad de Dios, serán condenados.

¿Cómo probar nuestra profesión de fe? ¿Por su popularidad? No; porque hay muchos en la senda ancha

que lleva a la destrucción. Hay muchos también que están dependiendo de las palabras, repitiendo “Señor, Señor,” pero esto no asegura la salvación. Incluso las actividades religiosas y alguna organización de la iglesia no dan seguridad alguna. ¿Cómo, entonces, debemos juzgarnos a nosotros mismos y a otros que profesan tener a Cristo como Salvador?

Las dos sendas nos dicen que examinemos lo que nos cuesta nuestra profesión de fe. ¿Hemos pagado un precio al profesar fe en Cristo? *Los dos árboles* nos dicen que investiguemos nuestra vida para ver si realmente ha cambiado. ¿Hay buenos frutos en nuestra vida? *Las dos casas* nos recuerdan que la verdadera fe en Cristo permanecerá, no sólo en las tormentas de la vida, sino también en el juicio final.

La congregación quedó asombrada por este sermón. ¿Por qué? Porque Jesús hablaba con autoridad divina. Los escribas y fariseos hablaban basándose en otras autoridades, siempre citando a los varios rabinos y expertos de la ley. Jesús no necesitaba de un maestro humano que diera autoridad a sus palabras, porque hablaba como Hijo de Dios. No podemos desechar fácilmente este sermón, porque es Dios quien nos lo dio. Debemos postrarnos ante él y someternos a su autoridad, o de lo contrario sufriremos la condenación.

El Poder del Rey

Mateo 8—9

Se nos ha presentado la Persona del Rey (capítulos 1—4) y los principios del Rey (capítulos 5—7); ahora estamos listos para ver el poder del Rey. Después de todo, si un rey no tiene poder para lograr algo, ¿de qué valen sus credenciales o principios? En los capítulos 8 y 9 Mateo informa acerca de 10 milagros. No los menciona en orden cronológico, excepto los últimos cuatro, puesto que seguía su propio método de agrupar mensajes o eventos.

Antes de estudiar estos milagros, debemos hacer una pausa para contestar una pregunta obvia: ¿Por qué hizo milagros nuestro Señor? Ciertamente que quería suplir las necesidades humanas. Dios se preocupa por el bienestar temporal de sus criaturas, así como por su felicidad eterna. Es incorrecto separar el ministerio al cuerpo del ministerio al alma, puesto que debemos ministrar a la persona total (ve Mateo 4:23–25).

Los milagros de nuestro Señor fueron credenciales adicionales para probar la veracidad de su afirmación como el Mesías de Israel. “Los judíos piden señal”

68 Leales en Cristo

(1 Corintios 1:22). Aunque los milagros, en sí mismos, no son prueba de que algún hombre sea enviado de Dios (incluso Satanás puede hacer milagros [2 Tesalonicenses 2:9]), pero sí añaden peso a su afirmación, especialmente si su carácter y conducta son piadosos. En el caso de Jesucristo, sus milagros también cumplían profecías del Antiguo Testamento (ve Isaías 29:18,19; 35:4–6). Mateo 8:17 se refiere a Isaías 53:4; y Jesús mismo, en Mateo 11:1–5, relacionó a Juan el Bautista a las promesas del Antiguo Testamento. Estas mismas “señales y prodigios” serían las credenciales de sus seguidores en su ministerio (Mateo 10:8; Hebreos 2:1–4).

Junto con su compasión y sus credenciales, había una tercera razón por lo cual realizaba los milagros: Su interés por revelar a la gente la verdad salvadora. Estos milagros eran sermones en acción. Incluso Nicodemo quedó impresionado por ellos (Juan 3:1,2). Cabe mencionar que cinco de estos milagros fueron hechos en Capernaum, sin embargo, la ciudad rechazó a Jesús (Mateo 11:21–23). Incluso el rechazo de parte de la nación de Israel cumplió la profecía del Antiguo Testamento (ve Juan 12:37–41). Como los juicios contra Egipto en días de Moisés, los milagros del Señor fueron juicios en Israel, porque el pueblo tuvo que enfrentar los hechos y tomar decisiones. Los líderes religiosos decidieron que Jesús obraba por Satanás (Mateo 9:31–34; 12:24).

Una cosa es cierta: Jesús no hizo milagros para conseguir seguidores. Siempre trató de evitar la multitud. Una y otra vez Jesús instruyó a los que había sanado a que no hablaran demasiado (Mateo 8:4,18; 9:30; Lucas 8:56). No quería que la gente confiara en él simplemente a base de las obras espectaculares (ve Juan 4:46–54). La fe debe basarse en su Palabra (Romanos 10:17).

Los milagros mencionados en estos capítulos pueden clasificarse en tres grupos. Hay un evento relacionado al discipulado que separa a cada grupo de los demás. Mateo no les dijo a sus lectores por qué usó éste orden; pero nosotros lo seguiremos. Para ayudarnos a captar algunas de las lecciones espirituales, he designado a cada sección con un énfasis especial.

Gracia para los Excluidos (8:1–22)

Muchos judíos, especialmente los fariseos, consideraban parias a los leprosos, a los gentiles y a las mujeres. Muchos de los fariseos oraban cada mañana: “Te doy gracias porque soy hombre y no mujer, judío y no gentil, libre y no esclavo”.

Limpieza para el leproso (8:1–4). Hay varias enfermedades que la Biblia denomina lepra. Esta temible infección obligaba a la víctima a vivir alejado de la gente y gritar “inmundo, inmundo” cuando otros se le acercaban, para que estos no se contaminaran. Que el leproso se le acercara a Jesús y violara el código es evidencia de su gran fe de que Jesús lo sanaría.

La lepra es una ilustración del pecado (Isaías 1:5,6). Las instrucciones que se dan a los sacerdotes en Levítico 13, nos ayudan a comprender la naturaleza del pecado. El pecado es algo más hondo que la piel (v.3), se esparce (v.7), contamina y aísla (vv.45,46) y sirve sólo para el fuego (vv.52,57).

Cuando Jesús tocó al leproso se contaminó, *pero también le dio salud*. ¿No es eso lo que hizo por nosotros en la cruz cuando fue hecho pecado por nosotros? (2 Corintios 5:21). El leproso no cuestionó su *capacidad* para sanar; se preguntaba solamente si quería hacerlo. ¡Ciertamente que Dios quiere salvar! Es “...Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean

70 Leales en Cristo

salvos...” (1 Timoteo 2:3,4). Dios no quiere “que ninguno perezca” (2 Pedro 3:9).

Jesús le ordenó al hombre que no se lo dijera a otros, sino que fuera a los sacerdotes para que ellos le declararan limpio y con derecho de volver a la sociedad. Esta ceremonia se describe en Levítico 14 y es otro hermoso cuadro de la obra de Cristo por los pecadores. El ave sacrificada es una ilustración de la muerte de Cristo y el ave puesta en libertad ilustra su resurrección. La acción de sacrificar el ave en un vaso de barro ilustra la encarnación, cuando Cristo tomó cuerpo humano para poder morir por nosotros. La aplicación de la sangre al lóbulo de la oreja derecha, al pulgar derecho y al dedo gordo del pie derecho, ilustra la necesidad de la fe personal en la muerte de Cristo. El aceite sobre la sangre nos recuerda al Espíritu de Dios, quien entra en la persona cuando ésta confía en el Salvador.

El hombre no obedeció a Cristo. Le dijo a todo el mundo lo que el Señor había hecho. (Cristo nos dice a nosotros que se lo digamos a todo el mundo y *nosotros nos quedamos callados.*) Marcos 1:45 nos dice que el testimonio del leproso sanado impidió que Jesús entrara en la ciudad, sin embargo, las multitudes acudían a él.

Curación del siervo del centurión (8:5–13). Un centurión era un oficial del ejército romano que tenía a su mando 100 soldados. Todos los centuriones que se mencionan en los Evangelios y en el libro de los Hechos eran caballeros de carácter elevado y fuerte sentido del deber; y este hombre no era excepción. El hecho de que se preocupó por un joven sirviente de baja categoría, lo indica. El muchacho estaba paralítico.

Parecería que todo en este hombre contribuiría a que no llegara a Jesús. Era un soldado profesional y Jesús era un hombre de paz. Era gentil y Jesús era judío. Pero este

soldado tenía algo a su favor: Tenía gran fe. Comprendió que Jesús, como él mismo, estaba bajo autoridad. Todo lo que Cristo tenía que hacer era decir la palabra y la enfermedad le obedecería así como el soldado obedecería a su oficial. Es digno de notarse que sólo los que están *bajo* autoridad tienen el derecho de *ejercer* autoridad.

Dos veces en los Evangelios se menciona que Jesús se maravilló; aquí, por la *gran fe* del centurión y en Marcos 6:6, por la *gran incredulidad* de los judíos. Mateo mencionó dos milagros hechos a favor de los gentiles: éste y la sanidad de la hija de la sirofenicia (Mateo 15:21–28). En ambos casos el Señor quedó impresionado por la gran fe de ellos. Esta es una de las primeras indicaciones de que los judíos no creerían, pero los gentiles sí. En ambos milagros, igualmente, nuestro Señor sanó *a distancia*. Esto es un recordatorio de la posición espiritual de los gentiles: “alejados” (Efesios 2:12).

Curación de la suegra de Pedro (8:14–17). La suegra de Pedro se hallaba en cama con fiebre y Pedro y Andrés se lo dijeron a Jesús cuando llegaron a casa después del servicio en la sinagoga (Marcos 1:21). Las mujeres no ocupaban ninguna posición elevada en Israel y es dudoso que un fariseo hubiera prestado gran atención a la necesidad que había en la casa de Pedro. Jesús la sanó al tocarla y ella respondió sirviéndole a él y a los demás.

Esto parece ser un milagro menor, pero el resultado fue de importancia; porque después de la caída del sol (cuando concluyó el sabbat) *la ciudad entera* se agolpó a la puerta para que el Señor pudiera suplir sus necesidades (Marcos 1:32–34). La bendición en el hogar debe conducir a la bendición en la comunidad. El cambio en la vida de una sola mujer resultó en milagros en la vida de muchos.

72 Leales en Cristo

Mateo vio esto como el cumplimiento de Isaías 53:4. Observemos que Jesús cumplió esta profecía en su vida y no en la cruz. Llevó las enfermedades y dolencias del hombre durante su ministerio en la tierra. Decir que hay sanidad en la expiación y que todo creyente tiene el derecho de reclamarlo, es interpretar erróneamente las Escrituras. Primera Pedro 2:24 aplica esta misma verdad al perdón de nuestros pecados que él llevó en la cruz. El pecado y la enfermedad en efecto van juntos (ve Salmo 103:3), puesto que la enfermedad es una consecuencia del pecado de Adán y también una ilustración del pecado. Dios no está obligado a sanar toda enfermedad. Pero sí está obligado a salvar a todos los pecadores que invocan su nombre.

Primer interludio del discipulado (8:18–22). Debido a que grandes multitudes seguían a Jesús y a que la oposición todavía no había empezado, muchos de los que aspiraban ser discípulos querían seguirle. Sin embargo, no querían pagar el precio. Este es el primer uso de la expresión “Hijo del hombre” en Mateo como nombre para Jesús. Procede de Daniel 7:13 y es definitivamente un título mesiánico y un reclamo de realeza. El versículo 22 se pudiera traducir: “Deja que los espiritualmente muertos entierren a los físicamente muertos”. Jesús no estaba pidiéndole al hombre que le faltara respeto a su padre (que todavía no había muerto), sino que tuviera las prioridades de su vida en el orden correcto. Es mejor predicar el evangelio y dar vida a los espiritualmente muertos, que esperar a que tu padre muera y sepultarlo.

Paz para los Perturbados (8:23—9:17)

Todas las personas que intervienen en estos tres milagros necesitaban paz y Jesús les proveyó de esa paz.

Paz en la tormenta (8:23–27). El Mar de Galilea tiene alrededor de 20 kilómetros de largo y 13 de ancho. No es raro que violentas tormentas se desaten súbitamente en sus aguas. Jesús sin duda sabía que la tormenta se avecinaba y ciertamente pudiera haberla prevenido. Pero permitió que tuviera lugar para poder enseñar a sus discípulos algunas lecciones.

La tormenta se sucedió porque los discípulos *obedecieron* al Señor y no porque que ellos (como Jonás) le desobedecieron. Jesús estaba dormido porque descansaba confiadamente en la voluntad del Padre y esto es lo que los discípulos debían haber hecho. En lugar de eso, se asustaron y acusaron a Jesús de no preocuparse. Mateo quería que sus lectores contrastaran la poca fe de los discípulos con la gran fe del centurión gentil.

Paz en la comunidad (8:28–34). Este dramático incidente es sumamente revelador. Muestra lo que Satanás puede hacerle a un hombre: le priva de su cordura y del dominio propio, le llena de temor, le priva de las alegrías del hogar y de los amigos y (si es posible) le condena a una eternidad de juicio. También revela lo que la sociedad hace por el necesitado: le encadena, le aísla, le amenaza, pero es incapaz de cambiarlo. Mira, entonces, lo que Cristo puede hacer por un hombre cuya vida, por dentro y por fuera, es esclavitud y batalla. Lo que Jesús hizo por estos dos endemoniados puede hacerlo por cualquiera que lo necesite.

Cristo vino a ellos, e incluso a pesar de la tormenta. ¡Así es la gracia de Dios! Los libró por el poder de su Palabra. Los restauró a la cordura, a la sociedad y al servicio. El relato de Marcos 5:1–21 muestra que uno de los hombres pidió ser discípulo del Señor. Pero, en lugar de concederle la petición, Jesús le envió a casa para que testificara. El servicio cristiano debe empezar en casa.

74 Leales en Cristo

Hay tres oraciones en este evento: (1) los demonios le suplicaron a Jesús que los enviara a los cerdos, (2) los ciudadanos le rogaron a Jesús que se fuera y (3) el hombre le rogó a Jesús que le permitiera seguirle (ve Marcos 5:18–20). Jesús contestó las oraciones de los demonios y de los ciudadanos, pero no la del hombre sanado.

Podemos elaborar una *declaración de fe* a partir de las palabras de los demonios. (Los demonios tienen fe; ve Santiago 2:19). Creían en la existencia de Dios y en la deidad de Cristo, así como en la realidad del juicio futuro. También creían en la oración. Sabían que Cristo tenía el poder para enviarlos a los cerdos.

El hecho de que los demonios destruyeron a 2000 cerdos es nada comparado con el hecho de que Jesús libró a dos hombres de los poderes de Satanás. Dios es dueño de todo (Salmo 50:10,11) y puede hacer con ello como le plazca. Jesús valora a las personas más que a cerdos u ovejas (Mateo 12:12). Trajo paz a las vidas de estos hombres y a la comunidad donde, por mucho tiempo, habían causado problemas.

Paz en la conciencia (9:1–8). El Señor había demostrado su poder sobre la enfermedad y las tormentas, pero ¿qué podía hacer en cuanto al *pecado*? La parálisis mencionada aquí es progresiva. Este hombre no podía valerse por sí mismo, pero afortunadamente tenía cuatro amigos que tenían amor, fe y esperanza. Lo trajeron a Jesús y no permitieron que nada se interpusiera en su camino. ¿Era la condición física del hombre el resultado de su pecado?, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que Jesús trató primero con el problema del pecado, porque ésta es siempre la mayor necesidad.

No debemos concluir, partiendo de este milagro, que toda enfermedad es causada por el pecado, o que el perdón

automáticamente significa sanidad física. Un pastor amigo mío dice: “Dios puede sanar toda enfermedad, *a excepción de la última*”. Más importante que la sanidad del cuerpo de este hombre fue la limpieza de su corazón. Se fue a su casa tanto con un cuerpo sanado como con un corazón en paz con Dios. “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Isaías 57:21).

Segundo interludio del discipulado (9:9–17). Hemos estudiado el llamamiento de Mateo en el primer capítulo de este libro. Necesitamos ahora hablar de las figuras simbólicas del ministerio que Jesús presenta en este mensaje. Como *médico*, vino a dar salud a los pecadores enfermos. Como *esposo* vino a dar alegría espiritual. La vida cristiana es una fiesta, no un funeral. La ilustración del *vestido* nos recuerda que Jesucristo vino a hacernos espiritualmente completos. No vino a remendarnos y después dejar que nos destrocemos. El cuadro de los *odres* nos enseña que Cristo llena espiritualmente. La religión judía era un odre viejo que se rompería si fuese llenado con el vino nuevo del evangelio. Jesús no vino para renovar a Moisés, ni siquiera para mezclar la ley con la gracia. ¡Vino con una nueva vida!

Restauración para los Quebrantados (9:18–38)

En esta sección Mateo mencionó cuatro milagros en los que intervienen cinco personas.

Un hogar quebrantado (9:18,19; 23–26). Debe de haber sido difícil para Jairo acudir a Jesús, puesto que era un fiel judío y líder de la sinagoga. Pero el amor por su hija que estaba muriéndose le impulsó a buscar la ayuda de Jesús, aun a pesar de que los líderes religiosos se oponían a Jesús. Cuando Jairo fue a Jesús, la hija estaba a punto de morir. La tardanza motivada por la curación de

la mujer, le dio al *postrer enemigo* la oportunidad de hacer su obra. Los amigos del dirigente vinieron a decirle que la hija había muerto.

Jesús calmó y estimuló al hombre y fue con él. Es más, la tardanza debe haber contribuido a fortalecer la fe de Jairo, porque vio lo que la escasa fe de la mujer había logrado para ella. Debemos confiar en Cristo y en sus promesas, sin que importe cómo nos sintamos o lo que otros digan, o cómo nos parezcan las circunstancias. La escena en el hogar debe haber asustado a Jairo, sin embargo, Jesús se hizo cargo de la situación y le devolvió la vida a la muchacha.

Una esperanza quebrantada (9:20–22). Marcos 5:26 nos informa que esta mujer había ido a ver a muchos médicos, pero ninguno pudo ayudarla. Imagínate la desesperanza que debe haber sentido. Sus esperanzas estaban destrozadas. Su hemorragia la hacía ceremonialmente inmunda (Levítico 15:25ss), lo cual sólo aumentaba su desesperanza. El borde del vestido quiere decir los flecos especiales que los judíos tenían en sus vestidos para recordarles que eran el pueblo de Dios (Números 15:37–41; Deuteronomio 22:12).

Es interesante que Jairo y la mujer, siendo personas opuestas, se hallaron a los pies de Jesús. Jairo era un dirigente judío; ella era una mujer anónima sin prestigio ni recursos. El era un líder en la sinagoga, mientras que la enfermedad impedía a la mujer que fuera a la adoración. Jairo vino suplicando por su hija; la mujer vino con una necesidad propia. La muchacha había gozado de salud por doce años, entonces murió; la mujer había estado enferma por doce años, ahora fue curada. La necesidad de Jairo era pública; todos la sabían. La necesidad de la mujer era privada; sólo Jesús comprendió. Tanto Jairo

como la mujer confiaron en Cristo y él suplió sus necesidades.

Jairo podría haberse ofendido por la mujer, porque impidió que Jesús fuera a ver a la hija antes que muriera. Pero su problema no era la mujer, sino él mismo: necesitaba fe en Cristo. Jesús obligó a la mujer a dar su testimonio (ve el relato en Marcos) tanto por ella misma como por Jairo. El hecho de que Dios haya ayudado a otros debe animarnos a confiar más en él. No debemos ser tan egoístas en nuestras oraciones como para no esperar en el Señor, sabiendo que nunca llega tarde.

La fe de esta mujer era casi supersticiosa, sin embargo, Jesús la honró y la sanó. La gente debe *tocar a Cristo* como les sea posible, aun cuando deban empezar por el borde de su vestido. Los fariseos agrandaban los flecos y las campanillas para parecer más espirituales, pero carecían de poder para sanar (Mateo 23:5). Otros tocaron el borde del vestido de Jesús y también fueron sanados (Mateo 14:34–36).

Cuando Sir James Simpson, el que descubrió el cloroformo, estaba al punto de morir, un amigo le dijo: “Pronto estarás descansando en el seno del Señor”. El científico replicó: “No sé si lograré eso, pero pienso que si puedo aferrarme al borde de su vestido”. No es la fuerza de nuestra fe lo que nos salva, sino la fe en un Salvador fuerte.

Cuerpos quebrantados (9:27–34). No se nos dice por qué estos hombres quedaron ciegos. La ceguera era un problema serio en el Medio Oriente en esos días. Los relatos indican que Jesús curó por lo menos a seis ciegos y cada caso fue diferente. Estos dos ciegos reconocieron a Cristo como el hijo de David (ve Mateo 1:1) y persistieron en seguirle hasta adentro de la casa. (Sin duda tenían amigos que los guiaban.) Cristo hizo honor a su fe.

78 Leales en Cristo

Su “Sí, Señor”, fue la confesión que liberó el poder para su curación y la vista les fue devuelta.

La ceguera es una figura de la ignorancia e incredulidad espiritual (Mateo 15:14; Isaías 6:10; Romanos 11:25). El pecador tiene que nacer de nuevo antes de que pueda ver las cosas de Dios (Juan 3:3). El creyente debe tener cuidado para crecer espiritualmente, porque si no, dañará su visión espiritual (2 Pedro 1:5–9).

El milagro final en esta serie tuvo que ver con un demonio (9:32–34). Aun cuando hay diferencia entre la enfermedad y la obra de los demonios (Mateo 10:8), los demonios en efecto tienen poder para causar aflicciones físicas. En este caso el demonio dejó mudo al hombre. ¡Piensa en la dificultad que esto sería! Jesús le libró y la gente admitió que esto era algo nuevo en Israel.

Pero los líderes religiosos no querían admitir que Jesús era el Mesías. ¿Cómo, entonces podían explicar los milagros? Les explicaban por decir que los hacía en el poder del maligno. Más adelante repetirían tal acusación y Jesús les refutaría (Mateo 12:22ss). En su incredulidad, los fariseos estaban facilitando la obra de Satanás.

Tercer interludio del discipulado (9:35–38). Jesús no sólo sanaba, sino también enseñaba y predicaba. Pero no podía hacer la obra él solo; necesitaba de otros que le ayudaran. Pidió a sus discípulos que oraran para que Dios proveyera los obreros necesarios. No mucho tiempo después los discípulos mismos estarían participando en el ministerio de predicación, enseñanza y sanidad (capítulo 10). De la misma manera, cuando oramos como él nos ordena, veremos lo que él dio, sentiremos lo que él sintió y haremos lo que él hizo. Dios multiplicará nuestras vidas conforme participamos en la gran siega que ya está madura (Juan 4:34–38).

Los Embajadores del Rey

Mateo 10

Sólo Jesucristo podía realizar la obra de la salvación y la realizó solo. Pero el *testimonio* de esta salvación puede ser transmitido sólo por su pueblo, los que han confiado en él y habían sido salvos. El Rey necesitaba embajadores para el mensaje; y todavía los necesita. “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” (Isaías 6:8). No es suficiente orar por obreros (Mateo 9:36-38), debemos también ponernos a su disposición.

Antes de enviar a sus embajadores a ministrar, Jesús predicó un sermón de ordenación para animarlos y prepararlos. En este sermón el Rey tenía algo para decirles a *todos* sus siervos: pasados, presentes y futuros. A menos que reconozcamos este hecho, el mensaje de este capítulo será una confusión sin esperanza.

Instrucciones para los Apóstoles del Pasado (10:1-15)

Un discípulo es un aprendiz, uno que sigue a un maestro y aprende su sabiduría. Jesús tenía muchos discípulos, algunos de los cuales eran nada más que

80 Leales en Cristo

apegados y otros que eran verdaderamente convertidos (Juan 6:66). De este grupo grande de seguidores, Jesús seleccionó a un grupo más pequeño de 12 hombres; y a éstos los llamó *apóstoles*. Esta palabra procede del vocablo griego *apostelo*, que quiere decir *enviar con una comisión*. La usaban los griegos para referirse a los representantes personales del rey, los embajadores que funcionaban bajo la autoridad del rey. Tener en poco a los enviados del rey significaba insubordinación.

Un hombre tenía que reunir ciertos requisitos para ser un apóstol de Jesucristo. Debía haber visto al Cristo resucitado (1 Corintios 9:1) y haberle conocido personalmente (Hecho 1:21,22). Debía haber sido escogido por el Señor (Efesios 4:11). Los apóstoles pusieron el cimiento de la iglesia (Efesios 2:20) y luego salieron de la escena. Aun cuando todos los creyentes son enviados a representar al Rey (Juan 20:21; 17:18), ningún creyente hoy puede sinceramente aducir ser un apóstol, porque ninguno de nosotros ha visto al Cristo resucitado (1 Pedro 1:8).

A estos apóstoles Cristo les dio poder y autoridad especial para hacer milagros. Estos milagros eran parte de sus *credenciales oficiales* (Hechos 2:43; 5:12; 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:1-4). Sanaron los enfermos (y esto incluyó *toda* clase de enfermedades), limpiaron leprosos, echaron fuera a los demonios e incluso resucitaron a algunos muertos. Estos cuatro ministerios son paralelos a los milagros que Jesús realizó en los capítulos 8 y 9. De una manera definida, los apóstoles representaron al Rey y extendieron su obra.

La comisión de Cristo a estos 12 hombres no es la misma para nosotros hoy. Jesús los envió sólo al pueblo de Israel. Al judío primeramente es el patrón histórico, porque “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22).

Estos 12 embajadores anunciaban la venida del reino así como lo había hecho Juan el Bautista (Mateo 3:2) y el mismo Jesús (Mateo 4:17). Es triste decirlo, pero la nación rechazó tanto a Cristo como a los embajadores y el reino les fue quitado (Mateo 21:43).

Los apóstoles dependían de la hospitalidad de otros al ministrar de población en población. En aquellos días el rehusarse hospedar a alguien era contrario a las buenas costumbres. Sin embargo, los embajadores debían quedarse sólo con los que fueran dignos; o sea, los que habían confiado en Cristo y recibían su mensaje de paz y perdón. Los apóstoles no debían transigir en su mensaje. Si un pueblo rechazaba sus palabras, debían advertirles y salir. Sacudir el polvo era una acción de juicio (Hechos 13:51).

No sabemos cuánto tiempo duró esta *campana de evangelización*. Jesús mismo salió a predicar (ve Mateo 11:1) y después los apóstoles regresaron y le informaron lo que había ocurrido (Lucas 9:10). Marcos 6:7 nos dice que Jesús había enviado a los hombres de dos en dos, lo que explica por qué sus nombres se mencionan de dos en dos en los versículos 2 al 4. Apocalipsis 21:14 nos dice que los nombres de los apóstoles estarán en los cimientos de las murallas celestiales. El nombre de Judas, por supuesto, será reemplazado por el de Matías (Hechos 1:26).

Aun cuando podemos aprender los principios espirituales de este párrafo, no debemos aplicar estas instrucciones a nuestra vida. La comisión del Señor para nosotros incluye a *todo el mundo* (Mateo 28:19-20), no sólo la nación de Israel. Predicamos el evangelio de la gracia de Dios (Hechos 20:24). Nuestro mensaje es que “Cristo murió por nuestros pecados” y no “el reino de los cielos se ha acercado”. El Rey ha venido. Ya sufrió, murió y resucitó. Ahora ofrece salvación a todo el que cree.

Instrucciones para los Futuros Discípulos (10:16-23)

El enfoque de esta sección es diferente de la anterior. Aquí el Señor habló de persecución, pero no tenemos ningún informe de que los 12 hayan sufrido en esta gira. Jesús también habló de un ministerio a los gentiles (v.18). El Espíritu Santo no había sido dado, sin embargo, Jesús habló de que el Espíritu hablaría a través de ellos (v.20). El versículo 22 parece indicar una persecución mundial, aunque por ahora los apóstoles estaban ministrando sólo en su propia tierra. Finalmente, el versículo 23 habla de la venida del Señor, lo cual ciertamente mueve estos eventos al futuro. Es difícil no llegar a la conclusión de que estas instrucciones se aplican a los testigos en algún tiempo futuro.

Pero, ¿cuál tiempo? Hasta cierto punto, algunos de estos eventos tuvieron lugar en el libro de los Hechos, sin embargo, Jesucristo no regresó en ese tiempo. Asimismo, el ministerio en los Hechos no estuvo limitado a “las ciudades de Israel” (v.23). Parece que el período descrito en esta sección es paralelo al tiempo de la tribulación que Jesús describió en el Sermón del Monte (Mateo 24—25). De hecho, la declaración “Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” es definitivamente una parte del sermón profético del Señor (Marcos 13:13; Mateo 24:13). No se refiere a una persona que busca ser salvo, sino más bien a alguien que soporta la persecución y es fiel.

Entonces, si estas instrucciones se aplican a este futuro tiempo de tribulación, podemos fácilmente comprender por qué Jesús dijo tanto en cuanto al aborrecimiento y a la persecución. El período de la tribulación será un tiempo de *oposición*. Los siervos de Dios serán como ovejas en medio de lobos. Necesitarán ser firmes de pensamiento pero tiernos de corazón. Esta oposición vendrá de parte

de la religión organizada (Mateo 10:17), del gobierno (v.18) e incluso de la familia (v.21).

Aunque los creyentes en diversas partes del mundo están sufriendo cierta persecución hoy, la indicación es que esta oposición será a nivel mundial. La religión siempre ha perseguido a los verdaderos creyentes. Incluso el apóstol Pablo perseguía a la iglesia cuando él era el inconverso Saulo de Tarso. La historia de la iglesia revela que la religión organizada que no tiene el evangelio se ha opuesto a los hombres y mujeres que se atreven a dar testimonio por Cristo.

Mateo 10:18 indica que el gobierno también participará en este programa de persecución. Las Escrituras proféticas enseñan que, en los últimos días, el gobierno y la religión trabajarán juntos para controlar al mundo. Apocalipsis 13 describe un tiempo durante el período de la tribulación en que un gobernante mundial (el Anticristo) obligará al mundo a adorarle a él y a su imagen. Controlará la religión mundial, la economía y el gobierno, y usará las tres cosas para perseguir a los que son fieles a Cristo.

También habrá un decaimiento del amor y lealtad familiar. “Sin afecto natural” es una característica de los tiempos finales (2 Timoteo 3:3). Jesús citó Miqueas 7:6 para probar este punto (Mateo 10:21). Las tres instituciones que Dios estableció en este mundo son el hogar, el gobierno humano y la iglesia. En los últimos días estas tres instituciones se opondrán a la verdad, en lugar de promoverla.

Pero el período de la tribulación también será un tiempo de oportunidad. Los creyentes podrán testificar ante gobernantes y reyes (v.18). Sus enemigos tratarán de hacerlos tropezar, pero el Espíritu de Dios les enseñará lo que deben decir. Los creyentes hoy no deben usar Mateo 10:19,20 como excusa para no estudiar la Palabra de Dios

84 Leales en Cristo

en preparación para testificar, enseñar o predicar. Estos versículos describen una situación de emergencia; no son el modelo actual de Dios para el ministerio hoy. Incluso durante los días de los apóstoles, el Espíritu Santo les daba sus mensajes cuando enfrentaban a sus enemigos (Hechos 4:8). Este ministerio extraordinario del Espíritu será evidente durante el período de la tribulación.

La tribulación será un tiempo de oposición y oportunidad, pero también será de obligación. Los embajadores del Rey deben perseverar hasta el fin y cumplir fielmente su ministerio, aunque les cueste la vida. A pesar de los azotes, el rechazo por parte de sus familias, la persecución de ciudad en ciudad y los juicios ante los líderes, los siervos deben permanecer leales a su Señor. Dios usará el testimonio de ellos para ganar a otros. Apocalipsis 7:1-8 indica que 144.000 testigos judíos llevarán la Palabra de Dios por todo el mundo durante la tribulación y como resultado grandes multitudes vendrán a Cristo (Apocalipsis 7:9ss).

Sin duda estas palabras de Mateo 10 serán preciosas y significativas para los testigos durante ese tiempo. Nosotros, hoy, podemos aprender de estas palabras, aun cuando su interpretación y aplicación son para los siervos de Dios en un tiempo futuro. Por difíciles que sean nuestras circunstancias, podemos convertir la oposición en oportunidad para testificar. Podemos confiar en que el Espíritu de Dios nos ayudará a recordar lo que el Señor nos ha enseñado (Juan 14:26). En lugar de huir y buscar un lugar más fácil, podemos perseverar hasta el fin, sabiendo que Dios nos ayudará y nos hará salir adelante.

Instrucciones para los Discípulos Presentes (10:24-42)

Aun cuando las verdades que vemos en esta sección pudieran aplicarse a los siervos de Dios en cualquier período

de la historia bíblica, parecen tener un significado especial para la iglesia de hoy. El énfasis es *no temas* (vv.26,28,31). En los versículos 32 y 33 Jesús explicó el temor al que se refería: es el temor de confesar a Cristo abiertamente ante los hombres. La confesión pública de fe en Cristo es una evidencia de la salvación verdadera (Romanos 10:9,10). Varias razones muestran por qué no debemos temer confesar abiertamente a Cristo. Examinemos estas razones que hallamos en Mateo 10.

El sufrimiento es de esperarse (10:24,25). Los hombres persiguieron a Jesucristo cuando él predicaba en la tierra. ¿Por qué debemos nosotros esperar algo diferente? Somos sus discípulos y el discípulo no es mayor que el Maestro. Decían que Jesús estaba aliado con Satanás (Beelzebú; señor del estiércol; señor de la casa), por lo tanto dirán lo mismo de sus seguidores. Sin embargo, debemos considerar que es un privilegio sufrir *por* él y *con* él (Hechos 5:41; Filipenses 3:10).

Dios sacará todo a la luz (10:26,27). Los enemigos de Cristo usan medios secretos y engañosos para oponerse al evangelio. Pero los verdaderos creyentes son abiertos y valientes en sus vidas y testimonio. No tenemos nada que ocultar. “Nada he hablado en oculto”, dijo Jesús (Juan 18:20). Falsos testigos mintieron durante el juicio de Jesús, pero Dios hizo que la verdad aflorara. No tenemos nada que temer porque el Señor un día revelará los secretos de los corazones de los hombres (Romanos 2:16) y los sacará a la luz y los juzgará. Nuestra tarea no es agradar a los hombres, sino proclamar el mensaje de Dios. El juicio presente de los hombres no nos asusta, porque vivimos en la luz del futuro juicio de Dios.

Debemos temer sólo a Dios (10:28). Todo lo que los hombres pueden hacer es matar el cuerpo y, si lo hacen,

86 Leales en Cristo

el alma del creyente va a estar con el Señor. Pero Dios puede destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno. Por supuesto, Dios jamás condenará a uno de sus hijos (Romanos 8:1; Juan 5:24). Martín Lutero captó esta verdad cuando escribió:

Nos pueden despojar de bienes, nombre, hogar,
El cuerpo destruir, mas siempre ha de existir
De Dios el reino eterno.

La persona que teme sólo a Dios no necesita temer al hombre o grupo de hombres. El temor de Dios cancela todo temor.

Dios cuida de los suyos (10:29-31). No costaba mucho comprar pájaros en el mercado. Si comparamos estos versículos con Lucas 12:6 descubriremos que las aves eran tan baratas que el vendedor daba una gratis. Sin embargo, el Padre sabe cuando una de ellas cae a tierra y *el Padre está allí*. Si Dios se preocupa por las aves de manera tan maravillosa, ¿acaso no se va a preocupar también por aquellos que le sirven? ¡Por supuesto que se preocupará! Para Dios valemos mucho más que muchas aves.

Dios se preocupa por los detalles de nuestra vida. Incluso nuestros cabellos están contados; esto no quiere decir simplemente la suma total de ellos, sino que están contados uno por uno. Dios ve cuando un ave cae a tierra y ve cuando un cabello cae de la cabeza de uno de sus hijos. Cuando protege a los suyos, los protege hasta los cabellos (Lucas 21:18). No hay necesidad de temer cuando Dios ejerce cuidado tan maravilloso sobre nosotros.

Cristo honra a los que lo confiesan a él (10:32,33). Confesarle significa mucho más que hacer una declaración con los labios. También quiere decir respaldar con la vida tal

declaración. Una cosa es decir que Jesucristo es el Señor y otra muy distinta es entregarle la vida y obedecer su voluntad. Debe existir concordancia entre el andar y el hablar.

En el cielo Jesús tiene dos ministerios especiales. Como nuestro Sumo Sacerdote nos da gracia para evitar que pequemos. Como nuestro Abogado, nos perdona y nos restaura cuando pecamos (1 Juan 2:1,2). Los *méritos* de su obra celestial intercesora no dependen de nuestra fidelidad, porque él es fiel incluso cuando nosotros no lo somos (2 Timoteo 2:12,13). Pero los *beneficios* de su ministerio celestial son para los que le son fieles. Cuando Cristo nos confiesa ante el Padre, garantiza para nosotros los beneficios de su obra de sacrificio en la cruz. Cuando nos niega ante el Padre, no puede darnos esa gracia. La falta es nuestra, no suya.

Pero hay algo más. Un día estaremos ante su tribunal, en donde se distribuirán las recompensas (2 Corintios 5:10; Romanos 14:10). Si le negamos, perderemos esas recompensas y la alegría de oír “bien hecho”. Desde luego, cualquiera que le niega aquí en la tierra puede ser perdonado. Pedro negó tres veces al Señor, pero fue perdonado y restaurado.

No podemos escapar al conflicto (10:34-39). Una vez que nos hemos identificado con Jesucristo y le hemos confesado, somos parte de una guerra. Nosotros no la empezamos. Dios declaró la guerra a Satanás (Génesis 3:15). La noche en que nació nuestro Señor, los ángeles declararon “en la tierra paz” (Lucas 2:14). Pero Jesús al parecer negaba esta verdad: “No he venido para traer paz, sino espada” (Mateo 10:34). Si Israel lo hubiera aceptado, les habría dado paz. Pero el pueblo le rechazó y el resultado fue una espada. En lugar de que hubiera paz en la tierra, hay “paz en el cielo” (Lucas 19:38). Jesús hizo la paz

mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20) para que los hombres pudieran reconciliarse con Dios y entre sí.

La única manera en que el creyente puede escapar del conflicto es negar a Cristo y hacer acomodos con su testimonio y esto sería pecado. Entonces el creyente estaría en guerra con Dios y consigo mismo. La verdad es que seres muy queridos nos mal entenderán y nos perseguirán, sin embargo, no debemos permitir que esto afecte nuestro testimonio. Es importante que el sufrimiento sea por causa de Cristo y de la justicia y no debido a que sea difícil vivir con nosotros. Hay una diferencia entre el “tropiezo de la cruz” (Gálatas 5:11) y los creyentes que son tropiezo.

Cada creyente debe tomar la decisión de una vez por todas de amar a Cristo supremamente, tomar su cruz y seguirle. El amor que se menciona en el versículo 37 es el motivo de la cruz en el versículo 38. *Llevar la cruz* no quiere decir colocarse un prendedor en la solapa o poner una etiqueta en el automóvil. Quiere decir confesar a Cristo y obedecerle a pesar de la vergüenza y el sufrimiento. Quiere decir morir a uno mismo diariamente. Si el Señor fue a la cruz por nosotros, lo menos que podemos hacer es *llevar una cruz* por él.

El versículo 39 nos presenta sólo dos alternativas: proteger la vida o sacrificarla. No hay neutralidad. Si protegemos nuestros intereses, seremos perdedores; si morimos al yo y vivimos por los intereses de Jesucristo, seremos ganadores. Puesto que el conflicto espiritual es inevitable en este mundo, ¿por qué no morir a uno mismo y dejar que Cristo gane la batalla *por* nosotros y *en* nosotros? Después de todo, la verdadera guerra está *dentro*: el egoísmo en contra del sacrificio.

Podemos ser una bendición para otros (10:40-42). No todo el mundo rechazará nuestro testimonio. Hay algunos

que nos darán la bienvenida y recibirán una bendición. Después de todo, ¡somos embajadores del Rey! Nuestro Rey se asegurará de que ellos reciban recompensa por lo que hacen. Cuando la gente nos recibe, están recibiendo al Rey, porque somos sus representantes. Lee en 2 Samuel 10 un ejemplo de lo que ocurre cuando la gente maltrata a los enviados del Rey.

La bendición, sin embargo, no es automática. Todo depende de la actitud del anfitrión. Si recibe al embajador como profeta (portavoz de Dios), recibe cierta recompensa; si lo recibe sólo como una persona justa, la recompensa es otra. Pero incluso un vaso de agua fría, dado con el espíritu correcto, tiene su propia recompensa.

Ten presente que el tema de esta última sección es el discipulado, no la condición de hijos. Llegamos a ser hijos de Dios por medio de la fe en Cristo. Somos discípulos cuando le seguimos fielmente y obedecemos su voluntad. La condición de hijos no cambia, pero el discipulado cambia conforme andamos con Cristo. Hay una gran necesidad hoy de discípulos fieles, creyentes que aprendan de Cristo y vivan por él.

Esto nos lleva a la conclusión de la primera división principal de Mateo: *La Revelación del Rey*. Hemos visto su Persona (capítulos 1—4), sus principios (capítulos 5—7) y su poder (capítulos 8—10). ¿Cómo responderá la nación a esta revelación?

Los Conflictos del Rey

Mateo 11—12

Toda la evidencia había sido presentada. Juan el Bautista había presentado al Rey ante la nación. Jesús había revelado su persona, sus principios y su poder. Ahora los líderes de la nación deberían tomar una decisión. En lugar de recibir al Rey, empezaron a rebelarse en su contra. En estos dos capítulos se presentan cuatro aspectos de rebelión.

Rebelión contra su Profeta (11:1-30)

Explicación (vv.1-15). Juan el Bautista estaba encarcelado en la fortaleza Maqueronte, debido a que valientemente había denunciado el matrimonio adúltero de Herodes Antipas y Herodías (Lucas 3:19,20). Cabría de esperarse que los líderes judíos se opondrían a Herodes y tratarían de lograr la libertad de Juan, pero no hicieron nada. Su actitud hacia Juan reflejaba lo que pensaban respecto a Jesús, porque Juan había señalado a Jesús y le había dado honor.

No es difícil comprender a Juan y su sufrimiento en la prisión. Era un hombre del desierto y se hallaba confinado

bajo techo. Era un hombre activo, con un mandato divino para predicar; y se le había silenciado. Había anunciado juicio, sin embargo el juicio tardaba en venir (Mateo 3:7-12). Recibió sólo informes parciales del ministerio de Jesús y no podía ver el cuadro completo.

La respuesta de nuestro Señor a Juan reveló discreción y ternura. Le recordó a Juan las profecías del Antiguo Testamento referentes a la obra del Mesías (Isaías 29:18,19; 35:4-6). Los discípulos de Juan ya le habían dicho lo que Jesús estaba haciendo (Lucas 7:18), pero Jesús les dijo que se lo dijeran de nuevo. Juan había venido en el espíritu y poder de Elías (Lucas 1:17), incluso Elías tuvo sus días de desaliento. Jesús le aseguró a Juan que él, Jesús, estaba cumpliendo la voluntad del Padre.

Después de responder a Juan, Jesús lo elogió. Juan no era un predicador popular, que divertía a la multitud, ni tampoco era una caña agitada por el viento que vacilaba ante cualquier cambio. Era un hombre de convicción y valor, el más grande de los profetas. El hecho de que Juan tuvo el privilegio de anunciar al Mesías le daba esa elevada posición. Su ministerio marcaba el clímax de la ley y los profetas.

¿En qué sentido era Juan “aquel Elías que había de venir”? (v.14). Vino en el espíritu y el poder de Elías (Lucas 1:17), e incluso se vestía y predicaba como Elías (Mateo 3:4; 2 Reyes 1:7,8). Al igual que Elías, Juan tenía un mensaje de juicio para la nación apóstata de Israel. Su ministerio fue profetizado (Isaías 40:3) y él lo cumplió. Pero Malaquías 4:5 profetizó la venida de Elías “antes que venga el día de Jehová, grande y terrible”. Este día del Señor es un tiempo de tribulación que vendrá sobre toda la tierra (ve Mateo 24:15). Pero, tales juicios no vinieron después del ministerio de Juan el Bautista. ¿Por qué?

El ministerio de Juan fue preparar a la nación para Jesús y presentarlo ante la nación (Lucas 1:15-17; Juan 1:29-34). Si el pueblo hubiera recibido el testimonio de Juan y aceptado a su Mesías, Juan habría cumplido las profecías literalmente. En lugar de eso, se cumplieron en un sentido espiritual en las vidas de los que confiaron en Cristo. Jesús lo aclaró en Mateo 17:10-13. Muchos eruditos bíblicos creen que Malaquías 3:5 se cumplirá literalmente cuando Elías venga como uno de los dos testigos que se menciona en Apocalipsis 11.

El pueblo tenía a Juan en alta estima (Mateo 21:26) y muchos se habían arrepentido y bautizado. Pero los líderes rehusaron dar honor a Juan y esto demostró la incredulidad y la dureza de corazón de ellos. En lugar de ser como niños y humillarse, los líderes eran inmaduros y obstinados, como niños que se enfurruñan porque no pueden salirse con la suya. La parábola que encontramos en Mateo 11:16-19 revelaba la condición espiritual de los líderes, desafortunadamente, también revela los corazones de los incrédulos hoy.

Condenación (vv.16-24) ¡Qué extraño encontrar la palabra “ay” en los labios de Jesús! Esta palabra habla de juicio, pero también incluye compasión y aflicción. ¡Qué trágico que estas ciudades tomaran tan a la ligera sus oportunidades de ver y oír al Cristo de Dios, y ser salvas! Las ciudades gentiles de Tiro y de Sidón y las impías ciudades de Sodoma y Gomorra, se hubieran arrepentido si hubieran visto los milagros que hicieron Jesús y sus discípulos. Capernaum había sido “levantada hasta el cielo” al tener el privilegio de que el Mesías viviera allí. Sin embargo, sus mayores privilegios sólo significaban mayores responsabilidades y mayor juicio. Cinco de los diez milagros anotados en Mateo 8—9 fueron hechos en Capernaum.

Invitación (vv.25-30). ¿Por qué se rebelaron los líderes religiosos contra Juan y Jesús? Porque esos líderes eran arrogantes espiritual e intelectualmente y no querían ser como niños pequeños en humildad y sinceridad. Hay una gran diferencia entre los muchachos malcriados de la parábola (vv.16–19) y los niños sumisos en esta declaración de alabanza. El Padre revela al Hijo, el Hijo se revela a sí mismo y al Padre a los que están dispuestos a venir a él [al Hijo] por la fe. Estos versículos indican a la vez la soberanía del Padre y la responsabilidad del pecador. Tres mandamientos resumen esta invitación.

“Venid”. Todo lo que los fariseos decían era “¡Haz!” y trataban de obligar a la gente a que siguiera a Moisés y las tradiciones. Pero la verdadera salvación se halla sólo en una persona: Jesucristo. Venir a él significa *confiar en él*. Esta invitación está abierta a todos los cansados y cargados. Así era exactamente como se sentía la gente bajo el yugo del legalismo farisaico (Mateo 23:4; Hechos 15:10).

“Llevad”. Esta es una experiencia más profunda. Cuando venimos a Cristo por fe, *él nos da* descanso. Cuando llevamos su yugo y aprendemos, *hallamos* descanso, ese descanso profundo de la rendición y la obediencia. Lo primero es “paz con Dios” (Romanos 5:1); lo segundo es “la paz de Dios” (Filipenses 4:6-8). Llevar el yugo, en esos días, significaba *convertirse en discípulo*. Cuando nos sometemos a Cristo, somos uncidos en yugo con él. La palabra “fácil” quiere decir *bien ajustado*; Cristo tiene el yugo hecho a la medida para nuestra vida y necesidades. “...y sus mandamientos no son gravosos.” (1 Juan 5:3).

“Aprended”. Los primeros dos mandamientos representan una crisis, al venir y someternos a Cristo, pero este paso es un proceso. Mientras más aprendemos de él,

hallamos una paz más profunda, porque confiamos más en él. La vida se simplifica y se unifica alrededor de la persona de Cristo. Esta invitación está para todos, no sólo para el pueblo de Israel (Mateo 10:5,6).

Rebelión contra sus Principios (12:1-21)

Jesús deliberadamente violó en varias ocasiones las tradiciones del día de reposo. Enseñaba a la gente que las leyes meramente externas nunca los salvarían ni los santificarían. La verdadera justicia debe venir del corazón. La palabra hebrea *sabbath* quiere decir *descansar o reposar*, es por eso que Mateo menciona aquí este conflicto sobre el día de reposo. Jesús ofrece descanso a todos los que vienen a él. No hay descanso en solo cumplir con la religión.

Era legítimo saciar el hambre en el campo del prójimo (Deuteronomio 23:24,25). Pero hacerlo en el día de reposo, según las tradiciones de los escribas y fariseos, era quebrantar la ley, porque significaba trabajar. Jesús dio una respuesta triple a su acusación.

El caso de un rey (12:3,4). Sólo los sacerdotes podían comer del pan consagrado, sin embargo David y sus soldados lo comieron. Ciertamente el Hijo de David tenía derecho de comer el grano de su Padre. Si David quebrantó la ley y no fue condenado, de seguro Jesús podía quebrantar las tradiciones humanas y no tener culpa. Ve 1 Samuel 21:1ss.

El caso de los sacerdotes (12:5,6). Los sacerdotes tenían que ofrecer ciertos sacrificios en el día de reposo (Números 28:9,10) y sin embargo no por eso eran condenados. Es más, su servicio era en obediencia a la ley dada por Dios. Esto sugiere que las tradiciones humanas respecto al día de reposo estaban erradas, porque contradecían la propia ley de Dios.

El caso de un profeta (12:7). La cita es de Oseas 6:6 que Jesús había citado anteriormente (Mateo 9:13). La ley del día de reposo fue dada a Israel como característica de su relación con Dios (Nehemías 9:12-15; Exodo 20:9-11; 31:13-17). Pero también era un acto de misericordia para hombres y bestias, cuyo fin era darles cada semana el descanso necesario. Cualquier ley religiosa que sea contraria a la misericordia y al cuidado de la naturaleza se le debe mirar con sospecha. Dios quiere misericordia y no sacrificios religiosos. Quiere amor, no legalismo. Los fariseos que se sacrificaban para obedecer sus leyes relativas al día de reposo pensaban que estaban sirviendo a Dios. Cuando acusaron a Jesús y a sus discípulos pensaban que estaban defendiendo a Dios. ¡Exactamente como los legalistas religiosos de hoy!

Observa que Jesús mencionó los oficios de profeta, sacerdote y rey; porque él también es Profeta, Sacerdote y Rey. Hace tres declaraciones: como *Sacerdote* es “mayor que el templo” (v.6); como *Profeta* es “más que Jonás” (v.41); y como *Rey* es “más que Salomón” (v.42).

Al declararse Señor del día de reposo, Jesús estaba en realidad afirmando igualdad con Dios, porque Dios había establecido el día de reposo (Génesis 2:1-3). Luego demostró esta afirmación al sanar al hombre que tenía la mano seca. Es triste que los líderes religiosos usaran a este hombre y su enfermedad como arma para luchar contra Jesús. Pero el Señor no temía sus amenazas. No hacer el bien en el día de reposo (o en cualquier otro día) es lo mismo que hacer el mal. Jesús dijo que si el agricultor cuidaba de sus animales en el día de reposo, ¿no deberíamos nosotros cuidar al ser humano, hecho a imagen de Dios?

Ellos respondieron a este desafío deliberado tramando matarle. Le habían acusado de blasfemia cuando sanó al

paralítico (Mateo 9:1-8) y de falta de separación cuando comió con los amigos de Mateo (Mateo 9:11-13). Pero esto era peor. El había violado deliberadamente la ley de Dios, había *trabajado* en el día de reposo al cosechar grano y al sanar a un hombre.

La respuesta de nuestro Señor a su odio fue alejarse. No luchó abiertamente contra sus enemigos, sino que cumplió la profecía de Isaías 42:1-4. Sus enemigos no eran otra cosa que caña cascada y pábilo que humeaba. Observa la doble mención de los gentiles, otro indicio que da Mateo de que Israel rechazaría a su Rey y el reino sería dado a los gentiles.

El retiro del Señor en este punto es un ejemplo anticipado del retiro que se describe en Mateo 14—20. Durante ese tiempo Jesús evitó el conflicto directo con sus enemigos, a fin de poder seguir el plan divino y ser crucificado. También, durante ese tiempo, enseñó a sus discípulos y los preparó para el momento de su crucifixión.

Rebelión contra su Poder (12:22-37)

La acusación (12:22-24). El hombre que trajeron a Jesús ciertamente se hallaba en una situación triste, porque estaba ciego, mudo y poseído por un demonio. Jesús libró al hombre, algo que los fariseos no podían hacer. Le acusaron de haber obrado por el poder de Satanás y no por el poder de Dios. No concordaron con la evaluación que hizo Nicodemo de los milagros de Jesús (Juan 3:2).

La respuesta (12:25-30). Jesús destacó que tal afirmación era ilógica y poco práctica. ¿Por qué lucharía Satanás contra sí mismo? Jesús afirmó que Satanás tenía un reino, porque es el dios de este mundo (Mateo 4:8,9; Juan 12:31). También afirmó que Satanás tenía una casa,

que parece referirse al cuerpo del hombre endemoniado (Mateo 12:43,44). Si Satanás echaba fuera a sus demonios ayudantes, entonces estaba luchando contra sí mismo, dividiendo su reino y destruyendo su casa.

La acusación era también ilógica desde el punto de vista de ellos, aun cuando no lo veían. Había exorcistas judíos (ve Hechos 19:13-16), que al parecer tenían éxito. ¿Por el poder de quién echaban fuera a los demonios? Si era por el poder de Satanás, entonces estaban unidos con el diablo. Por supuesto, ningún fariseo llegaría a semejante conclusión.

Jesús pudo echar fuera a los demonios porque ya había derrotado a Satanás, el príncipe de los demonios. Jesús entró en el reino de Satanás, lo venció y tomó sus despojos. Su victoria fue por medio del Espíritu de Dios (“dedo de Dios” Lucas 11:20) y no por el poder del maligno. Esto quiere decir que Dios es victorioso sobre Satanás y que los hombres deben decidir de qué lado van a estar. No puede haber componendas. Estamos con Dios o contra Dios.

La advertencia (12:31-37). Jesús les advirtió que sus palabras daban evidencia de la maldad que tenían en el corazón. El pecado contra el Espíritu Santo no es asunto de palabras; las palabras que pronunciaban no eran más que el fruto de un corazón lleno de pecado. Si el corazón estuviera lleno de bondad, esa bondad rebosaría por los labios y haría bien a otros. Pero si el corazón es un tesoro de maldad, esta maldad se desbordará por los labios y causará daño a las personas que hablan y a las que oyen.

Pero ¿cuál es este terrible pecado contra el Espíritu Santo? ¿Se lo puede cometer hoy? y si es así, ¿cómo? Nuestro Señor dijo que Dios perdonará toda palabra que se diga contra el Hijo, pero no contra el Espíritu. ¿Quiere esto decir que el Espíritu Santo es más importante que

Jesucristo, el hijo de Dios?, por supuesto que no. Con frecuencia oímos que se usa el nombre de Dios y el de Jesucristo en blasfemias, pero muy rara vez el nombre del Espíritu Santo. ¿Cómo puede Dios perdonar las palabras dichas contra el Hijo, pero no perdonar las que se dicen contra el Espíritu?

Parece que esta situación existía *sólo mientras Cristo estaba ministrando en la tierra*. Jesús no parecía ser diferente de ningún otro hombre judío (Isaías 53:2). Se podía perdonar lo que se dijera contra Cristo *mientras él estaba en la tierra*. Pero cuando el Espíritu de Dios vino en Pentecostés como prueba de que Jesús era el Cristo y estaba vivo, el rechazar ese testimonio del Espíritu era final. La sola consecuencia sería el juicio.

Cuando los líderes rechazaron a Juan el Bautista, estaban rechazando al *Padre* que le envió. Cuando rechazaron a Jesús, estaban rechazando al *Hijo*. Pero cuando rechazaron el ministerio de los apóstoles, rechazaron al *Espíritu Santo* y eso era el fin. No hay más testimonio. Tal rechazo no puede ser perdonado.

La frase “palabra ociosa” en el versículo 36 quiere decir *palabras que no logran nada*. Si Dios va a juzgar toda conversación trivial, ¿cuánto más juzgará nuestras palabras deliberadas? Nuestras conversaciones en *momentos de descuido* revelan nuestro verdadero carácter.

¿Existe un pecado imperdonable hoy? Sí; el rechazo final de Jesucristo. Jesús dijo claramente que *todo* pecado puede ser perdonado (v.31). Adulterio, homicidio, blasfemia y otros pecados pueden ser perdonados; es decir perdonables. Pero Dios no puede perdonar el rechazo de su Hijo. Es el Espíritu quien da testimonio de Cristo (Juan 15:26) y quien convence al pecador perdido (Juan 16:7-11).

Rebelión contra su Persona (12:38-50)

“Los judíos piden señales” (1 Corintios 1:22). Pedir señal es evidencia de incredulidad. Querían que él les *demonstrara* que era el Mesías. Nos preguntamos qué otra prueba adicional podría darse. Si hubieran investigado sus propias Escrituras y examinado sinceramente su vida, hubieran concluido: “Este es el hijo de Dios”. Pero no hubiera sido correcto que Jesús les diera prueba adicional. Eso hubiera sido estimular su incredulidad y permitirles que establecieran sus propias normas para la fe. Cualquier milagro que hubiera realizado, no les hubiera complacido.

Jesús les dio tres respuestas.

Repasó su historia (12:39-42). El profeta Jonás fue un judío enviado a los gentiles y la reina de Sabá fue una gentil que vino a visitar a Salomón, un judío (2 Crónicas 9:1-12). Debido a la antipatía que existía entre judíos y gentiles, esta referencia debe haber irritado a los fariseos. Pero ya hemos observado otras ocasiones en que Jesús y Mateo mencionan a los gentiles.

Jonás fue una señal para los de Nínive porque experimentó (en el gran pez) la muerte, la sepultura y la resurrección. La única señal que Jesús le daría a su nación sería su muerte, sepultura y resurrección. El mensaje de los primeros siete capítulos de Hechos se centra en la resurrección de Cristo, no en su muerte en la cruz. Los judíos de esos días creían que Jesús había muerto. Este era el principal tema de su conversación (Lucas 24:18). *Pero no creían que estuviera vivo* (Mateo 28:11-15). En Hechos 2—7 el Espíritu Santo le dio a la nación de Israel abundante testimonio de que Jesús estaba vivo. Era la única señal que necesitaban.

Jesús es superior a Jonás de muchas maneras. Es superior en su persona, porque Jonás fue solo un hombre.

100 Leales en Cristo

Fue superior en su obediencia, porque Jonás desobedeció a Dios y fue castigado. Jesús en realidad murió, mientras que la muerte de Jonás fue figurada. Su *sepulcro* fue el vientre del gran pez. Jesús resucitó de entre los muertos por su propio poder. Jonás fue rescatado por Dios. Jonás ministró en una sola ciudad, mientras que Jesús dio su vida por el mundo entero. Ciertamente Jesús es superior en su amor, porque Jonás no amó a la gente de Nínive, quería verlos morir. El mensaje de Jonás salvó a Nínive del juicio; fue mensajero de la ira de Dios. El mensaje de Jesús era de gracia y salvación. Cuando confiamos en Cristo, no sólo somos salvos del juicio, sino que recibimos vida eterna y abundante.

Además, Jesús es superior a Salomón en su sabiduría, riqueza y obras. La reina de Sabá quedó asombrada por lo que vio en el reino de Salomón, pero lo que nosotros tenemos en el reino de Dios por medio de Cristo sobrepasa en mucho las glorias de Salomón. Sentarse a la mesa de Cristo, oír sus palabras y participar de sus bendiciones, es mucho más satisfactorio que visitar y admirar el reino más espectacular, aunque fuera el de Salomón.

La principal lección detrás de esta historia es esta: Los ciudadanos de Nínive testificarán contra los gobernantes de Israel, porque aquellos se arrepintieron por la predicación de Jonás. La reina de Sabá también testificará contra ellos. Ella viajó gran distancia para oír la sabiduría de Salomón, sin embargo, los líderes judíos rechazaron la sabiduría de Cristo *quién estaba en medio de ellos*. A mayor oportunidad, mayor juicio. Una característica trágica de la historia de Israel es que la nación rechazaba a sus libertadores la primera vez, pero los aceptaba la segunda. Esto fue cierto en cuanto a José, Moisés, David, los profetas (Mateo 23:29) y Jesucristo.

Reveló sus corazones (12:43-45). Debemos relacionar estos versículos con los de Mateo 12:24-29. La “casa” de Satanás es el cuerpo de la persona que está poseída por el demonio. Al parecer los demonios andan inquietos y buscan cuerpos en los cuales residir (Mateo 8:28-31). Cuando el demonio salió, la vida del hombre cambió para bien, *pero su vida siguió vacía*. Cuando el demonio regresó, trajo consigo a otros y la vida del hombre terminó en tragedia.

La aplicación primordial es para la nación de Israel, especialmente para la generación de los tiempos en que Jesús ministraba en la tierra. La nación había sido purgada del demonio de la idolatría que fue su plaga en el Antiguo Testamento. Pero la reforma no era suficiente. La reforma limpia, pero no llena. La nación debería recibir al Salvador y ser llena de la vida espiritual. En lugar de eso, el pueblo le rechazó y el resultado fue destrucción.

Hay una aplicación personal. No es suficiente limpiar la casa. Debemos también invitar al inquilino apropiado. Los fariseos se enorgullecían de sus “casas limpias”, pero sus corazones estaban vacíos. Mera religión, o reforma, no salva. Debe haber regeneración. Hay que recibir a Cristo en el corazón (ve Apocalipsis 3:20).

Rechazaron su honor (12:46-50). Incluso la familia terrenal de nuestro Señor no le comprendió plenamente a él, ni su ministerio (Juan 7:1-5). Algunos de sus amigos pensaban que había perdido el juicio (Marcos 3:21), pero Jesús no quería los honores de la gente. Sin faltarle el respeto a su familia física, hizo hincapié en la familia de Dios.

Observa como usa la expresión “todo aquel” (v.50). Esto va en paralelo con su hermosa invitación en Mateo 11:28-30 en la que anima a todos a confiar en él. Si toda

102 Leales en Cristo

la nación no le recibiría, por lo menos algunos individuos, tanto de Israel como de los gentiles pudieran confiar en él. Pero, ¿qué ocurrirá con el reino prometido?

Los Secretos del Rey

Mateo 13

Este capítulo registra los eventos de un día de crisis en el ministerio de Jesucristo. Sabía que la creciente oposición de los líderes religiosos culminaría en su crucifixión. Tenía que explicar a sus discípulos este hecho. La pregunta lógica de ellos sería: “¿Qué ocurrirá con el reino acerca del cual hemos estado predicando?” La respuesta la da en esta serie de parábolas. Primero explicó la verdad respecto al reino, luego les explicó los hechos respecto a la cruz.

El uso de parábolas por parte de nuestro Señor dejó perplejos a los discípulos. Jesús ya había usado algunas parábolas al enseñar, pero ese día les dio una serie de siete parábolas relacionadas entre sí, luego añadió una octava. La palabra “parábola” significa *poner una cosa al lado de otra*. Es una historia, una comparación, que se coloca junto a alguna enseñanza para aclarar la lección. Pero no son parábolas ordinarias; Jesús las llama “los misterios del reino de los cielos” (Mateo 13:11). En el Nuevo Testamento un misterio es una verdad espiritual

que se entendía sólo por revelación divina. Era un secreto sagrado conocido sólo por los iniciados que aprendían del Señor y le obedecían.

En esta serie de parábolas Jesús explicó el curso del evangelio en el mundo. Si Israel le hubiera recibido como Rey, las bendiciones habrían fluido de Jerusalén hasta lo último de la tierra. Pero la nación le rechazó y Dios tuvo que instituir un nuevo programa en la tierra. Hoy, *el reino de los cielos* es una mezcla de verdad y falsedad, bien y mal, como se ilustra en estas parábolas. Es la cristiandad que profesa lealtad al Rey, sin embargo, contiene mucho que es contrario a los principios del Rey.

¿Por qué enseñaba Jesús en parábolas? Se mencionan dos razones: la pereza de la gente (Mateo 13:10-17) y también el hecho de que así se profetizó en el Salmo 78:2 (Mateo 13:34,35). Jesús no enseñó en parábolas para confundir o condenar a la gente. Más bien, trató de estimular su interés y despertar su curiosidad. Estas parábolas les darían entendimiento a los que con fe buscaban la verdad. Pero no aclararía la oscuridad a los incrédulos.

Las siete parábolas nos describen el curso del reino de los cielos en esta edad presente. Vemos tres etapas de desarrollo espiritual.

Los Principios del Reino (13:1-9,18-23)

La parábola del sembrador no empieza con “El reino de los cielos es como . . .” porque describe cómo empieza el reino. Empieza con la predicación de la Palabra de Dios, la siembra de la semilla en los corazones de la gente. Cuando decimos “Déjame plantar un pensamiento en tu cabeza” expresamos la idea de esta parábola. La semilla es la Palabra de Dios; los varios terrenos representan diferentes clases de corazones; y los diferentes resultados

muestran las diferentes respuestas a la Palabra de Dios. Jesús explicó esta parábola de modo que no hay duda en cuanto a su significado.

¿Por qué comparar la Palabra de Dios con una semilla? Porque la Palabra es “viva y eficaz” (Hebreos 4:12). A diferencia de las palabras de los hombres, la Palabra de Dios tiene vida en sí; y esa vida puede ser impartida a los que la creen. La verdad de Dios debe echar raíces en el corazón, debe ser cultivada y se le debe permitir que dé fruto. Nos sorprende que tres cuartas partes de la semilla no dieron fruto. Jesús no describió una edad de gran cosecha, sino una en que se rechazaría la Palabra de Dios. No se impresionó por las grandes multitudes que le seguían, porque sabía que la mayoría de la gente no recibiría su Palabra ni llevaría fruto.

Fruto es la prueba de la verdadera salvación (Mateo 7:16). Esto incluye la santidad (Romanos 6:22), el carácter cristiano (Gálatas 5:22,23), buenas obras (Colosenses 1:10), ganar a otros para Cristo (Romanos 1:13), compartir lo que tenemos (Romanos 15:25-28) y alabar a Dios (Hebreos 13:15). Para que una planta dé fruto debe tener sus raíces en el suelo y recibir la luz solar.

En esta parábola, el sol representa la persecución que viene como consecuencia de recibir la Palabra. La persecución ayuda a los creyentes a crecer. Pero la luz solar puede matar a una planta que no tiene raíces. Esto explica por qué algunos llamados creyentes no duran: Su fe es débil, su comprensión es escasa y su decisión no es sincera. Es posible creer y no ser salvo (Juan 2:23-25). Si no hay fruto en la vida, no hay en el corazón la fe salvadora.

En Mateo 13 encontramos la palabra “oír” diecinueve veces. La parábola del sembrador se halla en los primeros tres Evangelios, y en cada uno, la admonición con que

106 Leales en Cristo

termina es diferente. Es importante oír la Palabra de Dios, porque “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). Jesús dijo: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 13:9), “Mirad *lo que oís*” (Marcos 4:24) y “Mirad, pues, *cómo oís*” (Lucas 8:18).

Oposición al Reino (13:24-43)

Satanás se opone al reino tratando de arrebatar la Palabra de los corazones (13:4,19). Pero cuando eso falla, tiene otras maneras de atacar la obra de Dios. Estas tres parábolas revelan que Satanás es primordialmente un *imitador*. Planta creyentes falsos, estimula un crecimiento falso e introduce doctrina falsa.

La cizaña: falsos creyentes (13:24-30,36-43). Satanás no puede desarraigar las plantas (los verdaderos creyentes), así que planta creyentes falsos en medio de ellos. En esta parábola la buena semilla no es la Palabra de Dios. Representa a los convertidos que han confiado en ella. El campo no es el corazón del hombre, sino el mundo. Cristo está plantando creyentes verdaderos en varios lugares para que lleven fruto (Juan 12:23-26). Pero, dondequiera que Cristo planta un verdadero creyente, Satanás viene y siembra uno falso.

Debemos tener cuidado con estas falsificaciones de Satanás. El tiene creyentes falsos (2 Corintios 11:26) que creen un evangelio falso (Gálatas 1:6-9). Estimula una justicia falsa (Romanos 10:1-3) e incluso una iglesia falsa (Apocalipsis 2:9). Al final del siglo producirá un Cristo falso (2 Tesalonicenses 2:1-12).

Debemos también permanecer atentos y asegurarnos de que los ministros de Satanás no se introduzcan en la congregación verdadera y hagan daño (2 Pedro 2; 1 Juan 4:1-6). Es cuando el pueblo de Dios duerme que Satanás

obra. Nuestra tarea no es arrancar lo falso, sino sembrar el verdadero. (Esto no se refiere a la disciplina en la iglesia local.) No somos detectives, sino evangelistas. Debemos oponernos a Satanás y sus mentiras, pero también debemos sembrar la Palabra de Dios y llevar fruto en los lugares en que él nos ha plantado.

¿Qué ocurrirá con la cizaña? Dios la recogerá y la quemará. Es interesante ver que este recogimiento ya está sucediéndose en algunos grupos religiosos que se unen y propugnan la unión. La unidad espiritual entre creyentes es una cosa, pero la uniformidad religiosa entre personas que simplemente profesan ser creyentes, es algo muy diferente. Hoy es difícil separar lo verdadero de lo falso; pero al llegar el fin del mundo, los ángeles harán la separación.

La semilla de mostaza: crecimiento falso (13:31,32). En el Oriente la semilla de mostaza representa algo muy pequeño e insignificante. Produce una planta grande, pero no es un árbol en el sentido estricto del término. Sin embargo, es de suficiente tamaño como para que las aves se posen en sus ramas.

Puesto que Jesús no explicó esta parábola, debemos usar lo que sí explicó en otras parábolas para entender lo que ésta significa. Las aves en la parábola del sembrador representaban a Satanás (13:19). Pasajes como Daniel 4:12 y Ezequiel 17:23 indican que el árbol es un símbolo de un poder mundial. Estos hechos sugieren que la parábola enseña un crecimiento anormal del reino de los cielos; lo que hace posible que Satanás obre allí. Ciertamente el cristianismo se ha convertido en un poder mundial con una organización compleja de muchas ramas. Lo que empezó de una manera humilde, hoy se jacta de posesiones materiales e influencias políticas.

Algunos dicen que esta parábola enseña el éxito mundial del evangelio. Pero eso contradeciría lo que Jesús enseñó en la primera parábola. El Nuevo Testamento enseña una declinación creciente del ministerio del evangelio según se acerca el fin del mundo.

La levadura: doctrina falsa (13:33). La semilla de mostaza ilustra la expansión falsa *externa* del reino, mientras que la levadura ilustra el desarrollo *interno* de la falsa doctrina y la vida falsa. En toda la Biblia la levadura es símbolo del mal. Había que eliminarla de las casas judías durante la Pascua (Exodo 12:15-19; 13:7). Estaba excluida de los sacrificios (Exodo 34:35), con la excepción de los panes que se usaban en la fiesta del Pentecostés (Levítico 23:15-21). Pero allí los panes simbolizaban a los judíos y a los gentiles en la iglesia y hay pecado en la iglesia.

Jesús usó la levadura para ilustrar la hipocresía (Lucas 12:1), la enseñanza falsa (Mateo 16:6-12) y el acomodo mundano (Mateo 22:16-21). Pablo usó la levadura para describir la carnalidad en la iglesia (1 Corintios 5:6-8) tanto como la doctrina (Gálatas 5:9). El pecado es como levadura: Crece calladamente, corrompe e hincha (1 Corintios 5:2; 4:18,19; 8:1).

Satanás ha trabajado duro para introducir falsa doctrina y vida falsa en el ministerio de la Palabra de Dios. Desde los primeros días de la iglesia, los verdaderos creyentes han luchado contra la falsa doctrina y la hipocresía. Qué triste es que algunas iglesias e instituciones escolares que una vez fueron fieles a la Palabra de Dios, han dejado la verdad para creer en fábulas. “Examinadlo todo; retened lo bueno”, es un buen consejo (1 Tesalonicenses 5:21).

El reino de los cielos empezó con la siembra de la Palabra de Dios en los corazones de los hombres. Mucho

de la semilla no llevó fruto, pero una parte sí. Satanás se oponía a la obra de Dios sembrando creyentes falsos, estimulando el crecimiento falso e introduciendo la falsa doctrina. Parecería que Satanás estuviera ganando. Pero la prueba tendrá lugar cuando llegue el *fin* del mundo, no *durante* esta edad.

El Resultado del Reino (13:44-50)

Al final de esta edad Dios tendrá tres pueblos: los judíos (el tesoro escondido), la iglesia (la perla) y las naciones gentiles salvas que entrarán en el reino (la red).

El tesoro escondido (13:44). La interpretación común de esta parábola es que el pecador halla a Cristo y deja todo lo que posee para ganarlo y ser salvo. Pero esta interpretación presenta varios problemas. En primer lugar, Jesucristo no es un tesoro escondido. Es tal vez la persona mejor conocida de la historia. En segundo lugar, porque es ciego y obstinado, el pecador no puede hallar a Cristo (Romanos 3:10ss). Es el Salvador el que halla al pecador perdido (Lucas 19:10). Ningún pecador puede *comprar* la salvación. Fíjate que el hombre de la parábola no compró el tesoro; compró *el campo entero*. “El campo es el mundo” (Mateo 13:38). ¿Debe el pecador perdido comprar el mundo para ganar a Cristo? ¿Necesita esconderlo de nuevo?

De nuevo, el simbolismo del Antiguo Testamento nos ayuda en la interpretación. El tesoro es la nación de Israel (Exodo 19:5; Salmo 135:4). Esa nación fue colocada en el mundo para glorificar a Dios, pero fracasó. Se convirtió en una nación escondida, un tesoro que no se está invirtiendo para producir dividendos para Dios. Jesucristo dio todo para comprar al mundo entero para poder salvar a la nación de Israel (Juan 11:51). Jesús murió en la cruz por el mundo

110 Leales en Cristo

entero, pero de una manera especial por Israel (Isaías 53:8). La nación sufrió juicio y al parecer destrucción, pero a la vista de Dios la nación está escondida y se revelará nuevamente en gloria.

Hay, entonces, un futuro para Israel. Políticamente la nación volvió a nacer el 14 de mayo de 1948. Pero espiritualmente la nación está muy lejos de lo que debe ser. Dios ve a Israel como su tesoro y un día la establecerá en un reino glorioso.

La perla de gran precio (13:45,46). Un canto evangélico perpetúa la interpretación de que la perla es Jesucristo y su salvación. Pero las mismas objeciones que se aplicaron a la parábola anterior, se aplican a ésta. El pecador no halla a Cristo; Cristo lo halla a él. Ningún pecador puede pagar por su salvación, aunque vendiera todo lo que tuviera.

La perla representa a la Iglesia. La Biblia hace una distinción entre los judíos, los gentiles y la Iglesia (1 Corintios 10:32). Hoy la Iglesia, el cuerpo de Cristo, se compone de creyentes judíos y gentiles (Efesios 2:11ss). A diferencia de la mayoría de las gemas, la perla es una *unidad*; no se la puede tallar como a un diamante o a una esmeralda. La Iglesia es una unidad (Efesios 4:4-6), aun cuando la Iglesia profesante en la tierra está dividida. Como una perla, la Iglesia es el producto del sufrimiento. Cristo murió por la Iglesia (Efesios 5:25) y su sufrimiento en la cruz hizo posible que ella naciera.

Una perla crece gradualmente y la Iglesia crece gradualmente a medida que el Espíritu convence y convierte a los pecadores. Nadie puede ver cómo se hace una perla, porque está escondida en la concha de una ostra en el fondo del océano. Nadie puede ver el crecimiento de la Iglesia de Cristo en el mundo. La Iglesia se halla

hoy entre las naciones (en la Biblia las aguas representan a las naciones; Daniel 7:1-3; Apocalipsis 13:1; 17:15) y un día será revelada en toda su belleza.

Así que, a pesar de la obra sutil de Satanás en el mundo, Cristo está formando su Iglesia. Vendió todo lo que tenía para comprar su Iglesia y nada de lo que Satanás pueda hacer le hará fracasar. No hay sino una sola Iglesia, una perla de gran precio, aun cuando hay muchas iglesias locales. No toda persona que es miembro de una iglesia local pertenece a la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Es sólo mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo que llegamos a ser parte de su Iglesia. Por supuesto, todos los verdaderos creyentes deben identificarse con una asamblea local donde puedan adorar y servir.

La red (13:47-50). La predicación del evangelio en el mundo no convierte al mundo. Es como una enorme red barredera que recoge toda clase de peces, algunos buenos otros malos. La iglesia profesante de hoy tiene en su seno tanto creyentes verdaderos como falsos (la parábola de la cizaña), buenos y malos. Al final del siglo Dios separará a los verdaderos creyentes de los falsos y los buenos de los malos. Cuando Jesús regrese a la tierra, para librar la batalla del Armagedón (Apocalipsis 19:11ss), separará a los creyentes e inconversos *en la tierra*. Estas son personas vivas que no son parte de la Iglesia (que ya estará en el cielo) o Israel. Son gentiles a los cuales se tratará con justicia: Los salvos entrarán en el reino, pero los incrédulos serán arrojados al horno de fuego. La misma idea se halla en la parábola de las ovejas y los cabritos (Mateo 25:13ss).

Dos veces en esta serie de parábolas Jesús usó la frase "el fin del siglo" (13:39,49). No se refería al final de esta edad de la Iglesia, porque no reveló a los discípulos la verdad en cuanto a la Iglesia sino hasta más tarde (Mateo

112 Leales en Cristo

16:18). La edad o el siglo a que se refiere es la edad judía al final de la gran tribulación descrita en Mateo 24:1-31 y en Apocalipsis 6—19. Debemos tener cuidado de no encontrar en estos pasajes de Mateo verdades que fueron dadas más tarde por medio de Pablo y los otros apóstoles.

Cuando Jesús hubo concluido esta serie de parábolas, preguntó a sus discípulos si las comprendieron y ellos con confianza respondieron: “Sí, Señor”. Comprender implica ser responsable. Para explicar esto el Señor añadió una parábola final (13:51,52) para recordarles sus responsabilidades.

Deben ser escribas que descubren la verdad. Los escribas empezaron como un noble grupo bajo el liderazgo de Esdras. Su propósito era preservar la Ley, estudiarla y aplicar sus verdades a la vida diaria. Con el paso de los años, su noble causa degeneró en una tarea rutinaria de preservar tradiciones e interpretaciones humanas y añadir cargas a la vida de las personas (Lucas 11:46-52). Estaban tan concentrados en el pasado que ignoraban el presente. En lugar de proclamar la verdad viviente de la Palabra de Dios, hacían mercadería de sus doctrinas y tradiciones muertas que no podían ayudar a la gente.

Como creyentes nosotros no andamos *en busca de la verdad*, porque tenemos la verdad en el Hijo de Dios (Juan 14:6) y la Palabra de Dios (Juan 17:17). Escudriñamos *en la verdad* para poder descubrir más verdad. Somos escribas, estudiantes, que se sientan a los pies de Jesús y escuchan sus palabras. Una de las alegrías de la vida cristiana es el privilegio de aprender la verdad y la Palabra de Dios. Pero no debemos detenernos allí.

Deben ser discípulos que hacen la verdad. Por eso todo escriba que llega a ser un discípulo del reino de los cielos... es una traducción más acertada del versículo 52.

Los escribas hacían hincapié en el *aprendizaje*, pero el discípulo hace énfasis en la *vida*. Los discípulos son hacedores de la Palabra (Santiago 1:22ss) y aprenden al vivirla.

Es difícil mantener equilibrio en nuestra vida. A menudo hacemos hincapié en el aprender a expensas del vivir. O, podemos ocuparnos tanto en servir a Dios que no tenemos tiempo para oír su Palabra. Todo escriba debe ser un discípulo y todo discípulo debe ser un escriba.

Deben ser mayordomos que dispensan la verdad. Los escribas preservaban la ley pero no la invertían en la vida de las personas. El tesoro de la ley estaba encostrado por las tradiciones de los hombres. La semilla no era plantada para que llevara fruto. El oro y plata espiritual no se ponían a trabajar para que pudieran producir dividendos. Como creyentes debemos ser *conservadores* pero no *preservadores*.

El mayordomo guarda el tesoro, pero también lo dispensa según sea necesario. Dispensa lo viejo y lo nuevo. Los nuevos principios y nociones se basan en las verdades antiguas. El nuevo no se puede contradecir el antiguo porque lo nuevo resulta de lo viejo (Levítico 26:10). Lo nuevo sin lo viejo es mera novedad y no durará. Pero lo viejo no sirve a menos que se le de nuevas aplicaciones a la vida. Necesitamos ambas cosas.

Cuando Jesús terminó estas parábolas cruzó el mar en medio de una tormenta y libró a los endemoniados en la región de los gadarenos. Mateo registró esto en 8:28-34. Fue en esa ocasión que Jesús fue a su pueblo Nazaret, esto se encuentra escrito en 13:53-58.

Dos cosas asombraron a los de Nazaret: las palabras del Señor y sus obras. Sin embargo, no confiaron en él y esto limitó su ministerio. ¿Qué cosa causaba que la gente dudara de él? Estaban demasiado familiarizados con él

114 Leales en Cristo

desde el punto de vista humano, porque él había crecido entre ellos. Era que le conocían según la carne (ve 2 Corintios 5:16); no tenían el discernimiento espiritual que Dios da a los que se rinden a él (Mateo 11:25-30). Estas personas andaban por vista y no por fe.

Pero, si sus propios amigos y familiares no confiaban en él, ¿qué esperanza había de que la nación creyera en él? A principios de su ministerio Jesús había predicado en Nazaret (Lucas 4:16-31), lo habían rechazado; y ahora lo rechazaron de nuevo. Esta fue su última visita a Nazaret. Esos lugareños no tendrían otras oportunidades. Jesús sería conocido como *Jesús de Nazaret* y a sus seguidores se les llamaría *nazarenos*, pero Nazaret no lo recibió. Mateo escogió este evento como apropiada conclusión para la sección "La Rebelión contra el Rey".

El Retiro del Rey

Mateo 14

A los capítulos 14—20 he llamado *El Retiro del Rey*. Durante el período en que ocurrieron los eventos que Mateo registró en estos capítulos, Jesús con frecuencia se retiró de las multitudes para pasar tiempo a solas con sus discípulos, (ve Mateo 14:13; 15:21,29; 16:13; 17:1—8). Hubieron varias razones para estos retiros: la creciente hostilidad de sus enemigos, la necesidad de descanso físico y la necesidad de preparar a sus discípulos para su futura muerte en la cruz. Desafortunadamente, los discípulos a menudo se dejaron atrapar por la emoción generada por las multitudes que querían hacer a Jesús su Rey (ve Juan 6:15).

Sin embargo, no debemos pensar que estos retiros de Jesús, apartado de las multitudes, fueron períodos de inactividad. Con frecuencia las multitudes siguieron a Jesús y él no podía estar a solas. Ministraba sin ningún egoísmo a las necesidades de la gente a pesar de sus propias necesidades de descanso y soledad. En los capítulos 14—20 veremos a estos tres grupos de personas:

116 Leales en Cristo

los enemigos de Cristo, las multitudes necesitadas y los discípulos. A medida que el relato se acerca a su apogeo, parece que los enemigos están ganando la partida; pero no es cierto. En el capítulo final, Mateo describe al Rey resucitado comisionando a sus discípulos para ir por todo el mundo y proclamar las buenas nuevas a las multitudes.

En este mismo capítulo vemos a estos tres grupos de personas y las respuestas que les dio nuestro Señor.

A sus enemigos: Precaución (14:1–13)

La familia de los Herodes aparece repetidamente en los cuatro Evangelios y en el libro de los Hechos y es fácil confundir a los gobernantes de ese nombre.

Herodes el Grande fundó la dinastía y gobernó desde 37 a. de C. hasta 4 d. de C. No era verdaderamente judío por nacimiento, sino idumeo, descendiente de Esaú. “Era ...pagano en la práctica y un monstruo de carácter” (*Diccionario Bíblico de Unger*). Tuvo 9 esposas (algunos dicen que 10) y no vaciló en asesinar a sus propios hijos o esposas si se interponían en sus planes. Fue él quien hizo matar a los niños de Belén (Mateo 2:13–18).

Herodes Antipas, el Herodes de este capítulo, era hijo del anterior. Su título de “tetrarca” quiere decir que *gobernaba sobre una cuarta parte del reino*. Gobernó desde 4 a. de C. hasta 39 d. de C. y su gobierno fue engañoso y egoísta. Le encantaba el lujo y tenía gran ambición para llegar a ser un gran gobernante.

Herodes Agripa es el que encarceló a Pedro e hizo matar a Jacobo (Hechos 12). Era nieto de Herodes el Grande.

Herodes Agripa II fue el que juzgó a Pablo (Hechos 25:13ss). Era hijo de Agripa I.

Todos los Herodes tenían sangre edomita en sus venas y como su antepasado Esaú, eran hostiles contra los judíos

(Génesis 25:19ss). Practicaban la religión judía cuando les servía para sus planes de adquirir mayor poder o riqueza.

Herodes Antipas cometió un pecado grosero: Se había fugado con Herodías, esposa de su medio hermano Felipe I, divorciándose de su propia esposa y enviando a ésta de regreso a su padre, el rey de Petra (Levítico 18:16; 20:21). Este Herodes escuchó la voz de la tentación y se hundió en este terrible pecado.

Pero hubieron otras voces que Dios envió para advertir a Herodes Antipas.

La voz del profeta (14:3–5). Intrépidamente Juan el Bautista le advirtió a Herodes y le llamó al arrepentimiento. Juan sabía que el pecado del gobernante sólo contaminaría la tierra y haría más fácil que otros pecaran, y que Dios juzgaría a los pecadores (Malaquías 3:5). Debemos elogiar a Juan por su valor de llamar pecado al pecado y denunciarlo. Israel era la nación del pacto de Dios y los pecados de sus gobernantes (aun cuando éstos fueran incrédulos) acarrearían el castigo de Dios.

En lugar de escuchar al siervo de Dios y obedecer la Palabra de Dios, Herodes arrestó a Juan y le echó en la cárcel. Pusieron a Juan en la fortaleza Maqueronte, ubicada como a unos seis kilómetros del Mar Muerto. Estaba como a unos mil metros sobre el nivel del mar, en una cresta rocosa a la que se podía llegar sólo por una ladera.

Fue Herodías, la esposa de Herodes, la que guardaba el rencor contra Juan (ve Marcos 6:19) e influyó en su esposo. Tramó con su hija adolescente para que ésta ejecutara una danza lasciva durante la fiesta de cumpleaños de Herodes. Herodías sabía que su esposo sucumbiría a los encantos de su hija y le haría alguna promesa precipitada. También sabía que Herodes querría

quedar bien ante sus amigos y dignatarios. El complot resultó y Juan el Bautista fue decapitado.

La voz de la conciencia (14:1,2). Cuando Herodes oyó de las maravillosas obras de Jesús, estaba seguro que Juan había resucitado de los muertos. Su conciencia le atormentaba, ni su esposa ni sus amigos podían consolarlo. La voz de la conciencia es poderosa y puede ser la voz de Dios para los que le prestan atención.

En lugar de prestar atención a su conciencia, Herodes decidió matar a Jesús así como había matado a Juan. Algunos fariseos (probablemente participando en el complot) le advirtieron a Jesús que Herodes quería matarlo (Lucas 13:31,32). Pero Jesús no se inmutó por el informe. La palabra “zorra” en Lucas 13:32 tiene género femenino. Jesús dijo: “Id, y decid a aquella zorra”. ¿Se refería acaso a Herodías, el verdadero poder en el trono?

La voz de Jesús (Lucas 23:6–11). Cuando finalmente conoció a Jesús, Herodes encontró que el Hijo de Dios *guardó silencio ante él*. Herodes había silenciado la voz de Dios. “...Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones...” (Hebreos 3:7,8).

La voz de la historia. Herodes debería haber sabido que no podía salirse con su pecado. La historia indica que Herodes perdió prestigio y poder. Sus ejércitos fueron derrotados por los árabes y su petición de que lo hicieran rey (acicateado por su esposa) fue rechazada por el emperador Calígula. Herodes fue desterrado a Galia (Francia) y luego a España, en donde murió.

Se recuerda a Herodes como un gobernador débil, cuya única preocupación fue su propio placer y posición. No sirvió al pueblo, sino que se servía a sí mismo. Tiene el dudoso honor de ser el hombre que mató al más grande profeta enviado para proclamar la Palabra de Dios.

¿Cuál fue la respuesta de nuestro Señor a las noticias del asesinato de Juan? *Precaución*: Calladamente se retiró de esa región y se fue “a un lugar desierto”. Vivía según un itinerario divino (ve Juan 2:4; 7:6,30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1) y no quería provocar deliberadamente problemas con Herodes. Debido a que los agentes de Herodes andaban por todas partes, el Señor tenía que ejercer sabiduría y precaución.

Ciertamente que Jesús se conmovió profundamente cuando oyó que Juan había muerto. La nación judía *permitió* que se matara a Juan porque no hizo nada para ayudarlo. Pero estos mismos líderes *pedirían* que se matara a Jesús. Jesús no permitiría que los gobernantes judíos se olvidaran del testimonio de Juan (Mateo 21:23ss). Debido a que ellos rechazaron el testimonio de Juan, rechazaron a su propio Mesías y Rey.

Las multitudes: Compasión (14:14–21)

Jesús y sus discípulos desesperadamente necesitaban descansar (Marcos 6:31), sin embargo, las necesidades de las multitudes tocaron su corazón. La expresión que se traduce “tuvo compasión” literalmente significa *sentir que el ser interior de uno (vísceras) se agita*. Es más fuerte que mera simpatía. La palabra se usa 12 veces en los evangelios, de ellas, 8 son referencias a Jesús.

Así que Jesús “tuvo compasión” al ver a las multitudes necesitadas (Mateo 9:36). Eran como ovejas lastimadas por brutal trasquila: destrozadas, exhaustas y perdidas. Dos veces “tuvo compasión” al contemplar a la multitud con hambre y sin comida (Mateo 14:14; 15:32). Los dos ciegos (Mateo 20:34) y el leproso (Marcos 1:41) también despertaron su compasión, igualmente la viuda de Naín (Lucas 7:13).

Jesús usó esta expresión en tres de sus parábolas. El rey tuvo compasión de su siervo en bancarrota y le perdonó la deuda; así debemos perdonarnos unos a otros (Mateo 18:21–35). El samaritano tuvo compasión del judío víctima y cuidó de él con amor (Lucas 10:25–37). El padre tuvo compasión del hijo descarriado y corrió para darle la bienvenida cuando éste regresó a casa (Lucas 15:20). Si nuestro Padre celestial tiene tal compasión por nosotros, ¿no deberíamos nosotros tener compasión los unos de los otros?

El milagro de alimentar a los 5.000 se registra en los cuatro Evangelios (Marcos 6:35–44; Lucas 9:12–17; Juan 6:4–13). Fue definitivamente un milagro. Los que enseñan que Jesús tan sólo animó a la gente a sacar su hambre personal ignoran las declaraciones directas de la Palabra de Dios. Juan 6:14 definitivamente llama a este evento una señal o milagro. ¿Desearía la multitud coronar a Jesús como rey si simplemente les había persuadido a que compartieran sus hambres? (Juan 6:14–15). ¡No es probable!

No se requiere mucha imaginación para entender el embarazoso problema de los discípulos. Allí había más de 5.000 personas con hambre y no tenían qué darles de comer. Por cierto que los discípulos sabían que Jesús tenía suficiente poder para suplir la necesidad, sin embargo, no acudieron a él buscando ayuda. En lugar de eso, hicieron un inventario de la provisión de comida que tenían (un muchacho contaba con cinco panes de cebada y dos pescados) y su limitada tesorería. Cuando se dieron cuenta de la hora (era tarde) y del lugar (un lugar desierto), llegaron a la conclusión de que no se podía hacer nada para resolver el problema. Su consejo al Señor fue “Despide a la multitud”.

¡Cuán parecidos a muchos en el pueblo de Dios hoy! Por alguna razón, nunca es el lugar apropiado o la hora

apropiada para que Dios obre. Jesús observó a sus frustrados discípulos tratando de resolver el problema, pero “el sabía lo que había de hacer” (Juan 6:6). Quería enseñarles una lección sobre la fe y la entrega. Fíjate en los pasos que debemos dar para resolver los problemas de la vida.

Empieza con lo que tienes. Andrés halló a un muchacho que tenía su fiambre y trajo al muchacho a Jesús. ¿Estuvo el muchacho dispuesto a entregar su merienda? Sí, lo estuvo. Dios empieza donde estamos y usa lo que tenemos.

Dale a Jesús lo que tienes. Jesús tomó la sencilla merienda, la bendijo y la repartió. El milagro de la multiplicación estaba en sus manos. “Lo poco es mucho cuando Dios está allí”. Jesús partió el pan y les dio los pedazos a sus discípulos y ellos, a su vez, lo repartieron a las multitudes.

Obedece lo que él ordena. Los discípulos hicieron que la gente se recostara, como Jesús ordenó. Entonces tomaron los pedazos y los repartieron y descubrieron que hubo suficiente para todos. Como siervos del Señor, somos *distribuidores*, no *fabricantes*. Si le damos lo que tenemos, él lo bendecirá y nos lo devolverá para que lo usemos para alimentar a otros.

Conserva los resultados. Doce canastas llenas de pedazos de panes y pescados sobraron después que la gente comió cuanto deseaba. Pero recogieron cuidadosamente los pedazos para que no se desperdiciara nada (Marcos 6:43; Juan 6:12). Me pregunto, ¿cuántos pedazos se llevó el muchacho de regreso a su casa? Imagínate la sorpresa de la madre cuando el niño le contó la historia.

El apóstol Juan registró un sermón sobre *el Pan de Vida* que Jesús predicó al día siguiente en la sinagoga de Capernaum (Juan 6:22ss). La gente estuvo dispuesta a recibir el pan físico, pero no quería recibir el Pan de Vida:

el Hijo de Dios que había venido del cielo. El milagro de alimentar a los 5.000 en realidad fue un sermón en acción. Jesús es el Pan de Vida y sólo él puede satisfacer el hambre espiritual del corazón del hombre. La tragedia es que el hombre desperdicia su tiempo y dinero en “lo que no es pan” (Isaías 55:1-7). La gente de hoy comete la misma equivocación.

Jesús todavía tiene compasión por las multitudes que tienen hambre y todavía le dice a su iglesia: “Deles algo de comer”. Qué fácil es para nosotros despedir a la gente, presentar excusas, aducir falta de recursos. Jesús nos pide que le demos todo lo que tenemos y que le permitamos que él lo use como lo considere apropiado. Un mundo hambriento está alimentándose con sustitutos vacíos mientras que nosotros no le damos el Pan de Vida. Cuando le damos a Cristo lo que tenemos, nunca perdemos. Siempre terminamos con más bendición que cuando empezamos.

Los Discípulos: Cuidado y Preocupación (14:22,36)

Juan escribió por qué Jesús se apresuró a despedir a la multitud y a enviar a sus discípulos en el barco: La multitud quería hacerle rey (Juan 6:14,15). El Señor sabía que los motivos de la multitud no eran espirituales y que tenían propósitos fuera de la voluntad de Dios. Si los discípulos se hubieran quedado, no cabe duda de que se habrían dejado llevar por los planes de la multitud, porque hasta ese punto, los discípulos todavía no habían comprendido plenamente los planes de Cristo. Todavía discutían sobre cuál sería el mayor y un levantamiento popular les hubiera venido bien.

La experiencia de los discípulos en la tormenta puede ser un estímulo para nosotros cuando atravesamos las

tormentas de la vida. Cuando nos hallamos en medio de una tormenta, podemos descansar en varias circunstancias que nos dan seguridad.

El me trajo a este punto. La tormenta sucedió porque ellos estaban *en* la voluntad de Dios y no (como Jonás) fuera de ella. ¿Sabía Jesús que la tormenta se avecinaba? Por supuesto. ¿Los dirigió deliberadamente a la tormenta? ¡Sí! Ellos estaban más seguros en la tormenta y en la voluntad de Dios que en tierra con las multitudes y fuera de la voluntad de Dios. Nunca debemos juzgar nuestra seguridad solamente a base de las circunstancias.

Al leer la Biblia descubrimos que hay dos clases de tormentas: tormentas de *corrección*, cuando Dios nos disciplina; y tormentas de *perfección*, cuando Dios nos ayuda a crecer. Jonás se halló en una tormenta porque desobedeció a Dios y tuvo que recibir corrección. Los discípulos se hallaron en una tormenta porque obedecieron a Cristo y tenían que ser perfeccionados. Jesús los había probado en una tormenta anteriormente, cuando estuvo en un barco con ellos (Mateo 8:23–27). Pero ahora los probó *no estando él en el barco*.

Muchos creyentes tienen la idea errada de que la obediencia a la voluntad de Dios aplaca la tormenta. Pero no es cierto. “En el mundo tendréis aflicción;” prometió Jesús (Juan 16:33). Cuando nos hallemos en la tormenta debido a que hemos obedecido al Señor, debemos recordar que él nos puso allí y nos puede cuidar.

El está orando por mí. Esta escena es un cuadro dramático de la iglesia y del Señor en la actualidad. El pueblo de Dios se halla en el mar, en medio de la tormenta. Sin embargo, Cristo está en el cielo intercediendo por nosotros (Romanos 8:34). Jesús vio a sus discípulos y sabía su apuro (Marco 6:48), así como nos ve a nosotros

y sabe de nuestras necesidades. Siente nuestras cargas y sabe lo que estamos atravesando (Hebreos 4:14–16). Jesús estaba orando por sus discípulos para que su fe no faltara.

Si tú supieras que Jesucristo estuviera en la habitación vecina, orando por ti, ¿no te daría más valor para soportar la tormenta y hacer su voluntad? Por supuesto que sí. Pero Jesús no se halla en la habitación vecina, sino en el cielo intercediendo por ti. Ve tu necesidad, sabe tus temores y está en control de la situación.

El vendrá a mí. En la vida, cuando atravesamos momentos de adversidad, a menudo nos sentimos como si Jesús nos hubiera abandonado. En los Salmos, David se quejaba de que Dios parecía estar lejos e indiferente. Sin embargo, sabía que Dios a la larga lo rescataría. Incluso el gran apóstol Pablo se vio en una situación tan difícil que se sentía abrumado “...sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida” (2 Corintios 1:8).

Jesús siempre viene a nosotros en las tormentas de la vida. “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo” (Isaías 43:2). Tal vez no venga en el momento en que nosotros pensamos que debería venir, porque él sabe cuándo lo necesitamos más. El esperó hasta que el barco estuviera lo más lejos posible de tierra, para que haya desaparecido toda esperanza humana. Estaba probando la fe de sus discípulos, esto quería decir eliminar toda muleta humana.

¿Por qué caminó Jesús sobre el agua? Para mostrar a sus discípulos que la misma cosa que ellos temían (el mar) no era nada más que una vereda para que él viniera a ellos. Con frecuencia tememos las experiencias difíciles de la vida (tales como cirugías y duelo), tan sólo para descubrir que estas experiencias nos acercan más a Jesucristo.

¿Por qué no le reconocieron? Porque no lo esperaban. Si hubieran estado esperando con fe, le hubieran reconocido de inmediato. Pero en lugar de eso, concluyeron erróneamente que estaban viendo un fantasma. El temor y la fe no pueden estar en el mismo corazón, porque el temor ciega los ojos a la presencia del Señor.

El me ayudará a crecer. Este fue el propósito de la tormenta: ayudar a los discípulos a crecer en la fe. Después de todo, Jesús un día los dejaría y ellos enfrentarían muchas tormentas en su ministerio. Tenían que aprender a confiar en él aun cuando no estuviera presente con ellos y aunque pareciera que no se interesaba.

Ahora nuestro interés se concentra en Pedro. Antes de criticar a Pedro por haberse hundido, démosle el honor que le corresponde por su magnífica demostración de fe. Se atrevió a ser diferente. Cualquiera puede sentarse en el barco y observar. Pero se requiere una persona de fe genuina para salir del barco y andar sobre las aguas.

¿Qué hizo que Pedro se hundiera? Su fe empezó a flaquear debido a que quitó sus ojos del Señor y empezó a mirar las circunstancias que lo rodeaban. “¿Por qué dudaste?” le preguntó Jesús (v.31). La palabra que se traduce “dudar” lleva el significado de *estar titubeando entre dos caminos*. Pedro empezó con mucha fe, pero acabó con poca fe, porque vio *dos* caminos en lugar de *uno solo*.

Debemos darle crédito a Pedro por saber que estaba hundiéndose y por clamar al Señor pidiéndole ayuda. Clamó cuando estaba “comenzando a hundirse” y no cuando estaba ahogándose. Tal vez este incidente vino a su memoria años más tarde cuando escribió en su primera epístola: “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones” (1 Pedro 3:12).

Esta experiencia fue difícil para Pedro, pero le ayudó a crecer en su conocimiento de sí mismo y del Señor. Las tormentas de la vida no son fáciles, pero *son* necesarias. Nos enseñan a confiar solamente en Jesucristo y a obedecer su Palabra cualesquiera que sean las circunstancias. Bien se ha dicho: “La fe no es creer a pesar de la evidencia, sino obedecer a pesar de la consecuencia”.

El me acompañará. Si Jesús dice “Ven”, entonces esa palabra va a lograr el propósito que tiene. Puesto que él es “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2), termina todo aquello que emprende. Nosotros fallamos en el camino, pero al final Dios triunfará. Jesús y Pedro caminaron *juntos* sobre el agua y subieron al barco.

La experiencia de Pedro se convirtió en una bendición para los demás discípulos tanto como para sí mismo. Cuando ellos vieron el poder de Jesucristo al conquistar y calmar la tormenta, no pudieron evitar postrarse ante él y adorarlo.

Cuando Jesús calmó la primera tormenta (Mateo 8:23–27), los discípulos dijeron: “¿Qué hombre es éste?” Pero ahora su testimonio fue claro: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”.

Los discípulos habían ayudado a alimentar a 5.000 personas y luego el Señor les permitió atravesar una tormenta. En el libro de Hechos ganaron a 5.000 personas (Hechos 4:4) y luego *empezó la tormenta de la persecución*. Sin duda, Pedro y los discípulos recordaron la experiencia de la tormenta cuando el Señor estuvo con ellos y cobraron valor.

Este milagro engrandece la realeza de Jesucristo. De hecho, cuando Mateo escribió la petición de Pedro, “manda que yo vaya”, empleó un término griego que significa *orden de un rey*. Pedro sabía que Jesucristo era

Rey sobre toda la naturaleza, incluyendo el viento y las olas. Su palabra es ley y los elementos deben obedecer.

El barco llegó a Genesaret, cerca de Capernaum y Betsaida; allí Jesús sanó a muchos. ¿Sabían esas personas que él había atravesado una tormenta para satisfacer las necesidades de ellos? ¿Recordamos nosotros que él sufrió la tormenta del juicio para salvar nuestras almas? (Salmo 42:7). Sufrió la tormenta por nosotros para que no tuviéramos que enfrentar el juicio divino. Debemos imitar a los discípulos, postrarnos a los pies de Jesús y reconocer que él es Rey de reyes y Señor de señores.

La Preocupación del Rey

Mateo 15

Como en el capítulo anterior, vemos al Señor en conflicto con sus enemigos (15:1-11), enseñando a sus discípulos (15:12-20) y ministrando a las multitudes necesitadas (15:21-31). Esta es la manera como él se conducía en este período de retiro.

Las mayores preocupaciones del Señor son la *verdad* y el *amor*. Enseñó a los líderes judíos la *verdad* y dejó ver la hipocresía de ellos y al suplir sus necesidades, mostró su amor a las multitudes de los gentiles. Al estudiar estas dos preocupaciones podemos entender el mensaje de este capítulo.

Verdad: Rechazó la Tradición Judía (15:1-20)

Este evento dramático tiene que ver con tres peticiones y tres respuestas.

Los escribas y fariseos (vv.1-11). El hecho de que los escribas y fariseos se unieran para este ataque y que vinieran desde Jerusalén para hablar con Jesús, indica la seriedad de su propósito. Es probable que este comité representara a los líderes del sanedrín de Jerusalén.

Su acusación en cuanto a lavarse las manos no tenía nada que ver con limpieza. Se referían a los lavamientos ceremoniales de los judíos rígidamente ortodoxos (ve Marcos 7:1-4). Ya era suficientemente malo que Jesús y sus discípulos se juntaran con los parias, además de eso, ni siquiera trataban de purificarse. Por supuesto, al hacer esta acusación, estos líderes religiosos querían obligar a Jesús que tratara con el mismo *cimiento* de su fe religiosa. Si Jesús rechazaba las sagradas tradiciones de la nación, entonces era un hereje.

¿De dónde venían estas tradiciones? Eran el legado de maestros de generaciones previas. Originalmente eran la *ley oral*, que (según los rabinos) Moisés dio a los ancianos y ellos la legaron a la nación. Esta ley oral finalmente fue escrita y llegó a ser la *Misná*. Desafortunadamente, la *Misná* llegó a ser considerada más importante y más autoritativa que la Ley mosaica original.

La respuesta de nuestro Señor empezó con *una acusación* (v.3). Eran *ellos* los que estaban quebrantando la Ley de Dios por medio de sus tradiciones. Luego procedió a dar una ilustración (vv.4-6) respecto de la práctica del “Corbán” (ve Marcos 7:11). La palabra hebrea *Corbán* quiere decir *obsequio*. Si un judío quería escaparse de alguna responsabilidad financiera, declaraba que sus bienes eran “Corbán; regalo a Dios”. Al hacerlo, se sentía libre de cualquier obligación, tal como cuidar a sus padres. Pero al hacerlo así, la persona perdía el poder de la Palabra de Dios en su vida, y así dañaba su carácter y perdía la bendición de Dios.

Jesús concluyó su respuesta con una *aplicación* (vv.7-11), citando Isaías 29:13. Jesús dijo claramente que la obediencia a la tradición hacía que la persona desobedeciera la Palabra de Dios; y esto demostraba que la tradición era

falsa. Exodo 20:12 ordenaba que el hombre honrara a su padre y a su madre. Pero la regla del “Corbán” llevaba a la persona a deshonorar a sus padres y al mismo tiempo, desobedecer a Dios.

La tradición es *externa*, mientras que la verdad de Dios es *interna*, de corazón. La gente obedece las tradiciones para complacer a los hombres y ganar un nivel social más alto (Gálatas 1:14), pero obedecemos la Palabra para agradar a Dios. La tradición tiene que ver con los *rituales*, mientras que la verdad de Dios tiene que ver con la *realidad*. La tradición pone palabras vacías en los labios, pero la verdad penetra en el corazón y cambia la vida. En realidad, la tradición le priva a la persona del poder de la Palabra de Dios.

Desafortunadamente hay muchas tradiciones evangélicas en las iglesias hoy, enseñanzas de origen humano que a menudo se consideran tan autoritativas como la Palabra de Dios, *aunque contradicen esa Palabra*. Al obedecer estas tradiciones, los creyentes se privan del poder de la Palabra de Dios.

Dios quiere que le demos el corazón nuestro y no nuestra insincera alabanza. *Creemos* con el corazón (Romanos 10:9,10), *amamos* de corazón (Mateo 22:37), *cantamos* de corazón (Colosenses 3:16), *obedecemos* de corazón (Efesios 6:6; Romanos 6:17) y *damos* de corazón (2 Corintios 9:7). Con razón David oraba: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio” (Salmos 51:10).

Jesús les dijo firmemente a las multitudes que el pecado brota del corazón, no de la dieta. Es lo que sale de la boca lo que nos contamina, no lo que entra por ella.

Los discípulos (vv.12-14). Los discípulos se asombraron por lo que Jesús enseñaba respecto a la comida. Después de todo, ellos se habían criado como buenos judíos (ve en

Hechos 10:14 el testimonio de Pedro). Sabían la diferencia entre alimentos limpios e inmundos (Levítico 11).

Pero tenían otra preocupación: Esta enseñanza había ofendido a los fariseos y de seguro iba a crear problemas serios. Pero a Jesús no le preocupaba por los fariseos. Ni ellos ni sus enseñanzas habían sido introducidos por Dios, y por consiguiente no durarían. Aun cuando hay grupos aislados que tratan de mantener tradiciones, el fariseísmo prácticamente ya ha desaparecido. Sin embargo, el *espíritu* del fariseísmo (tradicción, legalismo, hipocresía, cosas externas) todavía está entre nosotros, lo que Jesús llamó “la levadura de los fariseos” (16:6).

Jesús también indicó que los fariseos eran ciegos y que sólo podían conducir a sus convertidos al hoyo. En Mateo 23:16 los llamó “guías ciegos”, que es una descripción muy gráfica. ¿Por qué preocuparse por plantas moribundas y sin raíces, o guías ciegos que no pueden ver a dónde se dirigen?

Pedro (vv.15-20). Pedro no quedó satisfecho hasta no recibir una explicación de la enseñanza sobre los alimentos. Con paciencia nuestro Señor le explicó de nuevo la lección. El significado nos parece obvio, pero era algo asombrosamente nuevo para los judíos ortodoxos. Cualquier cosa que entra por la boca, pasa al estómago y a la larga sale en la defecación. El alimento nunca toca el corazón. Pero lo que sale de la boca *empieza* en el corazón y esto es lo que contamina a la persona. Por supuesto, las *acciones* se incluyen en las *palabras*; y a menudo las acciones hablan más que las palabras.

El Señor tuvo que repetirle a Pedro esta lección en cuanto a los alimentos unos pocos años más tarde. Esto fue cuando le llamó para que predicara a los gentiles (Hechos 10). Pablo la repitió en 1 Timoteo 4:3-6. También la trata en Romanos 14—15.

Compasión: Respondió a las Necesidades de los Gentiles (15:21-39)

Jesús no solo *enseñó* que ningún alimento era inmundo, sino que practicó su enseñanza cuando fue a territorio gentil. Dejó Israel y se retiró de nuevo, esta vez a la región de Tiro y de Sidón. Según los judíos, los gentiles eran inmundos. Es más, se referían a ellos como perros. El hecho de que Jesús ministraba a los gentiles no era de sorprenderse (Mateo 12:17-21), aun cuando en aquel entonces el énfasis recaía sobre el ministerio a Israel (10:5,6).

La endemoniada (vv.21-28). Jesús trataba de permanecer oculto (Marcos 7:24), pero de alguna manera esta mujer cananea se enteró donde estaba y se le acercó con su necesidad. Ten presente que nuestro Señor respondió a esta mujer de la manera en que lo hizo, no para destruir la fe de ella, sino para desarrollarla. La respuesta de ella refleja que estaba creciendo en la fe y no estaba dispuesta a dejarlo sin recibir una respuesta. Samuel Rutherford indicó este principio perfectamente: “Es obra de la fe extraer y exigir misericordia de todo incluso de los golpes más severos de Dios”.

Cuando ella se le acercó llamándole “Hijo de David”, estaba definitivamente poniéndose en terreno judío; y eso no podía hacerlo, porque era gentil. Por supuesto, este título reveló su fe en él como el Mesías de Dios, porque el título “Hijo de David” era designación para el Mesías (Mateo 22:42). Puesto que ella vino a verlo en términos judíos, Jesús guardó silencio. Por supuesto, él conocía el corazón de ella y el silencio de Jesús la animó a seguir pidiendo.

Impacientes con ella por su insistencia en seguirlo y en clamar, los discípulos dijeron: “Despídela”. No estamos seguros si querían decir: “Dale lo que quiere y líbrate de

ella”, o simplemente: “Líbrate de ella”. En cualquier caso, no mostraban gran compasión ni por la mujer ni por su hija poseída por los demonios. La respuesta de nuestro Señor, en el versículo 24, indica que probablemente ellos querían que él accediera a la petición de la mujer.

No podemos sino admirar la paciencia y persistencia de esta madre gentil. “¡Señor, socórreme!” fue su siguiente ruego; y esta vez ella evitó usar todo título mesiánico. Vino como pecadora necesitando ayuda y no discutió. En su respuesta Jesús no la llamó *perra* como los fariseos lo hubieran hecho. La palabra griega quiere decir *un perrito mascota* y no los perros callejeros que comían en los basureros. “Hijos” se refiere, por supuesto, al pueblo de Israel.

Jesús no estaba bromeando con la mujer, ni tampoco estaba tratando de hacer más difícil la situación. Estaba estimulando en ella una fe creciente. Inmediatamente ella aprovechó la ilustración en cuanto al pan de los hijos, *que era exactamente lo que él quería que ella hiciera*. Podemos expresar su respuesta de esta manera: “Es verdad que nosotros los gentiles no nos sentamos a la mesa de los hijos y comemos su pan. Pero incluso los perritos que están debajo de la mesa pueden comer de las migajas”. ¡Qué tremendo testimonio de fe!

Fue esta fe lo que Jesús reconoció e inmediatamente sanó a la hija de la mujer. Vale la pena observar que las dos personas de *gran fe* que se mencionan en el Evangelio de Mateo eran gentiles: esta cananea y el centurión romano (Mateo 8:5-13). En ambos casos Jesús sanó *a la distancia*. Espiritualmente hablando, los gentiles estuvieron alejados hasta el Calvario, cuando Jesucristo murió por judíos y gentiles, e hizo posible la reconciliación (Efesios 2:11ss).

La fe de esta mujer era grande porque persistió en pedir y confiar aun cuando todo parecía estar en contra suya.

134 Leales en Cristo

Ciertamente su raza era un factor en contra: era gentil. Su sexo era otro factor en contra, porque la mayoría de los rabinos judíos casi no hubieran prestado atención a una mujer. Parecía que los discípulos estaban en contra de ella, e incluso las palabras de Cristo pudiera haberla hecho creer que él también estaba en contra suya. Pero esos obstáculos la impulsaron a persistir.

Los enfermos y tullidos (vv.29-31). Jesús salió de la región de Tiro y de Sidón y se fue a la región de Decápolis. Esta región incluía 10 ciudades que constituían una liga. Tenían autorización de Roma para acuñar sus propias monedas, tener sus propias cortes y su propio ejército. Era territorio predominantemente gentil.

Jesús sanó a un sordomudo (Marcos 7:31-37). Aun cuando le advirtió que guardara silencio, el hombre y sus amigos regaron la noticia del milagro. Evidentemente esto hizo que se reuniera una gran multitud, incluyendo cojos, ciegos, mudos y otros enfermos. Jesús los sanó y los gentiles “glorificaban al Dios de Israel”.

No podemos evitar maravillarnos con el contraste entre estos gentiles y los líderes judíos que sabían las Escrituras del Antiguo Testamento. Los gentiles glorificaban al Dios de Israel, pero los líderes judíos decían que Jesús estaba aliado con Satanás (Mateo 12:22-24). Los milagros de nuestro Señor no hicieron que las ciudades judías se arrepintieran (Mateo 11:20ss), sin embargo, los gentiles sí creyeron en él. Los mismos milagros que hizo deberían haber convencido a los judíos de que él era el Mesías (Mateo 11:1-6; Isaías 29:18,19; 35:4-6). Jesús se maravilló con la fe de un soldado gentil y de una madre gentil. Sin embargo, se asombró por la incredulidad de su propio pueblo (Marcos 6:6).

Los hambrientos (vv.32-39). Los críticos han acusado a los escritores de los Evangelios de falsificar deliberadamente

los registros para demostrar que Jesús hizo más milagros. Aducen que el haber dado de comer a 4.000 personas fue simplemente una adaptación del milagro anterior cuando dio de comer a 5.000. Un examen cuidadoso de los registros muestran que tal acusación es falsa y que los críticos están errados. Este cuadro muestra las diferencias entre los dos eventos.

<u><i>Alimentación de 5.000</i></u>	<u><i>Alimentación de 4.000</i></u>
Predominaban los judíos	Predominaban los gentiles
Galilea, cerca de Betsaida	Decápolis
Cinco panes, dos pescados	Siete panes, unos pocos pececillos
Sobraron 12 canastas	Sobraron 7 canastas
La multitud había estado con él un día	La multitud había estado con él 3 días
Primavera (hierba verde)	Verano
Trataron de hacerle rey	No hubo respuesta popular

Como las 4.000 personas habían estado con Jesús tres días, ya habían agotado sus provisiones. El corazón compasivo de nuestro Señor no le permitiría dejarlos con hambre, por temor a que desmayaran en el camino. El primer motivo de este milagro fue sencillamente suplir una necesidad humana. La gente ya había visto los milagros y glorificado a Dios, de modo que este milagro no tuvo el propósito de predicar un sermón o autenticar su ministerio.

Sin embargo, este milagro tuvo un propósito especial para los discípulos. Nos asombra el hecho de que ya se habían olvidado del milagro de la alimentación de los 5.000. (Lee con cuidado Mateo 16:6-12). Se quedaron perplejos, cuando deberían haber dicho: “Jesús puede multiplicar panes y pescados, así que no hay razón para preocuparnos”. Por supuesto, bien puede ser que ellos

pensaban que él no haría esa clase de milagro en territorio gentil, o tal vez que Jesús no repetiría el milagro, debido a que la multitud anterior había tratado de hacerle rey.

Como en la alimentación de los 5.000, este milagro ocurrió en las manos de Jesús. Conforme Jesús partía el pan y lo daba a los discípulos, el pan se multiplicaba. Todo el mundo comió y se sació. De nuevo Jesús ordenó que se recogieran los pedazos que sobraron para que no se desperdiciara nada. La capacidad de hacer milagros no concede permiso para desperdiciar los dones de Dios.

La palabra que se traduce “canastas” en el versículo 37 significa *cestos grandes*. Es la misma clase de cesto o canasta que usaron para bajar a Pablo por la muralla de Damasco (Hechos 9:25). La palabra que se usa en Mateo 14:20 significa *una canasta de mimbre*, del tipo que usaba la gente para llevar alimentos u otros artículos. El hecho de que se usen dos palabras diferentes es prueba adicional de que los dos milagros son diferentes.

Jesús no le predicó a esta multitud ningún sermón sobre *el pan de vida*, como lo hizo en Capernaum, después de haber alimentado a los 5.000 (Juan 6:22ss). Los hechos respecto al maná mencionado en el Antiguo Testamento y el *pan de Dios* hubieran sido extraños para estos gentiles. Jesús siempre adaptaba su enseñanza a las necesidades y la comprensión de las personas a quienes ministraba.

Antes de concluir con Mateo 15, repasemos varias lecciones espirituales que hallamos allí.

(1) Los enemigos de la verdad con frecuencia son los religiosos que viven según las tradiciones humanas. Satanás a menudo usa la religión para cegar el entendimiento de los pecadores a las sencillas verdades de la Palabra de Dios.

(2) Debemos tener cuidado con cualquier sistema religioso que justifica el pecado y la desobediencia de la Palabra de Dios.

(3) Debemos también tener cuidado con la adoración que proviene de los labios y no del corazón.

(4) Si nos preocupamos más por el hombre interior, el hombre exterior será lo que Dios quiere que sea. La verdadera santidad brota de adentro.

(5) Es difícil librarse de la tradición. Hay en nosotros algo que quiere aferrarse al pasado y no hacer ningún cambio. Incluso Pedro tuvo que aprender la lección dos veces.

(6) No nos atrevamos a limitar a Cristo a alguna nación o pueblo. El evangelio vino “al judío primeramente” (Romanos 1:16), pero hoy es para toda persona en toda nación. “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Romanos 10:13).

La Sorpresa del Rey

Mateo 16

Los eventos que se registran en Mateo 16 constituyen un cambio dramático en el ministerio de nuestro Señor. Por primera vez menciona a la iglesia (v.18) y habla abiertamente acerca de su propia muerte en la cruz (v.21). Empezó a preparar a sus discípulos para su arresto, crucifixión y resurrección. Pero, como veremos, ellos tardaron en aprender las lecciones.

El tema de la *fe* se presenta en todos los sucesos de este capítulo. En ellos veremos cuatro niveles diferentes de fe y cómo se relacionan a Cristo.

Sin Fe: Tentando a Cristo (16:1-4)

El deseo de silenciar a Jesús hizo que los dos partidos religiosos opuestos se unieran en un esfuerzo común. Esperaban que regresara de Galilea. Los fariseos eran los tradicionalistas del día, mientras que los saduceos eran los liberales (ve Hechos 23:6-10). Se unieron para desafiar a Jesús: “Muéstranos una señal del cielo y creeremos que eres el Cristo”.

La palabra que se traduce “señal” indica mucho más que un simple milagro o una demostración de poder. Quiere decir *un prodigio por el cual uno puede reconocer a una persona o confirmar quién es.*

Esta fue la cuarta vez que los líderes religiosos habían pedido una señal (Juan 2:18; Mateo 12:38ss; Juan 6:30). Más adelante lo harían de nuevo (Lucas 11:14ss). Pero los milagros no convencen a las personas de pecado ni les dan el deseo de salvarse (Lucas 16:27-31; Juan 12:10,11; Hechos 14:8-20). Los milagros dan confirmación donde hay fe, pero no donde hay incredulidad voluntaria.

¿Por qué habló Jesús de las condiciones atmosféricas? Para que sus enemigos se dieran cuenta de la insinceridad y ceguera obstinada de ellos mismos. Podrían examinar la evidencia en el mundo de Dios y sacar conclusiones válidas, pero no examinarían la evidencia que Jesús había presentado. Sus enemigos *no querían* creer, por consiguiente, *no podían* creer (Juan 12:37ss). Los fariseos y saduceos no carecían de evidencia; les faltaba sinceridad y humildad.

La petición de una señal revelaba la triste condición del corazón: era malo y adúltero. Jesús no los acusó de adulterio físico, sino de adulterio espiritual (Isaías 57; Santiago 4:4). Estos hombres adoraban a un dios falso que habían inventado y esto era adulterio espiritual. Si hubieran adorado al Dios verdadero, hubieran reconocido a su Hijo cuando vino.

Jesús había mencionado anteriormente la señal de Jonás (ve Mateo 12:38-45). Esto era la señal de la muerte, sepultura y resurrección. La crucifixión, sepultura y resurrección de nuestro Señor fueron en realidad señal para Israel de que él era su Mesías. Fue la señal sobre la cual Pedro predicó en Pentecostés (Hechos 2:22ss).

El versículo 4 registra la tercera vez que Jesús sale de Galilea. Se había ido antes para evitar a Herodes (Mateo 14:13) y para evitar a los fariseos (15:21). Fue sin duda una acción de juicio.

Poca Fe: Comprendiendo Mal a Cristo (16:5-12)

Los discípulos no tenían sino un solo pan con ellos (Marcos 8:14). No se nos dice qué pasó con las muchas canastas de pedazos que sobraron después de alimentar a los 4.000. Tal vez las regalaron. Jesús usó esta situación embarazosa como ocasión para enseñar una importante verdad espiritual: Cuidarse de las falsas enseñanzas de los fariseos y saduceos.

Los discípulos no comprendieron al Señor; pensaron que les estaba hablado del pan material. A menudo en el ministerio de Jesús la gente comprendió mal sus palabras, interpretándolas literalmente en lugar de espiritualmente. Nicodemo pensó que Jesús se refería al nacimiento físico (Juan 3:4) y la samaritana pensó que él se refería al agua material, el agua del pozo (Juan 4:11). Cuando Jesús describió una experiencia espiritual, la multitud judía en la sinagoga pensó que Jesús estaba hablando de comer la misma carne y sangre de él (Juan 6:52ss).

Como ya indicamos en nuestro estudio de Mateo 13, para los judíos la levadura era un símbolo del mal. Tanto fariseos como saduceos habían infectado con falsas doctrinas las creencias religiosas de Israel. Los fariseos eran legalistas, que enseñaban que sólo la obediencia a la Ley y las tradiciones agradarían a Dios y traerían su reino a Israel. Los saduceos eran más liberales en su pensamiento y negaban que hubiera tal reino en la tierra. Incluso negaban la verdad de la resurrección y la existencia de los ángeles.

¿Por qué hablaron los discípulos sobre la falta de pan cuando Jesús mencionó la levadura? Posiblemente planeaban comprar pan al otro lado del mar y pensaron que Jesús les estaba advirtiendo que no compraran pan inmundo que los judíos no debían comer. Si hubieran recordado cómo Jesús había multiplicado el pan en dos ocasiones, no se hubieran preocupado. Su poca fe les impidió comprender la enseñanza de Jesús y depender de su poder para suplir sus necesidades.

“Hombres de poca fe” fue uno de los calificativos favoritos de Jesús para sus discípulos (Mateo 6:30; 8:26; 14:31). Por supuesto, tener poca fe es mejor que *no tener* fe. Los discípulos tenían que aprender muchas lecciones antes de convertirse en personas de mucha fe.

Fe que Salva: Confesar a Cristo (16:13-20)

Jesús llevó a sus discípulos a territorio gentil, a la región de Cesarea de Filipos. Estaba en el norte de Palestina, como a 200 kilómetros de Jerusalén. La región se identificaba profundamente con varias religiones. Había sido centro de la adoración a Baal, había allí varios santuarios dedicados al dios griego Pan y Herodes el Grande había construido un templo para honrar a César Augusto. Fue en medio de este centro de superstición pagana que Pedro confesó a Jesús como el Hijo de Dios. Probablemente fue a poca distancia del templo de César que Jesús anunció una sorpresa: No establecería todavía su reino, sino que edificaría su Iglesia.

Si otra persona hubiera preguntado: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” hubiéramos pensado que estaba loca o arrogante. Pero en el caso de Jesús, la confesión correcta de quién es él es básica para la salvación (Romanos 10:9,10; 1 Juan 2:18-23; 4:1-3). Su persona y

obra van juntas y nunca se las debe separar. Es asombroso ver cuán confundido estaba el público respecto a Jesús (Juan 10:19-21). Tal vez, como Herodes, el pueblo pensaba que Jesús era Juan que había resucitado.

Ya se había profetizado que Elías vendría de nuevo (Malaquías 4:5) y algunos pensaban que esta predicción se había cumplido en Cristo. Sin embargo, Jesús no ministró como Elías; fue Juan el Bautista quien vino “con el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:13-17). Jeremías fue el profeta llorón cuyo tierno corazón se destrozaba al ver la corrupción de la nación. Esta actitud se veía en Jesús, el Varón de dolores.

Una cosa es clara: Nunca podremos tomar una decisión apropiada en cuanto a Jesucristo haciendo una encuesta entre la gente (algunas personas forman su conocimiento espiritual de esta manera). Lo importante no es lo que otros dicen, sino ¿qué decimos tú y yo? Las decisiones de la multitud (correctas o equivocadas) nunca pueden sustituir a las decisiones personales.

Pedro tuvo la respuesta correcta: “Tú eres el Cristo [el Mesías], el Hijo del Dios viviente”. Esta confesión fue la respuesta de Pedro a la revelación que Dios el Padre le dio. Jesús mismo explicó esta experiencia en Mateo 11:25-27. Esta revelación no fue resultado de la propia investigación hecha por Pedro. Fue un acto de la gracia de Dios. Dios había ocultado estas cosas de los orgullosos fariseos y saduceos y las había revelado a *niños*, los discípulos humildes.

Debe notarse que había otras confesiones de fe antes que ésta. Natanael había confesado a Cristo como el Hijo de Dios (Juan 1:49) y los discípulos le habían declarado como el Hijo de Dios después de calmar la tormenta (Mateo 14:33). Pedro había dado una confesión de fe

cuando las multitudes se alejaron de Jesús después de su sermón sobre el pan de vida (Juan 6:68,69). Es más, cuando Andrés le llevó a su hermano Simón a Jesús, fue a base de esta creencia (Juan 1:41).

Entonces, ¿en qué se diferencia esta confesión de las que la precedieron? Para empezar, *Jesús explícitamente la pidió*. No fue una respuesta emotiva de gente que había visto un milagro, sino la declaración sincera y estudiada de un hombre a quien Dios había enseñado.

También, Jesús *aceptó esta confesión* y la usó como base para enseñarles una nueva verdad. Debe haber alegrado el corazón de Jesús oír las palabras de Pedro. El Señor sabía que ahora podía guiar a Pedro a pasos nuevos de verdad y servicio más profundos. Todo el ministerio de nuestro Señor a sus discípulos había preparado el camino para esta experiencia. Veamos cada uno de estas grandes palabras y conceptos.

Roca. Estos judíos, conocedores de las Escrituras del Antiguo Testamento, reconocieron la roca como símbolo de Dios. “El es la Roca, cuya obra es perfecta” (Deuteronomio 32:4). “Jehová, roca mía y castillo mío” (Salmo 18:2). “Porque ¿quién es Dios sino sólo Jehová? ¿y qué roca hay fuera de nuestro Dios?” (Salmo 18:31).

Pero investiguemos las palabras griegas que el Espíritu Santo guió a Mateo a usar. “Tú eres *petros* [una piedra], y sobre esta roca [*petra*: una roca o peña grande] edificaré mi Iglesia”. Jesús le había puesto a Simón el nuevo nombre de “Pedro” (Juan 1:42), que significa *una piedra*. La palabra aramea es “Cefas”, que también quiere decir *piedra*. Todo el que cree en Jesucristo y le confiesa como el Hijo de Dios y Salvador, es una piedra viva (1 Pedro 2:5).

Jesucristo es la roca fundamental sobre la cual está edificada la Iglesia. Los profetas del Antiguo Testamento

lo dijeron así (Isaías 28:16; Salmo 118:22). El mismo Jesús lo dijo (Mateo 21:42) y también Pedro y los otros apóstoles (Hechos 4:10-12). Pablo también afirmó que el fundamento de la Iglesia es Jesucristo (1 Corintios 3:11). Este cimiento fue puesto por los apóstoles y profetas, al predicar a Cristo a los perdidos (Efesios 2:20; 1 Corintios 2:1,2; 3:11).

En otras palabras, cuando se examina la evidencia, la enseñanza total de las Escrituras es que la Iglesia, el templo de Dios (Efesios 2:19-22) está edificada sobre Jesucristo no sobre Pedro. ¿Cómo podía Dios edificar su Iglesia en un hombre falible como Pedro? Más tarde, el mismo Pedro que confesó a Cristo se convirtió en un adversario y dio cabida a los pensamientos de Satanás (Mateo 16:22ss). “Pero, ese fue Pedro antes de ser lleno del Espíritu”, razonarán algunos. Considera entonces los desaciertos doctrinales de Pedro que se mencionan en Gálatas 2; desaciertos con los cuales Pablo tuvo que tratar. Estos eventos ocurrieron *después* de que Pedro fue lleno del Espíritu.

La Iglesia. Esta es la primera vez que aparece esta importante palabra en el Nuevo Testamento. Es la palabra griega *eclesía*, de la cual derivamos el término castellano eclesiástico, en referencia a las cosas que tienen que ver con la Iglesia. El significado literal es *una asamblea convocada*. La palabra se usa 114 veces en el Nuevo Testamento y 90 de ellas en referencia a una iglesia local (asamblea). Sin embargo, la primera vez que se usa *eclesía*, parece ser que Jesús tenía en mente a la Iglesia como un todo. No estaba edificando solamente una asamblea local, sino la Iglesia universal, compuesta de todos los que hacen la misma confesión de fe que hizo Pedro.

La palabra *eclesía* no era nueva para los discípulos. La palabra se aplicaba a la reunión popular de ciudadanos

griegos que intervenían en el gobierno de una ciudad o distrito (Hechos 19:32,39,41). También la traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) usó la palabra *eclesia* para describir a la congregación de Israel cuando se reunía para alguna actividad religiosa (Deuteronomio 31:30; Jueces 20:2). Sin embargo, esto no quiere decir que la congregación de Israel en el Antiguo Testamento era una Iglesia en el mismo sentido que las Iglesias en el Nuevo Testamento. Más bien, Jesús estaba presentando algo nuevo a sus discípulos.

Jesús habló de “mi Iglesia”, para diferenciarla de cualquier otra asamblea. Esta debía ser algo nuevo y diferente, porque en su Iglesia Jesucristo uniría a los judíos y gentiles creyentes y formaría un nuevo templo, un nuevo cuerpo (Efesios 2:11—3:12). En su Iglesia las distinciones naturales no serían importantes (Gálatas 3:28). Jesucristo sería el Arquitecto de esta Iglesia, la Cabeza de ella (Efesios 1:22; Colosenses 1:18).

Cada creyente en esa Iglesia es una *piedra viva* (1 Pedro 2:5). Los creyentes se reunirían en congregaciones locales para adorar a Cristo y servirle; pero también pertenecerían a una Iglesia universal, un templo que Cristo está edificando. Hay una unidad del pueblo de Dios (Efesios 4:1-6) que debe revelarse al mundo mediante el amor y la unión (Juan 17:20-26).

Las puertas del Hades. Hades es mejor traducción que infierno. El infierno es el destino final de los no salvos, después del juicio ante el Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15). El *hades* es sencillamente el lugar de los muertos. Tiene a los espíritus de los muertos no salvos y los deja en libertad en la resurrección (Apocalipsis 20:13). Según Jesús, el hades está abajo (Mateo 11:23) y es una prisión de la cual él tiene las llaves (Apocalipsis 1:18).

A base de Lucas 16:19-31, algunos creen que *todos* los muertos iban al Hades antes de la muerte y resurrección de Cristo; los creyentes a una parte que se llama el paraíso y los incrédulos a una parte de castigo. Hoy tenemos la certeza de que los creyentes, al morir, van inmediatamente a la presencia de Cristo (Filipenses 1:23; 2 Corintios 5:6-8).

En la Biblia las puertas representan autoridad y poder. Para los judíos, la puerta de la ciudad era lo que el palacio municipal es para el mundo occidental en la actualidad. En las puertas de la ciudad se realizaban los negocios importantes (Deuteronomio 16:18; Rut 4:11). “Las puertas del Hades” entonces simbolizarían el poder organizado de la muerte y de Satanás. Mediante su muerte y resurrección Jesucristo vencería la muerte y así ella no podía retener a ninguno de los suyos. Cristo irrumpiría por esas puertas y libertaría a los cautivos. Esta declaración ciertamente es verificada en Hebreos 2:14,15; 1 Corintios 15:50ss y otros textos bíblicos.

Las llaves del reino. Una llave es un símbolo de autoridad (Isaías 22:15,22; Lucas 11:52). “El reino de los cielos” *no es* el cielo, porque ningún ser humano tiene las llaves del cielo. (Todos los chistes respecto a San Pedro y las puertas brotan de un malentendimiento. Contradicen a la Biblia y son de mal gusto.) Usamos llaves para abrir puertas. A Pedro le fue dado el privilegio de abrir la puerta de la fe a los judíos en Pentecostés (Hechos 2), a los samaritanos (Hechos 8:14ss) y a los gentiles (Hechos 10). Pero los otros apóstoles tuvieron parte en esa autoridad (Mateo 18:18) y Pablo tuvo el privilegio de abrir la puerta de la fe a los gentiles fuera de Palestina (Hechos 14:27).

En ninguna parte de este pasaje, ni en el resto del Nuevo Testamento, se nos dice que Pedro y sus sucesores tuvieran

privilegios o posiciones especiales en la iglesia. En sus dos Epístolas Pedro no afirma ser otra cosa que un apóstol (1 Pedro 1:1), un anciano (1 Pedro 5:1) y un siervo de Jesucristo (2 Pedro 1:1).

Atar y desatar. Esta era una frase muy familiar para los judíos, porque sus rabinos a menudo hablaban de esto; es decir, prohibir o permitir. La afirmación de nuestro Señor en 16:19 se refería a Pedro, pero su afirmación en 18:18 incluía a todos los apóstoles. Como representantes del Señor, ellos ejercerían autoridad de acuerdo a su Palabra.

Los verbos griegos en el versículo 19 son de mucha importancia. En la *Traducción Ampliada* del Dr. Kenneth S. Wuest [en inglés] se lee: “Y todo lo que atares [prohíbe que se haga] ya habrá sido atado . . . en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra [permitas que se haga], ya habrá sido desatado en el cielo”. Jesús no dijo que Dios obedecería lo que ellos hicieran en la tierra, sino que ellos harían en la tierra lo que Dios ya había dispuesto. La Iglesia no consigue que se haga en el cielo la voluntad del hombre; obedece en la tierra la voluntad de Dios.

Los apóstoles no debían publicar esta verdad respecto a Jesús como el Hijo de Dios sino después de su resurrección y ascensión. Entonces quedaría completa la *señal de Jonás*, el Espíritu sería dado y el mensaje se podría proclamar. La nación en general y ciertamente los líderes religiosos en particular, no estaban todavía listos para el mensaje. Lee el sermón de Pedro en Pentecostés y nota cómo proclamó él a Jesús como el Cristo (Hechos 2).

Fe que Sirve: Siguiendo a Cristo (16:21-28)

Habiendo declarado su Persona, ahora Jesús declaró su obra, porque las dos cosas deben ir juntas. Debía ir a

Jerusalén, sufrir y morir, y resucitar de los muertos. Esta fue su primera declaración directa de su muerte, aun cuando anteriormente había dado algunos indicios (Juan 2:19; 3:14; 6:51; Mateo 12:39,40; 16:4). “Esto les decía claramente” (Marcos 8:32).

La respuesta de Pedro a esta contundente declaración representaba lo que sentía el resto de los discípulos: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca”. Jesús se volvió a Pedro y le dijo: “¡Quítate de delante de mí, adversario!; ¡me eres tropiezo!” (traducción literal). Pedro, la piedra, que acababa de ser bendecido (v.18) se convirtió en Pedro, la piedra de tropiezo, que no era bendición para Jesús.

¿Cuál fue el error de Pedro? Estaba pensando como hombre, porque la mayoría quiere escapar del sufrimiento y de la muerte. No tenía la mente de Dios en este asunto. ¿Dónde hallamos la mente de Dios? En la Palabra de Dios. Antes de ser lleno del Espíritu, Pedro tenía la tendencia de discutir con la Palabra de Dios. Pedro tuvo suficiente fe como para confesar que Jesús era el Hijo de Dios, pero no la suficiente como para creer que estaba bien que Jesús sufriera y muriera. Por supuesto, Satanás concordaría con las palabras de Pedro, porque usó el mismo método al tentar a Jesús en el desierto (Mateo 4:8-10).

Hoy la cruz es un símbolo aceptado de amor y sacrificio, pero en esos días era un horrible método de pena capital. Los romanos ni siquiera la mencionaban en la sociedad. Es más, no se podía crucificar a un ciudadano romano; reservaban esta muerte para sus enemigos. Jesús todavía no había dicho específicamente que sería crucificado (lo dijo en Mateo 20:17-19). Pero lo que dijo a continuación haría hincapié en la cruz.

Presentó a los discípulos dos métodos de ver la vida:

negarse a sí mismo	vivir para sí mismo
tomar su cruz	negar la cruz
seguir a Cristo	seguir al mundo
perder su vida por causa de él	salvar la vida por amor a sí mismo
dejar el mundo	ganar el mundo
guardar su alma	perder su alma
participar de su recompensa y gloria	perder su recompensa y gloria

Negarse uno mismo no significa negarse cosas. Quiere decir entregarse por completo a Cristo y participar en su vergüenza y muerte. Pablo describió esto en Romanos 12:1,2 y Filipenses 3:7-10, así como en Gálatas 2:20. Tomar la cruz no quiere decir acarrear cargas y problemas. (Conocía una señora que me dijo que el asma que padecía era la cruz que debía cargar.) Tomar la cruz significa identificarse con Cristo en su rechazo, vergüenza, sufrimiento y muerte.

Pero el sufrimiento siempre conduce a la gloria. Por eso Jesús concluyó este corto sermón con una referencia a su reino glorioso (v.28). Esta declaración se cumpliría en menos de una semana, en el Monte de la Transfiguración, que se describe en el próximo capítulo.

La Gloria del Rey

Mateo 17

El capítulo empieza con una escena gloriosa en la cumbre de una montaña y termina con el relato de Pedro pescando para poder pagar el tributo. ¡Qué contraste! Sin embargo, Jesucristo el Rey es el tema de todo el capítulo. Los tres sucesos de este capítulo nos dan tres cuadros diferentes del Rey.

El Rey en su Gloria (Mateo 17:1-13)

Mateo y Marcos indican que la transfiguración tuvo lugar seis días después, mientras que Lucas dice como ocho días después (Lucas 9:28). No hay contradicción. La expresión de Lucas era el equivalente judío para decir *como una semana más tarde*. Durante esa semana los discípulos deben haber meditado y hablado sobre lo que Jesús quiso decir al referirse a su muerte y resurrección. Sin duda se preguntaban que pasaría con las promesas del Antiguo Testamento respecto al reino. Si Jesús iba a edificar una iglesia, ¿qué ocurriría con el reino prometido?

El texto no indica el nombre del lugar donde ocurrió este milagro. Probablemente fue el monte Hermón, que está cerca de Cesarea de Filipo.

La transfiguración reveló cuatro aspectos de la gloria de Jesucristo el Rey.

La gloria de su persona. A lo que el escrito se refiere, ésta es la única ocasión en que Jesús reveló su gloria de esta manera mientras estuvo en la tierra. La palabra que se traduce “se transfiguró” es la raíz de nuestra palabra metamorfosis. Metamorfosis es un cambio externo que brota desde adentro. Cuando una oruga hace su capullo y luego emerge como mariposa, es debido al proceso de metamorfosis. La gloria de nuestro Señor no era gloria reflejada, sino que irradiaba desde adentro. Hubo un cambio externo que surgía desde adentro conforme él permitía que reluciera su gloria esencial (Hebreos 1:3).

Por cierto que este suceso fortalecería la fe de los discípulos, particularmente la de Pedro, quien poco antes había confesado que Jesús era el Hijo de Dios. Si Pedro hubiera hecho esta confesión *después* de la transfiguración, no hubiera sido tan significativa. Pedro creyó, confesó su fe y luego recibió la seguridad. (Ve Juan 11:40; Hebreos 11:6.)

Muchos años más tarde Juan recordó este evento cuando el Espíritu lo guió a escribir: “*Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*” (Juan 1:14). En su evangelio, Juan enfatizó la deidad de Cristo y la gloria de su persona (Juan 20:31; 2:11; 7:39; 11:4; 12:23; 13:31,32).

Jesucristo dejó a un lado su gloria cuando vino a la tierra (Juan 17:5). Debido a su obra consumada en la cruz, recibió de nuevo su gloria y ahora nos permite participar de ella (Juan 17:22,24). Sin embargo, no tenemos que esperar hasta llegar al cielo para participar de esta gloria de la transfiguración. Cuando nos entregamos a Dios, él transforma nuestro entendimiento (Romanos 12:1,2). Conforme nos rendimos al Espíritu

de Dios, él nos cambia (transfigura) “de gloria en gloria” (2 Corintios 3:18). Al leer la Palabra de Dios vemos al Hijo de Dios y somos transformados por el Espíritu de Dios a la gloria de Dios.

La gloria de su reino. Al terminar su sermón acerca de llevar la cruz, Jesús prometió que algunos de sus discípulos verían “al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (Mateo 16:28). Seleccionó a Pedro, Jacobo y a Juan como testigos de este suceso. Estos tres amigos y socios de negocio (Lucas 5:10) habían estado con Jesús en la casa de Jairo (Lucas 8:51) e irían con él al huerto de Getsemaní antes de su crucifixión (ve Mateo 26:37).

El Dr. G. Campbell Morgan ha recalcado que estas tres ocasiones, tenían que ver con la *muerte*. Jesús estaba enseñando a estos tres hombres que él había vencido la muerte (revivificó a la hija de Jairo) y que se había sometido a la muerte (en el huerto). La transfiguración les enseñó que él fue glorificado en la muerte.

La presencia de Moisés y Elías fue significativa. Moisés representaba la Ley y Elías a los profetas. Toda la Ley y los profetas señalan a Cristo y se cumplen en Cristo (Hebreos 1:1; Lucas 24:27). Ni una sola palabra de las Escrituras del Antiguo Testamento quedaría sin cumplirse. El reino prometido sería establecido (Lucas 1:32,33,68-77). Así como estos tres discípulos vieron a Jesús glorificado mientras estaba en la tierra, así el pueblo de Dios le vería en su glorioso reino sobre la tierra (Apocalipsis 19:11—20:6).

Pedro captó este mensaje y nunca lo olvidó: “Habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.... Tenemos también la palabra profética más segura” (ve 2 Pedro 1:12ss). La experiencia de Pedro en el monte fortaleció su fe en las profecías del Antiguo Testamento. Lo importante no es ver escenas prodigiosas, sino oír la

Palabra de Dios: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5).

Todo el que nace de nuevo pertenece al reino de Dios (Juan 3:3-5). Este es un reino espiritual, separado de las cosas materiales de este mundo (Romanos 14:17). Pero un día, cuando Jesús regrese a esta tierra, habrá un reino glorioso por mil años (Apocalipsis 20:1-7) con Jesucristo reinando. Los que han confiado en él, reinarán en la tierra con él (Apocalipsis 5:10).

La gloria de su cruz. Los discípulos tenían que aprender que el sufrimiento y la gloria van juntos. Pedro se había opuesto a que Jesús fuera a Jerusalén para morir, así que Jesús tuvo que enseñarle que, sin sufrimiento y muerte, no habría gloria. Pedro aprendió la lección, porque en su primera epístola repetidamente enfatizaba el sufrimiento y la gloria (1 Pedro 1:6-8,11; 4:12—5:11).

Moisés y Elías hablaban con Jesús respecto al *éxodo* [partida] que Jesús habría de cumplir en Jerusalén (Lucas 9:31). Su sufrimiento y muerte no serían por casualidad, sino un cumplimiento. Pedro usó la palabra griega *éxodo* [traducida “partida”] al describir su propia muerte inminente (2 Pedro 1:15). Para el creyente la muerte no es un camino de una sola vía a la extinción. Es un éxodo, una liberación, de la esclavitud de esta vida a la gloriosa libertad de la vida en el cielo.

Debido a que Jesús murió y pagó el precio, hemos sido redimidos, comprados y hechos libres. Los dos discípulos que iban a Emaús habían esperado que Jesús libertaría a la nación del yugo romano (Lucas 24:21). Jesús murió, no para conseguir libertad política, sino libertad espiritual; libertad del sistema del mundo (Gálatas 1:4); libertad de una vida vana y vacía (1 Pedro 1:18) y libertad de la iniquidad (Tito 2:14). Nuestra redención en Cristo es definitiva.

La gloria de su sumisión. Pedro no podía entender por qué el Hijo de Dios se sometería a los malos y sufriría voluntariamente. La transfiguración fue la manera divina para enseñarle a Pedro que Jesús es glorificado cuando nos negamos a nosotros mismos, tomamos nuestra cruz y le seguimos. La filosofía del mundo es “¡Sálvese quién pueda!” pero la filosofía del cristiano es “¡Ríndete a Dios!” Al estar allí en su gloria, Jesús les mostró a los tres discípulos que la entrega siempre lleva a la gloria. Primero es el sufrimiento y luego la gloria; primero es la cruz y luego la corona.

Cada uno de los tres discípulos tendría necesidad de esta importante verdad. Jacobo sería el primero de los discípulos en morir (Hechos 12:1,2). Juan sería el último, pero atravesaría severa persecución en la isla de Patmos (Apocalipsis 1:9). Pedro experimentaría en muchas ocasiones el sufrimiento y, al final, daría su vida por Cristo (Juan 21:15-19; 2 Pedro 1:12).

Pedro se opuso a la cruz cuando Jesús mencionó por primera vez su propia muerte (Mateo 16:12ss). En el huerto usó su espada para defender a Jesús (Juan 18:10). Incluso, en el monte de la transfiguración Pedro trató de decirle a Jesús lo que debería hacer. Quería construir tres chozas para Jesús, Moisés y Elías; para que así todos pudieran quedarse allí y disfrutar de la gloria. Pero el Padre interrumpió a Pedro y dio otras instrucciones: “A él oíd”. El Padre no permitiría que su Hijo amado sea puesto en el mismo nivel que Moisés y Elías. “A Jesús solo” (Mateo 17:8) es el modelo divino.

Cuando Jesús y los tres discípulos descendieron de la montaña, les advirtió que no revelaran lo que habían visto, ni siquiera a los otros nueve discípulos. Pero los tres todavía estaban perplejos. Habían aprendido que Elías debía venir primero para preparar para el establecimiento

del reino. ¿Era la presencia de Elías en la montaña el cumplimiento de esta profecía? (Malaquías 4:5,6).

Jesús dio una respuesta doble a su pregunta. Sí; Elías vendría así como lo había prometido Malaquías 4:5,6, pero, hablando espiritualmente, Elías ya había venido en la persona de Juan el Bautista (ve Lucas 1:17; Mateo 11:10-15). La nación permitió que se matara a Juan y pediría que se matara a Jesús. Sin embargo, el programa de Dios se cumpliría a pesar de las obras de los líderes pecaminosos.

¿Cuándo restaurará Elías todas las cosas? Algunos creen que Elías será uno de los dos testigos, cuyo ministerio se describe en Apocalipsis 11. Otros creen que la profecía se cumplió en el ministerio de Juan el Bautista, así que no habrá venida futura de Elías.

El Rey en su Poder (Mateo 17:14-21)

Pasamos del monte de la gloria al valle de la necesidad. Cuando Jesús y los discípulos aparecieron de repente, se asombró la multitud (Marcos 9:15). Un padre afligido llevó a su hijo endemoniado a los nueve discípulos, suplicándoles que lo librasen, pero ellos no pudieron. Los escribas habían notado su fracaso y lo usaron como pretexto para discutir. Mientras los discípulos se defendían y los escribas los acusaban, el demonio se esforzaba por matar al impotente muchacho.

Cuando comparamos los relatos de esta escena dramática en los Evangelios, descubrimos que este hijo único en verdad estaba en gran problema y peligro. Mateo indica que el muchacho era un epiléptico (lunático), estaba muy enfermo y quería suicidarse cayendo en el fuego y en el agua. Marcos lo describe como mudo, que caía al suelo echando espuma por la boca y crujiendo los dientes. Después de este espectáculo, el muchacho caía en cierta

clase de *rigor mortis*. El doctor Lucas dice que el muchacho era hijo único y que gritaba desafortunadamente al caer en las convulsiones. Aun cuando algunos de estos síntomas pueden haber tenido causas naturales, el muchacho estaba a merced de un demonio. Los discípulos no habían podido hacer nada. No es de sorprenderse que el padre corrió a postrarse a los pies de Jesús.

La primera reacción de nuestro Señor fue de tristeza. Al contemplar a los abochornados discípulos, a los escribas que discutían y al padre e hijo necesitados, se conmovió y dijo: “¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, y os he de soportar?” (Lucas 9:41). La incredulidad y perversidad espiritual eran un peso para él. ¿Qué debe sentir nuestro Señor al ver a los creyentes impotentes hoy?

Jesús libró al muchacho y le ordenó al espíritu que nunca volviera (Marcos 9:25). El demonio hizo “una última intentona” (como lo dice Spurgeon) y la multitud creyó que el muchacho estaba muerto (v.26). Pero Jesús levantó al muchacho y se lo entregó al padre, mientras que la gente se maravillaba y daba la gloria a Dios (Lucas 9:43).

Los nueve discípulos debían haber podido echar fuera al demonio. Jesús les había dado este poder y autoridad (Mateo 10:1,8), pero de alguna manera lo habían perdido. Cuando le preguntaron a Jesús por la causa de su vergonzoso fracaso, Jesús les dijo que fue por su falta de fe (Mateo 17:20), su falta de oración (Marcos 9:29) y su falta de disciplina (Mateo 17:21) [aun cuando este versículo no se halla en muchos manuscritos].

Los nueve tal vez se sintieron celosos porque no habían sido llevados a la cumbre del monte con Jesús. Durante la ausencia del Señor empezaron a consentirse a uno mismo. Descuidaron la oración y su fe se debilitó. Entonces, cuando surgió la crisis, no estaban preparados. Como Sansón, se

fueron a la batalla sin darse cuenta de que ya no tenían poder (Jueces 16:20). En ese ejemplo vemos la importancia de permanecer espiritualmente saludables.

“Fe como un grano de mostaza” sugiere no sólo *tamaño* (Dios honrará la fe más pequeña), sino también *vida* y *crecimiento*. La fe como un grano de mostaza es fe *viva* que se nutre y así crece. La fe tiene que ser cultivada para que crezca y haga grandes hazañas para Dios (1 Tesalonicenses 3:10; 2 Tesalonicenses 1:3). Si los nueve discípulos hubieran estado orando, disciplinándose y meditando en la Palabra de Dios, hubieran podido echar fuera al demonio y rescatar al muchacho.

La escena ilustra lo que Jesús hará cuando deje su gloria del cielo y venga a la tierra. Derrotará a Satanás y le atará por mil años (Apocalipsis 20:1-6)

El Rey en su Humildad (Mateo 17:22-27)

Por segunda vez Jesús mencionó su muerte y su resurrección. Los discípulos se afligieron mucho y temían preguntarle al respecto. Es más, los discípulos no creyeron los informes de su resurrección porque se habían olvidado de sus promesas (Marcos 16:14). Pero el enemigo recordaba lo que Jesús había dicho (Juan 2:19) y actuaba de acuerdo con esto (Mateo 27:62-66).

¡Qué paradoja! Un Rey demasiado paupérrimo como para no tener con qué pagar el tributo anual del templo, de medio siclo. Las características únicas de este milagro son dignas de notarse.

Se narra sólo en Mateo. Mateo, anteriormente cobrador de impuestos, escribió el Evangelio del Rey y este milagro afirma la majestad de nuestro Señor. Los reyes de la tierra no cobran tributo de sus propios hijos. Jesús afirmó estar libre de este tributo porque era el Hijo del Rey, el Hijo de

158 Leales en Cristo

Dios. Sin embargo, como Hijo de Dios, fue demasiado pobre como para pagar incluso un medio siclo; y sus discípulos eran tan pobres como él. Jesús ejerció su majestad sobre la naturaleza para proveer lo que se necesitaba.

Dios le dio a Adán y Eva dominio sobre la naturaleza y esto incluía los peces del mar (Génesis 1:26; Salmo 8:6-8). El hombre perdió este dominio debido al pecado, por eso Pedro no podía darle órdenes a un pez y hallar el dinero. Jesucristo ejerció dominio no sólo sobre el pez, sino también sobre los animales (Mateo 21:1-7 y las aves (Mateo 26:34,74,75). Lo que Adán perdió por su desobediencia, Jesucristo recuperó mediante la obediencia (Hebreos 2:6).

Aun cuando los creyentes de hoy no tienen dominio completo sobre la naturaleza, un día reinaremos con Cristo y ejerceremos dominio junto con él. Mientras tanto, Dios cuida de los suyos y se asegura que toda la naturaleza obre para los que confían en él y le obedecen.

Es el único milagro que realizó para suplir sus propias necesidades. Satanás había tentado a Cristo a que usara sus poderes divinos para sí mismo (Mateo 4:3,4), pero Jesús rehusó. No obstante, en este caso, no usó su poder egoístamente, porque otros fueron envueltos en este milagro. “Para no ofenderles” fue la explicación que dio nuestro Señor para el milagro. No quería que la gente se ofendiera porque él, siendo judío, no respaldaba el ministerio del templo. Aunque Jesús no titubeaba para quebrantar las tradiciones humanas de los fariseos, con cuidado obedecía la Ley de Dios.

Como creyentes nunca debemos usar nuestra libertad en Cristo para hacer daño o destruir a otros. Técnicamente, Jesús no tenía que pagar el tributo; pero por razones prácticas, lo pagó. También incluyó a Pedro, para que su testimonio no se dañara.

Fue el único milagro que tuvo que ver con dinero. Puesto que Mateo había sido cobrador de impuestos, uno esperaría que se interesara en este milagro. Este tributo o impuesto tuvo su origen en días de Moisés (Éxodo 30:11ss). El dinero del impuesto original se usó para hacer las bases de plata en las cuales se colocaron los postes del tabernáculo (Exodo 38:25-27). Impuestos subsecuentes se usaron para respaldar el ministerio del tabernáculo y después el del templo. El dinero debía ser un recordatorio para los judíos de que habían sido redimidos de la esclavitud en Egipto. Nosotros hemos sido redimidos por la sangre preciosa de Cristo (1 Pedro 1:18,19).

Es el único milagro que usa un pez. Jesús había multiplicado los peces para Pedro (Lucas 5:1-11) y repetiría tal milagro (Juan 21:1ss). Pero en este caso, Jesús usó sólo un pez. Cuando consideramos la complejidad del milagro, nos asombramos. Primero, alguien tenía que haber perdido una moneda en el agua. Luego, el pez debía haber atrapado con la boca esa moneda y debía haberla retenido allí. El mismo pez debía morder el anzuelo de Pedro, con un impedimento en la boca y ser pescado. No se puede explicar todo esto de una manera natural. Es demasiado complejo como para ser accidente y demasiado difícil para que sea arreglo humano.

Fue hecho para Pedro. No se nos dice cómo pagaban los impuestos los demás discípulos. Este fue uno de los muchos milagros que Jesús hizo para Pedro. Sanó a su suegra (Marcos 1:29-34), ayudó a que Pedro pescara mucho (Lucas 5:1-11), le habilitó andar sobre el agua (Mateo 14:22-33), sanó la oreja de Malco (Mateo 26:47-56) y libró a Pedro de la cárcel (Hechos 12:1ss). No es de sorprendernos que Pedro escribiera: “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

160 Leales en Cristo

Jesús sabía la necesidad de Pedro y pudo suplirla. Pedro pensó que tenía el problema resuelto al entrar en la casa. Pero antes de que pudiera decirle a Jesús lo que debía hacer, ¡Jesús le dijo *a él* lo que debía hacer! Dios el Padre le había interrumpido a Pedro en la montaña (Mateo 17:5) y ahora Dios el Hijo le interrumpe en la casa. Si dejáramos a Jesús que nos diera las direcciones, le veríamos suplir nuestras necesidades para su gloria.

Es el único milagro cuyos resultados no se indican. Esperaríamos otro versículo que dijera: “Y Pedro fue al mar, echó el anzuelo, pescó un pez; y cuando le abrió la boca, halló una moneda y la usó para pagar el impuesto del templo por él y por Jesús”. Pero no hay ningún versículo 28. Entonces, ¿cómo sabemos que el milagro se realizó? *¡Porque Jesús dijo que así sería!* “Ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés su siervo, ha faltado” (1 Reyes 8:56).

Debemos elogiar a Pedro por su fe. La gente en la orilla del mar estaba acostumbrada a ver a Pedro con una red en su mano, no un anzuelo, pero Pedro tuvo fe en la Palabra de Dios y Dios honró esa fe. Si confiamos en el Rey, él suplirá nuestras necesidades conforme obedecemos su palabra.

La Reprensión del Rey

Mateo 18

¿Por qué algunos de los hijos de Dios tienen tanta dificultad para relacionarse entre sí? Un poema que oí describe perfectamente el problema:

Vivir allá arriba, con los santos que amamos
 Ciertamente será la gloria.

Vivir aquí abajo, con los santos que conocemos—
 ¡Eso ya es otra historia!

Con tanta división y disensión entre los que profesan ser creyentes en estos días, necesitamos desesperadamente lo que Mateo 18 nos enseña. Jesús reprendió a sus discípulos por su orgullo y deseo de grandeza mundana y les enseñó las tres cosas esenciales para la unidad y armonía entre el pueblo de Dios.

Humildad (Mateo 18:1-14)

Alguien ha definido con precisión la humildad como “esa gracia que, cuando sabes que la tienes, ya la has perdido”. Bien se ha dicho: “La verdadera humildad no es pensar de uno mismo como inferior; es simplemente no pensar en uno mismo de ninguna manera”.

La necesidad de humildad (Mateo 18:1). “¿Quién de nosotros es el mayor?” era un tema repetido de conversación entre los discípulos, porque lo hallamos con frecuencia mencionado en los Evangelios. Los sucesos recientes habrían agravado el problema, particularmente en cuanto a Pedro. Después de todo, Pedro había andado sobre el agua, había estado en la cumbre del monte con el Señor y incluso había pagado sus impuestos por medio de un milagro.

El hecho de que Jesús les había estado hablando de la verdad respecto a su sufrimiento y muerte venidera no les afectó. Pensaban sólo en sí mismos y en la posición que tendrían en el reino. Los discípulos estaban tan absortos en ese asunto que en realidad discutían entre sí (Lucas 9:46).

El egoísmo y desunión del pueblo de Dios es un escándalo para la fe cristiana. ¿Qué causa el problema? El orgullo; pensar que nosotros mismos somos más importantes de lo que realmente somos. Fue el orgullo lo que llevó al hombre a pecar al principio (Génesis 3:5). Cuando los creyentes viven para sí mismos y no para otros, es seguro que habrá conflicto y división (Filipenses 2:1ss).

El ejemplo de humildad (Mateo 18:2-6 10-14). Los discípulos esperaron anhelantemente que Jesús dijera quién era el mayor entre ellos, pero él los dejó por completo a un lado y llamó a un niño. Este niño fue el ejemplo de la verdadera grandeza.

La verdadera humildad es conocerse uno mismo, aceptarse uno mismo y ser uno mismo—lo *mejor* que sea posible, para la gloria de Dios. Esto quiere decir evitar dos extremos: subestimarte (como Moisés cuando Dios lo llamó; Exodo 3:11ss), o estimarte *más* de lo que debes (Romanos 12:3). La persona verdaderamente humilde no niega los dones que Dios le ha dado, sino que los usa para la gloria de Dios.

Un niño que no ha sido malcriado tiene las características que producen la humildad: la confianza (Mateo 18:6), la dependencia, el deseo de alegrar a otros, la ausencia de jactancia o deseos egoístas de ser mayor que los demás. Por naturaleza todos somos rebeldes, queremos ser celebridades en lugar de siervos. Se requiere mucha enseñanza para que aprendamos las lecciones de la humildad.

Los discípulos querían saber quién era el mayor *en* el reino. Pero Jesús les advirtió que, sin la humildad, ni siquiera *entrarían* en el reino. Tenían que convertirse, ser cambiados en su manera de pensar, o nunca lo obtendrían.

En estos versículos parece que Jesús está combinando dos conceptos: el niño humano como ejemplo de la humildad y el hijo de Dios cualquiera que sea su edad. Como creyentes no solo debemos aceptar a los niños por amor de Jesús; sino que también debemos recibir *a todos* los hijos de Dios y tratar de atenderles (Romanos 14:1ss). Es asunto serio hacer que un niño peque o empujarlo a que se descarríe. Es igualmente serio hacer que otro creyente tropiece debido a nuestro mal ejemplo (Romanos 14:13ss; 1 Corintios 8:9ss). La verdadera humildad hace que uno piense en los demás, no en uno mismo.

Jesús explicó que podemos tener cuatro actitudes diferentes hacia los niños y en consecuencia hacia la verdadera humildad. Podemos tratar *de ser como los niños* (Mateo 18:3,4) con verdadera humildad, como para el Señor o tan solo *recibirlos* (v.5) porque Jesús nos mandó hacerlo. Si no tenemos cuidado, los *haremos tropezar* (v.6) e incluso llegar a *menospreciarlos* (v.10).

Es peligroso desdeñar a los niños, porque Dios los valora grandemente. Cuando recibimos a un niño (o a un creyente), recibimos a Cristo (Mateo 18:5). El Padre los cuida y los ángeles los guardan (v.10). Como el buen pastor, Dios busca

164 Leales en Cristo

a los perdidos y los salva; y nosotros no debemos hacer que perezcan. ¡Si el pastor va a buscar a una oveja, cuánto más importante es que proteja a los corderos!

En estos días de abandono y maltrato infantil, necesitamos tomar en serio la advertencia de Cristo. Es mejor ahogarse con una piedra de molino colgada al cuello, que maltratar a un niño y enfrenar el juicio de Dios (v.6).

El costo de la humildad (18:7–9). La persona verdaderamente humilde procura edificar a otros, no destruirlos. Es un escalón, no una piedra de tropiezo. Por consiguiente, debo sacar de mi vida cualquier cosa que me haga tropezar, porque si no, yo haré que otros tropiecen. Jesús había dicho algo similar en el Sermón del Monte (Mateo 5:29,30). Pablo usó el ojo, la mano y el pie para ilustrar la dependencia mutua de los miembros del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:14–17).

La humildad empieza con un examen propio y continúa con la negación propia. Jesús no está sugiriendo que mutilemos nuestros cuerpos, porque hacer daño a nuestros cuerpos físicos nunca puede cambiar la condición espiritual del corazón. Más bien, nos está instruyendo a que nos hagamos cirugía espiritual, eliminando cualquier cosa que nos pueda hacer tropezar o que haga que otros tropiecen. La persona humilde vive para Jesús primero y luego para otros, poniéndose a sí mismo en último lugar. Se siente contento de privarse incluso de buenas cosas, si esto ayuda a que otros encuentren gozo. Tal vez el mejor comentario sobre esto está en Filipenses 2:1–18.

Rectitud (Mateo 18:15–20)

No siempre practicamos la humildad. Hay ocasiones cuando, deliberada o inconscientemente, ofendemos a

otros y les lastimamos. Incluso la Ley del Antiguo Testamento tomó en cuenta los pecados por ignorancia (Números 15:22). David oraba que se le librara de los pecados ocultos (Salmos 19:12), lo que quiere decir aquellos pecados que están escondidos de sus propios ojos. ¿Qué deberíamos hacer cuando otro creyente ha pecado contra nosotros y nos ha hecho tropezar? Nuestro Señor nos dio varias instrucciones.

Guarda el asunto en privado. Habla con la persona que ha pecado y hazlo a solas. Es posible que ni siquiera se haya dado cuenta de lo que ha hecho. O, incluso si lo hizo a propósito, tu actitud sumisa y de cariño le ayudará a arrepentirse y pedir perdón. Sobre todo, debes acercarte a él con la idea de ganar a tu hermano, no de ganar la discusión. Es posible ganar la discusión y al mismo tiempo perder a tu hermano:

Al tratar de restaurar al hermano o hermana, debemos tener un espíritu de mansedumbre y gentileza (Gálatas 6:1). No debemos condenar al ofensor o regar el chisme. Debemos tratar con cariño de ayudarlo de la misma manera que quisiéramos que se nos ayude si la situación fuera a la inversa. El verbo *restaurar* usado en Gálatas 6:1, es un término médico griego que quiere decir *ajustar un hueso roto*. ¡Piensa en la paciencia y ternura que *eso* requiere!

Pide la ayuda de otros. Si el ofensor rehusa arreglar las cosas, entonces podemos sentirnos en libertad de hablar con uno o dos creyentes confiables. Debemos contarles de los hechos según los vemos y pedir su consejo y oración. Después de todo, es posible que *nosotros* seamos los equivocados. Si los hermanos piensan que hay razón en el asunto, entonces juntos podemos ir al ofensor y tratar de nuevo de ganarlo. Estos hermanos no solo pueden ayudar con la oración y persuasión, sino que también pueden ser

testigos ante la iglesia respecto a la veracidad de la conversación (Deuteronomio 19:15; 2 Corintios 13:1).

Cuando el pecado no se trata con rectitud, siempre se esparce. Lo que al principio fue asunto entre dos personas, ahora involucra a cuatro o cinco. Con razón Jesús y Pablo compararon el pecado con la levadura, porque infecta y se infiltra.

Pide la ayuda de la iglesia. Recuerda que nuestro objetivo no es ganar el caso, sino ganar al hermano. La palabra *ganar* en el versículo 15 se usa en 1 Corintios 9:19–22 para referirse a ganar a los perdidos; pero también es importante ganar a los salvos. Esta es la segunda vez que el Señor menciona a la iglesia (ve Mateo 16:18) y aquí la referencia es a una asamblea local de creyentes. Los discípulos de nuestro Señor se criaron en una sinagoga judía, así que estaban familiarizados con la disciplina congregacional.

Lo que empezó como asunto privado entre dos personas, ahora está a la vista de toda la iglesia. La disciplina eclesiástica es un ministerio que se ha descuidado en el día de hoy, sin embargo, se la enseña aquí y en las Epístolas (ve 1 Corintios 5; 2 Tesalonicenses 3:6–16; 2 Timoteo 2:23–26; Tito 3:10). Como los niños en el hogar necesitan disciplina, así también los hijos de Dios en la iglesia la necesitan. Si con el tiempo el asunto llega a conocimiento de toda la iglesia y el ofensor todavía no ha cambiado su parecer ni se ha arrepentido, entonces se le debe disciplinar. No se le puede tratar como hermano espiritual, porque ha perdido el derecho a esa posición. Solo se le puede tratar como a una persona fuera de la iglesia; no con odio, sino sin darle el compañerismo estrecho.

Guarda la espiritualidad de la iglesia local (Mateo 18:18–20). Es importante que la asamblea local sea muy espiritual antes de que trate de disciplinar a algún miembro.

Cuando la iglesia disciplina a uno de sus miembros, en realidad está examinándose y disciplinándose a sí misma. Es por eso que nuestro Señor añadió estas palabras acerca de la autoridad, la oración y la comunión. No podemos disciplinar a otros si no nos hemos disciplinado a nosotros mismos. Lo que atemos (permitamos) en la asamblea debe haber sido primero permitido por Dios. (Ve los comentarios sobre Mateo 16:19.)

La iglesia debe estar bajo la autoridad de la Palabra de Dios. La disciplina eclesiástica no se refiere a un grupo de creyentes policías ostentando su poder. Más bien, quiere decir Dios ejercitando su autoridad en y por intermedio de un cuerpo local, para restaurar a uno de sus hijos descarriados.

No solo debe haber la autoridad de la Palabra, sino que también debe haber oración (Mateo 18:19). La palabra griega que se traduce *ponerse de acuerdo* nos da el vocablo castellano *sinfonía*. La iglesia debe ponerse de acuerdo en oración al tratar de disciplinar al miembro errado. Es por medio de la oración y la Palabra que encontramos la voluntad del Padre en el asunto.

Finalmente, debe haber compañerismo (Mateo 18:20). La iglesia local debe ser una comunidad que adora al Señor y reconoce su presencia. El Espíritu Santo de Dios puede convencer tanto al ofensor como a la iglesia y puede incluso juzgar el pecado que hay en medio de ella (Hechos 5).

Hay en la iglesia de hoy una necesidad desesperada de rectitud. “Siguiendo la verdad en amor” es la norma divina (Efesios 4:15). Si practicamos amor sin la verdad, es hipocresía. Pero si tratamos de tener la verdad sin amor, puede ser brutalidad. Jesús siempre enseñó la verdad en amor. Si la verdad duele, es debido a que “fieles son las heridas del que ama” (Proverbios 27:6).

Pero ten presente que la *humildad* debe venir antes que la *veracidad*. El creyente orgulloso no puede hablar la verdad en amor. Usará las faltas del hermano como arma para pelear y no como herramienta para edificar. El resultado será mayor desarmonía y desacuerdo.

El primer problema interno de la iglesia en el Nuevo Testamento fue falta de sinceridad (Hechos 5). Ananías y Safira trataron de hacer que los miembros de la iglesia creyeran que eran más espirituales de lo que eran en realidad. Se mintieron a sí mismos pensando que podrían salirse con la suya en el engaño; mintieron a sus hermanos en Cristo y a los líderes de la iglesia y trataron de mentirle al Espíritu Santo. El resultado fue juicio y muerte. Dios tal vez no mate a todo hipócrita en la iglesia de hoy, pero seguro que la hipocresía ayuda a matar a la iglesia.

El segundo problema interno (Hechos 6) tuvo que ver con personas que se sentían desatendidas. Los miembros y los líderes enfrentaron este problema con verdad y amor y el resultado fue bendición. Se requiere tanto de la verdad como del amo y se debe usar ambos con humildad.

Perdón (Mateo 18:21–35)

Cuando empezamos a vivir en humildad y sinceridad, debemos correr ciertos riesgos y esperar ciertos peligros. A menos que la humildad y sinceridad resulten en perdón, no se podrá restaurar ni fortalecer las buenas relaciones entre hermanos. Pedro se dio cuenta de los riesgos y preguntó a Jesús cómo tratar con ellos en el futuro.

Pero Pedro cometió varias equivocaciones serias. Para empezar, le faltaba humildad. Estaba seguro que su hermano pecaría contra él, pero no que él pecaría contra su hermano. La segunda falta de Pedro fue pedir los límites y medidas. Cuando hay amor, no puede haber límites o

dimensiones (Efesios 3:17–19). Pedro pensó que estaba mostrando gran fe y amor al ofrecer perdonar por lo menos siete veces. Después de todo, los rabinos enseñaban que tres veces era suficiente.

La respuesta de nuestro Señor, “Aun hasta setenta veces siete”, debe haber sorprendido a Pedro. ¿Quién podía guardar la cuenta de tantas ofensas? Pero este era el punto exacto que Jesús estaba buscando: El amor “no guarda rencor” (1 Corintios 13:5). Para cuando hayamos perdonado al hermano tantas veces, habremos formado el hábito de perdonar.

Pero Jesús no estaba aconsejando el perdón al descuido y superficial. El amor cristiano no es ciego (Filipenses 1:9,10). El perdón que Cristo requiere se basa en las instrucciones que dio en Mateo 18:15 al 20. Si el hermano es culpable de pecado repetido, sin duda que mediante el estímulo de sus hermanos que lo aman y perdonan, hallará fuerza y poder para superar ese pecado. Si condenamos al hermano, despertaremos lo peor en él. Pero si creamos una atmósfera de cariño y perdón, podemos ayudar a que Dios desarrolle lo mejor en él.

Esta parábola ilustra el poder del perdón. Es importante observar que *esta parábola no trata de la salvación*, porque la salvación es totalmente de gracia y está otorgada sin condiciones. Decir que el perdón de Dios es temporal es violar la verdad de las Escrituras (Romanos 5:8; Efesios 2:8–9; Tito 3:3–7). La parábola tiene que ver con el perdón entre hermanos, no entre los pecadores perdidos y Dios. El énfasis en este capítulo recae sobre el hermano perdonando al hermano (Mateo 18:15,21).

El principal personaje en esta parábola pasó por tres etapas al experimentar el perdón.

Era un deudor (18:23–27). El hombre había estado robándose los fondos del rey y cuando se examinó la contabilidad, se descubrió su crimen. El monto total de impuestos en Palestina era de alrededor de 800 talentos al año, de modo que puedes ver lo tramposo que era este hombre. En términos de dólares actuales, la deuda era probablemente de más de \$10.000.000 EE.UU..

Pero el hombre en realidad pensaba que podía pagar la deuda. Le dijo al rey que si le daba tiempo, se lo pagaría todo. Aquí hallamos dos pecados: orgullo y falta de arrepentimiento sincero. El hombre no se avergonzó porque había robado dinero; se avergonzaba de que lo hubieran descubierto. En realidad pensaba que podía ganar el dinero y pagarle al rey. En la economía de esos días, el hombre hubiera tenido que trabajar veinte años para ganar un talento.

Su caso no tenía esperanza, excepto por una cosa: El rey era un hombre compasivo. Asumió la pérdida y perdonó al sirviente. Esto quería decir que el hombre quedaba libre y ni él ni su familia serían echados en la cárcel de los deudores. El siervo no merecía este perdón; fue puramente un acto de amor y misericordia de parte del amo.

También era acreedor (Mateo 18:28–30). El siervo salió de la presencia del rey y fue y halló a un consiervo que le debía 100 denarios. La paga promedio de un obrero era de un denario al día, así que esta deuda era insignificante en comparación con lo que el siervo le había debido al rey. En lugar de compartir con su amigo la alegría de su propia liberación, el siervo maltrató a su amigo y exigía que le pagara la deuda. Aquel deudor usó el mismo método que había usado el otro: “Ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo”. Pero el siervo injusto no quería conceder al otro lo que él quería que otros le concedieran.

Tal vez tenía el derecho legal de meter al hombre en la cárcel, pero no tenía el derecho moral para hacerlo. El mismo había sido perdonado, ¿no debería perdonar él a su consiervo? El y su familia habían sido librados de la vergüenza y sufrimiento de la cárcel. ¿No debería hacer lo mismo con su amigo?

Fue apresado (Mateo 18:31–34). El rey originalmente le libró de la cárcel, pero el siervo se encarceló a sí mismo. El siervo ejerció la justicia y echó a su amigo en la cárcel. “¿De modo que quieres vivir por la justicia?” le preguntó el rey. “¡Entonces tendrás justicia! Meta al siervo malvado a la cárcel y atórmelo. Le haré lo mismo que él hizo al otro”. (No se sugiere que toda su familia haya sido sentenciada. Después de todo, fue el padre el que maltrató al otro siervo e ignoró la bondad del rey.)

La peor prisión del mundo es la prisión del corazón que no perdona. Si rehusamos perdonar a otros, entonces todo lo que estamos haciendo es encarcelarnos a nosotros mismos y causar nuestro propio tormento. Algunas de las personas más infelices que he conocido en el ministerio son personas que no quieren perdonar a otros. Viven solo para inventar maneras de castigar a las personas que les han ofendido. Pero todo lo que hacen es nada más que castigarse ellos mismos.

¿Qué tenía este hombre? Lo mismo que tienen muchos que profesan ser creyentes: Han recibido perdón, pero en realidad no lo han experimentado en el fondo de su corazón. Por consiguiente, son incapaces de compartir el perdón con los que los han ofendido. Si vivimos solo según la justicia, siempre tratando de conseguir lo que nos pertenece, nos encarcelaremos a nosotros mismos. Pero si vivimos según el perdón, dando a otros lo que Dios nos ha dado, entonces disfrutaremos de libertad y gozo. Pedro

estaba buscando la norma en cuanto al perdón; Jesús le dijo que practicara el perdón y olvidarse de las reglas.

La advertencia de nuestro Señor es seria. No dijo que Dios salva solo a los que perdonan a otros. El tema de esta parábola es el perdón entre hermanos, no la salvación del pecador. Jesús advirtió que Dios no puede perdonarnos si no nos humillamos y nos arrepentimos de corazón. Revelamos la verdadera condición de nuestro corazón por la manera en que tratamos a otros. Cuando el corazón está humilde y arrepentido, con mucho gusto perdonaremos a nuestros hermanos. Pero cuando hay orgullo y deseo de desquitarse, no puede haber verdadero arrepentimiento; y esto quiere decir que Dios no puede perdonar.

En otras palabras, no es suficiente recibir el perdón de Dios, ni siquiera el perdón de otros. Tenemos que experimentar ese perdón de corazón, para que nos humille y nos haga apacibles y perdonadores. El siervo en esta parábola no tuvo una experiencia profunda de perdón y humildad. Simplemente se alegraba de haberse librado del apuro. Nunca se arrepintió realmente.

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). “Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:13).

Las Instrucciones del Rey

Mateo 19:1–15

El retiro del Rey de las multitudes estaba a punto de concluir. Pero los ataques del enemigo se intensificarían, culminando en su arresto y crucifixión. Los líderes religiosos ya habían tratado de ponerle trampa con preguntas sobre el día de reposo y señales y habían fracasado. Lo intentaron de nuevo, esta vez con una cuestión más controversial: el divorcio.

Hoy en día este tema es tanto importante como controversial. El porcentaje de divorcios continua ascendiendo (al momento de escribir este libro, hay un divorcio por cada dos matrimonios), e incluso ha invadido los hogares de líderes cristianos. Algunos han comentado que las parejas se casan “para bien o para mal, pero no para la duración”. Nos conviene examinar de nuevo lo que Jesús enseñó sobre este tema. El explicó cuatro leyes diferentes relativas al matrimonio y al divorcio.

La Ley Original desde la Creación (Mateo 19:3–6)

En lugar de retroceder a Deuteronomio, Jesús volvió hasta Génesis. Lo que Dios hizo al establecer el primer

matrimonio nos enseña *positivamente* su propósito para el hombre y la mujer. Si establecemos un matrimonio según el modelo ideal divino, no tendremos que preocuparnos por las leyes del divorcio.

Las razones para el matrimonio. Lo único que no era bueno en la creación fue el hecho de que el hombre estaba solo (Génesis 2:18). La mujer fue creada para suplir esta necesidad. Adán no pudo hallar comunión con los animales. Necesitaba una compañera que fuera igual a él y con quien pudiera hallar satisfacción y realización. Dios suplió esta necesidad con Eva.

El matrimonio hace posible la continuación de la raza. “Fructificad y multiplicaos” fue el mandato de Dios a la primera pareja humana (Génesis 1:28). Desde el principio fue el mandamiento de Dios que las relaciones sexuales tuvieran lugar dentro del compromiso del matrimonio. Fuera del matrimonio, las relaciones sexuales se convierten en una fuerza destructiva; pero dentro del compromiso de amor en el matrimonio, la actividad sexual puede ser creativa y constructiva.

El matrimonio es una manera de evitar los pecados sexuales (1 Corintios 7:1–6). Por supuesto, el hombre no debería casarse sencillamente para legalizar su apetito por el sexo. Si es lascivo fuera del matrimonio, entonces sin duda seguirá siendo lascivo después de casarse. No debe pensar que casándose resolverá todos sus problemas personales con la lujuria. Pero el matrimonio es la manera designada por Dios para que un hombre y una mujer disfruten de los placeres físicos de las relaciones sexuales.

Pablo usó el matrimonio como ilustración de la relación íntima entre Cristo y la Iglesia (Efesios 5:22,23). Así como Eva fue tomada del costado de Adán (Génesis 2:21), así la Iglesia nació del sufrimiento y muerte de Cristo en la

cruz. Cristo ama a su Iglesia, la nutre con su Palabra, la purifica y cuida de ella. La relación de Cristo a su Iglesia es el ejemplo que deben seguir los esposos.

Las características del matrimonio. Al retroceder a las leyes establecidas en el jardín de Edén, Jesús les recordó a sus oyentes las verdaderas características del matrimonio. Si recordamos estas características, sabremos mejor cómo establecer un matrimonio feliz y duradero.

Es una unión establecida divinamente. Dios estableció el matrimonio y por consiguiente solo Dios puede regir su carácter y leyes. Ninguna corte humana de leyes puede cambiar lo que Dios ha establecido.

Es una unión física. El hombre y la mujer llegan a ser “una sola carne”. A la vez es importante que el esposo y la esposa estén unidos en mente y corazón, la unión básica en el matrimonio es física. Si un hombre y una mujer llegaran a ser un solo espíritu en el matrimonio, entonces la muerte no disolvería el matrimonio; porque el espíritu nunca muere. Aun cuando un hombre y una mujer discrepen, sean incompatibles o no puedan llevarse bien, todavía siguen casados; porque la unión es física.

Es una unión permanente. El diseño original de Dios fue que un hombre y una mujer pasaran toda su vida juntos. Las leyes originales de Dios no tomaban en cuenta nada de matrimonios a tuestas. La Ley de Dios requiere que el esposo y la esposa entren en el matrimonio sin reservas.

Es una unión entre un hombre y una mujer. Dios no creó dos hombres y una mujer, ni dos mujeres y un hombre, ni dos hombres o dos mujeres. Los matrimonios en grupo, los matrimonios entre homosexuales y otras variaciones excéntricas son contrarias a la voluntad de Dios, sin que importe lo que algunos psicólogos o juristas digan.

El Séptimo Mandamiento (Mateo 5:27–30)

Aun cuando Jesús no se refirió al séptimo mandamiento en esta discusión, lo citó en el Sermón del Monte (5:27-32). Examinemos lo que dijo.

Jesús y los escritores del Nuevo Testamento afirman la autoridad de “No cometerás adulterio” (Exodo 20:14). Aun cuando la palabra *fornicación* parece abarcar muchas clases de pecados sexuales (ve Marcos 7:21; Romanos 1:29; 1 Corintios 6:13), el *adulterio* tiene que ver solo con personas casadas. Cuando una persona casada tiene relaciones sexuales con alguna otra persona que no es su cónyuge, eso es adulterio. Dios ha declarado que esto está mal y es pecado. Hay numerosas advertencias en el Nuevo Testamento contra los pecados sexuales, incluyendo el adulterio (Hechos 15:20; 1 Corintios 6:15–18; Gálatas 5:19ss; Efesios 4:17ss; 5:3-12; Colosenses 3:5; 1 Tesalonicenses 4:3–7; Hebreos 13:4).

Este mandamiento afirma la santidad del sexo. Dios lo creó, Dios lo protege y Dios castiga cuando se viola su ley. Nueve de los Diez Mandamientos se repiten en el Nuevo Testamento, para que les prestemos atención. (El mandamiento sobre el sábado fue dado sólo a Israel y no se aplica a la iglesia de hoy.) No debemos pensar que porque estamos bajo la gracia podemos jugar con la ley de Dios y salirnos con la nuestra. “A los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13:4).

Sin embargo, Jesús profundizó mucho más al referirse al adulterio. Mostró que puede ser un pecado del corazón tanto como pecado del cuerpo. Sencillamente controlar el cuerpo no es suficiente; debemos también controlar los pensamientos y los deseos. Mirar a una mujer *con el propósito de desearla sexualmente* es cometer adulterio en el corazón. Esto no quiere decir que no podemos admirar a una persona hermosa, o algún retrato; porque sí,

es posible hacerlo sin pecar. Es cuando miramos *con la intención* de satisfacer deseos lujuriosos que cometemos adulterio en el corazón.

Una vida sexual santificada empieza con los deseos internos. Jesús destacó el ojo y la mano, porque ver y palpar son generalmente los primeros pasos de los pecados sexuales. Por supuesto, no nos ordenó que hagamos cirugía física, puesto que claramente estaba refiriéndose a deseos internos. Nos ordenó que lidiemos drásticamente con el pecado, que eliminemos de nuestra vida cualquier cosa que estimularía deseos indebidos. Debemos tener hambre y sed de justicia.

Jesús no alteró la ley original edénica del matrimonio, ni tampoco anuló el séptimo mandamiento. Lo que enseñó se basaba sólidamente en la creación divina y en la ley moral de Dios.

La Ley Mosaica del Divorcio (Mateo 19:7,8)

Así como muchas personas que discuten de religión, estos fariseos no estaban interesados en descubrir la verdad. Se interesaban sólo en defenderse y defender lo que creían. Es por eso que le preguntaron respecto a la ley judía del divorcio, registrada en Deuteronomio 24:1–4.

Al leer con cuidado este pasaje tan importante se distinguen los tiempos de los verbos. Moisés dio *solo un mandamiento*: La mujer divorciada no podía volver a su primer esposo si un segundo esposo se divorciaba de ella. *Moisés no ordenó el divorcio*; lo permitió. Ordenó que el esposo le diera a la mujer un documento legal de divorcio. Pero la esposa no podía regresar al primer esposo después de haberse vuelto a casar y vuelto a divorciar.

Era una ley sabia. Para empezar, el esposo pensaría mucho antes de divorciarse precipitadamente de su esposa,

puesto que no podía volverla a tomar. Además, necesitaría tiempo para hallar un escriba (no todo el mundo podía redactar documentos legales) y durante ese tiempo los cónyuges alejados podrían reconciliarse. Los fariseos interpretaban la ley mosaica como si fuera mandamiento. Jesús dijo claramente que Moisés solo *permitió* el divorcio.

Pero ¿qué fue lo que Moisés quería decir con la expresión “alguna cosa indecente”? El hebreo significa *algún asunto de desnudez*, pero esto no implica pecado sexual. Esta frase es el equivalente de “algo vergonzoso” (ve Génesis 2:25; 3:7,10). Es la interpretación de esta frase lo que dividía a los fariseos en las escuelas del rabí Hilel y del rabí Shamai, famosos eruditos judíos del primer siglo. Hilel asumía un punto de vista muy flexible y decía que el esposo podía divorciarse por casi cualquier razón, mientras que Shamai adoptó una noción mucho más estricta y decía que Moisés estaba refiriéndose sólo al pecado sexual. Cualquiera que fuera el lado que Jesús escogiera, era seguro que ofendería a algunos.

Había varias leyes sobre el matrimonio que les fueron dadas a los judíos y debemos examinarlas para poder captar una perspectiva. Por ejemplo, si un hombre se casaba con una mujer y descubría que no era virgen, podía exponer el pecado de ella y hacer que la apedrearán (Deuteronomio 22:13–21). Por supuesto, debía tener prueba; si no la tenía, tenía que pagar una multa y vivir con la mujer toda su vida. Esta ley era una protección tanto para la mujer como para el hombre.

Si un hombre sospechaba que su mujer le había sido infiel, debía seguir el procedimiento delineado en Números 5:11ss. No podemos seguir tal procedimiento hoy (que ciertamente incluía elementos de juicio divino) puesto que no tenemos ni sacerdocio ni tabernáculo.

Recuerda que la Ley mosaica establecía la pena de muerte para los que cometían adulterio (Deuteronomio 22:22; Levítico 20:10). Los enemigos de nuestro Señor trajeron a colación esta ley al tratar de ponerle trampa (Juan 8:1). Aunque en el Antiguo Testamento no se registra ningún caso de que se haya apedreado a alguien por cometer adulterio, esa era la ley divina. La experiencia de José (Mateo 1:18–25) indica que los judíos usaban el divorcio en lugar de apedreamiento para tratar el caso de una esposa adúltera.

¿Por qué ordenó Dios que los adúlteros fuesen apedreados? Ciertamente era un ejemplo para advertir a la gente, porque el adulterio socava la misma trama de la sociedad y del hogar. Debe haber compromiso y dedicación en el matrimonio y la fidelidad del uno al otro y a Dios, para que haya estabilidad en la sociedad y en la iglesia. Dios tuvo que preservar a Israel porque el Salvador prometido vendría de esa nación. Dios se oponía al divorcio en Israel porque debilitaba a la nación y amenazaba el nacimiento del Mesías (ve Malaquías 2:10–16).

Pero había otra razón para la pena capital: Esto dejaba a la otra persona libre para volver a casarse. La muerte rompe el vínculo matrimonial, puesto que el matrimonio es una unión física (Romanos 7:1–3). Era importante que las familias continuaran en Israel para que pudieran proteger su herencia (Números 36).

Debemos fijarnos en un hecho final antes de dejar esta sección: El divorcio que Moisés permitió en Deuteronomio 24 *en realidad cortaba la relación matrimonial*. Dios permitió que la mujer se casara de nuevo y su segundo matrimonio no era considerado adulterio. El segundo hombre con quien se casaba se le llamaba marido y no adúltero. Esto explica por qué la samaritana pudo tener

cinco *maridos* y estar viviendo con otro con quien no se había casado (Juan 4:16–18). Al parecer los cinco matrimonios habían sido legales y bíblicos.

Esto significa que el divorcio bíblico corta la relación matrimonial. *El hombre no puede romper* esta relación con sus leyes, pero *Dios sí, puede romperla*. El mismo Dios que da las leyes que unen a dos personas, puede también dar leyes que las separan. Dios puede hacerlo, pero el hombre no.

Finalmente, Jesús dijo claramente que la ley mosaica del divorcio era una concesión de parte de Dios. La ley original divina del matrimonio no dejaba campo para el divorcio, pero esa ley fue dada antes de que el hombre pecara. Antes de tener a dos personas viviendo juntas en constante conflicto, con una o ambas buscando satisfacción en algún otro lugar y por tanto pecando, Dios permitió el divorcio. *Este divorcio incluía el derecho a volver a casarse*. Los fariseos no preguntaron respecto a volver a casarse, porque este no era el problema. Aceptaban el hecho de que las partes buscarían otros cónyuges y Moisés permitió esto.

La Ley de Nuestro Señor respecto al Matrimonio (Mateo 19:9–12; 5:31,32)

Cuando Jesús dijo: “Y yo os digo,” estaba afirmando ser Dios; porque sólo Dios puede establecer o alterar las leyes del matrimonio. Declaró que el matrimonio era una unión permanente que podía ser rota solo por el pecado sexual. En el Nuevo Testamento la palabra *fornicación* abarca varias clases de pecados sexuales. La definición de fornicación como pecado sexual entre dos personas no casadas no se aplicaría aquí, porque Jesús estaba hablando de personas casadas. ¿Deberemos creer que los 23.000 hombres que fornicaron por la seducción de Balaam

(Números 25) eran todos solteros? ¿Fue la admonición de Hechos 15:20,29 dada sólo a los miembros solteros de la iglesia?

El matrimonio es una unión física permanente que puede ser rota solo por causa física: muerte o pecado sexual. (Doy por sentado que la homosexualidad y el bestialismo están incluidos.) El hombre no puede romper la unión, pero Dios sí puede. Bajo la ley del Antiguo Testamento, al culpable se le apedreaba hasta la muerte. Pero las iglesias de hoy no llevan la espada (Romanos 13:1-4). ¿Eran el adulterio y la fornicación más serios bajo la ley que lo son hoy? Por supuesto que no. Tales pecados son ahora peores a la luz de la plena revelación de la gracia y santidad de Dios que ahora tenemos en Jesucristo.

La conclusión parece ser que el divorcio en el Nuevo Testamento era equivalente a la muerte en el Antiguo Testamento: le permitía la parte inocente la libertad para volver a casarse.

Fíjate que la nueva ley de nuestro Señor sobre el matrimonio y el divorcio se basa en las tres leyes previas. De la ley edénica tomó el principio de que el matrimonio era una unión física que podía ser rota solo por causa física y que solo Dios podía permitir la disolución de tal unión. Del séptimo mandamiento tomó el principio de que el pecado sexual en verdad rompía la unión matrimonial. De la ley mosaica del divorcio tomó el principio de que Dios podía ordenar el divorcio y efectivamente romper la unión matrimonial y que la parte inocente podía volver a casarse y no ser culpable de adulterio.

La enseñanza de nuestro Señor aquí es que hay solo una base bíblica para el divorcio y es el pecado sexual (fornicación). Si dos personas se divorcian por cualquier otra causa y se casan con otro, están cometiendo adulterio.

Jesús no enseñó que era preciso que el cónyuge ofendido se divorcie. Ciertamente que puede haber perdón, sanidad paciente y restauración de la relación rota. Este sería el método cristiano para enfrentar el problema. Pero, triste como sea, por la dureza de nuestro corazón, algunas veces es imposible sanar las heridas y salvar el matrimonio. El divorcio es la alternativa última, no la primera.

El matrimonio feliz no es cosa accidental. Es el resultado del compromiso, amor, comprensión mutua, sacrificio y arduo trabajo. Si el esposo y la esposa están cumpliendo sus votos matrimoniales, disfrutarán de una relación que crece y que les dará satisfacción y les mantendrá fieles el uno al otro. Excepto por la posibilidad de una tentación inesperada, ningún esposo o esposa pensaría en una relación con alguna otra persona, mientras la relación en su hogar está creciendo y es satisfactoria. El amor puro de un esposo o esposa es de gran protección contra la tentación súbita.

La respuesta de los discípulos a la enseñanza de Cristo mostró que no estaban de acuerdo. Si no hay manera de deshacerse de un mal matrimonio, ¿entonces es mejor quedarse soltero! fue su argumento. Jesús no quería que consideraran el divorcio como una salida porque entonces no tendrían una actitud seria en cuanto al matrimonio.

En el versículo 12 Jesús dijo claramente que todo hombre (o mujer) debe considerar la voluntad de Dios respecto al matrimonio. Algunas personas no se casan debido a problemas físicos o emocionales desde su nacimiento. Otros no deberían casarse debido a sus responsabilidades en la sociedad; han sido “hechos eunucos por los hombres”. Un hijo único que debe cuidar de sus padres ancianos pudiera ser un ejemplo de esta

categoría. Algunos, como el apóstol Pablo, se quedan solteros para poder servir mejor al Señor (1 Corintios 7:7).

Es apropiado que a la enseñanza de nuestro Señor respecto al matrimonio siga su bendición a los niños, porque éstos son la feliz herencia de los casados. Jesús no miró a los niños como carga o maldición. La realidad de que “los dos serán una sola carne” se cumple en el nacimiento de los hijos y el amor de los padres se profundiza y madura al darlo a otros en el hogar.

Los padres trajeron a los niños a Jesús para que los bendijera. No hay aquí ningún pensamiento de bautismo ni salvación. Los niños que no han alcanzado la edad de responsabilidad (Isaías 7:16) están cubiertos por la muerte de Cristo (Romanos 5:17–21). Los niños nacen pecadores (Salmos 51:5) pero si mueren antes de alcanzar la edad de responsabilidad, son regenerados y llevados al cielo (2 Samuel 12:23; Salmo 23:6).

Los niños tuvieron el privilegio de que Jesús los tomara en sus brazos y orara por ellos. Nuestra práctica de dedicar a los niños trata de seguir este ejemplo. Qué felices son los niños cuyos padres están casados según la voluntad de Dios, que tratan de obedecerle y que los traen a Jesús para que los bendiga.

Las Demandas del Rey

Mateo 19:16—20:34

No podemos seguir al Rey sin pagar el precio. Después de todo, ¡él fue a la cruz por nosotros! ¿Tenemos el derecho de escapar del sacrificio y del sufrimiento? En esta sección nuestro Señor explica las demandas legítimas que él hace de los que quieren confiar en él y ser sus discípulos.

Debemos Amar a Cristo Supremamente (Mateo 19:16–26)

Cada uno de los tres primeros Evangelios registra este suceso. Cuando combinamos los datos, vemos que este hombre era rico, joven y dirigente, probablemente dirigente de una sinagoga. Podemos elogiar a este joven por venir públicamente a Cristo y hacerle preguntas sobre las cosas eternas. Parecía que no tenía ningún motivo ulterior y estaba dispuesto a escuchar y aprender. Tristemente, tomó la decisión incorrecta.

Este evento parece desarrollarse alrededor de varias preguntas importantes.

“¿*Qué bien haré para tener la vida eterna?*” (Mateo 19:16,17). El hombre era obviamente sincero, aun cuando

su búsqueda de la salvación se centraba en las obras y no en la fe. Pero esto era de esperarse entre los judíos de esos días. Sin embargo, a pesar de su posición en la sociedad, de su moralidad y su religión; sentía necesidad de algo más.

Pero la respuesta de nuestro Señor no se enfocó en la salvación. Obligó al joven a pensar seriamente en la palabra *bueno* que había usado al dirigirse a Jesús. “Ninguno hay bueno sino uno: Dios”, le dijo. En otras palabras, “¿Crees que soy bueno y que por lo tanto soy Dios?” Si Jesús es nada más que uno de muchos maestros religiosos de la historia, entonces sus palabras no tienen mayor influencia que las declaraciones de cualquier otro líder religioso. Pero si Jesús es bueno, entonces es Dios y será mejor que prestemos atención a lo que dice.

¿Por qué refirió Jesús a los mandamientos? ¿Enseñó con esto que la gente recibe la vida eterna al obedecer la ley de Dios? Si alguien *pudiera* cumplir los mandamientos, ciertamente que entraría en la vida. Pero nadie puede guardar perfectamente la ley de Dios. “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). Jesús no mencionó la ley para mostrarle al joven cómo ser salvo, sino para mostrarle que necesitaba ser salvo. La ley es un espejo que revela lo que somos (Santiago 1:22ss).

¿Cuáles mandamientos? (Mateo 19:18,19). ¿Estaba el joven buscando ser evasivo? No lo creo. Pero estaba cometiendo un error, porque no se puede separar una parte de la ley de Dios de la otra. Clasificar las leyes de Dios en mayores o menores es errar el propósito entero de la ley. “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10). La ley representa la autoridad de Dios y

desobedecer lo que pensamos que es una ley menor es igualmente rebelarse contra la autoridad de Dios.

Por supuesto, el joven pensaba sólo en la obediencia externa. Se olvidó de las actitudes del corazón. Jesús había enseñado en el Sermón del Monte que el odio era moralmente equivalente al homicidio y la lascivia equivalente al adulterio. Nos alegramos de que este joven tenía tan buenos modales y morales. Pero lamentamos que no haya visto su pecado, ni se haya arrepentido y confiado en Cristo.

Jesús no mencionó el mandamiento que se aplicaba especialmente al joven: “No codiciarás” (Exodo 20:17). El joven debía haber meditado en *todos* los mandamientos y no solo en los que Jesús citó. ¿Estaba buscando el discipulado fácil? ¿Estaba siendo falso consigo mismo? Creo que su testimonio fue sincero, en cuanto a lo que Dios penetrara lo suficiente. Jesús amó al joven (Marcos 10:21) y por tanto continuó tratando de ayudarle.

“¿*Qué más me falta?*” (Mateo 19:20–22). En ninguna parte de la Biblia se nos enseña que el hombre se salva vendiendo sus bienes y repartiendo su dinero. Jesús nunca le dijo a Nicodemo que hiciera esto, ni tampoco a ningún otro pecador cuya historia se registra en los Evangelios. Jesús sabía que este hombre era codicioso; amaba la riqueza material. Al pedirle que vendiera sus bienes, Jesús estaba obligándole a examinar su propio corazón y determinar sus prioridades. Con todas sus cualidades encomiables, este joven todavía no amaba a Dios con *todo* su corazón. Las posesiones eran su dios. No pudo obedecer el mandamiento de “anda, vende... y ven y sígueme”.

El joven se alejó entristecido, pero podía haberse ido con gran gozo y paz. No podemos amar y servir a dos señores (Mateo 6:24ss). Podemos estar seguros de que,

fuera de Cristo, ni siquiera las posesiones materiales de esta vida dan alegría y placer duraderos. Es bueno tener las cosas que el dinero puede comprar, siempre y cuando no perdamos las cosas que el dinero no puede comprar. Si el joven no acudió a Cristo, murió sin salvación, uno de los hombres más ricos en el cementerio.

“¿Quién, pues, podrá ser salvo?” (Mateo 19:23–26). Los judíos de esos días creían que las riquezas eran evidencia de la bendición de Dios. Basaban esto en las promesas que Dios le dio a la nación judía al principio de su historia. Es cierto que Dios en efecto les prometió bendición material si obedecían y pérdida material si desobedecían (ve Deuteronomio 26—28). Pero en la infancia de la raza, la única manera en que Dios podía enseñarles era por medio de recompensas y castigos. Nosotros enseñamos a los niños de la misma manera.

No obstante, la más alta clase de obediencia no se basa en un deseo de recompensa o temor al castigo. Es motivada por el amor. En su vida y enseñanza Jesús trató de mostrarle a la gente que las bendiciones espirituales son mucho más importantes que las ganancias materiales. Dios ve el corazón y Dios quiere fortalecer el carácter. La salvación es la dádiva de Dios al hombre que confía en él. Las riquezas materiales no son garantía de que Dios está complacido con un hombre.

Los discípulos, siendo buenos judíos, se sorprendieron por la declaración del Señor respecto a las riquezas. Su pregunta reflejaba su teología: “Si el rico no puede salvarse, ¿qué esperanza nos queda a los demás?” Por supuesto, Jesús no dijo que el poseer riquezas impediría que alguno entrara en el reino. Algunos manuscritos de Marcos 10:24 dicen: “Qué difícil es que los que confían en las riquezas entren en el reino de Dios”. Este es el

188 Leales en Cristo

grano de lo que nuestro Señor estaba enseñando. Abraham fue muy rico, sin embargo fue hombre de gran fe. Es bueno poseer riquezas *si* las riquezas no nos poseen.

No podemos seguir al Rey y vivir para la riqueza mundana. No podemos servir a Dios y al dinero. El amor al dinero es la raíz de todos los males (1 Timoteo 6:6–10). Jesucristo demanda a todos los que le siguen que le amen supremamente.

Debemos Obedecerle sin Reservas (Mateo 19:27—20:16)

Pedro pudo ver de inmediato el contraste entre el joven rico y los discípulos pobres. “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” Jesús entonces les dio una promesa maravillosa de recompensas en esta vida y en la venidera. Incluso tendrán tronos cuando él establezca su reino. Cualquier cosa buena que hubieran dejado por amor de Jesús, les sería devuelta multiplicada cien veces. En otras palabras, ellos no estaban haciendo sacrificios; estaban haciendo inversiones. Pero no toda la ganancia se recibirá en esta vida.

Sin embargo, Jesús detectó en la pregunta de Pedro la posibilidad de un motivo equivocado para el servicio. Por esto añadió la advertencia de que muchos que eran primeros a sus propios ojos, serán los postreros en el día del juicio y algunos que eran postreros terminarán siendo los primeros. Esta verdad fue ampliada en la parábola de los obreros en la viña.

Esta parábola no tiene nada que ver con la salvación. El denario (la paga de un día en esos tiempos) no representa la salvación, porque nadie trabaja para ganarse la salvación. Esta parábola tampoco está hablando de recompensas, porque no todos vamos a recibir la misma. “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (1 Corintios 3:8).

La parábola recalca la actitud correcta para el servicio. Es importante notar que hubo en realidad dos clases de obreros contratados ese día: los que querían un contrato y aceptaron trabajar por un denario al día y los que no tenían contrato y aceptaron trabajar por lo que el dueño pensara que fuera justo. Los primeros obreros que el dueño contrató insistieron en un contrato.

Esto explica por qué el dueño pagó a los obreros en la forma en que lo hizo. Quería que los que contrató primero (que insistieron en un contrato) vieran cuánto les pagaba a los que contrató más tarde. Era la manera en que podía mostrarles a esos obreros cuán generoso era.

Ponte en los zapatos de esos obreros que contrató primero pero que recibieron su paga al último. Cada uno esperaba recibir su denario, porque eso era lo que habían acordado. Pero imagínate su sorpresa cuando vieron a los obreros que el dueño había contratado *de último* recibir cada uno su denario. Esto indicaría que el salario de los primeros deberían ser de 12 denarios cada uno.

Pero los obreros contratados a las tres de la tarde también recibieron su denario; y eso por solo tres horas de trabajo. El último hombre en la fila calculó de nuevo su salario: cuatro denarios por el día entero de trabajo. Cuando los hombres contratados al mediodía también recibieron un denario, el salario de los contratados primero quedó reducido a la mitad, porque ahora quería decir que recibirían solo dos denarios.

Pero el dueño les dio solo un denario. Por supuesto, ¡se quejaron! Pero no había caso, porque ellos habían acordado trabajar por un denario. Recibieron lo que habían pedido. Si hubieran confiado en la bondad del dueño, habrían recibido mucho más. Pero insistieron en un contrato.

La lección para los discípulos de Cristo era obvia. No debían servirle porque querían recibir una recompensa determinada y no debían insistir en saber lo que recibirían. Dios es infinitamente generoso y lleno de gracia. El siempre nos da mucho más de lo que merecemos.

Ahora podemos comprender los peligros ocultos en la pregunta que Pedro hizo en el versículo 27. Por un lado, no debemos *pensar* (Mateo 20:10) que recibiremos algo más si realmente no lo merecemos. Es posible hacer la obra del Padre y sin embargo no hacerla de corazón (Efesios 6:6). Si le servimos solo por los beneficios (temporales y eternos), entonces nos perderemos las mejores bendiciones que él tiene para nosotros. Debemos confiar en él sin reservas y creer que siempre da lo mejor.

Hay también el peligro del orgullo. “¿Qué, pues, tendremos?” preguntó Pedro. Esta parábola le advierte: “¿Cómo sabes que recibirás algo?” Cuidado con la confianza excesiva tocante a las recompensas que Dios dará, porque los que son primeros a sus propios ojos (y a los ojos de los demás) pueden ser los últimos. Igualmente, no te desanimes; porque los que se consideran “siervos inútiles” pueden terminar siendo primeros.

Cuidado con el peligro de observar a otros obreros y medirte con ellos. “No juzguéis nada antes de tiempo”, advierte Pablo en 1 Corintios 4:5. Nosotros vemos al obrero y su trabajo, pero Dios ve el corazón.

Finalmente, debemos tener cuidado de no criticar a Dios y sentirnos como que se nos ha olvidado. Si los trabajadores contratados primero hubieran confiado en el dueño y no exigido un acuerdo, el dueño les habría dado mucho más. Era generoso, pero ellos no confiaban en él. No se alegraron de que otros recibieran más; al contrario, se sintieron celosos y se quejaron. La bondad del dueño

no les llevó al arrepentimiento (Romanos 2:4). Reveló el verdadero carácter de sus corazones: ¡Eran egoístas! Cuando hallamos a un siervo quejoso, sabemos que no se ha rendido completamente a la voluntad del Maestro.

Debemos Glorificarle Completamente (Mateo 20:17–34)

Por tercera vez Jesús anunció su arresto, crucifixión y resurrección (Mateo 16:21; 17:22). En los anuncios previos no había especificado la manera en que moriría. Pero ahora mencionó claramente la cruz. También mencionó claramente su resurrección, pero el mensaje no penetró en los corazones de los discípulos.

En contraste con este anuncio de sufrimiento y muerte tenemos la petición de Jacobo y Juan y su madre, Salomé. Jesús hablaba de una cruz, pero ellos estaban interesados en una corona. Querían asientos reservados en tronos especiales. Tenemos la impresión de que la madre, Salomé, fue la inspiración verdadera detrás de la petición y que estaba interesada en promover a sus hijos.

Antes de criticar lo que ellos hicieron, veamos algunos rasgos dignos de encomio en este evento. Por un lado, ellos creían en la oración; y se atrevieron a creer en la promesa que Jesús les había dado respecto a sentarse en tronos (Mateo 19:28). La palabra “regeneración” en aquel versículo significa *nuevo nacimiento* y se refiere al nuevo mundo en el cual Jesús y sus seguidores reinarán cuando él vuelva a la tierra. Hubiera requerido fe para creer que él establecería estos tronos, porque acababa de decirles que iba a morir.

Pero hubo varias cosas erróneas en su petición. En primer lugar, brotó de la ignorancia. “No sabéis lo que pedís”, replicó Jesús. Salomé ni siquiera se percataba que la senda al trono es difícil. Jacobo sería el primero de los

discípulos en sufrir el martirio y Juan tendría que sufrir arduamente en la isla de Patmos. Estos tres creyentes querían hacer su propia voluntad y no la voluntad de Dios y la querían a su manera.

Otro factor fue su falta de dirección celestial. Pensaban como el mundo: Jacobo y Juan querían enseñorearse sobre los otros discípulos, así como los gobernantes de las naciones enseñoreaban sobre sus súbditos. Su petición fue carnal (sensual), porque egoístamente estaban pidiendo gloria para sí mismos, no para el Señor. Sin duda sintieron alivio cuando lograron hacer su petición a Jesús antes que Pedro.

Finalmente, la petición no sólo era del mundo y carnal, sino que era del diablo. Estaba motivada por el orgullo. Satanás había buscado un trono (Isaías 14:12–15) y había sido arrojado fuera. Satanás le había ofrecido a Jesús un trono y él lo rechazó (Mateo 4:8–11). Satanás magnífica el fin (un trono) pero no los medios hacia ese fin. Jesús le advirtió a Salomé y a sus hijos que los tronos especiales estaban destinados a los que los merecían. No hay atajos en el reino de Dios.

El resultado de esa petición fue enojo de parte de los otros discípulos, probablemente porque no lo habían pensado primero. La sabiduría de lo alto siempre lleva a la paz; la sabiduría de este mundo siempre conduce al conflicto (Santiago 3:13—4:3). El egoísmo solo resultará en disensión y división.

Este desacuerdo le dio a Jesús la oportunidad de enseñar una lección práctica sobre el liderazgo. En su reino no debemos seguir el ejemplo del mundo. Nuestro ejemplo es Jesús, no el presidente de alguna corporación ni una celebridad con dinero. Jesús vino como siervo; por lo tanto, nosotros debemos servirnos los unos a los otros. El

vino a dar su vida; por consiguiente, nosotros debemos dar nuestra vida en servicio para él y otros.

De la palabra que en el versículo 26 se traduce “servidor” obtenemos nuestra palabra *diácono*. En el versículo 27 la palabra “siervo” significa *esclavo*. No todo siervo era esclavo, pero todo esclavo era siervo. Es triste notar que en la iglesia de hoy tenemos muchas celebridades, pero muy pocos siervos. Hay muchos que quieren ejercer autoridad (v.25), pero pocos son los que quieren tomar la toalla y la palangana y lavar pies.

La clave de la grandeza no es posición ni poder, sino carácter. Alcanzaremos un trono al pagar con nuestra vida, no por pedir con los labios. Debemos identificarnos con Jesucristo en su servicio y sufrimiento, porque incluso él llegó al trono a través de la cruz. El mejor comentario de esto es Filipenses 2:1–18.

Para mejorar nuestra oración debemos mejorar nuestro servicio. Si servimos a Jesús y a los demás, entonces no oraremos egoístamente. Si sinceramente podemos decir: “Habla, Señor, que tu siervo oye”, entonces él nos dirá: “Habla, siervo, que tu Señor oye”. Si nuestras oraciones no nos hacen mejores siervos, algo anda mal en ellas.

¿Es mas fácil vivir con nosotros como resultado de nuestras oraciones? Los dos discípulos hicieron una petición egoísta y todo el grupo se alteró. ¿Nos hacen nuestras oraciones más semejantes a Cristo? ¿Nos cuestan algo? Orar en la voluntad de Dios no significa escape; significa participación. Si nuestras oraciones no nos acercan a la cruz, entonces están fuera de la voluntad de Dios.

Salomé aprendió su lección. Cuando Jesús fue crucificado, ella estaba cerca de la cruz (Juan 19:25, “la hermana de su madre”) y participó de su sufrimiento y dolor. Ella no vio dos tronos a los lados de su Señor; vio

a dos ladrones en dos cruces. También Salomé oyó a Jesús encargar a María, el cuidado de Juan. El egoísmo de Salomé fue reprendido y ella humildemente la aceptó.

El evento final en Mateo 20 es la curación de Bartimeo y su amigo, ambos ciegos (Marcos 10:46–52). Ahora Jesús puso en práctica lo que acababa de enseñar a sus discípulos. Se hizo siervo de los dos mendigos ciegos rechazados. La multitud que rodeaba a Jesús trató de silenciar a los dos ciegos. En realidad, ¿qué derecho tenían ellos de acudir al gran Maestro? Pero Jesús tuvo compasión de ellos y los sanó. Era siervo incluso de los mendigos.

Este capítulo contiene algunas cosas difíciles de recibir y practicar. Si amamos las cosas del mundo no podemos amar a Dios supremamente. Si no nos rendimos completamente a su voluntad, no podemos obedecerle sin reservas. Si buscamos nuestra propia gloria, o si nos comparamos con otros creyentes, no podemos glorificarle a él.

No podemos reconocer a Jesús como nuestro Rey a menos que le amemos supremamente, le obedezcamos sin reservas y le glorifiquemos completamente. Pero si hacemos estas cosas, participaremos de su vida y gozo y un día reinaremos con él.

Los Juicios del Rey

Mateo 21:1—22:14

Ahora entramos en la cuarta sección principal del Evangelio de Mateo: El Rechazo del Rey. En esta sección (Mateo 21:1—22:14), el Señor Jesús mostró los pecados de Israel y explicó por qué los líderes religiosos rechazaron su persona y su mensaje.

Ceguera Espiritual (Mateo 21:1—11)

Puesto que era la Pascua, probablemente había como dos millones de personas en y alrededor de Jerusalén. Esta fue la única ocasión en su ministerio que Jesús en realidad planeó y promovió una demostración pública. Hasta este momento le había advertido a la gente que no dijera quién era él y deliberadamente había evitado escenas públicas.

¿Por qué planeó Jesús esta demostración? Por un lado, estaba obedeciendo la Palabra y cumpliendo la profecía registrada en Zacarías 9:9. Esta profecía se podía aplicar únicamente a Jesucristo, porque es el único con credenciales que demuestran que es el Rey de Israel. Generalmente no asociamos al humilde burrito con la

realeza, pero era el animal de realeza de los monarcas judíos (1 Reyes 2:32ss). En realidad hubo dos animales, la asna madre y su pollino. Jesús se sentó sobre el asno y la asna madre caminaba a su lado.

Al comparar la cita de Mateo con la profecía original de Zacarías, descubrimos algunos hechos interesantes. La profecía de Zacarías empieza con “Alégrate mucho”, pero Mateo omitió esta frase. Cuando Jesús se acercaba a la ciudad, lloró. ¿Cómo podía él (o la gente) alegrarse cuando el juicio se avecinaba?

Mateo también omitió “justo y salvador”. La venida de nuestro Señor a Jerusalén fue un acto de misericordia y gracia, no un acto de justicia o juicio. En efecto trajo salvación para ellos, pero ellos rehusaron aceptarla (Juan 1:11). La próxima vez que Israel verá al Rey, vendrá en gran poder y gloria (Apocalipsis 19:11ss).

Ningún hombre jamás había montado al pollino (Marcos 11:2), sin embargo, mansamente llevaba la carga. Desde luego la presencia de la asna madre ayudó. Pero ten presente que el cabalgador es el Rey que tiene dominio sobre “ovejas y bueyes, todo ello y asimismo las bestias del campo” (Salmo 8:6,7). El hecho de que Jesús montara en esta bestia y la mantuviera bajo control es otra evidencia de su majestad.

Había una segunda razón para esta demostración pública: Obligó a los líderes judíos a actuar. Cuando vieron la demostración espontánea del pueblo, concluyeron que tenían que destruir a Jesús (ve Juan 12:19). Las Escrituras proféticas exigían que el Cordero de Dios fuese crucificado en la Pascua. Esta demostración de popularidad de Cristo incitó a los gobernantes a actuar.

El pueblo aclamaba a Jesús como su Rey tanto en palabras como en acciones. Exclamaban “Hosanna”, que

quiere decir *salva ahora*. Estaban citando el Salmo 118:25,26 y este salmo es definitivamente de carácter mesiánico. Más tarde en la misma semana, Jesús referiría a ese salmo y se lo aplicaría a sí mismo (Mateo 21:42; Salmo 118:22-23).

Ten presente que esta multitud de la Pascua se componía de por lo menos tres grupos: los judíos que vivían en Jerusalén, la multitud de Galilea y los que vieron a Jesús resucitar a Lázaro (Juan 12:17,18). Las noticias de este milagro sin duda contribuyeron a atraer a la gran multitud. La gente quería ver con sus propios ojos a este hacedor de milagros.

Pero aún así, los judíos no reconocieron a Jesús como su Rey. ¿Qué causó la ceguera espiritual de Israel? Por un lado, sus líderes religiosos les habían arrebatado la verdad de la Palabra y la habían sustituido con tradiciones humanas (Lucas 11:52). Los líderes no estaban interesados en la verdad; se preocupaban únicamente por proteger sus propios intereses (Juan 11:47-53). “No tenemos más rey que César”, fue su confesión de ceguera voluntaria. Ni siquiera los milagros de nuestro Señor los convencieron. Mientras más resistían a la verdad, más ciegos se hacían (Juan 12:35ss).

Hipocresía (Mateo 21:12-22)

Jesús realizó dos juicios: limpió el templo y maldijo a una higuera. Ambos actos fueron contrarios a su manera acostumbrada de ministrar, porque no vino a la tierra para juzgar, sino para salvar (Juan 3:17). Ambos actos revelaron la hipocresía de Israel: el templo era una cueva de ladrones y la nación (simbolizada en la higuera) no tenía fruto. La corrupción interna y la condición externa, no llevar fruto, eran evidencia de la hipocresía.

La limpieza del templo (Mateo 21:12-16). Jesús había empezado su ministerio con un acto similar (Juan 2:13-25). Ahora, tres años más tarde, el templo estaba profanado de nuevo por los negocios religiosos de los líderes. Habían convertido el atrio de los gentiles en un lugar en donde los judíos extranjeros podían cambiar el dinero y comprar sacrificios. Lo que había empezado como un servicio y conveniencia para los visitantes de otras tierras, pronto se convirtió en un negocio lucrativo. Los cambistas cobraban tarifas exorbitantes y nadie podía competir con ellos ni oponérseles. Los historiadores nos dicen que Anás, el sumo sacerdote anterior, era el administrador de la empresa, ayudado por sus hijos.

El propósito del atrio de los gentiles en el templo era darles a los desechados una oportunidad de entrar al templo y aprender de los israelitas acerca del verdadero Dios. Pero la presencia de este mercado religioso alejaba del testimonio de Israel a muchos gentiles sensibles. El atrio de los gentiles se usaba para negocios mercenarios, no para asuntos misioneros.

Cuando Jesús llamó al templo “mi casa”, estaba afirmando que era Dios. Cuando la llamó “casa de oración” estaba citando a Isaías 56:7. Todo el capítulo 56 de Isaías denuncia a los líderes infieles de Israel. La frase “cueva de ladrones” proviene de Jeremías 7:11 y es parte de un largo sermón que Jeremías predicó en la puerta del templo, reprochando a la gente por los mismos pecados que Jesús vio y juzgó en su día.

¿Por qué llamó Jesús cueva de ladrones al templo? Porque el lugar donde se ocultan los ladrones es una cueva. Los líderes religiosos y algunos del pueblo, usaban el templo y la religión judía para esconder sus pecados.

¿Qué quiere Dios para su casa? Dios quiere *oración* de parte de su pueblo (1 Timoteo 2:1ss), porque la verdadera oración es evidencia de nuestra dependencia en Dios y nuestra fe en su Palabra. También quiere que se ayude a *la gente* (v.14). Los necesitados deben sentirse bienvenidos y deben hallar la ayuda que necesitan. Debe haber *poder* en la casa de Dios, el poder de Dios obrando para cambiar a las personas. La *alabanza* es otro rasgo en la casa de Dios (vv.15,16). Allí Jesús citó el Salmo 8:2.

La maldición de la higuera (Mateo 21:17–22). Tal vez nos sorprenda que Jesús maldijera a un árbol. El mismo poder que mató al árbol podía darle nueva vida y fruto. Jesús ciertamente no consideraría a la higuera moralmente responsable por no tener fruto.

Cuando consideramos el tiempo y lugar del suceso lo comprendemos mejor. Jesús estaba cerca de Jerusalén, en la última semana de su ministerio público. La higuera simbolizaba a la nación de Israel (Lucas 13:6–9; Jeremías 8:13; Oseas 9:10,16). Tal como esta higuera tenía hojas pero ningún fruto, así Israel tenía una apariencia religiosa pero no experimentaba una fe práctica que resultara en una vida consagrada. Jesús no estaba enojado con la higuera, más bien, la usó para enseñar varias lecciones a sus discípulos.

Dios quiere producir fruto en la vida de su pueblo. El fruto es producto de la vida. La presencia de hojas generalmente indica presencia de fruto, pero en este caso no fue así. En la parábola de la higuera (Lucas 13:6–9), al hortelano se le dio más tiempo para trabajar con la higuera; pero el tiempo ya se había acabado. La higuera estaba ocupando espacio y no servía para nada.

Aunque podemos hallar una aplicación personal útil de este suceso, la interpretación principal tiene que ver

con Israel. El tiempo del juicio había llegado. El Juez había pronunciado la sentencia, pero no sería ejecutada sino después de unos 40 años. Entonces Roma vendría y destruiría la ciudad y el templo, y esparciría al pueblo.

Jesús usó este suceso para enseñar a sus discípulos una lección sobre la fe y la oración. El templo debía ser casa de oración y la nación un pueblo de creyentes. Pero estas dos cosas esenciales faltaban. Nosotros también debemos cuidarnos del peligro de no llevar fruto.

Desobediencia a la Palabra (Mateo 21:23—22:14)

La exigencia de los principales sacerdotes y los ancianos de que Jesús explique qué autoridad tenía para limpiar el templo resultó en esta serie de tres parábolas. Como custodios de la vida espiritual de la nación, tenían derecho de hacer esta pregunta. Pero nos asombra su ignorancia. Jesús les había dado tres años de ministerio y ellos todavía no querían aceptar los hechos. Querían más evidencia.

Al dirigir su atención al ministerio de Juan, Jesús no estaba tratando de evadir la cuestión. Juan había preparado el camino para Jesús. Si los gobernantes hubieran recibido el ministerio de Juan, habrían recibido a Jesús. Pero en lugar de eso, permitieron que Herodes arrestara a Juan y que lo matara. Si no aceptaron la autoridad de Juan, tampoco aceptarían la autoridad de Jesús, por cuanto ambos fueron enviados por Dios.

Es un principio básico de la vida cristiana que no podemos aprender nueva verdad si desobedecemos lo que Dios ya nos ha dicho. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17). Los dirigentes religiosos habían rechazado la verdad que predicó Juan y por consiguiente Jesús no podía impartirles nueva verdad. Tanto Jesús como Juan estaban bajo la misma autoridad.

Rechazaron a Dios el Padre (Mateo 21:23–32). La viña, por supuesto, habla de la nación de Israel (Isaías 5; Salmo 80:8–16). Los dos hijos representan las dos clases de personas en la nación: los religiosos que se creían justos y los publicanos y pecadores. Cuando Juan vino ministrando, los religiosos mostraron gran interés en su obra, pero no se arrepintieron ni se humillaron ni se bautizaron (Mateo 3:7–12; Juan 1:19–28). La multitud no religiosa, sin embargo, confesó sus pecados y obedeció las palabras de Juan y se bautizó.

Los líderes cometieron dos pecados: No creyeron en el mensaje de Juan y no se arrepintieron de sus pecados. Por supuesto, pensaban que no necesitaban arrepentirse (Lucas 18:9–14). Pero cuando vieron lo que el arrepentimiento hacía en los publicanos y pecadores, debían haberse convencido de que el mensaje de Juan era veraz y que la salvación era verdadera. Vez tras vez los líderes religiosos rechazaron la clara evidencia que Dios les dio.

Al rechazar a Juan en realidad estaban rechazando al Padre que le había enviado. Pero Dios es misericordioso y en lugar de enviar juicio envió a su Hijo. Esto nos lleva a la siguiente parábola.

Rechazaron al Hijo (Mateo 21:33–46). Todavía estamos en la viña. Esta parábola se basa en Isaías 5:1–7; en ella Jesús les recuerda a los judíos la bondad de Dios hacia ellos como nación. Dios los libró de Egipto y los plantó en una tierra rica, fluyendo leche y miel. Les dio bendiciones materiales y espirituales y solo les pidió que llevaran fruto para su gloria. De tiempo en tiempo Dios envió a sus siervos (los profetas) para que recibieran los frutos. Pero el pueblo maltrató a los siervos, e incluso mató a algunos de ellos.

¿Qué debería hacer el dueño? Podría haber enviado sus ejércitos para destruir a los perversos. Pero en lugar de eso, envió a su propio hijo. La referencia es, desde

luego, a Jesucristo, el Hijo de Dios. El es el Heredero (Hebreos 1:2). En lugar de recibir y honrar al Hijo, los hombres lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Jesús fue crucificado “fuera de la puerta” (Hebreos 13:12,13), rechazado por los suyos.

El pueblo que escuchaba la parábola se dejó absorber por el drama y no se dio cuenta de que estaba condenándose a sí mismo. Jesús citó el Salmo 118:22,23 para explicar que él era el Hijo y que los líderes religiosos eran los labradores (v.45). La multitud había citado el Salmo 118:26 al dar la bienvenida a Jesús, de modo que esta escritura estaba fresca en la mente de los líderes.

Con frecuencia en el Antiguo Testamento se hace referencia a Dios como roca o piedra (Deuteronomio 32:4,18,30,31; Salmo 18:2,31,46). La piedra es también un título mesiánico. Para Israel Jesús era una piedra de tropiezo (Isaías 8:14,15; Romanos 9:32,33; 1 Corintios 1:23). Israel rechazó al Mesías, pero en su muerte y resurrección él creó la Iglesia. Para la Iglesia Jesús es la piedra fundamental, piedra angular (Efesios 2:20–22; 1 Pedro 2:4,5). Al fin del siglo Jesús vendrá como piedra destructora (Daniel 2:34), destruirá a los reinos gentiles y establecerá su propio reino glorioso.

Por supuesto, los líderes judíos sabían la importancia mesiánica de las Escrituras que Jesús citó. Ellos eran los *edificadores* que rechazaron la piedra (Hechos 4:11). ¿Cuáles eran las consecuencias? Por un lado, el reino le sería quitado a Israel y dado a otra nación, la Iglesia (1 Pedro 2:9 y vea el contexto, vv.6–10). Los que atacaran a esa piedra serían pulverizados; aquellos a quienes Cristo juzgue serán reducidos a polvo.

Rechazaron al Espíritu Santo (Mateo 22:1–14). No se debe confundir esta parábola con la de la gran cena

(Lucas 14:16–24), aun cuando tienen algunos elementos en común. De nuevo vemos al Padre y al Hijo. El Hijo sigue con vida (a pesar de lo que hicieron los labradores) y tiene una esposa. Aquí se muestra al Señor Jesús y su Iglesia (Efesios 5:22–33). El período que se describe en esta parábola debe ser después de su resurrección y ascensión y la venida del Espíritu Santo.

El Padre todavía invita al pueblo de Israel a venir, a pesar de lo que le hicieron a su Hijo. Cuando estudiamos los primeros siete capítulos del libro de Hechos, descubrimos que el mensaje va solo a los judíos (Hechos 2:5,10,14,22,36; 3:25; 6:7). “Al judío primeramente” era el plan de Dios (Romanos 1:16; Hechos 3:26). ¿Cómo respondieron los líderes de la nación al ministerio del Espíritu Santo por medio de los apóstoles? Rechazaron la palabra y persiguieron a las iglesias. Los mismos gobernantes que permitieron que mataran a Juan y que pidieron que se matara a Jesús, mataron a Esteban. Más adelante, Herodes mató a Jacobo (Hechos 12:1ss).

¿Cómo respondió el rey, en esta parábola, a la manera en que la gente trató a sus siervos? Se enojó y envió a sus ejércitos para destruirles a ellos y su ciudad. Luego buscó a otra gente y le invitó a venir al banquete. Este es un cuadro de cómo Dios trata con Israel. Rechazaron al Padre al rehusar obedecer la predicación de Juan el Bautista. Israel rechazó al Hijo cuando lo arrestaron y le crucificaron. En su gracia y paciencia, Dios envió otros testigos. El Espíritu Santo vino sobre los primeros creyentes y ellos testificaron con gran poder que Jesús estaba vivo y que la nación se podía salvar (Hechos 2:32–36; 3:19–26). Los milagros que hicieron eran prueba de que Dios estaba obrando en y por medio de ellos.

Pero Israel también rechazó al Espíritu Santo. Esta fue la acusación de Esteban: “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51). Con el apedreamiento de Esteban, la paciencia de Dios con Israel empezó a acabarse, aun cuando demoró el juicio por casi 40 años. En Hechos 8 leemos que el mensaje fue a los samaritanos y en Hechos 10 leemos que fue a los gentiles.

Este rechazo final es, a mi parecer, la terrible “blasfemia contra el Espíritu” Santo de la que Jesús habló en Mateo 12:22–32. Fue un pecado nacional, cometido por Israel. Cuando rechazaron a Juan, rechazaron al Padre que le envió; pero todavía quedaba el ministerio del Hijo. Cuando rechazaron al Hijo, *fueron perdonados* a razón de su ignorancia (Lucas 23:34; Hechos 3:17). Hoy ningún pecador puede ser perdonado por rechazar a Cristo, porque ese rechazamiento es lo que condena el alma (Juan 3:16–22).

Pero todavía quedaba el ministerio del Espíritu Santo. El Espíritu vino a la iglesia en Pentecostés y los apóstoles realizaron grandes señales y prodigios (Hechos 2:43; Hebreos 2:1–4). Los líderes rechazaron el testimonio del Espíritu y esto acarreó el juicio final. Habían rechazado al Padre, al Hijo y al Espíritu; no quedaba ninguna otra oportunidad.

Este pecado contra el Espíritu Santo no puede ser cometido hoy de la misma manera en que Israel lo cometió, porque la situación es diferente. El Espíritu de Dios da testimonio mediante la Palabra a la persona y obra de Jesucristo. Es el Espíritu quien convence al mundo de pecado (Juan 16:7–11). Los incrédulos pueden resistir al Espíritu (Hechos 7:51), pero nadie sabe la hora de crisis (si acaso hay una) cuando el Espíritu deja de tratar con un pecador perdido.

Los versículos 11–14 parecen ser un apéndice a la parábola, pero son de vital importancia. Era el anfitrión

quien provea el vestido de bodas, para que todo el mundo estuviera vestido apropiadamente y los pobres no se sintieran conspicuos. La salvación es personal e individual. Debemos aceptar lo que Dios nos da, la justicia de Cristo y no tratar de hacerla por esfuerzo propio. Puesto que estas parábolas tenían un énfasis definitivamente nacional, este énfasis personal al final era de extrema importancia.

Los líderes de la nación eran culpables de ceguera espiritual, hipocresía y desobediencia deliberada de la Palabra. En lugar de aceptar esta acusación de parte de Jesús y arrepentirse, decidieron atacarle y discutir con él. El resultado: juicio. Debemos cuidarnos de no seguir ese ejemplo de desobediencia

La Defensa del Rey

Mateo 22:15-46

El martes de la semana de la Pascua, los enemigos de nuestro Señor trataron de ponerle trampa mediante una serie de preguntas de doble sentido. Todavía sentían rencor por el tratamiento que les había dado en la serie de parábolas que les había dado. Había dejado al descubierto sus perversas intenciones y les había advertido que estaban pidiendo juicio. A los líderes religiosos no les gustó que se les humillara frente a la multitud. Había decidido con todo tesón destruir a Jesús y esperaban poder atraparlo diciendo algo que les permitiría prenderlo.

Pero había otra razón para las preguntas de la cual sus enemigos ni siquiera se dieron cuenta. Jesús iba a morir como el Cordero de Dios y era necesario que el cordero fuera examinado antes de la Pascua (Exodo 12:3-6). Si había algún defecto en el cordero, no podía ser ofrecido como sacrificio. Jesús fue examinado públicamente por sus enemigos y no pudieron hallar falta en él.

Por supuesto, este intercambio personal entre nuestro Señor y los líderes religiosos fue también una oportunidad para que ellos creyeran y fueran salvos. Es más, un fariseo

estuvo muy cerca del reino (Marcos 12:32–34). Incluso en el último minuto hay esperanza para el pecador, si recibe la verdad, se arrepiente y cree.

En esta discusión pública hay cuatro preguntas; tres de ellas hechas por el enemigo y una hecha por Jesucristo.

Una Pregunta Política sobre Impuestos (Mateo 22:15–22)

Los fariseos y herodianos eran enemigos entre sí; pero se unieron debido a su enemistad contra Jesús. Los fariseos se oponían al impuesto romano por varias razones: (1) no querían someterse a un poder gentil; (2) César era reverenciado como si fuera un dios; y (3) tenían mejores usos para su dinero que dárselo a Roma. Puesto que los herodianos eran un partido que respaldaba a Herodes, favorecían el impuesto. Después de todo, la autoridad de Herodes le fue dada por César; y Herodes hubiera tenido grandes dificultades para mantenerse en el poder sin el respaldo de Roma.

Palestina era una nación subyugada y los judíos odiaron a sus conquistadores. Cada impuesto que los pobres tenían que pagar, era otro recordatorio de que no eran libres. Los zelotes, un partido secreto de judíos fanáticos, a menudo protestaban contra Roma. Se oponían a todo impuesto exigido por Roma.

Es fácil ver por qué los fariseos y herodianos escogieron el impuesto como carnada para su trampa. A ellos les parecía que, no importa cuál lado escogiera Jesús, se metería en problemas para sí mismo y para su ministerio. Si se oponía al impuesto, se metería en problemas con Roma. Si aprobaba el tributo, se crearía problemas con los judíos.

Jesús de inmediato vio la trampa. Sabía que su propósito no era recibir una respuesta a una pregunta, sino ponerle

trampa. Estaban solamente fingiendo y eso los hacía hipócritas. Basado sólo en esto, podría haber rehusado responderles. Pero sabía que la gente que le rodeaba no lo comprendería. Aquí había una oportunidad para silenciar a sus enemigos y, al mismo tiempo, enseñar a la gente una importante verdad espiritual.

Todo gobernante hacía acuñar sus propias monedas con su propia imagen. El denario tenía la efigie de César, de modo que le pertenecía a César. “Dad, pues, a César lo que es de César”, fue su respuesta, “y a Dios lo que es de Dios”. En esta sencilla pero profunda respuesta, Jesús enseñó varias verdades importantes.

Los creyentes deben honrar y obedecer a sus gobernantes. Esto también se enseña en otros lugares del Nuevo Testamento (Romanos 13; 1 Pedro 2:13–17; 1 Timoteo 2:1ss). Los creyentes tienen una ciudadanía doble: en el cielo (Filipenses 3:20) y en la tierra. Debemos respetar a nuestros gobernantes terrenales (o líderes electos), obedecer las leyes, pagar los impuestos y orar por los que están en autoridad.

Los creyentes deben honrar y obedecer a Dios. César no era Dios. En tanto que los gobiernos no pueden imponer religión (Hechos 5:29), tampoco debe restringir la libertad de adoración. El mejor ciudadano honra a su nación porque adora a Dios.

El hombre lleva la imagen de Dios y le debe todo a Dios. En la moneda estaba la imagen de César; en el hombre está la imagen de Dios (Génesis 1:26,27). El pecado ha estropeado esa imagen, pero por medio de Jesucristo puede ser restaurada (Efesios 4:24; Colosenses 3:10).

La relación entre la religión y el gobierno es personal e individual. Está bien que el pueblo de Dios sirva en el gobierno (recuerda a Daniel y a José), pero está mal que

el gobierno controle a la iglesia, o que la iglesia controle al gobierno.

Una Pregunta Doctrinal sobre la Resurrección (Mateo 22:23–33)

A pesar de que Jesús había silenciado a los fariseos y herodianos, los saduceos salieron al frente y lanzaron su ataque. Ten presente que este grupo aceptaba solo la autoridad de los cinco libros de Moisés. Los saduceos no creían en un mundo espiritual, ni en la doctrina de la resurrección (Hechos 23:8). A menudo habían desafiado a los fariseos a que probaran la doctrina de la resurrección partiendo de Moisés, pero los fariseos no habían logrado gran cosa con sus argumentos.

La ilustración hipotética de los saduceos se basaba en la ley judía del levirato, mencionada en Deuteronomio 25:5–10. (La palabra *levirato* procede del vocablo latino *levir*, que significa *hermano del esposo*. No tiene nada que ver con la tribu de Leví.) El propósito de esta costumbre era preservar el nombre de un hombre si éste moría sin tener un heredero varón. En una nación como Israel, en donde la herencia de una familia era asunto de suma importancia, era imperativo que cada familia tuviera un heredero varón. Se consideraba una desgracia que un hombre rehusara levantar una familia para el hermano muerto.

Los saduceos basaban su incredulidad acerca de la resurrección en el hecho de que ninguna mujer podía tener siete maridos en la vida futura. Como muchas personas hoy, concebían la vida futura como una extensión de la presente, solo mejor.

Pero Jesús les llamó ignorantes. No conocían las Escrituras, e ignoraban el poder de Dios, lo cual infería que en realidad no conocían a Dios. En la próxima vida

no habrá necesidad de matrimonio, porque no habrá muerte. Por consiguiente, no será necesario tener hijos para reemplazar a los que mueren.

Jesús no dijo que seríamos ángeles cuando seamos glorificados en el cielo. Dijo que seríamos *como* los ángeles, en el sentido de que seremos asexuados y no nos casaremos. Los cuentos ridículos que oímos y las caricaturas que vemos respecto a personas que mueren y se convierten en ángeles son ciertamente contrarias a la Biblia.

Nuestro Señor no se limitó a refutar las necias nociones de los saduceos respecto a la vida futura. También quiso responder a sus afirmaciones de que no había resurrección; y lo hizo haciendo referencia a Moisés. Sabía que Moisés era la única autoridad que aceptarían. Les recordó de Exodo 3:6 donde Dios le dijo a Moisés: “Yo soy el... Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. No dijo: “Yo *fui* el Dios de Abraham”, lo que hubiera significado que Abraham ya no existía. Al decir “Yo soy” el Señor dijo claramente que estos tres hombres de fe estaban vivos en ese tiempo. Al repetir “el Dios de”, el Señor estaba diciendo que los conocía y los amaba personal e individualmente.

Es peligroso especular sobre la vida futura. Debemos descansar en la autoridad de la Palabra de Dios, porque solo allí tenemos la verdad que responde a las preguntas humanas respecto al futuro. La Biblia no nos dice todo respecto a la vida futura, pero sí, nos anima y nos ilumina. Jesús respondió a los saduceos, necios e ignorantes, de forma tan completa que les puso bozal (la palabra “callar” v.34). Incluso la multitud quedó admirada y asombrada a su respuesta.

Una Pregunta Ética sobre la Ley (Mateo 22:34–40)

Los fariseos probablemente disfrutaron por el bochorno de sus enemigos, los saduceos. Uno de sus fieles mostró

respeto al Señor y por su respuesta (Marcos 12:28) y le hizo una pregunta de su propia cosecha: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” (Mateo 22:36). Tenemos toda razón para creer que hizo la pregunta con sinceridad y con actitud humilde.

No era una pregunta nueva, porque los escribas la habían estado debatiendo por siglos. Habían documentado 613 mandamientos en la ley, 248 positivos y 365 negativos. Ninguna persona podía esperar saber y obedecer completamente todos estos mandamientos. Así que, para facilitar las cosas, los expertos dividieron estos mandamientos en pesados (importantes) y ligeros (de poca importancia). La persona podía poner mayor concentración en los mandamientos pesados y despreocuparse por los triviales.

La falacia detrás de esto es obvia: Todo lo que necesitas quebrantar es solo *una* ley, sea pesada o ligera, para ser culpable ante Dios. “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10).

Jesús citó la *shemá* (Deuteronomio 6:4), una declaración de fe que repetía todos los días el judío ortodoxo. (La palabra *shemá*, una palabra hebrea que quiere decir *oír*. La confesión de fe empieza con “Oye, o Israel”.) El más grande mandamiento es amar a Dios con todo lo que somos y tenemos: corazón, alma, mente, fuerza, posesiones, servicio. Amar a Dios no es tener buenos sentidos respecto a él, porque el verdadero amor incluye la voluntad tanto como el corazón. Donde hay amor, habrá servicio y obediencia.

Pero el amor a Dios no puede estar separado del amor al prójimo; así que Jesús citó también Levítico 19:18 y lo puso en el mismo nivel como la *shemá*. Toda la Ley y los profetas dependen de *estos dos* mandamientos. Podemos

añadir que las enseñanzas de las Epístolas en el Nuevo Testamento concuerdan con esta afirmación. Si alguien ama a Dios de corazón, debe amar también a su hermano y al prójimo (1 Juan 3:10–18; 4:7–21).

Si tenemos la relación correcta con Dios, no tendremos problemas con sus mandamientos. El amor es la base para la obediencia. Es más, toda la ley se resume en el mandamiento de amar (Romanos 13:8–10). Si amamos a Dios, amaremos al prójimo; si amamos al prójimo, no tendremos ningún deseo de hacerle daño alguno.

Pero con su maravillosa respuesta Jesús quería enseñar un significado mucho más profundo. Los judíos temían la idolatría. Cuando Jesús afirmó ser Dios, se le opusieron porque no podían creer que estuviera bien adorar a una criatura. Jesús recibió adoración y no reprendió a los que le honraron. ¿Era esto idolatría? No; porque él era y es Dios. Pero si la ley nos ordena que amemos a Dios y *al prójimo*, entonces no había nada malo en que los judíos amaran a Jesús. Pero en lugar de eso, estaban tratando de matarlo. Un día les había dicho: “Si vuestro Padre fuese Dios, ciertamente me amaríais...” (Juan 8:42). Ellos aceptaban la autoridad de la ley, sin embargo, rehusaban obedecerla.

El escriba que había hecho la pregunta original parecía ser sincero y cabal. No todos los fariseos eran hipócritas. Públicamente el escriba expresó estar de acuerdo con Jesús (Marcos 12:32,33). Esto debe haberles producido escalofríos a sus compañeros fariseos. Jesús discernió que el corazón del hombre era sincero y lo elogió por su inteligencia y cabalidad. ¿Logró el hombre alguna vez llegar a entrar al reino, estando tan cerca? Confiamos que sí.

Jesús había respondido a tres preguntas difíciles. Había enseñado sobre la relación entre la religión y el gobierno,

entre esta vida y la futura y entre Dios y nuestro prójimo. Estas son relaciones fundamentales y no podemos ignorar las enseñanzas de nuestro Señor. Pero hay una pregunta más fundamental que estas y esa es la que Jesús les hizo a sus enemigos.

Una Pregunta Personal sobre el Mesías (Mateo 22:41–46)

Jesús no expresó esta pregunta como cuando la hizo a sus discípulos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mateo 16:15). Los que habían estado discutiendo con él no miraban su causa con buenos ojos, ni eran sinceros en la evaluación de sus credenciales. Con sus enemigos Jesús tenía que usar un método indirecto. Hizo que esto sonara como otra pregunta teológica, cuando en realidad era la pregunta personal más importante que ellos jamás enfrentarían.

“¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” les preguntó. Como expertos en la Ley, sabían la respuesta: “de David”. Si se les hubiera preguntado, hubieran podido mencionar numerosas referencias del Antiguo Testamento, incluyendo 2 Samuel 7:12,13, Salmos 78:68–72 y Miqueas 5:2. Cuando ellos hubieron contestado, Jesús les hizo una segunda pregunta, esta vez citando el Salmo 110:1: “Jehová dijo a mi Señor [la palabra hebrea *Adonai*]: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”.

Todo erudito judío ortodoxo interpretaba que esto se refería al Mesías. Solo el Mesías podía sentarse a la diestra de Jehová Dios. Jesús creía en la inspiración y precisión de las Escrituras del Antiguo Testamento, porque dijo que David dijo estas palabras “en el Espíritu” (v.43). Nadie se atrevió a poner en tela de duda la exactitud o autoridad del texto.

“¿Si el Mesías es Hijo de David, les preguntó Jesús, entonces cómo puede también ser Señor de David?” Solo había una respuesta a esta pregunta. Como Dios, el Mesías es Señor de David; como hombre, es hijo de David. Es a la vez “raíz y linaje de David” (Apocalipsis 22:16). El Salmo 110:1 enseña la deidad y la humanidad del Mesías. Es Señor de David e Hijo de David.

Cuando ministraba en esta tierra, Jesús a menudo aceptó el título mesiánico *Hijo de David* (ve Mateo 9:27; 12:23; 15:22; 20:30,31; 21:9,15). Los dirigentes habían oído que la multitud le proclamaba “Hijo de David” cuando entró en Jerusalén. El hecho de que él aceptó este título es evidencia de que Jesús sabía que era el Mesías, el Hijo de Dios. Como Dios, era Señor de David; pero como hombre, era Hijo de David, porque había nacido de la familia de David (Mateo 11:20).

Los eruditos de ese día estaban confundidos en cuanto al Mesías. En el Antiguo Testamento veían dos cuadros del Mesías y no podían reconciliarlos. Un cuadro mostraba a un siervo sufriente, el otro a un monarca conquistador y reinante. ¿Había acaso dos Mesías? ¿Cómo podía el siervo de Dios sufrir y morir? (Ve 1 Pedro 1:10–12).

Si hubiera prestado atención a lo que Jesús dijo, hubieran aprendido que había sólo un Mesías, pero que sería a la vez humano y divino. Sufriría y moriría como sacrificio por los pecados. Entonces resucitaría de la muerte en triunfo y un día volverá para derrotar a sus enemigos. No obstante, estos líderes religiosos tenían sus propias ideas y no querían cambiarlas. Si hubieran aceptado su enseñanza, también hubieran tenido que aceptarle a él como el Mesías; y no estaban dispuestos a hacerlo.

El resultado de este día de diálogo fue silencio de parte de sus enemigos. Ya no se atrevieron a hacerle más

preguntas, no porque hubieran creído la verdad, sino porque tenían miedo de enfrentarse a la verdad. “Y no osaron preguntarle nada más” (Lucas 20:40). Pero ni siquiera tuvieron el valor para enfrentar la verdad y ponerla en práctica.

Tomar una decisión en cuanto a Jesucristo es asunto de vida o muerte. La evidencia está allí para que todos la examinen. Podemos examinarla a la defensiva y pasar por alto la verdad, o podemos examinarla sincera y humildemente, descubrir la verdad, creerla y ser salvos. Los líderes religiosos estaban tan cegados por la tradición, posición y orgullo que no podían y no querían ver la verdad y recibirla.

No osamos cometer el mismo error hoy.

La Denuncia del Rey

Mateo 23

Este fue el último mensaje público de nuestro Señor. Es una severa denuncia de la religión falsa que se pavoneaba bajo el disfraz de la verdad. No hay duda que algunos de los ciudadanos comunes se quedaron pasmados por sus palabras, porque consideraban que los fariseos eran justos.

Tal vez debemos recordar que no todos los fariseos eran hipócritas. Había unos 6.000 fariseos en esos días y muchos seguidores que no eran miembros del grupo. La mayoría de los fariseos eran hombres de negocios, de clase media, sin duda eran sinceros en su búsqueda de la verdad y la santidad. El nombre fariseo procede de una palabra que significa *separar*. Los fariseos se separaban de los gentiles, de los judíos inmundos que no practicaban la ley (publicanos y pecadores, Lucas 15:1,2) y de cualquiera que se opusiera a las tradiciones que gobernaban sus vidas.

Entre ellos había algunos que buscaban una religión verdaderamente espiritual. Nicodemo (Juan 3; 7:50–53), José de Arimatea (Juan 19:38ss) y el hombre cuyo nombre no se menciona en Marcos 12:32–34. Incluso Gamaliel

mostró gran tolerancia hacia la Iglesia recientemente formada (Hechos 5:34ss). Pero en su mayoría, los fariseos usaban su religión para promoverse a sí mismos y para obtener lucro material. No nos sorprende que Jesús los haya denunciado. Fíjate en las tres divisiones en este mensaje.

Una Explicación para la Multitud (Mateo 23:1–12)

En esta sección Jesús explicó los errores básicos de la religión de los fariseos.

Tenían un falso concepto de justicia (Mateo 23:2,3). Para empezar, habían asumido una autoridad ajena. “En la cátedra [literalmente: asiento] de Moisés se sientan los escribas y los fariseos”. No hay ningún lugar en las Escrituras que indique que Dios le haya asignado autoridad alguna a este grupo. Su única autoridad era la Palabra de Dios. Por consiguiente, el pueblo debía obedecer cualquier cosa que los fariseos enseñaban de la Palabra. Pero no debían obedecer las tradiciones y reglas humanas hechas por los fariseos.

Para el fariseo, justicia significaba conformidad externa a la Ley de Dios. Ignoraban la condición interna del corazón. La religión consistía en obedecer numerosas reglas que gobernaban hasta los minuciosos detalles de la vida, incluyendo lo que podían hacer con las especias en los anaqueles de la cocina (vv.23,24). Se cuidaban de decir las palabras correctas y de cumplir las ceremonias precisas, pero no obedecían la Ley de corazón. Dios deseaba verdad en el corazón (Salmo 51:6). Predicar una cosa y practicar otra, es hipocresía.

Tenían un falso concepto del ministerio (Mateo 23:4). Para los fariseos, ministerio quería decir imponer leyes sobre la gente y añadir cargas. En otras palabras, eran más rigurosos respecto a otros que respecto a sí mismos.

Jesús vino para aligerar las cargas de los hombres (Mateo 11:28–30), pero la religión legalista siempre trata de imponer cargas más pesadas. Jesús nunca pidió que hiciéramos algo que él mismo no hubiera hecho primero. Los fariseos ordenaban, pero no participaban. Eran dictadores religiosos hipócritas y no líderes espirituales.

Tenían un falso concepto de grandeza (Mateo 23:5–12). Para los fariseos éxito quería decir reconocimiento y elogio de parte de los hombres. No se preocupaban en cuanto a la aprobación divina. Usaban su religión para atraer la atención, no para glorificar a Dios (Mateo 5:16). Esto aun incluía el uso de los ornamentos religiosos para exhibir su piedad. Las “filacterías” eran estuches de cuero en los que habían colocado porciones de las Escrituras. Llevaban estos estuches en la frente y en los brazos, en obediencia literal al Deuteronomio 6:8 y 11:18. También agrandaban los flecos del borde de sus vestidos (Números 15:38; ve Mateo 9:20).

También pensaban que la posición era una característica de grandeza, así que buscaban los mejores asientos en la sinagoga y en las comidas públicas. El lugar donde se sienta un hombre no tiene nada que ver con lo que aquel hombre es. Albert Einstein escribió: “No trates de llegar a ser hombre de éxito, sino más bien trata de llegar a ser hombre de valor”.

También pensaban que los títulos de honor eran característica de grandeza. El título “rabí” significaba *mi grandioso* y los líderes religiosos lo codiciaban. (Los líderes religiosos de hoy codician los grados doctorales honoríficos.) Jesús prohibió a sus discípulos que usaran el título de rabí porque todos eran hermanos y sólo Jesús era el Maestro (v.8). Hay igualdad espiritual entre los hijos de Dios, bajo el señorío de Jesucristo.

Jesús también les prohibió que usaran el título de “padre” con referencia a las cosas espirituales. Ciertamente que no tiene nada de malo llamar padre al progenitor biológico, pero está mal usarlo para dirigirse a algún líder espiritual. Pablo se refirió a sí mismo como un padre espiritual porque había engendrado a los creyentes en el evangelio (1 Corintios 4:15), pero no les pidió que usaran tal término para dirigirse a él.

Un tercer título que Jesús prohibió fue el de “maestro” (v.10), que significa *guía, instructor, líder*. La palabra que se traduce “maestro” en el versículo 8 significa *profesor*, mientras que la que se usa en el versículo 10 significa *uno que va delante y guía*. Tal vez un equivalente moderno sería *autoridad*. Dios ha colocado líderes espirituales en la Iglesia, pero ellos no deberían reemplazar a Dios en nuestras vidas. Un verdadero líder espiritual dirige a su pueblo a la libertad y a una comunión más íntima con Cristo, no a la esclavitud de sus ideas y creencias personales.

La verdadera grandeza se halla al servir a otros, no al obligar a otros a que nos sirvan (Juan 3:30; 13:12–17). La verdadera grandeza viene sólo de Dios cuando le obedecemos. Si nos exaltamos nosotros mismos, Dios nos humillará; si nos humillamos, a su debido tiempo Dios nos exaltará (1 Pedro 5:6).

Una Denuncia de los Fariseos (Mateo 23:13–36)

No debemos leer esta serie de denuncias con la idea de que Jesús perdió los estribos y estaba colérico. Es verdad que tenía ira contra los pecados de los fariseos y por la manera que esos pecados afectaban a la gente. Pero su actitud era de aflicción y dolor porque los fariseos estaban tan ciegos a la verdad de Dios y a sus propios pecados.

Tal vez la mejor manera de tratar con estos ocho ayes es contrastarlos con las ocho bienaventuranzas que hallamos en Mateo 5:1–12. En el Sermón del Monte el Señor describió la verdadera justicia; aquí describió una falsa.

Entrar en el reino; cerrar el reino (Mateo 23:13; 5:3). Los pobres en espíritu entran en el reino, pero los orgullosos en espíritu se quedan fuera e impiden que otros entren. El verbo griego denota gente que trata de entrar y no puede. Malo es quedarse uno mismo fuera del reino, pero es peor estorbar a otros. Al enseñar tradiciones de los hombres en lugar de la verdad divina, ellos quitaban “la llave de la ciencia” (Lucas 11:52) y cerraban la puerta de la salvación.

Consuelo para los que lloran; condenación para los destructores (Mateo 23:14; 5:4). Aun cuando este versículo no se halla en algunos manuscritos de Mateo, se lo halla en Marcos 12:40 y Lucas 20:47. En lugar de lamentar por sus propios pecados y lamentar por las viudas necesitadas, los fariseos se aprovechaban de la gente para robarles. Usaban su religión como cubierta de avaricia (ve 1 Tesalonicenses 2:5).

Los mansos heredan la tierra; los orgullosos venden almas al infierno (Mateo 23:15; 5:5). Un prosélito es un convertido a una causa. Los fariseos se dedicaban a ganar a otros para su sistema legalista, sin embargo, no podían traer a esas personas al Dios viviente. En lugar de salvar almas, los fariseos las condenaban.

Decir “hijo del infierno” equivalía a decir *hijo del diablo*, que es lo que Jesús llamó a los fariseos (Juan 8:44; Mateo 12:34; 23:33). Un hijo del diablo es la persona que rechaza el camino divino de salvación (justicia por medio de la fe en Cristo). Esta persona hace gala de su propia justicia mediante cualquiera que sea el sistema religioso a que pertenece. El

convertido generalmente muestra más celo que su líder y esta doble devoción sólo produce doble condenación. ¡Qué trágico que la gente pueda pensar que está yendo al cielo, cuando en realidad está yendo al infierno!

Hambre de justicia; codicioso por el lucro (Mateo 23:16–22; 5:6). “Guías ciegos” es una descripción perfecta y que debe haber hecho sonreír a los oyentes. Jesús la había usado antes (Mateo 15:14). Los fariseos estaban ciegos a los verdaderos valores de la vida. Habían confundido las prioridades. Hacían algún juramento y usaban algún objeto sagrado para substanciarlo: el oro del templo, por ejemplo, o la ofrenda sobre el altar. Pero no juraban por el mismo templo, ni por el altar. Era el templo lo que santificaba al oro y el altar santificaba al sacrificio. Dejaban a Dios fuera de sus prioridades.

Jesús sabía que los fariseos querían tanto el oro y las ofrendas que se presentaban en el altar. Por eso practicaban el *corbán*; es decir, lo que se dedicó a Dios no se podía usar para ayudar a otros (Marcos 7:10–13; Mateo 15:1-9). No buscaban la justicia de Dios; codiciaban la ganancia material. Elaboraron un sistema religioso que les permitía robarle a Dios y a otros y todavía mantener su reputación.

Alcanzar misericordia; rechazar la misericordia (Mateo 23:23,24; 5:7). Los fariseos enfatizaban las minucias. Tenían reglas para cada minuciosidad de la vida, mientras que al mismo tiempo se olvidaban de las cosas importantes. Generalmente los legalistas son quisquillosos por los detalles, pero ciegos a los grandes principios. Este grupo no tuvo el menor escrúpulo para condenar a un hombre inocente, sin embargo no quisieron entrar en el palacio de Pilato para no contaminarse (Juan 18:28).

No hay duda que la ley del Antiguo Testamento exigía el diezmo (Levítico 27:30; Deuteronomio 14:22ss). Abraham

lo había practicado mucho antes de que la ley fuera dada (Génesis 14:20) y Jacob siguió el ejemplo de su abuelo (Génesis 28:20–22). Los principios de la ofrenda cristiana bajo la gracia se dan en 2 Corintios 8—9. No nos contentamos con dar sólo el diezmo (el 10%), sino que también queremos traer al Señor ofrendas con corazones llenos de amor.

La justicia, la misericordia y la fidelidad son las cualidades importantes que Dios busca. Obedecer las reglas no es sustituto. Aun cuando es bueno prestar atención a los detalles, nunca debemos perder el sentido de prioridades en las cuestiones espirituales. Jesús no condenó la práctica del diezmo, sino que condenó a los que permitían que sus escrúpulos legalistas les impidieran desarrollar un verdadero carácter cristiano.

Puros de corazón; corazón corrupto (Mateo 23:25-28; 5:8). Jesús usó dos ilustraciones: el vaso y el plato, y el sepulcro. Ambas indican la misma verdad: es posible estar limpio por fuera y al mismo tiempo contaminado por dentro. Imagínate, usar platos contaminados. Cualquier cosa que pongas en el plato o en el vaso quedará contaminado. Los fariseos se cuidaban de mantener muy limpio lo exterior, porque era la parte que los hombres veían; y querían la alabanza de los hombres. Pero Dios ve el corazón (1 Samuel 16:7). Cuando Dios veía dentro, veía robo e injusticia (v.25).

Los judíos se cuidaban de no tocar cadáveres ni nada relacionado con un muerto, porque esto los dejaría ceremonialmente inmundos (Números 19:11ss). Blanqueaban las tumbas para que nadie se contaminara accidentalmente y esto lo hacían especialmente en la temporada de la Pascua. Qué cuadro más gráfico de un hipócrita: blanco por fuera, pero lleno de podredumbre y muerte por dentro.

“Bienaventurados los de limpio corazón” fue la promesa de nuestro Señor. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23). Dwight L. Moody solía decir: “Si cuido de mi carácter, mi reputación se cuidará de si misma”. Los fariseos vivían por la reputación, no por el carácter.

Los pacificadores y los perseguidos son hijos de Dios; los perseguidores son hijos del diablo (Mateo 23:29-33; 5:9-12). Cuando Jesús llamó “¡Serpientes, generación de víboras!” a los fariseos, los estaba identificando con Satanás quien es la serpiente (Génesis 3:1ss). En su parábola de la cizaña Jesús dijo claramente que *Satanás tenía una familia* (Mateo 13:38). Es homicida y mentiroso (Juan 8:44) y sus hijos siguen su ejemplo. Los fariseos eran mentirosos (v.30) y homicidas (v.34).

Era tradicional que los fariseos levantaran, mejoraran y embellecieran las tumbas de los mártires. Pero fueron sus padres los que los mataron. Por supuesto, no se trataba de padres biológicos, sino padres espirituales; es decir, los hipócritas de edades pasadas.

Siempre han habido creyentes falsos en el mundo, empezando desde Caín (Génesis 4:1-15; 1 Juan 3:10-15). Los fariseos y los de su calaña son culpables de la sangre de los justos derramada a nombre de la religión. El primer mártir que se menciona en el Antiguo Testamento fue Abel (Génesis 4) y el último que se señala fue el profeta Zacarías (2 Crónicas 24:20-22; la Biblia hebrea concluye con 2 Crónicas, no con Malaquías).

¿Cuál sería el resultado de esta larga historia de homicidios? Terrible juicio. Esta generación (la “generación de víboras”; v.33) recibiría la ira de Dios cuando la copa de iniquidad se llenara (v.32; Génesis 15:16). Una parte de

este juicio ocurrió cuando Jerusalén fue destruida y el resto se cumplirá en la eternidad.

Al repasar estos trágicos *ayes* de los labios de nuestro Señor podemos ver por qué los fariseos eran sus enemigos. Jesús hacía hincapié en el hombre interior; ellos se preocupaban por las cosas externas. El enseñaba la vida espiritual basada en principios, en tanto que los fariseos se especializaban en reglas y regulaciones. Jesús medía la espiritualidad en términos de carácter, mientras que los fariseos la medía en términos de actividades religiosas y conformidad a leyes externas. Jesús enseñaba humildad y servicio sacrificial; pero ellos eran arrogantes y usaban a la gente para conseguir sus propios propósitos. La vida santa de Jesús exponía la piedad artificial de ellos y su religión superficial. En lugar de salir de las tinieblas, los fariseos trataron de apagar la luz; y fracasaron.

Lamento sobre Jerusalén (Mateo 23:37–39)

Jesús pronunció estas palabras de lamento como una sincera expresión de su amor por Jerusalén y su aflicción por las muchas oportunidades para salvación que habían dejado escapar. Aquí *Jerusalén* se refiere a toda la nación de Israel. Los líderes de la nación habían sido culpables de crímenes repetidos al rechazar a los mensajeros de Dios, e incluso los habían matado a algunos. Pero en su gracia, Jesús vino para reunir al pueblo y salvarlos.

“¡Cuántas veces quise...y no quisiste!” resume la tragedia del rechazo final de la verdad. Aquí no se discute la soberanía divina o la responsabilidad humana, por cuanto ambas están incluidas. Dios no puede imponer su salvación sobre la gente; ni tampoco puede cambiar las consecuencias de su rechazo obstinado. “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

La imagen de la gallina juntando y cubriendo a sus polluelos es familiar. Moisés la usó en su sermón de despedida (Deuteronomio 32:11) y se la halla en otros lugares del Antiguo Testamento (Rut 2:12; Salmo 17:8; 36:7; 91:4). Es un cuadro de amor, tierno cuidado, e incluso una disposición de morir para proteger a otros. Jesús murió por los pecados del mundo, incluyendo a la nación de Israel, pero “los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

“Vuestra casa” posiblemente quiere decir tanto el templo como la ciudad, los cuales los ejércitos romanos invasores destruirían en el año 70 d. de C. El templo era “mi casa” en Mateo 21:13, pero ahora queda abandonado y vacío. Jesús salió del templo y de la ciudad y se fue al monte de los Olivos (Mateo 24:1-3).

Sin embargo, Jesús dejó a la nación con una promesa: un día volverá, la nación le verá y dirá: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Esta es una cita del Salmo 118:26, aquel gran salmo mesiánico que fue citado tantas veces en la última semana del ministerio terrenal del Señor Jesús. La multitud había usado esas palabras el domingo de ramos (Mateo 21:9).

¿Cuándo se cumplirá esta promesa? Al fin del mundo, cuando Jesucristo vuelva a la tierra para librar a Israel y derrotar a sus enemigos (Romanos 11:25-27; Zacarías 12). El hecho de que Israel rechazó al Rey no interrumpiría el gran plan divino de redención. En lugar de establecer su glorioso reino en la tierra, Jesús establecería su Iglesia (Mateo 16:18; Efesios 2:11,12). Cuando esa obra esté terminada, él volverá y llevará a su Iglesia al cielo (1 Tesalonicenses 4:13-18). Entonces habrá un tiempo de juicio en la tierra (el día del Señor, el tiempo de tribulación de Jacob), al final del cual él regresará para libertar a Israel.

No podemos leer esta severa denuncia sin maravillarnos de la paciencia y bondad del Señor. Ninguna nación ha sido bendecida como Israel, sin embargo, ninguna nación ha pecado tanto contra la bondad de Dios como Israel. Ha sido el canal de bendición de Dios al mundo, por cuanto “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Sin embargo, han sufrido grandemente en este mundo.

Jesús nació judío y amaba a su nación. Nosotros, los gentiles, debemos agradecer a Dios por los judíos, porque nos dieron el testimonio del Dios verdadero, nos dieron la Biblia y nos dieron a Jesucristo el Salvador. Como Jesús, debemos amar a los judíos, tratar de ganarles para Cristo, orar por la paz de Jerusalén y animarles de toda manera que podamos.

El Retorno del Rey – 1

Mateo 24:1-44

El discurso del monte de los Olivos surgió debido a algunas preguntas que los discípulos hicieron cuando Jesús les dijo que el templo sería destruido un día. Primero, ellos querían saber cuándo. Mateo no registra esta respuesta, pero se halla en Lucas 21:20–24. En segundo lugar, preguntaron sobre la señal del retorno de Cristo. Esta respuesta se halla en Mateo 24:29–44. En su pregunta final, inquirieron respecto a la señal del fin del mundo. La respuesta que dio Cristo se halla en Mateo 24:4–28.

Debemos tener presente que el contexto de este discurso es judío. Jesús habló acerca de Judea (v.16), del día Sábado (v.20) y de las profecías de Daniel tocantes al pueblo judío (v.15). La plena verdad respecto al rapto de la Iglesia (1 Tesalonicenses 4:13–18; 1 Corintios 15:51ss) todavía no había sido revelada, porque era un misterio (Efesios 3:1–12).

Mateo 24:1–44 indica que nuestro Señor hablaba de sucesos que ocurrirán en la tierra durante el tiempo de la Tribulación. (Ve v.8, en donde *dolores de parto* es un

símbolo de la Tribulación; y ve también vv.21,29.) Después de sacar súbitamente la Iglesia del mundo, habrá un período de paz y seguridad (1 Tesalonicenses 5:1-4), seguido de un tiempo de terrible sufrimiento. Muchos eruditos bíblicos creen que este período durará siete años (Daniel 9:24-27). Es este período de tribulación el que Jesús describió en el discurso del monte de los Olivos. Al final de ese período Jesús regresará a la tierra, derrotará a sus enemigos y establecerá el reino prometido.

En esta sección Jesús explicó tres diferentes períodos durante el tiempo de la Tribulación.

El Principio de la Tribulación (Mateo 24:4-14)

Los sucesos que se describen en esta sección son “principio de dolores” de parto (v.8). El cuadro de una mujer dando a luz es una ilustración de la Tribulación (1 Tesalonicenses 5:5; Isaías 13:6-11). Consideremos algunos acontecimientos significativos que ocurrirán al principio de este período.

Engaño religioso (Mateo 24:4,5). A menudo los judíos se habían dejado descarriar por falsos profetas y falsos cristos. El jinete del caballo blanco en Apocalipsis 6:1,2 es el Anticristo, aquel final dictador mundial que hará que las naciones se descarrién. Empezará su carrera como pacificador, firmando un pacto con Israel para protegerla de sus enemigos (Daniel 9:27). Israel recibirá a este hombre con los brazos abiertos como gran benefactor (Juan 5:43).

Guerras (Mateo 24:6). Fíjate en que las guerras no son la señal del fin. Siempre ha habido guerras en el mundo y las habrá hasta el mismo fin. Las guerras por sí mismas no anuncian el fin del mundo ni la venida del Señor.

Hambres (Mateo 24:7a). La guerra y el hambre por lo general marchan juntas. Apocalipsis 6:6 sugiere precios

exagerados para los víveres básicos, porque un denario era la paga de un día.

Muerte (Mateo 24:7b,8). Los terremotos contribuyen al hambre y ambas cosas producen epidemias que cobran muchas vidas.

Mártires (Mateo 24:9). El mundo siempre ha aborrecido a los creyentes, pero aquí vemos una aceleración de las persecuciones y asesinatos. Todas las naciones participarán. Esta no fue, por cierto, la historia de la iglesia primitiva.

Caos mundial (Mateo 24:10–13). Los que una vez fueron leales unos a otros, se traicionarán mutuamente. Esto sugiere que los matrimonios, los hogares y las naciones se destrozarán por la falta de lealtad. El quebrantamiento de las leyes abundará (v.12), porque incluso las agencias de la ley no podrán conservar la paz.

El versículo 13 no tiene nada que ver con la salvación personal en esta edad presente de la gracia. *El fin* no significa el fin de esta vida; se refiere al fin de la época (v.14). Los creyentes que estén en la tierra durante este terrible período, que perseveren en su fe, serán salvos cuando el Señor venga al fin del período para librarlos.

Predicación por todo el mundo (Mateo 24:14). Apocalipsis 7:1–8 enseña que Dios escogerá y sellará a 144.000 evangelistas judíos que llevarán por toda la tierra el mensaje del reino. Este versículo no enseña que el evangelio de la gracia de Dios debe esparcirse por toda nación antes que Jesús pueda volver por su Iglesia. Lo que se considera aquí es el retorno del Señor *al final del mundo*.

La Mitad de la Tribulación (Mateo 24:15–22)

El punto, en la mitad del período de la Tribulación, es de suma importancia, porque en ese tiempo ocurrirá un suceso

que fue profetizado hace siglos por Daniel (Daniel 9:24–27). Por favor, fíjate en que esta profecía tiene que ver solo con los judíos y la ciudad de Jerusalén (“tu pueblo... tu santa ciudad”, v.24). Aplicarla a la Iglesia, o a cualquier otro pueblo o lugar, es interpretar mal la Palabra de Dios.

La profecía tiene que ver con setenta semanas y la palabra hebrea “semana” significa *una semana de años*, o siete años. Setenta sietes equivaldrían a 490 años. Pero este período de 490 años se divide en tres partes:

(1) Durante siete semanas (49 años) la ciudad de Jerusalén será reconstruida y se restablecerá la adoración.

(2) Después de 62 semanas (434 años) el Mesías vendría a Jerusalén y moriría por los pecados del mundo.

(3) El príncipe hará un acuerdo con los judíos por una semana (siete años) para protegerlos de sus enemigos.

El decreto para reedificar Jerusalén fue emitido en el año 445 a. de C, por Ciro (2 Crónicas 36:22,23; Esdras 1). La ciudad fue reconstruida en tiempos de aflicción. Sir Robert Anderson, en su obra clásica *The Coming Prince (El Príncipe que Viene)* (Kregel, 1975) ha demostrado que hubieron exactamente 482 años proféticos (de 360 días cada uno) entre la emisión del decreto y el día en que Jesús entró en Jerusalén como Rey.

Pero tenemos que tomar en cuenta la restante *semana* de siete años. ¿En dónde encaja? Fíjate en que la misma ciudad que fue reconstruida también será destruida por “el pueblo de un príncipe que ha de venir” (Daniel 9:26); es decir, los romanos. (“El príncipe que ha de venir” designa al Anticristo.) Esto tuvo lugar en el año 70 d. de C. Pero la nación judía sería librada y la ciudad volvería a ser restaurada, porque en un tiempo futuro el príncipe que ha de venir (el Anticristo) hará un pacto con los judíos *por siete años*. Aquí es donde encaja la semana que falta.

Acordará protegerlos de sus enemigos y permitirles reconstruir su templo. (Daniel 9:27 habla de la restauración de los sacrificios y esto exige un templo.)

El lugar lógico para este período de siete años es después del raptó de la Iglesia. *El tiempo de la aflicción de Jacob*, es decir, el período de la Tribulación, durará siete años. Segunda Tesalonicenses 2:1–12 indica que el Anticristo no puede revelarse sino cuando *el que lo detiene* haya sido quitado. Ese *que lo detiene* es el Espíritu Santo en la Iglesia. Una vez que la Iglesia esté fuera de este mundo, entonces Satanás puede producir su obra maestra, el Anticristo.

Hará un pacto por siete años, pero después de tres años y medio (“a la mitad de la semana”) romperá el acuerdo. Entonces entrará en el mismo templo judío y se proclamará Dios (2 Tesalonicenses 2:3,4; Apocalipsis 13).

El Anticristo hará que se ponga en el templo una estatua viva de sí mismo y su asociado (el falso profeta, Apocalipsis 20:10) hará que toda la tierra la adore. Satanás siempre ha querido la adoración del mundo y en la mitad de la Tribulación empezará a recibirla (Mateo 4:8–11). Jesús llamó a esta estatua “la abominación desoladora” (v.15; Daniel 9:27).

Un interesante paréntesis ocurre al final de Mateo 24:15, “el que lee, entienda”. Esta declaración indica que lo que Jesús estaba enseñando tendría una significación mucho mayor para las personas que leerían el Evangelio de Mateo en los últimos días. Al leer el profeta Daniel y las palabras de Jesús, estos creyentes comprenderán los sucesos y sabrán qué hacer. Esta es otra evidencia de que el discurso en el monte de los Olivos se aplica a las personas durante el período de la Tribulación.

Los eruditos de la profecía han especulado respecto a por qué el Anticristo romperá su acuerdo con los judíos después

de tres años y medio. Se ha sugerido que en ese punto de tiempo ocurriría la invasión rusa a Israel, profetizada en Ezequiel 38—39. A la verdad Israel estará tranquilo y morando en seguridad, porque estará protegido por el Anticristo (Ezequiel 38:11). En ese tiempo será el gobernante de una alianza de 10 naciones, *los Estados Unidos de Europa* (Apocalipsis 17:12,13). Rusia, por supuesto, será derrotada por completo, no por Israel, sino por el Dios Todopoderoso. Cuando el Anticristo vea que su gran enemigo, Rusia, ha sido derrotada, aprovechará de la oportunidad y entrará en Israel, rompiendo su pacto y apoderándose del templo.

Los lectores de esta profecía en los últimos días sabrán qué hacer: ¡Huir de Judea! Estas instrucciones son similares a las que se dan en Lucas 21:20ss, pero se refieren a un período diferente. Las instrucciones de Lucas se aplican al asedio de Jerusalén en el año 70 d. de C., la señal era la confluencia de los ejércitos alrededor de la ciudad. Las instrucciones de Mateo se aplican a los creyentes judíos a mediados de la Tribulación y la señal es la profanación del templo por la estatua del Anticristo. Los que han confundido estos dos sucesos, han llegado a la creencia de que Jesús regresó en el año 70 d. de C.

Este párrafo completo se relaciona solo a los judíos, porque ningún creyente se preocuparía por quebrantar la ley del sábado. Este acontecimiento da paso a la Gran Tribulación, la última mitad de la septuagésima semana de Daniel, cuando los juicios de Dios caerán sobre la tierra. Durante los primeros tres años y medio de la Tribulación los juicios fueron naturales: guerras, hambre, terremotos, etc. Pero durante la segunda mitad, los juicios serán sobrenaturales y devastadores.

Durante este período Dios cuidará a sus escogidos (v.22), lo que se refiere a los judíos y gentiles que han

creído y se han convertido. Los “escogidos” aquí no se refiere a la Iglesia, puesto que ella habrá sido arrebatada por lo menos tres años y medio antes.

El Fin de la Tribulación (Mateo 24:23–44)

Las condiciones mundiales serán tan terribles que los hombres se preguntarán si hay alguna esperanza de alivio y esto les dará a los falsos cristos la oportunidad para engañar a muchos. Satanás es capaz de realizar “prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:9–12; Apocalipsis 13:13,14). El hecho de que un líder religioso realice milagros no es prueba de que viene de Dios. Muchos judíos serán engañados, porque “los judíos piden señales” (1 Corintios 1:22). Jesús realizó verdaderos prodigios en el nombre de su Padre y la nación le rechazó (Juan 12:37ss). Los milagros de Satanás serán aceptados.

El versículo 27 indica que el retorno de Jesús a la tierra será súbito, como el relámpago. El suceso que precede su venida es la reunión de las naciones gentiles en el Armagedón (Apocalipsis 16:13–16; 19:11ss). Las águilas volando sobre los cadáveres es cuadro de la gran mortandad que resultará de esta gran batalla (Apocalipsis 19:17–19). Los cambios cósmicos mencionados en Mateo 24:29 preceden el retorno de Cristo a la tierra.

No se nos dice cuál será “la señal del Hijo del Hombre en el cielo”, pero la gente de ese tiempo la reconocerá. Cuando Jesús venga por la Iglesia, vendrá en el aire y su pueblo será arrebatado para encontrarle en el aire (1 Tesalonicenses 4:17). Pero la segunda venida de nuestro Señor al final de la Tribulación será un gran suceso público y todo ojo le verá (Apocalipsis 1:7).

Este acontecimiento tendrá significación especial para Israel. Jesús volverá en la hora en que Israel esté a punto

de ser derrotado por los ejércitos gentiles (Zacarías 12). Jesús rescatará a su pueblo y ellos le verán y le reconocerán como su Mesías (Zacarías 12:9–14). Habrá un arrepentimiento nacional, limpiamiento nacional y restauración nacional, bajo el liderazgo misericordioso de su Mesías.

No debemos confundir la trompeta que se menciona en Mateo 24:31 con la “trompeta de Dios” mencionada en 1 Tesalonicenses 4:16. “Sus escogidos” en Mateo 24:31 se refiere a las personas en la tierra, judíos y gentiles, que han confiado en Cristo y han sido salvados. En el Antiguo Testamento las trompetas anunciaban los movimientos del pueblo de Israel (Números 10; Joel 2:1ss). Israel ha estado esparcido por muchos siglos. Los ángeles reunirán a Israel con trompetas, así como lo hacían los sacerdotes en los tiempos del Antiguo Testamento (Levítico 23:23–25).

Los estudiantes de la profecía no concuerdan en todos los detalles respecto a los eventos futuros, pero el resumen que sigue es una representación equitativa de lo que muchos eruditos consideran el orden de los acontecimientos:

1. El arrebatamiento o raptó de la Iglesia (1 Tesalonicenses 4:13–18; 1 Corintios 15:51–58). Esto puede ocurrir en cualquier momento.

2. El líder de las 10 naciones europeas hace un acuerdo de siete años con Israel (Daniel 9:26,27).

3. Después de tres años y medio rompe el acuerdo (Daniel 9:27).

4. Entra en Jerusalén y pone su efigie en el templo (2 Tesalonicenses 2:3,4; Apocalipsis 13).

5. El Anticristo empieza a controlar el mundo y obliga a todos los pueblos a adorarle y obedecerle. En este tiempo Dios envía gran tribulación sobre la tierra (Mateo 24:21).

6. Las naciones se juntan en Armagedón para luchar

contra el Anticristo e Israel, pero ven la señal de la venida de Cristo y se unen para luchar contra él (Zacarías 12; Apocalipsis 13:13,14; 19:11ss).

7. Jesús regresa a la tierra, derrota a sus enemigos, lo reciben los judíos y establece su reino en la tierra (Apocalipsis 19:11ss; Zacarías 12:7—13:1). Reinará en la tierra por 1.000 años (Apocalipsis 20:1–5).

El propósito de la profecía no es divertir a los curiosos, sino animar a los consagrados. Jesús concluyó esta sección de su discurso con tres amonestaciones prácticas, que giran alrededor de tres ilustraciones: una higuera, Noé y un ladrón en la noche. El versículo 36 indica claramente que nadie sabrá ni el día ni la hora de la venida del Señor; pero se puede estar enterado de los eventos y no ser tomado por sorpresa.

La higuera (Mateo 24:32–35). Lucas 21:29 dice: “Mirad la higuera y todos los árboles”. En la Biblia la higuera es a menudo un cuadro de Israel (Lucas 13:6–10; Oseas 9:10); y los otros árboles indican las naciones del mundo. Tal vez nuestro Señor estaba sugiriendo que el creciente nacionalismo sería una de las señales del fin de los tiempos. Los acontecimientos futuros arrojan su sombra por delante. “Cuando estas cosas *comiencen* a suceder” (Lucas 21:28a; cursivas mías) sugiere que no es necesario que la señal esté completa para que sea importante para el pueblo de Dios.

En regiones como Palestina el florecimiento de los árboles indica que el verano está cerca. El principio de estas señales indica que la venida del Señor está cerca. La generación que esté viva en la tierra en este tiempo verá suceder estos acontecimientos. Nuestra generación ve una sombra anticipada de estos eventos. No buscamos las señales en sí; buscamos al Salvador (Filipenses 3:20).

Jesús puede venir por su Iglesia en *cualquier* momento.

Los días de Noé (Mateo 24:36–42). Aquí el énfasis recae sobre el hecho de que la gente no sabía *el día* cuando ocurriría el juicio. Noé y su familia en el arca son un cuadro de la preservación divina milagrosa de Israel durante el horroroso tiempo de la Tribulación. (Enoc es un cuadro de la Iglesia, que es arrebatada antes de la Tribulación; Génesis 5:21–24; Hebreos 11:5; 1 Tesalonicenses 5:1–10; 1:10.)

¿Qué impidió a la gente escuchar el mensaje de Noé y obedecerle? Los intereses comunes de la vida: comer, beber, casarse. Perdieron *lo mejor* por vivir para *lo bueno*. Es peligroso dejarse absorber por las cosas de la vida al punto de olvidarnos que Jesús viene.

El verbo *tomar* en los versículos 39–41 significa *llevado en juicio*. No apliques estos versículos al arrebato de la Iglesia cuando los creyentes son arrebatados para recibir al Señor en el aire. Durante la tribulación habrá una división: Algunos perecerán en juicio (serán tomados), mientras que otros permanecerán para entrar en el reino. El uso de “se los llevó” en el versículo 39 lo aclara.

El ladrón en la noche (Mateo 24:42–44). Jesús usó el ejemplo de Noé para advertir que los hombres no sabrán *el día*, y usó el cuadro del ladrón para advertir que no sabrán *la hora*. Después del rapto de la Iglesia habrá un tiempo de paz y seguridad en la tierra (1 Tesalonicenses 5:1ss). Después los juicios divinos caerán repentinamente (2 Pedro 3:10ss).

Las personas que estén vivas en la tierra durante la Tribulación podrán, basándose en las Escrituras, discernir la dirección en que están moviendo los sucesos; pero no podrán calcular ni el día ni la hora exacta del retorno de Cristo. Añádase a esto el hecho de que los días serán “acortados por causa de los escogidos” (Mateo 24:22).

Esto tal vez significa menos días de tribulación, o tal vez menos horas para que la gente sufra un poco menos (Apocalipsis 8:12).

Cuando combinamos las exhortaciones que hallamos en estos tres cuadros, concluimos con “¡Sabes que él está cerca! ¡Por consiguiente, vigila. ¡Alístate!” Los creyentes que estén vivos durante ese período de la historia ciertamente hallarán gran consolación en las promesas de la Palabra de Dios.

Aun cuando la interpretación de esta sección se relaciona a Israel durante la Tribulación, podemos aplicar la Palabra a nuestro propio corazón. No sabemos cuando volverá nuestro Señor por su Iglesia. Por consiguiente, debemos estar alertas, vigilantes y fieles. Jesús trató de esto en detalle en la próxima sección de su discurso en el monte de los Olivos (Mateo 24:45—25:30).

Cuán agradecidos debemos estar de que Dios no nos ha destinado a la ira, sino para alcanzar salvación cuando Jesucristo aparezca. Nos ha salvado de la ira que vendrá (1 Tesalonicenses 1:10; 5:9,10). Como pueblo de Dios ciertamente sufriremos tribulación (Juan 16:33; Hechos 14:22), pero no la Tribulación.

El Retorno del Rey – 2

Mateo 24:45—25:46

Vimos que la primera sección del discurso en el monte de los Olivos era definitivamente judía. Una lectura cuidadosa de esta sección indica que la escena ha cambiada. Jesús había estado describiendo los eventos y señales del período de la Tribulación y había mencionado un juicio tras otro, culminando con su regreso a la tierra. Pero en esta sección, el énfasis está en que el Señor retarda su venida (Mateo 24:48; 25:5,19).

Parece razonable asignar Mateo 24:45—25:30 a nuestra edad presente de la Iglesia, durante cuyo tiempo parece que el Señor tarda en venir (2 Pedro 3). La sección final (Mateo 25:31—46) describe el juicio que el Señor ejecutará cuando regrese a la tierra. En general las enseñanzas del discurso en el monte de los Olivos se relacionan a los judíos (Mateo 24:4—44), a la Iglesia (Mateo 24:45—25:30) y a las naciones gentiles (Mateo 25:31—46). Esto corresponde a la división triple de la humanidad mencionada por Pablo en 1 Corintios 10:32. Ya hemos estudiado en detalle la venida de nuestro Señor en lo que toca a Israel, así que ahora veámosla en las dos relaciones restantes.

La Venida de Cristo y la Iglesia (Mateo 24:45—25:30)

No debe sorprendernos que nuestro Señor de repente deje de hablar de su venida en lo que se relaciona a Israel y empiece a hablar en lo que se relaciona a la Iglesia. En las Escrituras no es raro que uno que está hablando, o escribiendo, cambie el énfasis a media frase. Por ejemplo, en Isaías 9:6 la edad entera de la Iglesia está representada en el tiempo que transcurre entre la palabra “dado” y las palabras “y el principado”. Un período similar se ve en Isaías 61:2, en donde la edad de la Iglesia ocurre entre “el año de la buena voluntad” y “el día de la venganza”.

En la sección dedicada a Israel, Jesús describió primordialmente los sucesos externos del período. En esta sección dedicada a la Iglesia describió actitudes internas. Aun cuando todo el que ha confiado en Jesucristo como Salvador va al cielo (Juan 3:16–18; 17:24), no todo creyente está listo para encontrarse con el Señor.

Cuando Jesucristo vuelve y lleve a su Iglesia al cielo, se sentará en su trono de juicio y juzgará a su pueblo (Romanos 14:10–12; 2 Corintios 5:8–11). No juzgará nuestros pecados, porque éstos ya fueron juzgados en la cruz (Romanos 8:1-4), pero juzgará nuestras obras y dará recompensas a los que se las han ganado (1 Corintios 3:9-15). Estas parábolas sugieren que Jesús juzgará a tres grupos diferentes de creyentes.

Siervos obedientes y desobedientes (Mateo 24:45–51). Al pueblo de Dios en la tierra se le llama familia (Gálatas 6:10; Efesios 2:19). Dios ha puesto siervos sobre cada familia para alimentarla. Esto nos sugiere la familia de la iglesia local con sus líderes espirituales. El propósito del liderazgo espiritual es que los líderes alimenten al pueblo, no que el pueblo alimente a los líderes. El apóstol Pedro captó esta verdad y la recalcó en su primera carta (1 Pedro 5:1–4).

Es asunto serio ser pastor u otro oficial en una iglesia local. Debemos tener cuidado de que nuestros motivos sean justos y que sirvamos a Cristo y a su pueblo en amor. Tanto en palabra como en obra debemos guiar a la familia en el camino derecho (Hebreos 13:7,8). Los miembros de la familia deben someterse al liderazgo espiritual, porque un día tanto el pueblo como sus líderes se verán ante el tribunal de Cristo (Hebreos 13:17).

La tarea del siervo no es ser popular, sino obediente. Debe dar de comer a la familia el alimento que necesita y cuando lo necesita. Debe sacar de su almacén espiritual cosas viejas y nuevas (Mateo 13:52). Algunos de los que enseñan la Biblia, por buscar cosas nuevas y emocionantes, se olvidan de la nutrición de las viejas verdades de la Palabra. Otros pastores, en cambio, se dedican tanto a lo antiguo que no descubren nuevas nociones y nuevas aplicaciones de las viejas verdades. De lo viejo brota lo nuevo y lo nuevo da mucho mayor significado a lo viejo.

Cuando el Señor venga, el líder espiritual que cumple su ministerio con obediencia a Dios, recibirá recompensa. Pero si no está haciéndolo, será tratado con rigor. El versículo 51 de Mateo 24 dice: “Y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas”. (Incluso en esos días de gobiernos despóticos, era inconcebible que un amo destrozara a su siervo.) El cuadro entero es de dolor y pérdida. Esto no sugiere medidas punitivas en el tribunal de Cristo, porque tendremos cuerpos glorificados; pero sí, sugiere pérdida de recompensa y pérdida de oportunidad.

Jesús no amplió la verdad aquí, pero por otras porciones bíblicas aprendemos que una recompensa por el servicio obediente será ministrar en el reino que él establecerá en la tierra (Lucas 19:11ss). La recompensa por el servicio

obediente es capacidad para mayor servicio. No tener un lugar de ministerio en su reino, para mi, sería una pérdida tremenda.

¿Qué causó la caída de este siervo? *Algo malo pasó en su corazón*: Dejó de esperar la venida de su Señor (Mateo 24:48). Vivía como los mundanos y maltrataba a sus consiervos. Cuando los siervos del Señor no pueden trabajar juntos, con frecuencia se debe a que alguien se ha olvidado de que el Señor vendrá. El velar su venida y anhelarla nos motivará a ser fieles y cariñosos (1 Juan 2:28; 1 Tesalonicenses 2:19,20).

Testigos sabios e insensatos (Mateo 25:1–13). En esos días una boda tenía dos partes. Primero el novio y sus amigos iban de la casa de él a la casa de la novia para pedirla de sus padres. Entonces el novio y la novia regresaban a la casa del novio para la fiesta de bodas. La sugerencia aquí es que el novio ya había pedido a la novia y se hallaba regresando a su casa. Sin embargo, no debemos enfatizar demasiado la imagen de la Iglesia como esposa, porque la mayor parte de esta verdad no fue revelada sino hasta el ministerio de Pablo (Efesios 5:22ss).

Por 2.000 años la Iglesia ha sabido que Jesús viene otra vez, sin embargo, muchos creyentes están aletargados y soñolientos. Ya no están emocionados por la inminente venida del Señor. Como resultado, se da muy poco testimonio eficaz de que el Señor viene otra vez.

El aceite para las lámparas nos recuerda el aceite especial que se usaba en los servicios en el tabernáculo (Exodo 27:20,21). Mayormente el aceite es símbolo del Espíritu de Dios, pero me pregunto si acaso este aceite en particular pueda ser también un símbolo de la Palabra de Dios. La Iglesia debería resplandecer “como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida” (Filipenses 2:12–16).

Necesitamos guardar la palabra de su paciencia (Apocalipsis 3:10) y testificar con perseverancia del retorno de Jesucristo.

Cuando el novio y la novia aparecieron, la mitad de las vírgenes no pudieron encender sus lámparas porque no tenían aceite. “Nuestras lámparas se apagan”, dijeron. Las que tenían aceite pudieron encender sus lámparas y mantenerlas brillando. Estas entraron a la fiesta de bodas y no las insensatas que no tenían aceite. Esto sugiere que no todo el que profesa ser creyente entrará en el cielo, porque algunos en realidad nunca han confiado en Jesucristo. Sin el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios, no puede haber verdadera salvación.

Jesús concluyó esta parábola con la advertencia que ya había dicho antes: “Velad” (Mateo 24:42; 25:13). Esto no quiere decir pararse en la cumbre de una montaña para escudriñar el firmamento (Hechos 1:9–11). Quiere decir permanecer despiertos y alertas (Mateo 26:38–41).

Siervos útiles e inútiles (Mateo 25:14–30). No se debe confundir esta parábola con la parábola de las minas (Lucas 19:11–27), aunque las dos tienen detalles similares. Por favor, fíjate que a cada siervo en esta parábola se le dio unos talentos conforme a su capacidad (un talento equivalía como a 20 años de salario). El que tenía mucha capacidad recibió cinco talentos; el que tenía capacidad promedio recibió dos y el que tenía capacidad mínima recibió un talento.

Los talentos representan oportunidades para usar nuestras capacidades. Si a la persona con capacidad mínima se le hubieran dado los cinco talentos, la tremenda responsabilidad lo hubiera destruido. Pero si al hombre de gran capacidad se le hubiera dado solo un talento, se hubiera sentido degradado y denigrado. Dios asigna el

trabajo y la oportunidad conforme a la capacidad. Vivimos en un período entre los versículos 18 y 19. Se nos ha asignado ministerios conforme a las capacidades y dones que Dios nos ha dado. Es nuestro privilegio servir al Señor y multiplicar sus bienes.

Los tres siervos caen en dos categorías: fieles e infieles. Los siervos fieles tomaron sus talentos y los pusieron a trabajar para su Señor. El siervo infiel escondió su talento en la tierra. En lugar de usar sus oportunidades, las enterró. No se propuso hacer el mal; pero al no hacer nada, estaba pecando y robándole a su Señor el servicio y la ganancia.

Los dos hombres que pusieron su dinero a trabajar recibieron el mismo elogio (vv.21,23). La diferencia no estuvo en la *porción* sino en la *proporción*. Empezaron como siervos, pero su Señor los promovió a gobernantes. Fueron fieles en lo poco, así que el Señor les confió mucho. Trabajaron y se esforzaron y ahora entraron en el gozo. Su fidelidad les dio a cada uno la capacidad de mayor servicio y responsabilidad.

El tercer siervo fue infiel y por consiguiente no recibió recompensa. Debido a que temía fracasar, nunca procuró triunfar. Temía la vida y sus responsabilidades. Esto lo paralizó con ansiedad, así enterró su talento para protegerlo. Lo menos que podía haber hecho era depositarlo en el banco para que ganara algo de interés. En eso no había riesgo alguno.

Lo que no usamos para el Señor, hay riesgo de perder. El amo reprendió al siervo infiel e inútil y luego le quitó el talento. El hombre que tenía más talentos recibió el talento adicional.

Algunos opinan que el siervo inútil no era un verdadero creyente, pero me parece que sí, era un siervo verdadero, aun cuando demostró ser inútil. Las “tinieblas de afuera”

mencionadas en el versículo 30 no necesariamente se refieren al infierno, aun cuando a menudo ese es el caso en los Evangelios (Mateo 8:12; 22:13). Es peligroso establecer teología basándonos en las parábolas, porque las parábolas ilustran la verdad de manera vívida. El Señor castigó al hombre, éste perdió su oportunidad para el servicio y no recibió ni elogio ni recompensa. Para mí, esto es tinieblas de afuera.

Es posible que el que recibió un talento pensara que su talento no era realmente importante. No tenía cinco, ni siquiera dos talentos. ¿Por qué preocuparse por uno solo? *Porque el Señor lo había nombrado mayordomo.* Si no fuera por las personas de un talento en el mundo, poco se lograría. Su talento podía haber ganado otro y traído gloria a su Señor.

Estas tres parábolas nos animan a amar su venida, velarla y trabajar fielmente hasta que él venga. Debemos estar vigilando, testificando y trabajando. Tal vez no alcancemos éxito a ojos de los hombres y tal vez nada de popularidad. Pero si somos fieles y útiles, recibiremos nuestra recompensa.

La Venida de Cristo y las Naciones Gentiles (Mateo 25:31–46)

Esta sección nos explica cómo juzgará Jesucristo a las naciones gentiles. La palabra “naciones” en el versículo 32 quiere decir *gentiles* y en el griego es de género neutro. La frase “apartará los unos de los otros” es masculino. Esto quiere decir que las naciones serán reunidas delante de Jesucristo, pero él les juzgará como *a individuos*. No habrá juicio de grupos (Alemania, Italia, Japón, etc.) sino de individuos dentro de esas naciones.

No debemos confundir este juicio con el juicio ante el Gran Trono Blanco descrito en Apocalipsis 20:11–15.

Algunos estudiosos combinan los dos pasajes y llaman a esto un juicio general. La Biblia no admite nada de un juicio general. Este juicio toma lugar en la tierra inmediatamente después de la batalla del Armagedón. El juicio ante el Gran Trono Blanco acontecerá en algún lugar en el espacio (“huyeron la tierra y el cielo”, Apocalipsis 20:11). El juicio que se menciona en Mateo 25 tiene lugar *antes* de que el reino sea establecido en la tierra, porque a los salvos es dado heredar el reino (v.34). El juicio ante el Gran Trono Blanco tendrá lugar *después* del reinado de 1.000 años de Cristo (Apocalipsis 20:7ss).

Hay otro error que se debe evitar. No debemos forzar este pasaje para que enseñe salvación por buenas obras. Una lectura superficial daría la impresión de que ayudar al prójimo es suficiente para ganarse la salvación e ir al cielo. Pero este no es el mensaje de este pasaje. Nadie, en ningún momento de la historia del mundo, jamás fue salvo por buenas obras.

Los santos del Antiguo Testamento fueron salvos por fe (Hebreos 11); los santos del Nuevo Testamento fueron salvos por fe en Jesucristo (Efesios 2:8–10). La gente de hoy se salva de la misma manera. Un evangelio de *haz lo bueno* no es un mensaje bíblico. Es apropiado que los creyentes hagan el bien (Hebreos 13:16; Gálatas 6:10), pero tal no es la manera en que los incrédulos pueden ser salvos.

Nos ayudará a resolver este problema si tenemos presente a los tres grupos que se mencionan en el relato: ovejas, cabritos y hermanos. ¿Quiénes son aquellos a quienes el Rey se atreve a llamarlos mis hermanos? Parece que son los judíos creyentes del tiempo de la Tribulación. Son los que oirán el mensaje de los 144.000 y confiarán en Jesucristo. Puesto que estos judíos creyentes no recibirán la marca de la bestia (Apocalipsis 13:16,17), no

podrán comprar ni vender. ¿Cómo, entonces, podrán sobrevivir? Mediante el cuidado amoroso de los gentiles que han confiado en Cristo y cuidan de sus hermanos.

Lo interesante en cuanto a este juicio es que las *ovejas* individuales se sorprenden por lo que oyen. No recordarán haber visto al Señor Jesucristo o haber ministrado a sus necesidades. Pero al ministrar con amor a los judíos creyentes, ministraban a Cristo. Su motivación no era la recompensa, sino el amor sacrificador. Es más, estos gentiles tomaron sus propias vidas en sus manos cuando recibieron a los judíos destituidos y los cuidaron. “El que a vosotros recibe, a mí me recibe”, dijo Jesús a sus discípulos (Mateo 10:40); y de seguro esto se aplicaría a sus hermanos.

Los individuos designados como *cabritos* fueron juzgados porque no confiaron en Jesucristo ni dieron evidencia de esa fe al cuidar de sus hermanos. Al parecer recibieron la marca de la bestia y se cuidaron a sí mismos y a los suyos, pero no tuvieron tiempo para el remanente judío que sufría en la tierra (Apocalipsis 12:17). Hay pecados de omisión tanto como pecados de comisión (Santiago 4:17). No hacer el bien es el equivalente moral de hacer el mal.

Al comparar las dos sentencias judiciales (Mateo 25:34,41) descubrimos algunas verdades interesantes. Para empezar, las ovejas eran benditas del Padre; pero no dice que los cabritos hayan sido malditas del Padre. Las ovejas *heredan* el reino y la herencia se basa en el nacimiento. Debido a que han nacido de nuevo por fe, heredan el reino.

Este reino fue preparado para los salvos, pero el versículo 41 no indica que el fuego eterno haya sido preparado para los cabritos. Fue preparado para el diablo y sus ángeles (Apocalipsis 20:10). Dios nunca preparó el infierno para la

gente. No hay ninguna evidencia en las Escrituras que Dios predestina a los hombres al infierno. Si los pecadores escuchan a Satanás y siguen sus caminos, acabarán donde él acaba: en los tormentos del infierno. Hay solo dos destinos eternos: el castigo eterno para los que rechazan a Cristo o la vida eterna para los que confían en él.

Las ovejas serán introducidas al reino para participar de la gloria de Cristo. La Iglesia estará reinando con Cristo, e Israel disfrutará del cumplimiento de las promesas hechas por medio de los profetas. Toda la creación participará en la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Romanos 8:19–21). Jesucristo reinará desde el trono de David en Jerusalén (Lucas 1:30–33) y la paz reinará por 1.000 años (Isaías 11).

Al mirar en retrospectiva al discurso del monte de los Olivos, debemos repasar varios hechos. Primero, Dios no ha terminado sus tratos con el pueblo de Israel. Jesús dijo claramente en este sermón que Israel será purificado y traído a la fe en el Mesías. Dios no ha desechado a su pueblo (Romanos 11:1ss).

Segundo, las promesas del Antiguo Testamento tocantes al reino, se cumplirán. El período de la Tribulación será muy difícil para la gente en la tierra. Pero será *dolores de parto* en preparación para el nacimiento del reino. El sufrimiento conducirá a la gloria.

Tercero, Dios va a juzgar a este mundo. No envía hoy juicio desastroso porque es un día de gracia, en el cual su mensaje es: “Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:14ss). Los cielos guardan silencio porque los pecados del hombre ya han sido juzgados en la cruz. Dios ha hablado de una vez por todas mediante el Hijo y no hablará a esta tierra de nuevo sino cuando envíe sus juicios durante la tribulación.

Cuarto, nosotros como creyentes y miembros de su Iglesia no buscamos señales. “Los judíos piden señales” (1 Corintios 1:22). No habrá señales antes del súbito retorno de Cristo en el aire por su Iglesia. Sin embargo, al ver que algunas de estas señales de la tribulación están *empezando* (“Cuando estas cosas *comiencen* a suceder” Lucas 21:28), pensamos que el fin no está lejos. Parece que las tensiones y problemas internacionales están incrementándose al punto en que el mundo clamará por un dictador y Satanás ya tendrá listo su candidato.

Finalmente, sin que importe cuál perspectiva de la profecía adoptemos, sabemos que Jesús viene otra vez. Como creyentes debemos estar alertas y listos. No debemos desperdiciar las oportunidades. Tal vez no tengamos gran capacidad o muchos dones, pero siempre podemos ser fieles al llamamiento que él nos ha dado.

La Preparación del Rey

Mateo 26:1-56

Los acontecimientos ahora se mueven hacia el punto culminante. El Rey se preparaba para sufrir y morir. Esta preparación tiene tres etapas, en tres lugares diferentes. Al examinar estas etapas podemos ver el creciente conflicto entre Cristo y el enemigo.

En Betania: Adoración (Mateo 26:1-16)

Mateo no declara que su relato de los acontecimientos de la última semana está en orden cronológico. En este punto inserta un vistazo en retrospectiva para describir el banquete en Betania y el hermoso acto de adoración que María realizó. Los líderes religiosos se reunieron para tramar contra Jesús, pero sus amigos se reunían para mostrarle su amor y devoción. Asimismo, al unir estos dos relatos, Mateo mostró la conexión entre la adoración de María y la traición de Judas. Fue después de la comida en Betania que Judas fue a ver a los sacerdotes y los ofreció su ayuda (Marcos 14:10,11). El reproche del Señor atizó la respuesta de Judas.

La fiesta en Betania tuvo lugar “seis días antes de la pascua” (Juan 12:1), en casa de Simón el leproso. Al parecer el Señor Jesús lo había sanado. Había por lo menos 17 personas en aquella cena: Simón, María, Marta, Lázaro, Jesús y los doce apóstoles. Fiel a su carácter de ser la *hacedora* de la familia, Marta se dedicó a servir (Lucas 10:38–42). Las tres personas clave en este suceso son María, Judas y Jesús.

María (Mateo 26:7). Sólo Juan identifica a esta mujer como María, hermana de Marta y Lázaro. Se la halla sólo tres veces en los Evangelios, en cada caso está a los pies de Jesús. Se sentó a los pies de Jesús para escuchar la Palabra (Lucas 10:38–42); se prostró a sus pies después de la muerte de Lázaro (Juan 11:28–32) y le adoró a sus pies cuando lo ungió con el ungüento (Juan 12:1 ss). María era una mujer profundamente espiritual. Encontró su bendición a los pies del Maestro, trajo a sus pies sus cargas y le dio a sus pies lo mejor.

Cuando combinamos los relatos de los Evangelios vemos que ella ungió la cabeza y los pies del Señor y le enjugó los pies con sus cabellos. El cabello de una mujer es su gloria (1 Corintios 11:15). Ella le rindió al Señor su gloria y le adoró con el precioso obsequio que trajo. Fue un acto de amor y devoción que llenó de fragancia toda la casa.

Debido a que había escuchado sus palabras, María sabía que Jesús pronto moriría y sería sepultado. También sabía que su cuerpo no necesitaría el cuidado tradicional que se daba a los muertos porque su cuerpo no vería corrupción (Salmo 16:10; Hechos 2:22–28). En lugar de ungir su cuerpo *después* de su muerte, lo hizo *antes*. Fue un acto de fe y amor.

Judas (Mateo 26:8,9). Los discípulos no conocían el verdadero carácter de Judas. Su crítica de María sonaba

tan espiritual que se le unieron para atacar a la mujer. Nosotros sabemos la razón verdadera por la que Judas quería que se vendiera el unguento: El dinero sería echado en el tesoro, así él podría usarlo (Juan 12:6).

Judas es un personaje trágico. Fue llamado para ser uno de los discípulos de Cristo y fue hecho apóstol junto con los otros (Marcos 3:13–19). Recibió el poder para sanar (Mateo 10:1–4) y probablemente usó ese poder. La prueba de salvación no es el poder de hacer milagros (Mateo 7:21–29), sino la obediencia a la Palabra de Dios.

A pesar de su afiliación en el grupo de discípulos y su asociación con Cristo, Judas no era un verdadero creyente. Cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos, dijo claramente que uno de ellos (Judas) no estaba limpio (Juan 13:10,11). Como muchos que hoy profesan ser creyentes, Judas estaba en el grupo de creyentes pero no era uno de ellos.

Observa que cada vez que María trató de hacer algo por Jesús, fue mal entendida. Su hermana Marta la malentendió cuando María se sentó a los pies del Señor para oírle enseñar la Palabra. Judas y los otros discípulos la malentendieron cuando ungió a Jesús. Sus amigos y vecinos la malentendieron cuando salió de la casa para encontrarse Jesús después de que Lázaro había sido sepultado (Juan 11:28–31). Cuando le damos a Jesucristo el primer lugar en la vida, podemos esperar que los que aducen seguir al Señor nos malentiendan y critiquen.

¿Por cuál razón siguió Judas a Jesús por tres años, escuchó su Palabra, participó de su ministerio y luego lo traicionó? Una cosa es cierta: Judas no fue víctima de las circunstancias, ni instrumento pasivo de la providencia. Estaba profetizado que uno de los amigos íntimos del Mesías le traicionaría (Salmos 41:9; 55:12-14).

Pero este hecho no quita de Judas su responsabilidad. No debemos convertirlo en mártir debido a que cumplió esta profecía.

Aun cuando nunca podremos comprender totalmente la mente y el corazón de Judas, sí, sabemos que tuvo toda oportunidad para ser salvo. Jesús le advirtió con frecuencia; en el aposento alto Jesús incluso le lavó los pies. Probablemente Judas veía en Jesús la esperanza de la libertad política de Israel. Si Jesús estableciera su reino, Judas, como tesorero, tendría una posición importante. Cuando Jesús repetidamente rehusó convertirse en un Mesías político, Judas se volvió en su contra. Satanás halló en él un instrumento dispuesto. Satanás puso ideas en la mente de Judas (Juan 13:2) y luego entró en él para usarlo a fin de traicionar a Jesús y entregarlo al enemigo (Juan 13:27).

La vida de Judas es una advertencia para los que fingen servir a Cristo pero sus corazones están lejos de Dios. También es una advertencia para los que desperdician las oportunidades y la vida. “¿Para qué este desperdicio?”, preguntó Judas al ver el costoso perfume derramado sobre Jesús. Sin embargo, Judas desperdició sus oportunidades, su vida y su alma. Jesús le llamó “hijo de perdición” (Juan 17:12), que literalmente significa *hijo de desperdicio*.

Jesús (Mateo 26:10–16). Inmediatamente Jesús salió en defensa de María, porque siempre protege a los suyos. Reprendió a Judas y a los demás discípulos y elogió a María por su acción de amor y devoción. *Nada que se le da a Jesús en amor se desperdicia*. Su acto de adoración no solo dio gozo al corazón de Jesús y llenó la casa de perfume, sino también bendijo al mundo entero. Su devoción nos anima a amar y a servir a Jesús con lo mejor que tengamos. Tal servicio trae bendición a otros de la cual tal vez no sepamos nada hasta que estemos con el Señor.

Jesús no criticó a los discípulos porque se preocupaban por los pobres. Jesús se preocupaba y nosotros también deberíamos preocuparnos. Lo que hacía era prevenirles contra desperdiciar la oportunidad de adorarle a él. Siempre tendrían oportunidades para ayudar a los pobres, pero no siempre tendrían la oportunidad de adorarle a sus pies y prepararle para la sepultura.

En el Aposento Alto: Fidelidad (Mateo 26:17–30)

Preparación para la Pascua (Mateo 26:17–19). Era necesario comprar y preparar las cosas necesarias para la Pascua. También era necesario hallar en la atestada Jerusalén, un lugar en donde celebrar la fiesta. Jesús envió a Pedro y a Juan a hacer estos importantes preparativos (Lucas 22:8). Les dijo que siguieran a un hombre que llevaba un cántaro de agua; él les mostraría un aposento alto amplio. Debe haber sido muy extraño que un hombre llevara agua, porque esto generalmente lo hacían las mujeres.

Pedro y Juan deben haber conseguido el pan y las hierbas amargas, así como el vino para la fiesta. Deben haber hallado un cordero sin defecto y luego haber hecho degollar el cordero en el templo y derramar la sangre sobre el altar. Se debía asar el cordero entero y entonces la cena estaría lista.

Anuncio del traidor (Mateo 26:20–25). Hasta el mismo fin los discípulos no se dieron cuenta de que uno de su propio grupo, Judas, era el traidor. No vieron ninguna diferencia en la manera en que Jesús trataba a Judas, lo que es un impresionante testimonio de la paciencia y amor de nuestro Señor. Fue durante la fiesta de la Pascua, mientras comían, que Jesús anunció la presencia de un traidor. Los discípulos se miraron unos a otros, preguntándose quién sería. Luego le preguntaron a Jesús: “¿No soy yo, Señor, verdad?” La construcción de la pregunta indica que esperaban una respuesta negativa.

Judas estaba reclinado a la izquierda de nuestro Señor; este era el lugar de honor en una fiesta. (Esto, tal vez, explica por qué los discípulos de nuevo empezaron a discutir quién era el mayor. Ve Lucas 22:24–30). Juan estaba reclinado a la derecha del Señor y por eso podía recostarse contra su pecho (Juan 13:23). Comer pan juntos era un acto de amistad, especialmente pan que había sido mojado en la salsa de hierbas. También era un honor cuando el anfitrión le diera un bocado de pan. Jesús le dio el bocado a Judas (Salmo 41:9) y éste lo aceptó, *sabiendo plenamente que iba a traicionar al Señor*. Para Jesús, darle a Judas el pan fue un acto de gracia y hospitalidad; para Judas, aceptar el pan fue un acto perverso de traición.

El versículo 24 presenta tanto el lado humano como divino de este suceso. Desde el punto de vista divino, la traición de Judas estaba predicha en las Escrituras y era parte del plan de Dios. Desde el punto de vista humano Judas fue culpable de un crimen rastroso y fue completamente responsable por lo que hizo. La soberanía divina y la responsabilidad humana no están en conflicto, aun cuando no siempre podamos comprender cómo trabajan juntas para cumplir la voluntad de Dios.

Después de que Judas tomó el bocado, Satanás entró en él (Juan 13:27). Entonces salió para cumplir lo que les había prometido a los líderes religiosos, el entregar Jesús a ellos. Los otros discípulos no sabían lo que estaba haciendo Judas. “Luego salió; y era ya de noche” (Juan 13:30). Para Judas, todavía es de noche.

La institución de la Cena del Señor (Mateo 26:26–30). Después de que Judas salió del aposento, Jesús instituyó algo nuevo: la Cena del Señor (1 Corintios 11:23–34). Tomó dos elementos de la comida pascual, el pan sin levadura y la copa y los usó para ilustrar su muerte. El

pan partido simboliza su cuerpo entregado por los pecados del mundo. El “fruto de la vid” (v.29) es un cuadro de su sangre, derramada por la remisión de los pecados. El texto no indica nada especial o misterioso que haya ocurrido en estos elementos. Permanecieron pan y fruto de la vid, pero ahora comunicaron un significado mucho más profundo: el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

La Cena del Señor nos ayuda a mirar hacia el futuro, al retorno de Cristo. Observaremos esta cena hasta que él venga (1 Corintios 11:26). La Pascua señalaba hacia el futuro al Cordero de Dios que quitaría los pecados del mundo (Juan 1:29). La Cena del Señor anuncia que esta gran obra ya se ha cumplido.

En el versículo 29 Jesús habla de la gloria futura del reino. Jesús en efecto comió pan, pescado y miel después de su resurrección (Lucas 24:41–43; Juan 21:9–15). Pero no hay registro alguno de que haya bebido del fruto de la vid. Incluso al enfrentar el rechazo de su nación y el sufrimiento en la cruz, miraba adelante al reino que sería establecido debido a su sacrificio. Había cuatro copas tradicionales tomadas en la fiesta de la Pascua, cada una relacionada con una de las cuatro promesas que encontramos en Exodo 6:6,7. La tercera copa (“os redimiré”) fue la que Jesús usó en la cena, cuadro de la redención que lograría. La cuarta copa no se cumplirá sino cuando el reino sea establecido.

El himno que Jesús y sus discípulos cantaron antes de salir del aposento alto era parte del tradicional Hallel; es decir, los Salmos 115—118. Lee estos salmos a la luz de la muerte y resurrección de Cristo y ve cómo cobran un nuevo significado. Imagínate a nuestro Señor pudiendo cantar alabanzas a Dios frente al rechazo, el sufrimiento y la muerte.

Getsemaní: Sumisión (Mateo 26:31–56)

En el monte de los Olivos había un huerto privado que Jesús usó con frecuencia como lugar de retiro (Juan 18:2). “Getsemaní” significa *prensa de aceite*, nombre significativo a la luz de la agonía de nuestro Señor en aquel huerto.

El fracaso de los discípulos anunciado (Mateo 26: 31-35). Este anuncio fue probablemente hecho mientras el grupo se dirigía al huerto. Generalmente señalamos a Pedro como el que le falló al Señor, pero todos los discípulos lo hicieron. Jesús se refirió a Zacarías 13:7 al advertirles, pero también añadió una palabra de promesa: El resucitaría y los encontraría en Galilea. Desafortunadamente, los hombres prestaron poca atención a la promesa de su resurrección. El día de la resurrección, los ángeles tuvieron que recordarles de la reunión en Galilea (Mateo 28:7,10).

Cuando Pedro discrepó con el Señor, eso fue el comienzo de su pecado de negarle. Pedro no estaba dispuesto a aplicarse la palabra *todos* a sí mismo. En lugar de afirmar a Pedro, el Señor le dio una advertencia personal: ¡Negaría tres veces a Cristo! Pedro pensó que era mejor que los demás y Jesús le dijo que sería incluso más cobarde que los demás.

La respuesta de Pedro fue negar la palabra de Cristo incluso con mayor insistencia y los otros discípulos se unieron en la protesta. Si Pedro hubiera escuchado la palabra y la hubiera obedecido, no hubiera negado tres veces al Señor.

La entrega de Jesús cumplida (Mateo 26:36–46). Dejó a ocho de sus discípulos a la entrada del huerto, mientras que él, Pedro, Jacobo y Juan se adentraron más en el jardín. Era la tercera vez que Jesús llevaba a estos tres consigo. Estuvieron con él en el monte de la transfiguración (Mateo 17:1ss) y en la casa de Jairo cuando resucitó a la hija de

éste (Lucas 8:49ss). Quería que ellos velaran y oraran. Estaba frente a un tiempo difícil y la presencia de sus discípulos sería alentador para él.

No debemos pensar que fue el temor a la muerte lo que hizo que nuestro Señor agonizara tanto en el huerto. No temía a la muerte, sino la enfrentó con valor y paz. Estaba a punto de *beber la copa* que el Padre le había preparado y esto significaba llevar en su cuerpo los pecados del mundo (Juan 18:11; 1 Pedro 2:24). Muchos del pueblo de Dios han sido arrestados, flagelados y han muerto por su fe. Pero sólo Jesús experimentó el ser hecho pecado y maldición por la humanidad (2 Corintios 5:21; Gálatas 3:13). El Padre nunca abandonó a ninguno de los suyos, sin embargo abandonó a su Hijo (Mateo 27:46). Esta era la copa que Jesús voluntariamente bebió por nosotros.

Jesús no estaba batallando con la voluntad de Dios ni resistiéndola. Estaba sometándose a la voluntad de Dios. Como hombre perfecto, sentía la terrible carga del pecado y su alma santa sentía repulsión por eso. Sin embargo, como Hijo de Dios, sabía que esa era su misión en el mundo. El misterio de su humanidad y deidad se ven vívidamente en esta escena.

Pedro y sus compañeros habían prometido ser fieles hasta la muerte y *sin embargo, se quedaron dormidos*. Necesitaban orar por sí mismos, porque el peligro estaba cerca. Cuánto hubiera significado para su Señor si hubieran velado y orado con él. Ellos fracasaron, pero su Señor triunfó.

El arresto hecho (Mateo 26:47–56). Jesús sabía que Judas y la guardia que lo arrestaría se acercaba, así que despertó a los discípulos que dormían y les preparó para lo que se avecinaba. El hecho de que este grupo de soldados y guardia del templo llevaran armas y linternas muestra que Judas en realidad no comprendió a Jesús.

Judas pensó que habría que buscarlo en el huerto y luchar contra sus discípulos para poder arrestarlo. Pero Jesús se acercó a ellos y se entregó en calma. Ni siquiera habría sido necesario que Judas traicionara a Jesús con un beso, porque Jesús les dijo a los soldados quien era.

Es trágico ver cómo Judas rebajaba todo lo que tocaba. Su nombre significa *alabanza* (Génesis 29:35), sin embargo ¿quién llamaría Judas a su hijo hoy? Usó un beso como arma, no como señal de afecto. En ese día era costumbre que los discípulos besaran a su maestro. Pero en este caso no fue señal de sumisión o respeto. Los verbos en griego indican que Judas besó a Jesús repetidamente.

En este punto, algunos de los otros discípulos preguntaron: “¿Heriremos a espada?” Cuando estaba con ellos en el aposento alto, Jesús les había hablado sobre espadas (Lucas 22:31–38). Jesús estaba preparándolos para una vida diferente. Necesitarían utilizar todo medio que él pudiera proveer para su cuidado y seguridad. Estarían en un mundo hostil y él no siempre haría milagros para ayudarlos.

El problema fue que los discípulos entendieron mal lo que les enseñó. Como otras ocasiones, tomaron literalmente lo que dijo: “Señor, aquí hay dos espadas”. Y él les dijo: “Basta” (Lucas 22:38). Pedro había discutido con el Maestro, negando su palabra y le había desobedecido (cuando se quedó dormido). Ahora se adelantó a Jesús. En su celo por ayudar a Jesús, Pedro le cortó la oreja a Malco con una espada. No esperó a que el Señor le dijera lo que debía hacer, pero (como Moisés en Egipto; Exodo 2:11–15), Pedro se adelantó apresuradamente y confió en el brazo de la carne. Si Jesús no hubiera sanado la oreja de Malco, probablemente habrían aparecido *cuatro* cruces en el Calvario.

El hecho de que la guardia no lo había arrestado en el templo indica que había un horario divino controlando su vida. Estas cosas no estaban ocurriendo por accidente, sino a propósito. Todo era parte del plan de Dios, sin embargo, los hombres malos fueron responsables por el acto. “A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole” (Hechos 2:23).

Desde luego, no tenían derecho para arrestar a Jesús. El no había quebrantado ninguna ley, ni había cometido crimen alguno. Estaban tratándole como si fuera un ladrón común; y sin embargo, era *Judas* el ladrón. Los discípulos que valientemente prometieron librarle, le abandonaron. “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32). Más tarde, ¡incluso el Padre le dejaría!

Cada uno de nosotros debe decidir: ¿Será la espada o la copa [voluntad de Dios]? ¿Resistiré o me someteré a la voluntad de Dios? La copa generalmente incluye sufrimiento, pero ese sufrimiento a la largo lleva a la gloria. No debemos temer esa copa, porque ha sido preparada por el Padre especialmente para nosotros. El sabe lo que podemos soportar y mezcla su contenido con sabiduría y amor.

El Juicio del Rey

Mateo 26:57—27:26

Después de arrestar a Jesús, lo llevaron a la casa de Anás, el que fue sumo sacerdote, suegro de Caifás, el sumo sacerdote (Juan 18:13ss). Anás, político sagaz, era una especie de padrino en el templo. Después llevaron a Jesús a Caifás y en la mañana, ante el sanedrín. Luego lo entregaron a Pilato, quién trató de ponerlo bajo la jurisdicción de Herodes (Lucas 23:6–12). Pero Herodes le envió de regreso a Pilato.

Mateo centró su atención sobre cuatro personajes que intervinieron en el juicio y sufrimiento del Señor.

Caifás (Mateo 26:57–68)

Según la ley del Antiguo Testamento el sumo sacerdote debía servir hasta su muerte. Pero cuando los romanos se apoderaron de Israel, hicieron que el sumo sacerdocio se ejerza por nombramiento. De esta manera podía asegurarse de tener un líder religioso que cooperara con sus regulaciones. Anás sirvió como sumo sacerdote desde el año 6 d. de C. hasta 15 d. de C. y cinco de sus hijos, así

como Caifás, su yerno, le sucedieron. Caifás fue el sumo sacerdote de 18 a 36 d. de C., pero Anás era todavía el poder detrás del trono (ve Lucas 3:2).

Tanto Anás como Caifás eran saduceos, lo que quería decir que no creían en la resurrección, ni en el mundo de los espíritus, ni en la autoridad de ninguna parte del Antiguo Testamento aparte de los cinco libros de Moisés. La familia del sumo sacerdote controlaba el *negocio* del templo que Jesús había trastornado dos veces durante su ministerio. Desde luego, estos hombres se alegraron mucho con tener a su enemigo en sus manos. Caifás ya había dicho claramente que tenía la intención de sacrificar a Jesús para salvar a la nación (Juan 11:47–54).

El sumo sacerdote reunió apresuradamente al sanedrín, compuesto por los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas (Marcos 14:53). Mientras se reunían, Caifás y sus ayudantes buscaban testigos que pudieran testificar contra su prisionero. Ya habían determinado que era culpable, pero querían dar todos los pasos de un juicio legal.

Puesto que no pudieron encontrar ningún testigo honrado (lo cual en sí mismo prueba la inocencia del Señor), los líderes hicieron arreglos para que testificaran testigos falsos. La ley mosaica advertía en contra de los testigos falsos (Deuteronomio 19:15–21), pero aquellos líderes religiosos tergiversaron la Palabra de Dios para lograr sus propósitos. El hecho de que hubiera *dos* testigos cumplía la letra de la ley. Pero la mentira deliberada quebrantó tanto la letra como el espíritu de la ley. Estos testigos citaron una afirmación que Jesús había hecho anteriormente en su ministerio: “Destruid este templo y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Era asunto serio hablar contra el templo; esta acusación más adelante condujo a la muerte de Esteban (Hechos 6:12–14; 7:45–50).

Ante tamaña acusación Jesús guardó silencio. Esto cumplía Isaías 53:7. Jesús no podía negar haberlo dicho, ni tampoco podía explicar el significado espiritual a este grupo de hombres de mente mundanal. En su actitud hacia sus enemigos, Jesús nos dejó ejemplo para seguir (1 Pedro 2:18–23).

Cuando Caifás vio que las acusaciones falsas no incriminaban a Jesús, usó un método diferente. Puso a Jesús bajo juramento. En nuestros días de perjurio repetido y de desprecio de la verdad, no podemos apreciar la solemne importancia con que los judíos consideraban los juramentos. Esto, por supuesto, concordaba con su ley (Números 30:2; Exodo 20:7; Levítico 19:12). Caifás sabía que Jesús afirmaba ser el Hijo de Dios (Juan 10:30–33), así que le puso bajo juramento para que declarara esto. El astuto sacerdote sabía que Jesús no podía evadir la respuesta.

Jesús en efecto afirmó ser el Hijo de Dios. Se aplicó a sí mismo el Salmo 110:1 y Daniel 7:13, que son pasajes mesiánicos. En estas citas Jesús predijo su resurrección y ascensión y su venida en gloria. Esto significaría salvación para los que confiaran en él, pero para Caifás significaría condenación.

Incluso sin considerar la evidencia, Caifás dictó sentencia. La forma como trataron a Jesús después de haber emitido el veredicto fue ilegal e inhumana. Por supuesto, todo esto sólo revela la maldad del corazón del sumo sacerdote. Al mismo tiempo, cumplía las profecías mesiánicas (Isaías 50:6).

Pedro (Mateo 26:69–75)

Se ha criticado a Pedro por seguir a Jesús “de lejos” (v.58); pero eso no fue el error. Su error fue seguirlo. Debía

haber huido. Jesús le había advertido que le negaría. También había citado Zacarías 13:7 que indica que “serán dispersadas las ovejas”. Finalmente, Jesús expresamente les había ordenado a sus discípulos que no lo siguieran: “Dejad ir a éstos” (Juan 18:8,9). Si Pedro hubiera escuchado y hubiera obedecido su palabra, nunca hubiera fallado al Señor en manera tan humillante.

El apóstol Juan también fue parte de este fracaso, porque había seguido junto con Pedro y había logrado acceso para ambos a la casa del sumo sacerdote (Juan 18:15,16). Jesús les había advertido que velaran y oraran para que no entraran en tentación (Mateo 26:41). Pero en lugar de eso, ellos se quedaron dormidos. Consecuentemente, entraron en tentación y Pedro cayó.

La negación de Cristo de parte de Pedro fue el punto culminante de una serie de fracasos. Cuando el Señor primeramente le advirtió a Pedro de que sería probado por Satanás, Pedro afirmó su fe y su capacidad de ser fiel al Señor. En su arrogancia, Pedro discutió con Cristo. Incluso se atrevió a compararse con los demás discípulos y a afirmar que, aunque ellos fallaran, él permanecería fiel.

El hecho de que Pedro estuviera junto al fuego del enemigo, calentándose, indica cuán derrotado estaba. La negación fue incluso más humillante porque dos de los que le interrogaban fueron esclavas. El tercer reto provino de un hombre, uno de los espectadores; pero Pedro fracasó de nuevo. Este hombre era pariente de Malco, aquel a quien Pedro había herido (Juan 18:26). Así que la obra impulsiva de Pedro le alcanzó incluso después de que Jesús reparó el daño.

El relato que Marcos da de este suceso indica que el gallo cantaría dos veces (Marcos 14:30). Después de la tercera negación, el gallo cantó por segunda vez (Marcos 14:72).

Esto quiere decir que el primer canto del gallo fue una advertencia para Pedro y que debía haber salido de la escena inmediatamente. La tercera negación y el segundo canto del gallo fueron la culminación de la prueba y Pedro fracasó.

El canto del gallo hizo que Pedro se acordara de las palabras de Jesús. Si Pedro hubiera recordado y obedecido esas palabras, nunca hubiera negado a su Señor. Fue en ese momento que Jesús se volvió y miró a Pedro (Lucas 22:61), y esa mirada de amor le rompió el corazón al apóstol. Pedro salió y lloró amargamente.

Después de su resurrección, Jesús tuvo un encuentro privado con Pedro y le restauró al discipulado (Marcos 16:7; 1 Corintios 15:5). Jesús también le restauró públicamente (Juan 21:15–19). Pedro aprendió algunas lecciones importantes durante esa difícil experiencia. Aprendió a prestar atención al Señor, a velar y orar, y a no confiar en su propia fuerza.

Judas (Mateo 27:1–10)

El concilio judío volvió a reunirse a la mañana y dictó el veredicto oficial contra Jesús, para que la gente no pudiera decir que la reunión convocada al apuro por la noche era ilegal. Ahora *todo el mundo* podía asistir. Es probable que Nicodemo y José de Arimatea no asistieron o se abstuvieron de votar (Juan 19:38–42). Pero los judíos no tenían autoridad para aplicar la pena capital (Juan 18:31), así que el prisionero fue llevado a Pilato, el procurador romano. Sólo él podía sentenciar la muerte de un prisionero.

En este punto Judas volvió a la escena. Presenció el juicio oficial y la sentencia dictada contra Jesús y se dio cuenta de que Jesús fue condenado a morir. La reacción de Judas fue remordimiento y lamentación. La expresión griega que se traduce “arrepentido” en Mateo 27:3 indica,

no la tristeza por el pecado que conduce a un cambio de parecer y de acción, sino remordimiento por haber sido descubierto, remordimiento que lleva a la desesperación. Pedro se arrepintió verdaderamente y Jesús le restauró. Pero Judas no se arrepintió y eso le condujo al suicidio.

Judas había vendido a Jesús por el precio de un esclavo (Exodo 21:32). En desesperación echó el dinero al piso del templo y se fue. La ley no permitía que este dinero *manchado* se usara para propósitos del templo (Deuteronomio 23:18). Los líderes se cuidaban de obedecer la ley aun cuando estaban por otro lado culpables de romperla. Usaron el dinero para comprar “el campo del alfarero” en donde podían sepultar apropiadamente a los judíos extranjeros.

Hechos 1:18,19 nos ayuda a comprender mejor el suceso. Judas salió a solas, lamentándose por el horrible crimen y finalmente se ahorcó. Al parecer su cuerpo no fue descubierto por días, porque se hinchó y sus intestinos se derramaron. Tal vez la rama de la cual se colgó se rompió y esto contribuyó a esto.

Hechos 1:18 no dice que Judas se suicidó en el campo que los sacerdotes compraron con el dinero. Ese acto hubiera contaminado la tierra y los sacerdotes jamás la hubieran comprado. Mateo 27:7 indica que los sacerdotes compraron un campo; Hechos 1:18 indica que usaron el dinero de Judas para la compra. Judas no podía haber comprado un campo con ese dinero porque lo devolvió a los sacerdotes. Estos llamaron al cementerio “campo de sangre”, porque fue comprado con precio de sangre. El suicidio de Judas añadió más sangre al nombre, puesto que él fue el que dio el dinero.

Pero, ¿por qué relaciona Mateo este acontecimiento a una profecía en Jeremías, cuando la profecía se halla en

Zacarías 11:12,13? Una posible solución es que Jeremías *pronunció* esta profecía (ve Mateo 27:9) y llegó a ser parte de la tradición judía oral. Más tarde Zacarías la *escribió*. El profeta Jeremías en efecto participó en la compra de un campo (Jeremías 32:6ss) y también estuvo en la casa del alfarero (Jeremías 18:1ss) y en un cementerio (Jeremías 19:1–12). Mateo tal vez se refería a estos hechos generales como trasfondo para la profecía específica escrita por Zacarías.

Pilato (Mateo 27:11–26)

Poncio Pilato fue el sexto de los procuradores romanos que sirvieron en Judea. Los judíos lo detestaban porque hizo cosas que deliberadamente violaban la ley judía para provocarlos. No tenía ningún remordimiento para matar a la gente con tal de conseguir sus propósitos (Lucas 13:1). La posición de Pilato siempre fue precaria debido a sus malas relaciones con Israel y por la política cambiante de Roma en cuanto a los judíos.

Los líderes judíos acusaron a Jesús de tres crímenes. Adujeron que era culpable de engañar a la nación, prohibir el pago de impuestos y afirmar ser rey (Lucas 23:2). Estas eran definitivamente acusaciones políticas, del tipo que el gobernador romano podía atender. Pilato se concentró en la tercera acusación, de que Jesús afirmaba ser rey, porque esto era una amenaza definida para Roma. Si podía tratar apropiadamente con este *revolucionario*, podía complacer a los judíos e impresionar al emperador al mismo tiempo.

“¿Eres tú el rey de los judíos?”, le preguntó. Jesús le dio una respuesta directa: “Tú lo dices”. Sin embargo, Jesús le hizo a Pilato una pregunta sobre la pregunta que le había hecho (Juan 18:34–37). ¿Estaba Pilato pensando

en un rey en el sentido de Roma? Si era así, Jesús no era esa clase de rey. Jesús le explicó al gobernador que su reino no era de este mundo, que no tenía ejércitos y que sus seguidores no se levantarían en armas. Su reino era más bien un reino de la verdad.

Esta conversación convenció a Pilato de que Jesús no era ningún revolucionario peligroso. “No hallo falta en él”, fue la decisión de Pilato. Pero los gobernantes judíos insistieron en que Pilato condenara a Jesús. Repitieron sus acusaciones y al ampliarlas, mencionaron que Jesús era de Galilea. Cuando Pilato oyó esto, vio una salida para su dilema, puesto que Galilea era jurisdicción de Herodes. Es posible que Herodes estaba disgustado con Pilato porque Pilato había matado a algunos de los ciudadanos de la región de Herodes (Lucas 13:1). Esta sería una oportunidad para que Pilato se reconciliara con Herodes.

Mateo no menciona al juicio celebrado ante Herodes Antipas (Lucas 23:6–11,12). Este Herodes era el que había matado a Juan el Bautista y había amenazado matar a Jesús (Lucas 13:31,32). Jesús guardó silencio ante Herodes, porque Herodes había silenciado a la voz de Dios. Todo lo que Herodes pudo hacer fue mofarse de Jesús y enviarle de regreso a Pilato. Si Pilato esperaba librarse del problema, se equivocó. Sin embargo, esta maniobra en efecto resolvió la querrela entre los dos gobernantes.

Pilato quería resolver el problema pero no quiso tomar ninguna decisión respecto a Jesús. Como gobernador romano, había jurado defender la ley. Pero como político sabía que tenía que llevarse bien con el pueblo. Cada decisión hecha por Pilato le obligaba a tomar otra, hasta que quedó atrapado en sus propias evasiones. Interrogó más a Jesús, pero Jesús no respondió.

Pilato tenía una artimaña más: la tradición de poner en libertad a un prisionero. En lugar de seleccionar a algún preso desconocido, deliberadamente escogió al preso más notorio que tenía, Barrabás. Este era ladrón (Juan 18:40) y homicida (Marcos 15:7). Pilato razonó que la multitud rechazaría a Barrabás y pediría que dejara en libertad a Jesús, porque ¿quién quiere que se deje en libertad a un homicida y ladrón convicto y sentenciado?

Pero Pilato se equivocó. A pesar de que Jesús había ministrado a los enfermos e incluso revivificado a los muertos, el pueblo le rechazó y escogió la libertad de un asesino. Pilato se dio cuenta de que había riesgo de un motín y no podía darse el lujo de que esto ocurriera. Lo mismo que los líderes judíos habían querido evitar: un motín en la temporada de la Pascua (Mateo 26:5), se lo ingeniaron para promover con el fin de obligar a Pilato a que actuara. El gobernador en efecto actuó, simplemente por conveniencia, pero no por integridad. Dejó en libertad al culpable y condenó al inocente y ese inocente era el Hijo de Dios.

Pilato dio tres pasos tratando de exonerarse. Primero, se lavó las manos y declaró que era inocente de cualquier culpabilidad. Segundo, dijo claramente que Jesús era justo, que no era digno de muerte. Tercero, ofreció castigar a Jesús y entonces ponerle en libertad, pero los gobernantes no quisieron aceptar el arreglo. Finalmente, los líderes religiosos usaron un arma contra la cual Pilato no tenía defensa: “Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone” (Juan 19:12). Ante esto, Pilato capituló, hizo azotar a Jesús y le entregó para que le crucificaran.

Puesto que los judíos no podían ejecutar a criminales, era necesaria la ayuda de oficiales romanos y Pilato dictó la orden. Desde luego, todo esto era cumplimiento de la

profecía. Los judíos no crucificaban; usaban piedras para ejecutar a los criminales. El Salmo 22, escrito por un judío, es un cuadro vívido de la crucifixión. “Horadaron mis manos y mis pies” (Salmo 22:16). Jesús fue hecho maldición por nosotros, porque “Maldito todo el que es colgado en un madero” (Deuteronomio 21:23; Gálatas 3:13). Pero Dios todavía estaba obrando y cumpliendo sus propósitos divinos.

Pilato sabía lo que era justo, pero rehusó hacer nada al respecto. Quería complacer al pueblo (Marcos 15:15). Judas se rindió *al diablo* en su gran pecado (Juan 13:2,27); Pedro se rindió *a la carne* cuando negó a su Señor; pero Pilato se rindió ante *el mundo* y prestó oídos a la multitud. Pilato buscó el camino fácil, no el camino correcto. Quedó en la historia como el hombre que condenó a Jesús.

El Sufrimiento y Muerte del Rey

Mateo 27:27-66

Mateo y los otros escritores de los Evangelios anotaron los hechos históricos del sufrimiento y muerte de nuestro Señor. Les tocó a los escritores de las epístolas del Nuevo Testamento explicar el significado teológico del evento. La historia declara que Cristo murió, pero la teología explica que “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Corintios 15:3). Consideremos las varias clases de sufrimiento que nuestro Señor soportó ese día.

Mofado por los Soldados (Mateo 27:27–30)

La acusación oficial contra Jesús fue que aducía ser rey de los judíos (v.37). Los soldados aprovecharon esta acusación y le rendían *homenaje*. Fue una manera cruel de tratar a un prisionero inocente que ya había sido flagelado. Pero Pilato no hizo nada para impedirlo. Se alegraba de que el prisionero ya no estaba en sus manos.

Primero, los soldados desvistieron a Jesús y le pusieron una túnica vieja de soldado. ¡Imagínate vestir al Príncipe de Paz (Isaías 9:6) con un uniforme militar descartado!

Mateo describe el manto como *escarlata* y Marcos usó el término *púrpura*. No hay contradicción; *púrpura rojiza* hubiera sido una buena descripción de aquella prenda vieja y desteñida. Imagínate cómo debe haberse sentido nuestro Señor cuando le pusieron semejante prenda sobre su cuerpo sangrante.

Un rey debe tener una corona, así que entretejieron unas ramas de espinos y se la pusieron en la cabeza. Le dieron una caña como cetro y se postraban ante él, diciendo: “¡Salve, Rey de los judíos!” Lo hicieron repetidamente, sin percatarse que aquel de quien se mofaban era en verdad el Rey de reyes y Señor de señores.

Entonces hicieron algo que ningún súbdito jamás le haría a su rey. Le escupieron y le golpeaban con la caña. Mientras algunos de los soldados doblaban la rodilla ante él, otros le golpeaban con la caña o le escupían (Isaías 50:6). Jesús soportó toda esta humillación y dolor sin decir nada ni defenderse (1 Pedro 2:18ss). Su sumisión no era señal de debilidad; era señal de fortaleza.

Crucificado (Mateo 27:31–38)

La crucifixión era la manera más vergonzosa y dolorosa de ejecutar a un criminal. Jesús no sencillamente murió, murió, “...muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Por lo general no se crucificaba a ciudadanos romanos. Es más, en los buenos modales de la sociedad nunca se mencionaba la crucifixión, debido a lo degradante que era esta forma de pena capital.

Jesús fue llevado fuera de la ciudad al lugar de ejecución (Hebreos 13:12,13). Se requería que el prisionero llevara su propia cruz (o por lo menos el travesaño) y que llevara un letrero al cuello anunciando su crimen. Después colgaban ese letrero en la cruz para que todos lo vieran.

Aunque el registro escrito no lo dice expresamente, parece que Jesús no pudo cargar la cruz, esto estaba retardando el avance del grupo. Cuando recordamos que había estado despierto toda la noche, que fue flagelado y golpeado por los soldados, podemos concluir que estaba fatigado. Jesús empezó el camino llevando su cruz (Juan 19:17). Marcos 15:22 dice: “Y le llevaron a un lugar llamada Gólgota”. Esto sugiere que los soldados tuvieron que ayudar a Jesús en la procesión, porque la expresión “le llevaron” significa *cargar, o llevar*.

No debía haber ningún retraso en esta ejecución. La Pascua estaba a punto de celebrarse y los líderes judíos no querían que su día santo fuera profanado por los cadáveres de criminales (Juan 19:31). Para acelerar la procesión, los soldados obligaron a un visitante a llevar la cruz, Simón de Cirene. El había venido a Jerusalén para celebrar la Pascua y ahora ¡lo humillaron al obligarle a que llevara la cruz de un criminal desconocido! Los soldados romanos tenían la autoridad para obligar a cualquier ciudadano a que llevara cargas (Mateo 5:41).

Marcos se refirió a Simón como si los que leían su Evangelio podían reconocerlo: “padre de Alejandro y de Rufo” (Marcos 15:21). Al parecer estos dos hijos eran miembros bien conocidos de la iglesia. Parece que esta humillante experiencia resultó en la conversión de Simón, tanto como de su familia. Simón vino a Jerusalén a sacrificar su cordero pascual y encontró al Cordero de Dios que fue sacrificado por él.

Era costumbre darle una bebida narcótica a los que iban a ser crucificados, porque eso mitigaría el dolor. Jesús rehusó la bebida; cumplió la voluntad de Dios en control completo de sus facultades. Además, esto cumplía el Salmo 69:21.

Asimismo era costumbre que los soldados se repartieran el botín de la ejecución. Esto cumplía el Salmo 22:18. Después de que hubieron echado suertes para repartirse sus vestidos (Juan 19:23–25), se sentaron y “le guardaban allí” (Mateo 27:36). Después de todo, este Jesús era conocido como obrador de prodigios. Nadie sabía cuántos seguidores tenía y tal vez estaban preparándose para rescatarle. Entre sus seguidores había uno que había sido zelote (Mateo 10:4, “Simón el Cananita” [nombre sinónimo a Simón el Zelote – Lucas 6:15]); ese grupo fanático no se detenía ante nada cuando se trataba de oponerse a la autoridad romana.

Al combinar los registros de los Evangelios llegamos a la plena acusación que escribieron en el letrero sobre su cabeza: “ESTE ES Jesús, EL REY DE LOS JUDIOS”. Los líderes judíos no aprobaron lo que Pilato había escrito, pero esta vez el gobernador no vaciló (Juan 19:21,22). En cierto sentido, ese letrero demostró ser el primer tratado de evangelización jamás escrito. Le anunció a uno de los ladrones que crucificaron con él que él era el Salvador y Rey. Se atrevió a creer este mensaje y le pidió a Jesús que lo salvara.

Mofada por los Judíos (Mateo 27:39–44)

Jesús no fue ejecutado en un edificio silencioso, lejos del ruido y actividad de la ciudad. Fue ejecutado en la vía pública, en un día en que tal vez cientos de personas estaban viajando. El hecho de que el cargo fue escrito en tres idiomas—griego, hebreo y latín—indica que una multitud cosmopolita pasaba por el Gólgota, “lugar de la Calavera”. Esto en sí mismo ya era humillante, porque cualquiera que pasaba veía y se burlaba acremente de las víctimas. De nuevo, esta mofa de parte de la multitud estaba profetizada (Salmo 22:6–8).

Ya era suficientemente malo que la chusma común se burlara de él, pero incluso los líderes judíos se unieron en el ataque. Le recordaban de su promesa de reconstruir el templo en tres días (Juan 2:19; Mateo 26:61). “Si puedes hacer eso, ¡desciende de la cruz y demuéstranos que eres el Hijo de Dios!” En realidad fue el hecho de que *se quedó* en la cruz lo que demostró que era el Hijo divino.

Los gobernantes judíos se mofaron de su afirmación de ser el Salvador. “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (v.42). En efecto, *había* salvado a otros, pero si se salvaba a sí mismo, ¡entonces nadie más podría ser salvo! No vino para salvar su vida, sino para darla en rescate por los pecadores.

Rechazado por el Padre (Mateo 27:45–56)

Jesús fue crucificado a las nueve de la mañana y desde esa hora hasta el mediodía quedó colgado a la luz del día. Pero al mediodía una oscuridad milagrosa cubrió la tierra. Pero al mediodía una oscuridad milagrosa cubrió la tierra. Esta no fue una tormenta de arena ni un eclipse, como algunos escritores liberales han sugerido. Fue una oscuridad enviada del cielo que duró por tres horas. Fue como si toda la creación simpatizara con el Creador. Hubo tres días de oscuridad en Egipto antes de la Pascua (Exodo 10:21–23); y hubo tres horas de oscuridad antes de que el Cordero de Dios muriera por los pecados del mundo.

Jesús había hablado por lo menos tres veces antes de que cayera la oscuridad. Mientras le crucificaban repetidamente oraba, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Le había hablado al ladrón arrepentido y le había asegurado que estaría con él en el paraíso (Lucas 23:39–43). También había puesto a su madre bajo el cuidado de su amado discípulo, Juan (Juan 19:18–27). Pero cuando la oscuridad cayó, Jesús guardó silencio como por tres horas.

Después de las tres horas la oscuridad se levantó. Entonces Jesús exclamó, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Esta fue una cita directa del Salmo 22:1. Fue durante el tiempo de oscuridad que Jesús fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). ¡El Padre lo había abandonado! Esas tinieblas eran símbolo del juicio que sufrió, cuando fue hecho maldición por nosotros (Gálatas 3:13). El Salmo 22:2 sugiere un período de luz y un período de tinieblas; y Salmo 22:3 enfatiza la santidad de Dios. ¿Cómo pudo un Dios santo mirar favorablemente a su Hijo que había sido hecho pecado?

Jesús dijo esas palabras en hebreo y los espectadores no las entendieron. Pensaban que estaba llamando a Elías para que le ayudara. Si hubieran escuchado con atención y consultado el Salmo 22 en su totalidad, hubieran comprendido la verdad.

En rápida sucesión el Señor habló tres veces mas. Dijo, “Tengo sed” (Juan 19:28); y esto cumplió el Salmo 69:21. Alguien se apiadó de él y mojó sus labios con vino agrio. Los otros esperaban para ver si Elías venía a rescatarle.

Entonces Jesús exclamó: “Consumado es. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. El hecho de que exclamó a gran voz indica que estaba en control completo de sus facultades. Entonces voluntariamente entregó el espíritu y murió.

Aun cuando fue “crucificado en debilidad” (2 Corintios 13:4), ejerció poder maravilloso al morir. Tres milagros ocurrieron simultáneamente: El velo del templo se rasgó en dos de arriba hacia abajo, un terremoto abrió muchos sepulcros y algunos de los santos se levantaron de los muertos. El rompimiento del velo simbolizaba la maravillosa verdad de que el camino a Dios quedaba abierto (Hebreos 10:14–26). No habría más necesidad de

templos, sacerdotes, altares o sacrificios. En la cruz Jesús había consumado la obra de salvación.

El terremoto nos recuerda de lo que ocurrió en el monte Sinaí cuando Dios le dio su Ley a Moisés (Exodo 19:16ss). El terremoto en el Calvario significaba que las demandas de la ley habían sido cumplidas y que la maldición de la ley quedaba abolida para siempre (Hebreos 12:18–24). El velo rasgado indica que Jesús conquistó el pecado. El terremoto sugiere que conquistó la ley y la cumplió y las resurrecciones demuestran que derrotó a la muerte.

No se nos dice quiénes eran estos santos; sencillamente eran creyentes que habían muerto. La versión Reina Valera sugiere que no salieron de sus tumbas sino *después* de la resurrección del Señor. Es difícil creer que se les dio vida el viernes por la tarde y sin embargo permanecieron en sus tumbas hasta el domingo. Otras versiones bíblicas indican que estos santos resucitaron de inmediato, pero que no visitaron Jerusalén sino después de la resurrección de Jesús. No es probable que muchos judíos visitaban cementerios durante la Pascua, puesto que se hubieran contaminado. Estas resurrecciones pudieron haber ocurrido sin que nadie se percatara de ello en ese tiempo.

El resultado de todo esto fue el testimonio del centurión y de los que observaban: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios”. ¿Indica esto una fe salvadora? No necesariamente; pero sí, indica corazones que estaban abiertos a la verdad.

El único discípulo junto a la cruz cuando Jesús murió fue Juan (Juan 19:35). Sin embargo muchas mujeres estaban mirando a la distancia; sin duda aquellas que le habían ayudado en su ministerio (Lucas 8:2). Se menciona por nombre a tres de ellas: María Magdalena, la cual había sido librada de siete demonios (Lucas 8:2); María la madre de Jacobo y José, la cual también estuvo en la tumba en la

mañana de la resurrección (Mateo 28:1; Marcos 16:1); y Salomé, madre de Jacobo y de Juan. Salomé era la que le había pedido a Jesús tronos especiales para sus hijos. Nos preguntamos cómo se sentía ella al verle colgado en la cruz.

La Tumba Guardada (Mateo 27:57–66)

Si no hubiera sido por la intervención de José de Arimatea y Nicodemo (Juan 19:38), el cuerpo de Jesús tal vez no habría tenido una sepultura apropiada. José y Nicodemo creían en Jesús, aun cuando no habían testificado abiertamente de su fe. Dios los mantuvo ocultos, por así decirlo, para que pudieran cuidar el cuerpo de Jesús. Puesto que José era rico y preparó la tumba nueva, él se figuró en el cumplimiento de la profecía. Isaías 53:9, “Se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte”.

No es probable que José hubiera preparado la tumba para sí mismo. Era rico y ciertamente no hubiera querido que lo sepultaran tan cerca de un lugar de ejecución. Preparó la tumba para Jesús y seleccionó un sitio cerca del Gólgota para poder, junto con Nicodemo, sepultar rápidamente el cuerpo de Jesús. José y Nicodemo tal vez estuvieron en el huerto aguardando que Jesús muriera. Cuando le bajaron de la cruz, se contaminaron y no pudieron comer la Pascua. Pero ¿qué importaba? ¡Habían hallado al Cordero de Dios!

En contraste con el cuidado amoroso que sus amigos le dieron a Jesús, observa las maniobras y tramas de los líderes judíos. Los discípulos se habían olvidado de que Jesús prometió resucitar de los muertos al tercer día, pero sus enemigos lo recordaron. Pilato les permitió a los líderes poner una guardia junto a la tumba. Esta guardia puso sobre la piedra un sello oficial romano. Todo esto

278 Leales en Cristo

venía de Dios, porque ahora era imposible que alguien, amigo o enemigo, se robara el cadáver. Sin darse cuenta, los líderes judíos y el gobierno romano unieron sus fuerzas para ayudar a comprobar la resurrección de Jesucristo

La Victoria del Rey

Mateo 28

Si algo prueba la majestad de Jesucristo, es su resurrección de entre los muertos. El capítulo final del Evangelio de Mateo es un registro de victoria. Es un hecho emocionante que los creyentes hoy participan de esa victoria.

Observa las varias etapas en la experiencia de los creyentes en referencia a la resurrección de Jesucristo.

Pensaban que Estaba Muerto (Mateo 28:1)

Las mujeres que habían estado cerca de la cruz vinieron temprano a la tumba, trayendo especias para ungir el cuerpo. Pensaban que estaba muerto. Es más, se preguntaban, ¿Quién les removería la enorme piedra de la entrada de la tumba? (Marcos 16:3). Es asombroso que no creyeran en su resurrección cuando él les había enseñado repetidamente esta verdad (Mateo 16:21; 17:23; 20:19; 26:32).

Nunca debemos subestimar la importancia de la resurrección de Jesucristo. El mundo cree que Jesús murió,

pero no cree que resucitó de los muertos. El mensaje de Pedro en Pentecostés hizo hincapié en la resurrección. Es más, se la recalca en todo el libro de los Hechos. ¿Cuál es el significado de la resurrección?

Demuestra que Jesús es el Hijo de Dios. Jesús afirmó que tenía autoridad para poner su vida y volverla a tomar (Juan 10:17,18).

Verifica la verdad de las Escrituras. Tanto en el Antiguo Testamento como en las enseñanzas de Jesús, se enseña claramente su resurrección (ve Salmo 16:10; 110:1). Si Jesús no hubiera salido de la tumba, entonces estas porciones bíblicas no serían verdad.

Nos asegura nuestra propia resurrección futura. Porque Jesús murió y resucitó, un día nosotros seremos resucitados para ser como él (1 Tesalonicenses 4:13–18). Es más, la estructura total de la fe cristiana descansa sobre el cimiento de la resurrección. Si eliminamos la resurrección, no tenemos esperanza.

Es prueba de un juicio futuro. “Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31).

Es la base para el sacerdocio celestial de Cristo. Porque él vive por el poder de una vida sin fin, puede salvarnos “perpetuamente” (Hebreos 7:23–28). Vive para interceder por nosotros.

Da poder para la vida cristiana. No podemos vivir para Dios mediante nuestra propia fuerza. Es solo cuando el poder de su resurrección obra en y por medio de nosotros que podamos hacer su voluntad y glorificar su nombre.

Nos asegura una herencia futura. Debido a que tenemos una esperanza viva, podemos experimentar una vida de esperanza. Una esperanza muerta se debilita cada vez más

y a la larga muere. Pero debido a que Jesucristo vive, tenemos un futuro glorioso.

En dondequiera que el pueblo de Dios se reúne en el Día del Señor, testimonia que Jesús vive y que la Iglesia ha recibido bendiciones espirituales. Cuando los seguidores del Señor se reunieron aquel primer Día del Señor, estaban desanimados y derrotados.

Oyeron que El Vivía (Mateo 28:2-8)

“Y hubo un gran terremoto” (Mateo 28:2). Dos ángeles habían aparecido (Lucas 24:4) y uno de ellos había quitado la piedra que sellaba la tumba. Por supuesto, los soldados que estaban de guardia quedaron aterrorizados por esta súbita demostración de poder sobrenatural. La piedra no fue quitada para que Jesús saliera, porque él ya había salido de la tumba. Fue quitada para que la gente pudiera ver por sí misma que la tumba estaba vacía.

Uno de los ángeles les habló a las mujeres y calmó sus temores: “No está aquí. Vengan y vean”. Ten presente que estas mujeres, así como los discípulos, no esperaban que Jesús estuviera vivo.

¿Qué vieron ellas en la tumba? La mortaja puesta sobre la tarima de piedra, todavía envuelta en la forma del cadáver (Juan 20:5-7). Jesús había atravesado la mortaja y la había dejado como evidencia de que estaba vivo. Estaba como una crisálida vacía. No había señal de violencia; los lienzos no estaban desordenados. Incluso el sudario (con el que habían envuelto su cara) estaba cuidadosamente doblado en un lugar aparte.

No podemos examinar esta evidencia de la misma manera en que los creyentes lo hicieron aquel primer domingo de resurrección. Pero sí, tenemos la evidencia de la Palabra de Dios. Jesús no pudo ser retenido por las

cadena de la muerte (Hechos 2:24). Había prometido resucitar de los muertos y nunca ha faltado a su palabra.

El cambio notable en los primeros creyentes es otra prueba de su resurrección. Un día estaban desanimados y escondiéndose derrotados. Al día siguiente estaban declarando su resurrección y andando en gozosa victoria. Es más, estuvieron dispuestos a morir por la verdad de la resurrección. Si todo esto fuera un cuento fabricado, nunca hubiera cambiado sus vidas ni les hubiera permitido poner sus vidas como mártires.

Hubo más de 500 testigos que a la vez vieron a Jesús vivo (1 Corintios 15:3–8). El hecho de que el Cristo resucitado apareciera fue de tal naturaleza que no se puede explicar como alucinaciones o engaño propio. Los que lo vieron se sorprendieron. Hubiera sido imposible que 500 personas sufrieran alucinaciones al mismo tiempo. Incluso el apóstol Pablo, siendo enemigo de la iglesia, vio al Cristo resucitado; esa experiencia transformó su vida (Hechos 9).

La existencia de la iglesia, el Nuevo Testamento y el Día del Señor añaden pruebas adicionales de que Jesús vive. Por siglos los judíos habían sido el pueblo de Dios y habían honrado el día de reposo, el sábado. Entonces ocurrió un cambio: judíos y gentiles se unieron en la iglesia y llegaron a ser el pueblo de Dios; se reunían el primer día de la semana, el Día del Señor. Si Cristo está muerto el Nuevo Testamento es una mentira, porque cada una de sus partes señala a un Cristo resucitado.

Por supuesto, los creyentes han experimentado el poder de su resurrección en sus propias vidas. Aun cuando la experiencia subjetiva, interna *por sí sola* no probaría la histórica resurrección de nuestro Señor, al combinarla con las otras evidencias añade gran peso al caso. Todavía es posible que la gente se engañe.

“Creyentes” de toda clase de sectas aducen que sus ideas son verdaderas porque eso es lo que han experimentado. Pero los creyentes tienen el peso de la historia de la iglesia, las escrituras y testigos confiables para respaldar sus propias experiencias de fe.

El “¡vengan y vean!” precede el “¡vayan y digan!” No debemos ser egoístas con las noticias de la resurrección. El ángel envió a las mujeres a contarlo a los propios discípulos de Cristo. Ellos deberían haber estado esperando las noticias, pero en lugar de eso, lo pusieron en tela de duda aun cuando lo oyeron.

Se Encontraron Personalmente con el Cristo Vivo (Mateo 28:9–15)

Es cuando obedecemos la Palabra de Dios que él viene a nosotros. Jesús ya se había aparecido a María Magdalena en el huerto (Juan 20:11–18; Marcos 16:9). Observa que después de la resurrección las primeras dos veces que el Señor apareció fueron a mujeres creyentes. Estas fieles mujeres no sólo fueron las últimas en salir del Calvario, sino también las primeras en venir a la tumba. Su devoción a Jesús fue recompensada.

“¡Salve!” se puede traducir como *gracia*. ¡Qué saludo más maravilloso para el día de la resurrección! Las mujeres cayeron de rodillas a los pies de él, se aferraron de él y le adoraron. Debían haber sentido algo de temor en sus corazones, porque de inmediato él las tranquilizó con su típico: “No temáis”.

No sólo el ángel las comisionó, sino también el Señor. La frase “mis hermanos” reveló la relación íntima entre Cristo y sus seguidores. Jesús le había dicho una expresión similar a María Magdalena más temprano esa mañana (Juan 20:17). Jesús reforzó las instrucciones del ángel de

que los discípulos fueran a Galilea para verle (Mateo 28:7). En el huerto Jesús les había dicho a los discípulos que resucitaría de los muertos y que los vería en Galilea; pero ellos se habían olvidado (Mateo 26:31,32).

Mientras los creyentes estaban adorando al Cristo vivo, los incrédulos estaban tramando destruir el testimonio de la resurrección de Jesucristo. Para entonces algunos de los soldados ya se habían dado cuenta de que estaban en un apuro desesperado. El sello romano había sido roto, la piedra quitada y el cadáver no estaba en la tumba. El que un soldado romano no cumpliera su deber era ofensa castigada con la muerte (Hechos 12:19; 16:27,28). Pero los soldados fueron sagaces. No fueron a informar a Pilato ni a sus oficiales superiores, sino a los principales sacerdotes judíos. Sabían que estos hombres ansiaban encubrir el milagro tanto como los mismos soldados. Entre los principales sacerdotes, los ancianos y los soldados fabricaron un cuento que explicaría la tumba vacía. Dirían que alguien se robó el cuerpo.

El examinar este cuento vemos que en realidad *prueba* la resurrección de Jesucristo. Si en verdad alguien se robó el cuerpo de Jesús, tiene que haber sido o sus amigos o sus enemigos. Sus amigos no podían haberlo hecho puesto que habían dejado la escena y estaban convencidos de que Jesús estaba muerto. Sus enemigos no se hubieran robado el cadáver porque lo que estaban tratando de prevenir era precisamente la creencia en la resurrección. Si se hubieran robado el cadáver, eso hubiera sido completamente contrario a sus propósitos. Además, si se lo habían robado, ¿por qué no lo mostraron luego para silenciar el testimonio de la iglesia primitiva?

El que se hubiera robado el cadáver, se hubiera llevado también *la mortaja*. Sin embargo, la mortaja vacía fue

dejada en la tumba en forma ordenada. Difícilmente se podría decir que era la escena de un saqueo o robo.

Los líderes religiosos le habían dado dinero a Judas para que traicionara a Jesús. También les dieron dinero a los soldados para que dijeran que alguien se había robado el cadáver. Los soldados habrían exigido un alto precio, puesto que sus vidas estaban en juego. Si sus superiores oían que ellos habían fallado, podían hacerlos ejecutar. Si la historia llegaba a oídos de Pilato, lo más probable es que no haría gran cosa. Estaba seguro de que Jesús estaba muerto (Marcos 15:43–45) y eso es todo lo que le importaba. La desaparición del cuerpo de Jesús no creaba problemas para Pilato.

Hay algo en la naturaleza humana que la hace fácil que la gente crea las mentiras. No fue sino hasta la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y el poderoso testimonio de los apóstoles, que los judíos de Jerusalén descubrieron la verdad: ¡Jesucristo estaba vivo! Toda persona sincera que estudia la evidencia con corazón abierto concluirá que la resurrección de Jesucristo es un hecho histórico que no puede ser refutado.

Ese día nuestro Señor también apareció a dos discípulos que iban a Emaús (Lucas 24:13–32) y también a los 10 discípulos en un aposento alto en Jerusalén (Juan 20:19–25). Una semana más tarde apareció a los 11 y respondió a la incredulidad de Tomás (Juan 20:26–29). En ese primer domingo de resurrección, Jesús también apareció de una manera especial a Pedro (Lucas 24:33–35; 1 Corintios 15:5).

Al empezar ese día los discípulos y las mujeres pensaban que Jesús estaba muerto. Luego se les dijo que estaba vivo. Después de tal anuncio le vieron personalmente. Hubo una etapa más en su experiencia.

Anunciaron a Otros las Buenas Noticias (Mateo 28:16-20)

Algunos estudiosos dicen que esta reunión en el monte en Galilea es la misma ocasión cuando el Señor apareció a “más de quinientos hermanos a la vez” (1 Corintios 15:6). El hecho de que algunos de los presentes dudaban de su resurrección podría sugerir que estaban presentes otras personas, aparte de los 11, por cuanto estos hombres eran ahora creyentes firmes. La ascensión de nuestro Señor no tendría lugar en ese momento, sino algún tiempo más tarde, después de que ministró a sus discípulos en Jerusalén (Lucas 24:44–53).

Al pasaje de Mateo 28:18–20 generalmente se le llama *La Gran Comisión*, aun cuando esta declaración no es más grande que cualquiera de las otras en los otros Evangelios, ni tampoco fue la última que hizo Jesús antes de retornar al cielo. Sin embargo, ésta declaración se aplica a todos nosotros como creyentes, de modo que debemos comprender los factores que intervienen.

Una autoridad (Mateo 28:18). En este versículo la palabra “potestad” significa *autoridad*, el derecho de usar poder. Todo el Evangelio de Mateo recalca la autoridad de Jesucristo. Había autoridad en su enseñanza (7:29). Ejercía autoridad al sanar (8:1–13) e incluso al perdonar pecados (9:6). Tenía autoridad sobre Satanás y delegó esa autoridad a sus apóstoles (10:1). Al concluir su Evangelio, Mateo dejó en claro que Jesús tiene TODA autoridad.

Puesto que Jesucristo tiene toda autoridad, podemos obedecerle sin temor. Sin que importe a dónde nos guíe, ni las circunstancias que enfrentemos, él tiene el control. Por su muerte y resurrección Jesús derrotó a todos los enemigos y recibió toda autoridad.

El cristianismo es una fe misionera. La misma naturaleza de Dios exige esto, porque Dios es amor y no quiere que ninguno perezca (2 Pedro 3:9). La muerte de nuestro Señor en la cruz fue por todo el mundo. Si somos hijos de Dios y participamos de su naturaleza, entonces queremos proclamar las buenas nuevas al mundo perdido.

Cuando leemos el libro de los Hechos vemos que la iglesia primitiva operaba sobre la base de la autoridad soberana del Señor. Ministraban en su nombre. Dependían de su poder y dirección. No se enfrentaron a un mundo perdido basándose en su propia autoridad, sino en la de Jesucristo.

Una actividad (Mateo 28:19,20a). El verbo griego traducido “id” en realidad no es un mandamiento sino un participio presente o gerundio (yendo). El único mandamiento en toda la Gran Comisión es “haced discípulos a todas las naciones”. Jesús dijo: “Mientras ustedes están yendo, discipulen a todas las naciones”. Sin que importe donde estemos, debemos ser testigos de Jesucristo y tratar de ganar a otros para él (Hechos 11:19–21).

El término *discípulos* fue el nombre más popular para los primeros creyentes. Ser discípulo quería decir más que convertirse o ser miembro de la iglesia. *Aprendiz* sería un término equivalente. Un discípulo se apegaba a un maestro, se identificaba con él, aprendía de él y vivía con él. Aprendía, no sólo escuchando sino también haciendo. Nuestro Señor llamó a 12 discípulos y les enseñó para que ellos a su vez pudieran enseñar a otros (Marcos 3:13ss).

Un discípulo, entonces, es aquel que ha creído en Jesucristo y expresado esta fe al bautizarse. Permanece en la comunión de los creyentes para poder aprender las verdades de la fe (Hechos 2:41–47). Entonces puede salir para ganar a otros y enseñarles. Este fue el modelo de la iglesia del Nuevo Testamento (2 Timoteo 2:1,2).

En muchos aspectos nos hemos alejado de este modelo. En la mayoría de las iglesias, la congregación le paga a un pastor para que predique, para que gane a los perdidos y edifique a los salvos, mientras los miembros funcionan como animadores (si son entusiastas) o como espectadores. Los *convertidos* que se ganan, son bautizados, se les da la diestra de compañerismo y entonces se unen a los demás espectadores. Cuánto más crecerían nuestras iglesias y cuánto más fuertes y felices serían los miembros de nuestras iglesias, si cada uno estuviera discipulando a otro creyente. La única manera en que una iglesia local puede fructificar y multiplicarse (en lugar de crecer mediante añadiduras) es mediante un programa sistemático de discipulado. Esto es la responsabilidad de *todo* creyente y no solo de un pequeño grupo que ha sido *llamado a ir*.

Jesús había abierto el entendimiento de sus discípulos para que comprendieran las Escrituras (Lucas 24:44,45). Sabían lo que tenían que enseñar a sus propios convertidos. No es suficiente ganar a la gente para el Salvador; también debemos enseñarles la Palabra de Dios. Esto es también parte de la Gran Comisión.

Una capacidad (Mateo 28:20b). Jesús no está presente “en medio” de su pueblo solamente cuando éste se reúne (Mateo 18:20), sino que también lo está cuando ellos se esparcen por el mundo para testificar. Si hubiera permanecido en la tierra, Jesús no podría haber cumplido esta promesa. Fue cuando vino el Espíritu que Jesús podía estar con su pueblo, en dondequiera que ellos se encuentren.

El Dr. G. Campbell Morgan relataba una experiencia de su vida que tenía que ver con esto. A principios de su vida cristiana, Morgan solía visitar a varias ancianas una vez por semana, para leer la Biblia con ellas. Cuando llegó

al final del Evangelio de Mateo, leyó: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Entonces añadió: “¿No es esa una promesa maravillosa?” Una de las ancianas replicó: “Joven: Esa no es una promesa; es un hecho”.

No hay condiciones que debemos cumplir, ni siquiera creer, porque *Jesucristo está con nosotros*. Pablo descubrió esta verdad cuando trataba de establecer una iglesia en la difícil ciudad de Corinto. Obedeciendo esta comisión Pablo llegó a esa ciudad (Hechos 18:1), ganó a unos cuantos para Cristo y los bautizó (v.8) y les enseñó la Palabra (v.11). Cuando las cosas se pusieron difíciles, Pablo recibió una visita especial del Señor: “No temas ...porque yo estoy contigo” (vv.9,10).

La frase “hasta el fin del mundo” indica que nuestro Señor tiene un plan. El es Señor de la historia. A la medida en que las iglesias siguen su dirección y obedecen su palabra, ellas cumplen los propósitos de Cristo en el mundo. Todo llegará a su culminación un día; mientras tanto, debemos ser fieles.

¿Estás descontento con tu vida espiritual?

Como señala el Dr. Wiersbe en su prefacio, el Evangelio según Mateo ha sido llamado, por muchos eruditos bíblicos, el documento más importante de la fe cristiana. Historiadores concuerdan que Mateo fue el libro más leído y citado durante el tiempo de la iglesia primitiva.

"Sea leal" es un estudio expositivo de Mateo, que presenta a Jesucristo como Rey y enfatiza lo que el Dr. Wiersbe cree que Mateo deseaba darnos a entender acerca de Jesucristo y su ministerio.

Este libro te guiará a tener un amor más profundo y una mayor lealtad al Señor Jesucristo y Rey de reyes.

Leales en Cristo



Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

ISBN 1-879892-06-5
WW-525